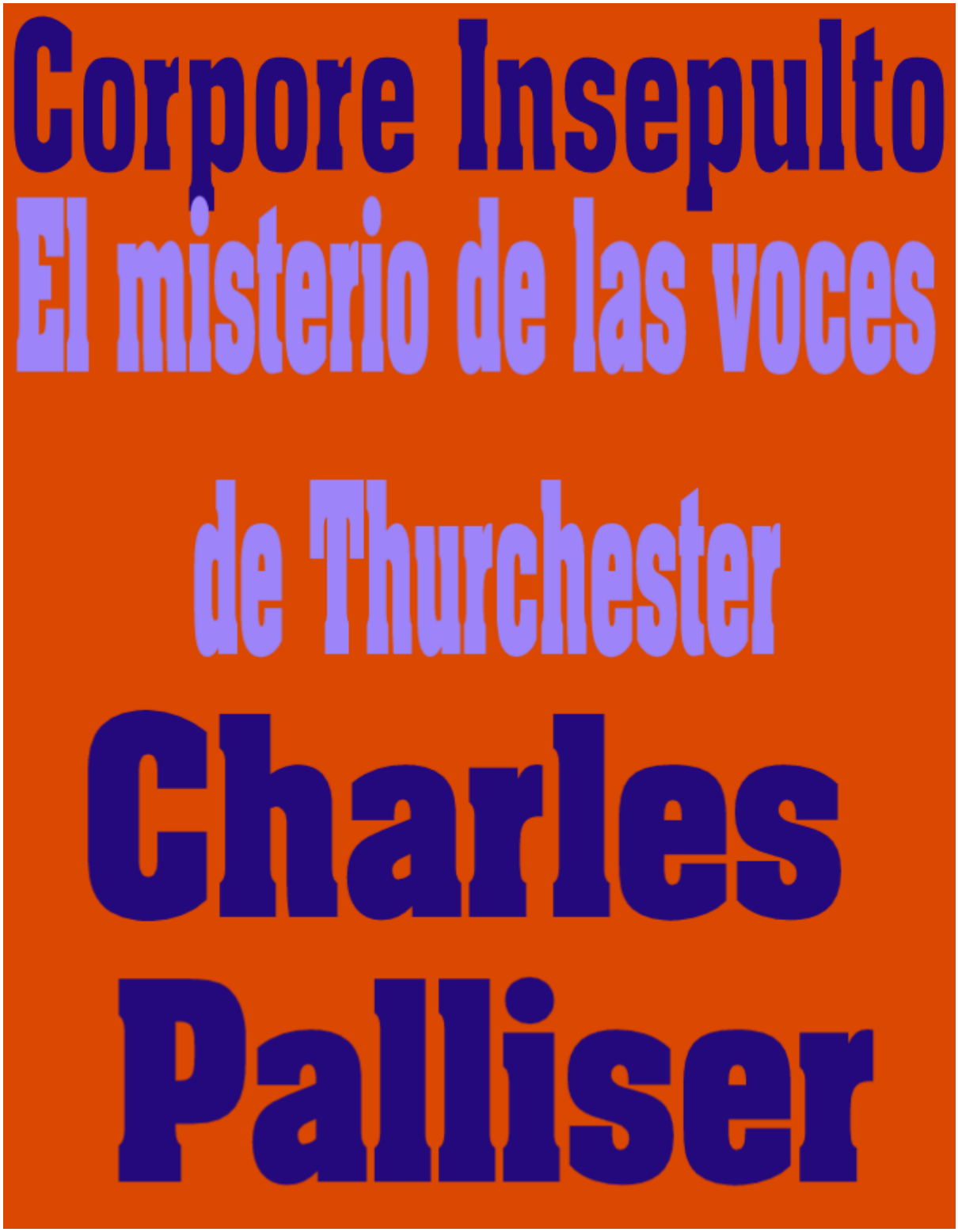
Corpore Insepulto
El misterio de las voces de Thurchester
Charles Palliser



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO DEL EDITOR

En tiempos recientes, pocos libros han creado más controversia que *El misterio de Thurchester* cuando fue publicado hace tres años. Muchas veces, encontrándome en casa de amigos, he observado cómo las familias, divididas por teorías en conflicto, se enzarzan en encendidas polémicas. Inevitablemente preguntan mi opinión, pero siempre evito dejarme arrastrar. Aunque por entonces el caso parecía resuelto, los rumores seguían circulando y con el correr de las décadas, los argumentos, incluso contra personas muy respetables, fueron haciéndose cada vez más grotescos. La publicación de esta obra, no obstante, debería poner fin a las discusiones, pues el relato que da forma sustantiva al libro que tienen en sus manos ha ofrecido una perspectiva enteramente nueva de los descubrimientos de la señorita Napier.

Las circunstancias en que se pudo disponer del Informe Courtine están descritas en mi *post scriptum,* donde también explico los motivos por los cuales, antes de poder abrir el documento, tuve que hacer un viaje a Ginebra. Eso fue hace ocho meses, en el primer momento en que la situación en el continente hizo posible volver a viajar, aunque no sin dificultades considerables. Mi viaje fue lento e incómodo y sólo llegué a mi destino a los dos días de haber salido de casa.

El taxi de la estación me llevó a una casa grande al borde del lago, rodeada de un parque donde, aquí y allá, había pinos sombríos, cuyo aspecto parecía tanto más ominoso bajo el cielo encapotado, pues se avecinaba una tormenta. En mi torpe francés le pedí al taxista que esperara.

Aunque la criada que abrió la puerta dejó claro que reconocía mi nombre, no estaba seguro de si me dejaría pasar. Pocos días antes había escrito desde Inglaterra para decir que llegaría precisamente a esa hora que esperaba no fuese inoportuna, pero no había dado tiempo para una contestación. Sin embargo, era optimista, porque mi carta había sido redactada en términos cuidadosamente calculados para obtener una invitación.

La criada me condujo al vestíbulo, me ofreció asiento y desapareció. La casa estaba fría y pensé que el combustible escaseaba aquí tanto como en Inglaterra. Incluso imaginé que tal vez por eso habían cortado algunos árboles del parque. Observando el desolado panorama, lentamente la luz del día fue apagándose sobre la extensión de agua gris. Esperé cuarenta minutos y casi había perdido la esperanza cuando la mujer reapareció y me abrió la puerta que nos dejó ante una escalera impresionante. Me condujo a una sala espaciosa con una gran ventana en el fondo que tenía las cortinas recogidas, de modo que podía verse el cielo cubierto y la superficie oscura del lago. A un lado de la ventana había un piano de cola negro. Al otro, situada allí para conseguir el mayor efecto dramático, una mujer estaba sentada en un sillón de respaldo alto. Me acerqué como lo haría un espectador que busca su asiento y en ese instante, sincronizado, un rayo cruzó el cielo.

La criada encendió una lámpara junto a su señora y recogió una bandeja con restos de té. La vieja dama me indicó con un gesto que me sentara y, durante unos instantes, pude observar sus facciones mientras ella vigilaba los movimientos de la criada: la nariz alta y los ojos brillantes y azules en un rostro inteligente y desconfiado. Cuando la criada hubo salido, comencé a darle conversación, diciéndole que había sido muy amable por su parte aceptar la visita de un extraño.

Me interrumpió como si yo no hubiese estado hablando:

-¿Nos hemos conocido alguna vez?

Su voz era sorprendentemente firme para una mujer de noventa años y también notablemente baja, aunque yo ya esperaba eso. Su pregunta me puso en mi sitio. Había esperado, con halagos, sonsacarle lo que quería oír, pero en ese momento comprendí que tendría que adoptar otra estrategia.

-No. No exactamente. Pero la vi una vez, hace muchos años.

-¿Bajo qué circunstancias?

-Fue en Thurchester.

Me miró, escrutándome, y no noté señal alguna de inquietud.

-Se equivoca. Es absolutamente imposible.

-La vi el día que hizo la mejor representación de su vida.

Sonrió apenas:

-Conozco el teatrillo de High Street. En un tiempo lo conocí muy bien. Pero nunca aparecí en escena allí.

-No la vi allí.

Me miró de nuevo muy atentamente:

-Usted debe de haber nacido veinte años después de que dejara el teatro.

-Después de que dejara el escenario, sí. -Y, viendo su expresión de sorpresa, añadí-: Lo comprenderá cuando le dé lo que he traído.

El corazón me golpeaba en el pecho al pronunciar esas palabras. Tanta necesidad tenía de una prueba. Necesitaba que dijese algo que me convenciera de que era la mujer que había estado buscando. No quiero decir pruebas legales, pues ya las tenía. La sucesión de transacciones y cambios de residencia de país en país que había conseguido seguir a lo largo de las décadas, ya había satisfecho los requisitos más importantes. Pero eso no había calmado mi necesidad de saber que realmente se trataba de ella. Tenía que oír de sus labios algo que pudiese vincular a la mujer que tenía ante mí con la figura que, aunque sólo divisada un instante, era el fantasma que acechaba en mis recuerdos.

Pareció claro que no le gustó el comentario y, como para hacer que nuestro encuentro llegara a un rápido final, dijo:

-En su carta decía tener en su poder algo que me pertenece.

-Algo que quisiera poner personalmente en las manos del auténtico dueño, para vengar una antigua injusticia.

Hizo un gesto con la cabeza.

-Esas fueron sus palabras. ¿De qué se trata? ¿Espera alguna recompensa?

-No en dinero. Y no tengo intenciones de regatear. Se trata de algo que le pertenece...

Me di cuenta de que había llegado al punto crucial de mi viaje de una forma demasiado precipitada. Dudé un momento y luego añadí:

-...A usted y su hijo.

No pudo evitar un movimiento espasmódico de la cabeza y por primera vez me miró con verdadero interés, incluso me pareció airada. Un momento después la máscara había vuelto a su lugar. Seguí hablando tan neutramente como pude:

-He intentado encontrarlo, ya que hubiese preferido no molestarla con este asunto. He hecho grandes esfuerzos por entrar en contacto con él, pero mi empeño ha resultado infructuoso. Si me indica cómo localizarle, la dejaré en paz y daré fin a este asunto con su heredero.

-¿Mi heredero? -Pronunció las palabras con una entonación que me pareció burlona.

-Supongo que su hijo es su heredero.

-No soy responsable de sus suposiciones.

-Tanto si es su heredero como si no lo es, esto les involucra a ambos.

Al no recibir respuesta, decidí hacerle una pregunta un tanto cruda:

-¿Tendría la bondad de decirme si vive todavía?

No pude discernir su reacción. Tras un momento dijo:

-Tenga la amabilidad de darme aquello que me pertenece, según usted.

Me levanté del asiento y, con un cierto aire teatral, saqué un sobre de mi bolsillo.

Ella lo tomó y lo abrió. Existe la creencia común de que las personas muy viejas han llegado a un momento en que gradualmente se van desprendiendo del mundo del yo, de las emociones y la codicia. No vi signos de que se estuviese apartando de la vida y, por el contrario, mirándola abrir el sobre con ansiedad, sentí que por lo menos había satisfecho una parte de mi objetivo: comprendí cosas sobre motivaciones y escrúpulos que no había captado antes.

-¿Qué es esto? ¿Qué significa esto?

Dejó caer el contenido del sobre sobre la mesilla que tenía a su lado, despectivamente.

-Son las llaves de un misterio -no pude impedirme decir-. ¿No las quiere?

-Ignoro a qué se refiere.

-¿No las reconoce?

-¿Y por qué iba a hacerlo?

-Son las llaves de una casa en Thurchester. Una casa que usted conoce muy bien.

Se volvió a mirarme con cierta curiosidad, pero esa fue toda la emoción que mostró. Intenté presionarla.

-Las rescaté cuando estaban a punto de perderse para siempre. -Y como seguía sin hablar, continué-. Ese día -me refiero al día que cambió su vida tan dramáticamente como ha afectado la mía- la seguí desde la puerta trasera de la casa. Usted no me vio o, si lo hizo, no pensó que podía ser peligroso.

Cuando terminé de hablar, ella no respondió. Permanecimos en silencio durante el lapso de un minuto. Luego tiró el cordón de la campana que tenía junto a su silla. Casi de inmediato entró la criada, que parecía haber estado esperando junto a la puerta. La anciana le dijo en buen francés:

-El señor se marcha. ¿Podría acompañarlo?

-¿Entiende inglés su criada? -le pregunté.

No me respondió y siguió mirando por la ventana.

-Tengo que encontrar a su hijo. ¿Qué nombre usa?

Entonces, finalmente, se volvió para mirarme y lo hizo con una expresión de hostilidad tan vacía e indiferente que supe que nunca respondería a mi pregunta.

Me levanté.

-Su viaje ha sido inútil -dijo la anciana-. Pero no puede culparme de ello.

-Algún provecho he sacado. Más que nada buscaba una aclaración.

No mostró interés por mi comentario. Continué:

-Conocerla me ha permitido comprender cosas que me han intrigado durante más de cuatro décadas.

Me dirigí a la puerta y ya casi había llegado a ella cuando me llamó:

-Señor Barthram. Ha olvidado sus llaves.

Me volví y me acerqué a ella.

-No las he olvidado, se lo aseguro. No las he olvidado ni un solo día de mi vida. Son suyas y se las dejo con una indescriptible sensación de alivio.

Me detuve a unos diez pasos.

-¿Recuerda el nombre de Perkins? Siguió impasible.

No me di cuenta de lo amenazante que pude haber parecido hasta que la criada preguntó con voz temblorosa:

-¿Llamo a Pierre, señora?

La anciana, sin apartar los ojos de mí, le hizo un gesto impaciente para que permaneciera en silencio.

-¿Alguna vez piensa en un joven que se llamaba Eddy Perkins? -repetí.

Para mi gran sorpresa, sonrió.

-Imagino que usted sí. ¿Por qué ha tardado tanto? -hizo un gesto hacia la mesilla-. Si las hubiese usado oportunamente, hasta el más obtuso habría entendido todo. ¿Era demasiado tímido?

-Era un niño -le respondí.

-Cuando era niña no me asustaba por nada. O tal vez sería más acertado decir que aunque estuviese asustada, ello no me inhibía de hacer lo que quería. Esa es la diferencia -¿no? entre quienes van por la vida limitándose a repetir sus parlamentos y aquellos que crean su papel mientras actúan.

-Usted destacaba en ello.

-Era magnífica.

-¿Es una confesión?

-¿Confesión? Mi querido señor, estoy alardeando. Los mejores actores pueden crear un ser humano ante los ojos de los espectadores, y no mostrarles algo fabricado de antemano como un títere. Salir a escena y transformarse en el personaje en un momento de crisis y hablar sin saber lo que se va a decir hasta que surgen las palabras... Cortejar ese peligro y triunfar es la gran aventura que ofrece la vida. La aventura incomparable. ¿No lo ve?

-Nunca he actuado.

-No estoy hablando sólo de actuar. Estoy hablando de estar vivo. De otro modo se está muerto sin haber recibido la dignidad de un entierro.

-¿No lamenta nada?

-Sólo estar muriendo.

No ganaba nada volviendo a preguntarle sobre Perkins, que murió porque carecía de la imaginación para vivir en cualquier lugar que no fuese el presente. Así que me volví y, sin añadir palabra alguna, me marché.

Mi viaje resultó productivo de un modo más concreto. Mientras mi tren avanzaba hacia la costa haciendo un lento zigzag, comenzaron a aparecer indicaciones con los nombres de pueblos y ciudades flamencos que habían adquirido una triste notoriedad en Inglaterra durante los últimos cuatro años. Pensé en las madres dolientes de tantos de mis alumnos para las cuales no había podido encontrar palabras de consuelo. Y luego me vino a la memoria el sobresalto involuntario de la anciana ante la palabra «hijo» y, al imaginarla en ese preciso instante, vi el piano negro con la tapa cerrada, momento en el cual supe, por inspiración, cómo debería proceder.

La muerte de la dama hace sólo dos meses levantó el último obstáculo para la publicación del documento que van a leer. Como prefacio, sólo debo decir que el siguiente comentario fue escrito en el sobre que contenía tal documento como consecuencia de mi propia intervención, aunque no lo supe hasta varios años después:

Acabo de enterarme de mi error sobre el papel de Ormonde, quien, lo sé ahora, había muerto muchos años antes de los sucesos que relato. No obstante, prefiero dejar que éste sea el auténtico testimonio de lo que presencié y de las conclusiones que saqué más tarde de mis experiencias, aunque algunas de ellas fuesen erradas.

E.C.

EL INFORME COURTINE

Martes por la tarde

Mientras los recuerdos estén vivos, voy a describir exactamente lo que vi y oí cuando, hace menos de una semana, me encontré con un hombre que caminaba -tal como usted o como yo- pese al inconveniente de que había sido asesinado.

Mi visita comenzó de una forma poco prometedora. Debido al mal tiempo, que durante dos días había posado un manto de neblina helada sobre la mitad meridional del país, el tren se retrasó y perdí una conexión. Cuando finalmente llegué a mi destino -dos horas más tarde de lo previsto- había estado viajando varias horas en medio de una noche prematura. Sentado a solas en el compartimiento mal iluminado, con un libro ante mí, pero haciendo pocos esfuerzos por leer, contemplaba el paisaje envuelto en su mortaja, que me parecía cada vez más desconocido y menos definible a medida que caía la noche y se espesaba la niebla. Gradualmente fui teniendo la impresión de que el tren no me conducía hacia adelante, sino hacia atrás, y que me iba sacando de mi vida y época para llevarme al pasado.

Volví en mí cuando súbitamente, con un golpe brusco, el tren comenzó a ir más lento hasta detenerse, tras una serie de sacudidas, en medio de una oscuridad apenas mitigada por las tenues luces de los coches. Íbamos tan retrasados que no tenía idea de si ésa podía ser o no mi estación. Parado en la puerta, mientras intentaba identificar alguna señal en el resplandor amarillento de una lámpara de gas distante, oí como mucho más atrás bajaban una ventanilla y la voz de otro pasajero preguntaba si habíamos llegado al final del trayecto. De algún lugar del andén otra voz replicó con una negativa, diciendo que era la última parada antes del final, y mencionó mi destino.

Saqué mi maleta del portaequipaje y descendí con otros dos o tres pasajeros. Desaparecieron de mi vista cuando me demoré unos instantes en el andén, impresionado por el frío que me hizo golpear los pies y rodearme con los brazos mientras intentaba respirar el aire enrarecido en que se mezclaba el olor acre del hielo con el humo de los miles de fuegos de carbón de las chimeneas de la ciudad.

Austin me había dicho que no podría ir a recibirme a la estación porque sus deberes se lo impedirían y que por ello debería ir directamente a casa. Yo lo había preferido así, pues se me ocurrió que acaso no iba a reconocerlo y que sería mejor encontrarlo ante su propia puerta. No podía decidir si la perspectiva de descubrir que había cambiado era más o menos inquietante que descubrir que no había sido así. Creo, no obstante, que realmente no me atemorizaban los cambios que podía observar en él, sino ver en el rostro de mi viejo amigo las transformaciones que los años habían dejado en el mío.

El tren silbó, salió de la estación y el humo lleno de hollín del oscuro olor mineral eructado por las entrañas de la tierra hizo que se me entrecortara la respiración; lo único visible era una luz de gas sobre lo que podía ser la salida. Me dirigí hacia allí y en la barrera un empleado del ferrocarril envuelto en una bufanda que casi le cubría el rostro, recogió mi billete en una de sus manos enguantadas.

Cuando salí al patio delantero descubrí que los demás pasajeros se habían desvanecido como fantasmas. Sólo había un coche esperando y lo llamé. El conductor volvió hacia mí un rostro de nariz tosca y labio inferior colgante que, junto con el olor a cerveza agria de su aliento, inspiraba poca confianza. Le di la dirección y nos pusimos en movimiento.

Aunque no conocía la ciudad, sabía que la estación estaba más o menos a una milla del centro. No podía ver casi nada por la ventanilla del vehículo bamboleante, aunque por los sonidos noté que por ese camino circulaban pocos coches. A los tres o cuatro minutos comenzamos a subir una suave pendiente y supuse que estábamos ascendiendo la colina en

cuya cima los romanos habían levantado una fortaleza para vigilar las antiguas encrucijadas.

A ambos lados de la calle había hileras de viviendas en varias de las cuales pude ver, a través de las ventanas iluminadas, que las familias estaban sentadas a la mesa cenando. Aun que hasta allí mi llegada había sido fría, me dije que por lo menos no pasaría la semana en mi colegio, junto al espantoso saldo de mis colegas solteros que no habían sido invitados a ninguna parte.

El coche redujo la velocidad al hacerse más inclinada la pendiente y me di cuenta, con sorpresa, de que mi corazón latía más deprisa. A menudo me había preguntado qué habría hecho de su vida mi viejo amigo. Cuando éramos estudiantes habíamos hablado mucho del impacto que produciríamos en el gran mundo, siendo ambos apasionados de nuestros estudios y ambiciosos de reconocimiento. ¿Lamentaría el curso que había tomado su vida? ¿Era feliz en esta ciudad pequeña y remota? ¿Había encontrado otras compensaciones? De vez en cuando había escuchado rumores de amigos comunes que comentaban su forma de vida, pero les había dado poco crédito. A menudo había especulado pensando en él, y cuando recibí su invitación -sorprendente tras un alejamiento tan largo- no pude resistirme.

El coche continuó la ascensión y cuando las ruedas comenzaron a resonar sobre el empedrado, aumentó la velocidad. Ahora había farolas cuyos halos vaporosos esparcían una luz opacada por la espesa niebla y pude ver que, aunque parecíamos estar en la calle principal, había muy poco tráfico y eran pocos los viandantes que recorrían las aceras. Con las herraduras del caballo resonando en la calle silenciosa, podríamos perfectamente haber estado recorriendo una ciudad saqueada y abandonada tras un largo sitio. Enseguida, de improviso, los movimientos del coche, tras una sucesión de curvas pronunciadas que me empujaron de un lado a otro, quedaron envueltos en el eco de las herraduras al pasar a través de un gran arco. Pensé que por error el conductor me había llevado a una posada, pero en ese momento oí -casi podría decir que me asombró oír- el sonido grave de una gran campana. Repicó otras cuatro veces y cada tañido pareció absorber las últimas oleadas de sonido que se propagaban a través de la niebla; comprendí que estaba justo bajo la catedral y que en la oscuridad casi absoluta creada por la niebla, habíamos llegado allí sin que me diera cuenta.

El coche hizo un último viraje violento y se detuvo. Unos metros más allá estaba el porche, la puerta sur del crucero. Bajo la luz brillante de un farol de gas, vi una pila de ladrillos y algunas planchas de madera cubiertas por un paño desgarrado.

-¿Están haciendo obras en la catedral? -le pregunté al conductor al bajar.

-¿Y no es así siempre? -fue su respuesta.

Mientras pagaba se abrió la puerta de la casa más cercana y apareció una figura que se me acercó rápidamente.

-¡Qué contento estoy de verte, viejo amigo! -dijo una voz juvenil que recordaba muy bien y me hizo temblar. La voz era la misma, pero ante mí estaba un extraño, un hombre de mediana edad con las mejillas recorridas por las arrugas y una frente más amplia ante la calvicie incipiente de su pelo fino y encanecido. Austin me abrazó y al sentir lo frágil de su complexión recordé que era emotivo y arrebatado de un modo muy poco británico, rasgo que siempre había envidiado, pero que también solía desbordarme.

-Gracias por venir -me dijo mientras con una mano me daba suaves golpes en la espalda mientras nos abrazábamos-. Dios te bendiga, Dios te bendiga.

Al escuchar sus palabras lamenté sinceramente lo ocurrido. Durante la época de nuestra amistad nada hacía prever que estaríamos separados tan largo tiempo, alejados por su participación en la experiencia mas triste de mi vida. Después le había escrito en un gesto que pretendía demostrar mi deseo de recuperar nuestra amistad. Sólo cuando no me respondió comencé a preguntarme si se sentía culpable por el papel que había desempeñado y comencé a especular más y más sobre cuál había sido exactamente ese papel, el que le había tocado, o el que había elegido. Pese a ello, las primeras Navidades le escribí una breve nota, y cada

Navidad posterior, y unos pocos años más tarde él comenzó a hacer lo mismo, aunque con más retraimiento, cada dos o tres años.

Sabía de él por amigos comunes, cada vez con menos frecuencia, pues o bien perdía contacto con ellos, o se marchaban al extranjero, o morían. Fue entonces cuando, hace ya un mes -mucho después de que yo hubiese aceptado que la llama moribunda de nuestra amistad no era más que cenizas- recibí una carta que me invitaba a visitarlo -de hecho me lo solicitaba en los términos más afectuosos- en cualquier fecha que me viniera bien, pues él no viajaba nunca, siempre que «tuviera la paciencia de soportar la compañía de un viejo amigo que se ha vuelto aburrido y excéntrico». Al principio me había preguntado si reavivar el rescoldo le daría nueva vida o lo apagaría del todo, pero tenía cierta idea de sus motivos para invitarme y por ello le respondí diciéndole que iría con placer y que, por una afortunada coincidencia, estaba ansioso por revisar y medir los antiguos movimientos de tierra de Woodbury Castle, precisamente al lado de la ciudad. Le dije que iría al comenzar el año, de regreso de una visita a mi sobrina, y que le avisaría con tiempo. (Luego alteré mis planes y sólo pude anunciarle mi llegada con muy poca antelación.)

A mis espaldas oí que el coche intentaba girar en la estrecha callejuela que se perdía entre las casas y la catedral. Austin se apartó, todavía aferrado a mis brazos, y por primera vez pude observarlo detenidamente, aunque sólo bajo la débil claridad que propagaba una lámpara de gas distante. Allí estaba el viejo Austin sonriéndome. El mismo brillo en los grandes ojos negros, la misma ansiedad infantil. Sonreía y, no obstante, con todo su aparente placer de verme, me pareció que en su mirada había algo evasivo, algo sombrío, y que no acababa de encontrarse con la mía. Lo imaginaba pensando: ¿Qué han hecho los años contigo? ¿Qué te han dado a cambio de la brillante juventud que se llevaron?

-Querido Austin, te veo muy bien.

-Y tanto mejor al verte -dijo-. Pasa, querido amigo.

Cogió mi maleta e hizo un gesto teatral bromeando con su peso. Yo traté de tomarla, pero la apartó con demasiada rapidez para mí, de modo que durante unos instantes parecimos un par de estudiantes traviesos.

-¿Qué diablos llevas? Libros, supongo.

-Y regalos de Navidad para los hijos de mi sobrina. Aunque también tengo un regalo para ti.

-¡Fantástico! Me encantan los regalos -exclamó.

Llevó la maleta delante de mí y ante la puerta me indicó con un gesto que entrara primero.

Yo eché una ojeada al edificio.

-¡Qué bonita casa antigua! -observé.

Y de hecho, al pronunciar esas palabras percibí que la casa era más pintoresca que bonita. Alta y estrecha, tenía las puertas y ventanas tan manifiestamente mal alineadas entre sí y con el suelo que, apretada entre dos casas más grandes, parecía un borracho a quien sus amigos sostienen por las axilas.

-La dan con el puesto. Se considera una regalía, pero pienso a menudo que me deberían pagar un incentivo por vivir aquí. Las mejores casas están en Lower Close.

Mientras tanto, el cochero había concluido su difícil maniobra y oí cómo el vehículo se alejaba. Al pasar el umbral hube de bajar un par de gradas, pues el nivel del patiecillo empedrado había ido subiendo a lo largo de los siglos. En el oscuro recibidor me encontré ante una escalera, de hecho toda la casa estaba llena de escaleras, pues se trataba de una de aquellas construcciones antiguas en que había sólo dos cuartos en cada piso. Cuando me hube quitado el sobretodo y el sombrero, Austin me llevó al salón. Pude ver que el pequeño cuarto contiguo era la cocina. La sala, o comedor, como él la llamaba -y era evidente, por la mesa puesta para dos, que era allí donde comía- estaba helada, aunque había un fuego recién encendido. Por fin podía observar a Austin con claridad bajo la luz de la lámpara de gas. Tenía la nariz más roja de como la recordaba, y aunque su piel seguía tan pálida como

el papel, ahora parecía áspera y arrugada. Había conservado su delgadez juvenil (me temo que no puedo decir lo mismo de mí) y sorprendentemente me pareció más alto. Viendo que lo observaba, sonrió y yo hice lo mismo. Luego se volvió y comenzó a ordenar la estancia como si no hubiese hecho preparativos para mi llegada.

Mientras tanto, iba haciéndome preguntas sobre mi viaje y yo respondía con preguntas sobre la casa y su posición e instalaciones. Me acomodé en una de las dos sillas que había ante la mesa. El mobiliario parecía viejo y raído, con un brillo grasiento en la tela. Los paneles estaban ennegrecidos por un par de siglos de llamas de vela y sobre las tablas desnudas sólo había una alfombra turca deshilachada. Sentí que el corazón me ahogaba de un modo absurdo. El lugar era mezquino, casi pobre. Pensé en mi propio apartamento, tan confortable, y en los criados del colegio que mantenían todo limpio y ordenado.

Austin me sirvió una copa de vino de Madeira de una garrafa que tenía sobre una mesa auxiliar. Cuando me la ofreció, percibí súbitamente el olor del lugar, espeso, pesado, íntimo. Sosteniendo el vaso, inhalé con dificultad. Cerré los ojos y pensé en la catedral cercana, en los huesos y la carne pudriéndose bajo las piedras, en lo que pudiese haber bajo esta casa construida a la sombra del gran edificio. El olor era dulce, obsceno, como un cuerpo en estado de putrefacción que me oprimiera, sujetándome en un abrazo viscoso y resbaladizo, y de pronto tuve una violenta sensación de náusea. Conseguí tomar un sorbo de vino y de algún modo poner mis pensamientos en otra cosa, y el mal momento pasó. Miré hacia arriba y vi que Austin me observaba con curiosidad; forcé una sonrisa y ambos brindamos por mi llegada.

¿De qué podríamos hablar después de tanto tiempo? Parecía absurdo iniciar una charla trivial de conocidos: el tiempo, el viaje, la proximidad de la casa a la catedral y los atractivos e inconvenientes que ello implicaba. No obstante lo hicimos. Y durante la conversación yo lo escrutaba, maravillándome por la forma en que lo había cambiado el paso del tiempo. Y supongo que él me miraba con los mismos interrogantes: ¿Podríamos volver a la relación infantil que disfrutamos o, mucho mejor aún, podríamos encontrar una nueva amistad madura? ¿O íbamos a movernos con incomodidad entre la forma antigua y ahora inapropiada, y la nueva revelación de que teníamos poco en común?

-¡Qué bueno volver a verte! -le dije cuando hubo una pausa.

Me sonrió y su sonrisa no se disipó ni siquiera al llevarse el vaso a los labios y beber.

Sentí que le devolvía una sonrisa estúpida. Simplemente para tener algo que decir, exclamé:

-¡Cuánto ha pasado desde que nos vimos por última vez!

Tan pronto las palabras salieron de mis labios, hubiese querido silenciarlas. Es extraño que cuando uno ha decidido no hablar de un tema en particular, sea lo primero que surge. Como si el comentario no despertase recuerdos, dejó la copa y ostentosamente comenzó a contar con los dedos.

-Veinte años.

-Más. Veintidós. Casi veintidós.

Hizo un gesto con la cabeza, sonriendo.

No había sido mi intención hablar del tema, en absoluto, pero ahora que lo había hecho, quería recordar correctamente. Luego no diría nada más en ese sentido.

-¡Viniste a la estación en Great Yarmouth a despedirme. Para despedirnos. Siempre he recordado la última vez que te vi en el andén, cuando el tren se alejaba.

Me miró como si lo único que sintiese fuera una curiosidad cortés.

-¡Qué extraño! Recuerdo que tú y yo volvimos a Londres juntos.

-No, en absoluto. Puedo verte allí, haciendo un gesto de despedida. La fecha era el veintiocho de julio y hará veintidós años este verano.

-Quizá tengas razón. Eres quien mejor recuerda el pasado.

-Es muy difícil saber la verdad sobre el pasado, Austin. Pero los sucesos de ese verano están, te lo aseguro, grabados en mi memoria.

Había hablado con más emoción que lo que hubiese deseado. Mientras bebía, la copa me golpeaba los dientes. Súbitamente me aterró que pudiese pronunciar alguno de los dos nombres que nunca debían mencionarse entre nosotros. Dejé la copa, intentando mantener la mano firme.

-No vamos a discutir sobre esa cuestión. No vale la pena -y sonriendo me preguntó-: Pero veamos el futuro, ¿puedes quedarte hasta el sábado?

-Con gusto. Aunque tendré que marcharme temprano por la mañana, puesto que será víspera de Navidad y mi sobrina me espera esa tarde.

-¿Dónde?

-En Exeter, como te dije en mi carta.

-Sí, desde luego. Bien, de acuerdo. Nos veremos por las tardes, pues lamentablemente estaré trabajando durante la mañana.

-Y yo tengo cosas que hacer que me tendrán ocupado la mayor parte del día.

-Es lo que escribiste. Espero que esta maldita niebla y el frío no interfieran demasiado en tu trabajo.

Sonreí. El comentario era algo curioso, pero Austin siempre había tenido un sentido del humor travieso. Sólo unos días antes le había escrito para preguntarle si sería conveniente para él que yo alterase nuestro arreglo y llegara con tan poco tiempo de aviso y él había respondido que le encantaría. Lo que me impulsó a adelantar la visita fue lo siguiente: cuando recibí la invitación de Austin, recordé que la biblioteca de mi colegio tenía los documentos sin catalogar de un anticuario llamado Pepperdine -quien, recuerdo, había visitado la ciudad poco después de la Restauración-, así que había decidido darles una ojeada. Al hacerlo, encontré la carta que -como le expliqué a Austin- sugería una larga controversia académica respecto a mi querido período Alfrediano y que podría resolverse si encontraba cierto documento en la biblioteca del Deanato y el Cabildo. Estaba tan ansioso por comenzar mis investigaciones que había cambiado mis planes, decidiendo visitar a Austin de camino a Exeter, y no a mi regreso después de Año Nuevo.

-Tras un viaje tan largo -siguió-, pensé que te gustaría quedarte en casa por la noche, de modo que haré la cena.

-Como en los viejos tiempos -exclamé-. ¿No te acuerdas? Cuando vivíamos en Sydney Street acostumbrábamos a turnarnos para asar las chuletas.

Los recuerdos me embargaron y de pronto se me humedecieron los ojos.

Austin asintió.

-¿Recuerdas tus chuletas San Lorenzo, como las llamabas? ¿Quemadas crujientes como el pobre santo? Eran las cenas que llamabas *Auto de fe*, porque decías que para comerlas hacía falta más fe de la que habían de demostrar las pobres víctimas de la Inquisición.

Resultaba extraño imaginar a Austin cuidando solo de su casa. Recordé que había sido muy desordenado, siempre con migas en el piso de su habitación de la universidad, la ropa tira da sobre una silla, tazas y platos lavados raras veces. Esta habitación de ahora no estaba mucho más ordenada.

-Te mostraré tu habitación -me dijo Austin-. Supongo que querrás refrescarte mientras cocino.

-¿Tendré tiempo para ir a ver la catedral? Necesito estirar las piernas después de un día tan largo en el tren.

-La cena no estará lista hasta dentro de más o menos media hora.

-¿Y no estará cerrada?

-No esta noche.

-Bien. Estoy muy interesado en ver el deambulatorio.

Austin pareció sorprendido, casi alarmado.

-Pensé que nunca habías estado aquí.

-Pero, querido amigo, por los relatos escritos y las ilustraciones conozco la catedral al dedillo. Tiene uno de los mejores deambulatorios de Inglaterra.

-¿Verdad? -preguntó algo distraído.

-Es en conjunto un edificio notable y casi completamente intacto.

Recordando lo que había visto a mi llegada y el modo tan poco comunicativo del cochero al responder a mi pregunta, insistí en ella:

-¿Pero ahora están en obras?

Sonrió.

-Oh, has traído a colación el gran tema que ha dividido la ciudad con más ensañamiento que cualquier otro acontecimiento de su historia.

-Por lo menos desde el sitio -reí-. No te olvides de eso.

-De hecho están trabajando, y por eso podrás entrar tan tarde.

-¿Qué están haciendo? ¿No será un trabajo de los que llaman de restauración?

-Sólo están trabajando en el órgano.

-Hasta en ese caso pueden causar un gran perjuicio.

-Es improbable. Y el órgano mejorará inmensamente. Están introduciendo vapor para que suene mejor y cambiándolo a una nueva galería.

No pude evitar un gesto de inquietud.

-Completamente innecesario. No sonará mejor.

-Por el contrario. También lo están afinando para atemperarlo, mejorará en todos los sentidos. Por ahora tiene un compás breve, sin clarín ni cremona.

Me sorprendió su erudición, aunque recordé que cantaba y tenía algunos conocimientos de flauta.

-No sabía que tocases el órgano.

-No lo hago- respondió cortante-. Me lo han contado quienes entienden de esas cosas.

-Cuando se empieza a intervenir en un edificio antiguo, nunca se sabe cómo acabará. La introducción de vapor en los órganos eclesiásticos en los últimos treinta años ha acabado causando enormes destrozos.

-Bien -dijo Austin con la extraña sonrisa que, lo recordaba ahora, siempre parecía estar destinada sólo a él mismo-, si encuentran que ha de hacerse un trabajo para adecuar el edificio a las necesidades de nuestros días, deben hacerlo. No es una momia que deba conservarse en una vitrina de museo.

Estaba a punto de replicar cuando se puso en pie de un salto.

-Debo mostrarte tu habitación.

Siempre había sido rápido y activo, listo para saltar y salir a hacer algo absurdo. Y su mente era igualmente rápida -aunque acaso se precipitase demasiado y se aburriese con facilidad. La mía era posiblemente un poco más lenta, pero mucho más tenaz y preparada para profundizar en las cosas, tal vez porque no las captaba con la misma velocidad que Austin. De modo que no resultaba sorprendente que hubiera sido yo, y no él, quien llegase a académico, aunque él hubiera sido muy brillante en su campo de estudios.

De modo que tomó mi maleta y se precipitó fuera de la sala indicándome que le siguiera. En el vestíbulo recogió un candelabro y lo encendió con la lámpara, explicando que sólo había gas en la planta baja. Luego subió la escalera a zancadas mientras yo me esforzaba por seguirlo en la penumbra. Me esperó en el rellano, donde un reloj de pie apenas dejaba espacio para nosotros. Subimos las últimas escaleras y, abriendo una puerta, me mostró el acogedor cuartito del fondo que utilizaba como estudio. La habitación más amplia situada en la parte central era la sala, como me explicó con una sonrisa burlona.

Subimos el siguiente tramo de la extraña escalera donde los peldaños eran de madera y no estaban cubiertos por la alfombra deshilachada de más abajo. Austin me mostró el que iba a ser mi dormitorio diciendo:

-Espero que las benditas campanas no te molesten.

-Estoy acostumbrado -le dije-. Debería estarlo después de más de treinta años.

Con el cielo raso en pendiente, el cuarto era como una cabina de barco, efecto que se veía acrecentado por el suelo deformado y las ventanas diminutas.

Me dejó para que deshiciera mi equipaje y me lavara. La habitación parecía no haber sido usada en mucho tiempo y olía a humedad. Abrí la ventana y entró el aire áspero y cargado de humo. La catedral se elevaba sobre la niebla provocando la ilusión de estar en movimiento, con la neblina revoloteando a su alrededor. No llegaba ningún sonido desde la lonja. Cerré la ventana para protegerme del frío. El pequeño espejo sobre el lavabo parecía empañado e incluso cuando lo froté con mi pañuelo, la imagen siguió difusa. Junto al lavabo había un neceser de cuero con las iniciales A.F. que yo recordaba de nuestros días universitarios. Apenas parecía más viejo que la última vez que lo había visto. Mientras deshacía mi maleta y me aseaba, reflexioné sobre los cambios experimentados por Austin. Siempre había tenido cierta tendencia a la teatralidad, pero ahora me parecía más notoria, casi deliberada. Volví a preguntarme si me había invitado para recuperar la amistad y disculparse por lo ocurrido hacía veintidós años, interrogándome sobre la forma de comunicarle que no lo culpaba de nada sin tener que hablar del pasado.

Cuando bajé, diez minutos más tarde, entré en la cocina y encontré a Austin cortando cebollas. Me miró con una sonrisa misteriosa y tras unos segundos me preguntó:

-¿Dónde está mi regalo?

-¡Qué tonto he sido! Lo saqué de la maleta y lo puse sobre la cama para no olvidarlo. Subo y lo traigo.

-Más tarde. Ahora puedes ir a la catedral. La cena estará lista dentro de veinte minutos.

Hice lo que me sugería. Cuando hube salido a la lonja unos instantes después, vi un par de personas alejándose apresuradamente de la entrada del transepto sur, que quedaba casi enfrente de la casa de Austin. Presumiblemente acababa de concluir el servicio de vísperas. Entré, dejando que la pesada puerta de vaivén se cerrara tras de mí antes de levantar la vista y mirar, ansioso por saborear la excitación que siempre experimentaba al entrar en un edificio centenario que no conocía.

Como si hubiesen estado esperando mi entrada, súbitamente se elevaron las voces sin acompañamiento del coro. Los trémolos puros de los niños elevándose sobre los tonos más profundos de los hombres conseguían crear una imagen de armonía entre lo real y lo ideal. Las voces sonaban apagadas y no tenía idea de dónde estaban los cantores. Me sorprendió encontrarlos cantando a esas horas.

El gran edificio estaba casi a oscuras y hacía frío, más frío, me pareció, que en la lonja. Había un peculiar olor a incienso rancio y recordé que el deán de la catedral pertenecía a la High Church. Manteniendo la vista baja, avancé por un embaldosado tan gastado en el centro que tuve la sensación de ir avanzando sobre una serie de platos poco profundos. Cuando llegué al centro me volví y levanté la cabeza, y de pronto la gran longitud de la nave se proyectó ante mí, con las gruesas columnas elevándose como una alameda de piedra cuyos troncos gradualmente se volvían ramas en la delicada nervadura del techo. Más allá, los grandes paños de cristal disparejo de la roseta, al oeste, atrapaban los destellos de las luces de gas como un mar oscuro bajo una luna nublada. Las pocas lámparas que había encendidas sólo ponían de relieve la amplitud de los arcos ascendentes. Cuando hube saciado mi vista, eché la cabeza hacia atrás y miré hacia la bóveda que se alzaba ante mí. Me llegó un olor a madera fresca y pensé en cómo, hacía setecientos cincuenta años, habrían levantado aquellas pesadas vigas y los enormes bloques de piedra en un espacio que se elevaba cuarenta y cinco metros. Qué extraño se me hacía imaginar un edificio tan antiguo cuando era enteramente nuevo y sobresalía, imponente, sobre los techos bajos de la ciudad. Era un milagro que hubiese sobrevivido incólume a las guerras civiles del reinado de Enrique VI, a la demolición de la abadía en la Disolución y al bombardeo ocurrido durante el sitio de 1643.

Las voces se apagaron y se impuso el silencio. Me volví y mi vista cayó sobre una monstruosidad sin paliativos: una gran y fea galería nueva para el órgano que entraba como cuña en el crucero. Con sus tubos brillantes, su marfil pulido y el ébano reluciente, a lo que más se parecía era a un gran reloj de cuco de alguna pesadilla febril.

Y luego un ultraje más. Oí voces altas y ásperas cuyo origen, en ese espacio lleno de ecos que las apagaban, era imposible de discernir. Cuando hube subido las graderías del presbiterio, advertí luces en el rincón más apartado. Hubo más gritos, y luego el sonido musical de palas que golpean la piedra, todo lo cual parecía ser recibido y absorbido lentamente por el amplio edificio, tal como había absorbido las alegrías y angustias de mujeres y hombres durante casi ochocientos años. Rodeé la esquina de los sitiales del coro y encontré tres hombres que trabajaban -o más bien dos que trabajaban y otro que los dirigía-, su aliento se hacía visible a la luz de dos linternas, una de las cuales estaba en el suelo mientras que la otra colgaba insolentemente de la tumba de un obispo.

Los trabajadores, que habían levantado buen número de losas, eran jóvenes e imberbes, pero el hombre mayor que los supervisaba tenía apariencia de pirata, una gran barba negra y actitud colérica y fanfarrona. Pero quien más me intrigó fue el hombre alto y viejo con balandrán negro que los observaba. Posiblemente tendría unos setenta años, o más años que el siglo, y con sus grandes bolsas bajo los ojos y las profundas arrugas en las mejillas hundidas, parecía un hombre al cual le hubiesen hecho algo terrible que hubiese pasado décadas reflexionando sobre ello. Su gran estatura y la calva brillante lo hacían parecer una parte de la propia catedral que hubiese adquirido vida o, más bien, algún grado de animación. Tenía la boca casi horizontal, clavada en un gesto de desaprobación.

Me acerqué y le dije:

-¿Tendría la bondad de explicarme qué están haciendo?

Hizo un gesto con la cabeza.

-Mucho daño, señor.

-¿Es usted bedel?

-Soy el jefe de los bedeles y lo he sido durante estos últimos veinticinco años -respondió con orgullo melancólico, enderezando la espalda mientras hablaba-. Y mi padre y mi abuelo antes que yo. Y en nuestros días los tres fuimos niños cantores.

-Es, ciertamente, una dinastía notable. ¿Y la siguiente generación?

Su rostro se ensombreció.

-A mi hijo no le interesa. Es muy triste cuando el propio hijo nos da la espalda en eso a lo que hemos dado nuestra vida. ¿Sabe a qué me refiero?

-Puedo imaginarlo. Pero no tengo hijos.

-Lamento oír eso -dijo con seriedad-. Ha de ser una pena para usted y su esposa, si me permite que lo diga.

-Tampoco tengo esposa -añadí-. Una vez me casé. Yo... quiero decir... -y me interrumpí.

-Entonces también lo lamento. No estaré mucho más en esta tierra, pero es un gran consuelo para mí saber que dejaré tres nietos muy buenos. Tres nietos y doce bisnietos.

-En verdad es motivo de satisfacción. Y ahora ¿tendría la bondad de decirme qué están haciendo? Si ha trabajado aquí todos estos años, ha de conocer muy bien el edificio.

-Hasta el último rincón. Y me duele ver cómo le abren las entrañas de este modo.

-¿Por qué lo hacen?

-Por el bendito órgano. Han construido una nueva galería en el crucero. Debe de haber visto esa horrible cosa nueva que más parece una máquina de tracción que un órgano. Y ahora están instalando los tubos.

-¿No estarán pensando quitar esa parte de empedrado? -le pregunté mostrando el lugar con la mano.

-Me temo que sí. No saben qué pueden estar removiendo. Ni les importa.

-¿Pero qué tiene de malo la instalación original? Si recuerdo bien es un hermoso trabajo de comienzos del siglo XVII.

-Y así es. Pero al parecer no era bastante buena. No para Su Señoría, que tiene que tocar, y aparentemente eso es más importante que nosotros, que lo oímos. O que estaremos obligados a ver esa monstruosidad babilónica todos los días de la vida.

-¿Se refiere al organista?

Siguió sin darse por enterado.

-Algunos de los canónigos querían que el órgano fuera grande y sonara fuerte, que estuviera aquí donde la congregación pudiera verlo para unirse al canto; los del otro bando querían conservar el antiguo, porque suena muy bien con el coro y no apaga sus voces como hará éste.

-Esas disputas entre ritualistas y evangelistas han dividido todos los Cabildos catedralicios del país -le dije.

-Cuánta razón tiene, señor. Durante mi infancia, no pasaba nada de esto. Entonces se era un buen cristiano y se celebraba en la catedral, o se era reformado o católico y eso era todo. Ahora los reformados y los papistas de la Iglesia se pelean incluso por los paramentos y las velas, el incienso y las procesiones. Yo opino que estas cosas nuevas no son más que mojigangas y teatro, y no una forma respetuosa de venerar al Todopoderoso.

-Y ahora son los canónigos de la Low Church[1] los que se están saliendo con la suya respecto al órgano.

-Sí, porque Su Señoría parece tener a la mayoría de ellos en el bolsillo. Sin que importe lo que cueste ni el daño que cause, quiere tener el órgano que le da la gana.

Supuse que seguía refiriéndose al organista.

-¿Y los demás canónigos no se opusieron?

-El doctor Locard lo intentó, pero eran demasiados para él. Y también se dedican a cambiarlo todo en el colegio.

Yo sabía quién era el doctor Locard.

-¿Y qué está pasando en el colegio? -le pregunté, suponiendo que habría surgido alguna crisis que hubiese afectado a Austin y, de ser así, que allí se encontraba la clave de su súbita invitación. Quizá mi amigo había sido impulsivo y autocomplaciente, pensando poco en el futuro, características que ahora, como en el pasado, podían estarle acarreando dificultades.

El viejo bedel pareció darse cuenta de que estaba siendo indiscreto y murmuró:

-Lo decidirán en la próxima reunión del Cabildo. No sé mucho más que eso.

-¿Cuándo es la próxima reunión? Los canónigos deberían considerar la interrupción de estas obras.

-El jueves por la mañana.

-Será demasiado tarde.

Me volví y bajé las escaleras de prisa y crucé el coro para ir hasta donde trabajaban los hombres.

-¿Es usted el capataz? -le pregunté al barbado.

Me miró con curiosidad.

-Lo soy.

Los hombres dejaron de trabajar y prestaron atención.

[1] Desde su creación durante la Reforma y hasta nuestros días, la iglesia anglicana, esto es, la iglesia «oficial» conocida como Iglesia de Inglaterra, ha estado dividida en dos tradiciones opuestas: el ala conocida como High Church por una parte, y por otra, la llamada Low Church. La primera conserva muchos aspectos del dogma y el culto de la iglesia católica. En diferentes períodos ha sido denominada arminiana, ritualista, tractariana, o tradición anglo-católica. El ala llamada Low Church es inequívocamente protestante y por ello subraya la autoridad de la Biblia y la importancia de la conciencia individual. Esta tradición se identifica como calvinista, evangélica o protestante

-No puede poner los tubos ahí, amigo mío.

-¿Así que no puedo, no?

Sus maneras no me gustaron en absoluto.

-Provocará daños graves.

-Hago lo que me dijeron que hiciera -respondió.

-Espere -comencé-. Permítame...

-Recibo órdenes del señor Bulmer y del doctor Sisterson, y de nadie más -me interrumpió, indicando a sus hombres que volvieran al trabajo. Intercambiaron muecas de burla por mi intervención y uno de ellos volvió a blandir su chuzo.

Me volví al bedel.

-Si tienen que hacerlo, deberían poner las tuberías en una parte donde causaran menos daño.

-Tiene razón. ¿Pero cómo lo sabe usted? Con todo respeto, no me parece haberlo visto antes por aquí.

-Y nunca he estado. Pero he llevado a cabo varios estudios sobre la construcción de catedrales y he leído mucho acerca de ésta.

-¿Y dónde le parece que deberían poner los tubos?

-No estoy seguro. ¿Sería posible subir a la antigua galería del órgano? Podría ver mejor desde allí.

-Con mucho gusto le acompañaré hasta la escalera.

-¿No será ninguna molestia? -le pregunté-. ¿No está a punto de cerrar?

-En absoluto, de ninguna manera. Habitualmente cerramos después de vísperas, pero esta noche -y mañana igual- los hombres estarán trabajando hasta las ocho o las nueve y yo tengo que quedarme hasta que hayan acabado para cerrar la puerta del transepto tras ellos. Siempre es la última que se cierra.

-¿Por qué trabajan hasta tan tarde?

-El viernes tendría que estar todo acabado. Esa tarde habrá un gran servicio de consagración del nuevo órgano oficiado por el propio obispo. También por ese motivo el coro ha estado practicando hasta tan tarde.

Levantó la lámpara de la tumba y me guió cruzando el presbiterio hasta una pequeña puerta situada detrás de la tarima del coro. Me entristeció ver que habían levantado muchos de los antiguos paneles de encina y que algunos estaban esparcidos por el suelo.

-Yo no voy a subir, señor. Me cuesta mucho porque tengo reumatismo en las articulaciones. ¿Puede pasar a través de los paneles? Los levantaron para trabajar en la galería del órgano.

-¿Y van a volver a ponerlos en su sitio?

-Oh, sí, gracias a Dios. Pero tuvieron bloqueada esa puerta un par de semanas.

Me pasó la lámpara y yo subí la escalera y me encontré en la galería del órgano desde donde tenía una buena perspectiva del coro y el presbiterio y podía ver cuán potencialmente dañino era el trabajo que estaban haciendo.

Justo cuando estaba a punto de bajar vi una figura acercándose al viejo bedel desde el presbiterio. Era un hombre pequeño y juvenil con una calva prematura que resplandecía al recibir la luz.

Cuando poco después volví donde estaba el anciano, lo encontré charlando con el recién llegado y observando los trabajos.

-Es el doctor Sisterson, el sacristán encargado de las obras en la catedral -me dijo el viejo bedel.

El joven me tendió la mano con una sonrisa amistosa. Daba la impresión de ser extremadamente pulcro y tuve la extraña fantasía de que su esposa lo había lavado y envuelto como un paquete precioso antes de dejarlo salir. Me presenté adecuadamente, y como su cargo le daba responsabilidades en el edificio, le expliqué las razones de mi alarma por lo que estaban haciendo los trabajadores.

-Me parece que tiene razón -me dijo-. Desgraciadamente, Bulmer, el supervisor de la fábrica, se ha ausentado unos días por un asunto familiar urgente. Yo mismo tengo reservas respecto a lo aconsejable de esta forma de realizar el trabajo y sospecho que el capataz ha malinterpretado sus instrucciones. -Y añadió con una sonrisa-: Usted confirma mis temores.

Le indiqué la ruta alternativa para los tubos que había observado desde la galería del órgano.

-Deberían ir por aquí y pasar bajo esta tumba -le dije, indicando un bonito relieve sobre mármol, colocado en el muro a bastante altura. Estaba fechado a comienzos del siglo XVII y representaba en perfil dos líneas de figuras de rodillas incrustadas en basalto, los hombres de cara a las mujeres, disminuyendo en tamaño progresivamente de adultos a niños. Era tanto más notable pues no estaba pegado a la pared y se proyectaba a cierta distancia de ella.

-Memorial, no tumba -murmuró el doctor Sisterson-. El memorial Burgoyne. Su historia reviste cierto interés. Lo menciono porque acabo de venir de una recepción ofrecida por mi colega el doctor Sheldrick para celebrar la publicación del primer fascículo de su historia... -se interrumpió súbitamente-. Le ruego que me perdone, no puede tener ningún interés para usted.

Negué con la cabeza.

-Muy al contrario. Yo soy historiador.

Sonrió.

-Entonces comprendo su interés en conservar este testimonio del pasado.

-El caballero sabe mucho de estos edificios viejos -dijo el bedel.

-Estoy seguro de que sabe más que yo, Gazzard -dijo el doctor Sisterson con cierta ironía-. Retrocedió y durante unos instantes examinó mi proposición con la cabeza inclinada. Luego dio un paso adelante y le dijo al capataz:

-He decidido seguir el consejo de este señor. Haremos pasar los tubos por aquí.

Mientras daba explicaciones más detalladas, vi que el barbado me dirigía miradas furiosas sobre el hombro, aunque cuando el doctor Sisterson dejó claro lo que deseaba, instruyó a sus hombres sobre el cambio a pesar de su reticencia.

Sintiéndome más bien contento de mí mismo, me separé de mis dos acompañantes y volví al deambulatorio -que era tan magnífico como había esperado- y luego al otro lado del presbiterio, sin encontrarme con nadie más que un joven con sotana que, me pareció, debía de ser otro bedel.

Fui a una de las capillas laterales y me arrodillé. De niño había sido devoto. Luego pasé a ser escéptico y en Cambridge acabé de definirme como ateo. No sé si lo era en realidad, pero sí sé que pocos años más tarde, en la peor crisis de mi vida, descubrí que no podía rezar. La catedral no tenía para mí un significado espiritual. Era un hermoso monumento a un error enorme, maravilloso. Respetaba la moral de Jesús de Galilea -o de quienquiera que hubiese dado forma a sus enseñanzas-pero no podía creer que fuese el hijo de Dios.

Martes por la noche

Al pasar frente a una casa de la lonja unos minutos más tarde, vi las sombras de las figuras que se movían en el interior proyectadas por las lámparas hacia las cortinas. Debía de ser el lugar donde estaba desarrollándose la recepción mencionada por el doctor Sisterson. Se me ocurrió pensar que probablemente Austin había sido invitado, pero habría tenido que declinar la invitación por mi llegada. Mientras me quitaba el sombrero y el abrigo en la sala de Austin, llegó a mí el olor de la carne que estaba friendo. Encontré a mi anfitrión en la cocina sosteniendo una cacerola sobre la llama en una mano y un vaso de vino en la otra. Había dos botellas abiertas de clarete en la mesa auxiliar y advertí que una de ellas estaba medio vacía.

-¿Cocinas para ti a menudo? -le pregunté con una sonrisa mientras me servía una copa. Estaba intentando imaginar su vida allí.

-¿Te preguntas cuánto he practicado? -me respondió riéndose. Y luego añadió con solemnidad burlona-. Puedo tranquilizarte: mis emolumentos no me permiten cenar fuera muy a menudo. ¿Te ha dado apetito tu paseo?

-Es como lo temía -le dije-. La están destrozando.

-¡Sólo están instalando tubos! -exclamó mientras daba una vuelta vigorosa a las chuletas.

-Es así como se empieza. Recuerdo lo que ocurrió en Chichester hace unos años. Demolieron el púlpito para instalar tuberías de gas para la calefacción y debilitaron tanto la estructura que el crucero se vino abajo.

-Levantar unos cuantos adoquines difícilmente hará que el edificio se derrumbe.

-Siempre es peligroso alterar las bases y, como dijo el viejo bedel, ni saben ni les importan las consecuencias de sus acciones.

-¿Viste a Gazzard? Un viejecillo muy alegre, ¿no? Sospecho que no está preocupado por el edificio. Lo que teme es que despierten al fantasma de la catedral. Todos los bedeles le tienen miedo.

-Un edificio tan centenario como ese debe de tener varios.

-Este es el más famoso y más temido. El fantasma del tesorero William Burgoyne. ¿Viste el memorial de la familia?

-Lo hice, aunque estaba demasiado oscuro como para verlo bien.

-Es una obra interesante. De hecho, tiene un papel importante en la historia del fantasma.

-¿Qué forma adopta la aparición?

-¿Qué hace cualquier fantasma competente? Anda -debería decir acecha- de noche por la catedral y la lonja, asustando a la gente.

Solté una carcajada.

-¿Va con la cabeza bajo el brazo?

-Me parece que la lleva en el lugar habitual.

-¿Y qué gran ofensa impide que se quede en la tumba por la noche?

-La mayor de todas, porque lo asesinaron y su muerte no fue aclarada por la justicia. Te contaré la historia después de la cena. No, no digas nada. No tienes posibilidad de elección por que en esta época del año estos cuentos son obligatorios. Si no te asusto hasta el pavor y te mando a la cama temblando, me consideraré un anfitrión lamentable.

-Entonces interpretaré al huésped perfecto y te escucharé paralizado por el terror.

Sonrió y me anunció que la cena estaba lista, pasándome algunos platos para llevar al comedor.

Nos sentamos a la mesa -en verdad una mesa para jugar a las cartas rápidamente cubierta por un mantel más bien sucio que ocultó su color verde- y cenamos bien: chuletas de cordero a la parrilla con alcaparras y rábanos asados, seguidas por una deliciosa tarta de membrillo que, según Austin me advirtió -por si imaginaba que la había preparado él

mismo llevándome a un gran error sobre sus habilidades culinarias-, había comprado en la pastelería. Ambos bebimos clarete sin medirnos, Austin mucho más que yo. La habitación seguía muy cargada -olía a gas, a comida, carbón y algún que otro olor no muy agradable- pero no volvió a afectarme como al principio.

Mientras cenábamos, Austin oscilaba entre estallidos de charla distendida y períodos en que se volvía taciturno y parecía perdido en sus propios pensamientos. Intenté hablar de los intereses que alguna vez habíamos compartido, pero me pareció indiferente, y recordé con una punzada de dolor la pasión infantil con que habíamos pasado noches enteras discutiendo a Platón. Intenté que hablara de la ciudad -la escuela y la pequeña comunidad en torno a la catedral-, pero eludió mis preguntas.

Descubrí que tampoco quería hablar del pasado. Era como si lo hubiese olvidado. Cuando aludía a personas o incidentes de los viejos tiempos, no parecía interesarse. Yo le hablaba de nuestros compañeros de Cambridge y lo que había sido de sus vidas y él sonreía y asentía y, cuando se lo pedí, me dio noticias de aquellos con los que él se había mantenido en contacto y yo no. Le hablé acerca de mi trabajo sobre Alfredo y mi interés en su heroica resistencia contra el invasor pagano, pero sus gestos indicaban que no estaba poniendo mucha atención. En general su actitud me dejó bastante perplejo, y no pude entender sus motivos para renovar nuestra amistad.

Finalmente se levantó.

-Tomaremos el postre arriba y...

-¡Atención! -le dije levantando una mano porque oí la puerta de la calle-. Alguien ha entrado.

Estaba seguro de haber oído una llave en la cerradura.

-No es nada -dijo impaciente-. Probablemente oíste los crujidos de la escalera. Este viejo edificio chochea y habla a solas. Como iba diciendo, iremos arriba y te contaré la historia del canónigo que no encuentra reposo.

-Primero cuéntame tu propia historia -exclamé.

No había sido mi intención ser tan franco, pero el vino, aunque no hubiese bebido mucho, me hizo tener menos control del acostumbrado. Durante dos décadas había vivido en esta ciudad, estrujando sus matemáticas en beneficio de los hijos toscos de los prósperos hiladores de lino, los boticarios y los granjeros. A menudo había reflexionado sobre su aburrida y estrecha vida, preguntándome si pensaba en mí y en lo distintas que pudieron haber sido las cosas.

Me miró de un modo extraño.

-La historia de tu vida, quiero decir. El relato de tus días aquí.

-No tengo historia -dijo cortante-. He estado cumpliendo con mis obligaciones muy recluido. No hay más que contar.

-¿Es todo lo que puedes decir de veinte años o mas?

-¿Y qué habría de decir? Tengo mis amigos, algunos de los cuales conocerás. Alguno de mis colegas del colegio -solterones como yo- son amigos cercanos, y también tengo conocidos en la ciudad. En general somos un grupo de hombres disolutos y desaliñados que pasa demasiado tiempo en las cantinas porque nadie nos espera en casa. Y también me muevo en círculos mas amenos, porque algunas de las esposas y maestros me han adoptado como si fuese una mascota.

Sonreí.

-¿Nunca has pensado en casarte?

Me miró con una sonrisa.

-¿Quién querría casarse conmigo? Ya de joven no era buen partido y ahora lo soy mucho menos.

No me atreví a preguntar más porque no quería darle la impresión de que me movía la curiosidad. Pensé en la delicadeza con que había evitado hacerme preguntas personales y que pudiesen herirme, después de haber dejado de estar en contacto. Tuve la

ocurrencia de que me había pedido que viniera porque quería mis consejos o ayuda en algún asunto y, por lo que acababa de oír en la catedral, me parecía intuir los motivos. Por lo menos le daría la oportunidad de desahogarse.

-¿Va todo bien en el colegio?

-¿Por qué lo preguntas?

-Porque he escuchado que hay ciertas disputas. Me clavó la mirada con una súbita intensidad.

-¿Qué quieres decir? ¿Quién pudo haberte contado eso?

Hubiese querido no haber hablado.

-El anciano, el bedel, mencionó alguna clase de dificultades.

-¿Gazzard? ¿Por qué imaginas que sabe algo de ello? -me miró echando chispas-. Sería mejor si la gente se ocupase de sus propios asuntos. Gazzard es una vieja cotorra. Como la mayoría de los canónigos. Pasan el tiempo inventando mentiras maliciosas sobre unos y otros. Y sobre cualquiera que tenga la desgracia de estar en tratos con ellos.

-¿Qué tipo de mentiras? -le pregunté.

-Estoy seguro de que puedes imaginarlas.

Se volvió y pude ver que el tema lo aburría y recordé cuánto solía irritarse por mi hábito de concentrarme en un tema, intentando buscar perspectivas nuevas. Para Austin un hecho era un hecho y no había nada más que decir. Se levantó.

-Vamos arriba. He encendido fuego.

Al pasar por el vestíbulo noté que había un paquete apoyado en la pared frente a la puerta de la sala. Tenía la seguridad de que antes no estaba allí.

Austin lo recogió.

-¿Cómo ha llegado esto aquí? -le pregunté.

-¿Qué quieres decir? -replicó rápidamente-. Yo lo dejé ahí antes de la cena para acordarme de subirlo.

Subimos sin decir nada más y nos encontramos con un fuego vivo y acogedor. Cuando me instalaba junto a la chimenea, Austin puso el paquete en el suelo junto a la otra silla y encendió velas. Luego abrió una botella de oporto de buena calidad y llenó dos copas.

Era como en los tiempos viejos, y me hizo pensar tan vívidamente en lo que pudo haber sido, que se me ocurrió preguntar:

-¿Recuerdas cómo, cuando éramos estudiantes, hablábamos de pertenecer algún día al mismo colegio?

Hizo un movimiento sorprendido con la cabeza.

-¿Verdad?

-¿Cuánto nos inspiraba la idea de dedicarnos a la vida intelectual?

Sonrió con sarcasmo.

-Me parece que crees que ello sólo es posible en Cambridge... o acaso también en Oxford.

-En absoluto. Por ejemplo, estoy seguro de que los canónigos son hombres de intelecto...

-Con los canónigos -me interrumpió- tengo el menor trato posible. Son hombres de capacidades muy limitadas, casi sin excepción. Por eso están obsesionados, la mayoría de ellos, por las formas exteriores: incienso, vestiduras, velas y procesiones. La iglesia está llena de hombres así, al igual que las universidades. Hombres sin vida emocional, atrevidos como intelectuales, pero tímidos emocionalmente.

-He oído que el Cabildo sufre con particular intensidad los conflictos habituales entre ritualistas y evangelistas -dije con prudencia, evitando nombrar á Gazzard.

-Eso está tras la discusión sobre las obras en la catedral -dijo asintiendo con la cabeza-. Para algunos sólo se trata de una hermosa envoltura centenaria y quieren

conservarla intacta, porque según ellos no tiene ningún significado más allá de su existencia material.

Sonreí para ocultar mi irritación.

-¿Alguien que ame las viejas iglesias puede ser considerado poco devoto?

-Estoy hablando de todos aquellos que en nuestros días han hecho de la religión algo a base de cosas periféricas, que no son el cristianismo: música, historia, arte, literatura.

Habló con tanto resentimiento que, aunque lo último que hubiese deseado era dejarme arrastrar a una discusión, sentí que debía explicar mi punto de vista:

-Hablando por mí mismo, diría que he retenido el sentido moral de obras de arte como la catedral, pero separado del fardo de las supersticiones.

Se había recostado atravesándose en el sillón, dejando que las piernas le colgaran de un brazo -hábito que súbitamente recordé de nuestra juventud- y me miraba indignado y más bien irónico desde su postura tan poco elegante. Repitió lentamente mis palabras:

-«El fardo de las supersticiones». Tú y tus semejantes son los que crean esos fardos. Lo que has hecho es juntar un montón de creencias para producir una forma nueva de superstición mucho más peligrosa para el cristianismo que todo lo demás. Y menos útil. No te ayudaré con los grandes temas: la pérdida, la muerte de los seres queridos, la inminencia de la propia muerte.

-¿Es eso lo que debería ser la religión? ¿Una ficción reconfortante? Por duro que parezca, yo elegiría la verdad, como los estoicos romanos o mis queridos anglosajones antes de ser cristianizados.

-No hay nada más duro que el cristianismo.

-¿Te has transformado en creyente, Austin? Antes no lo eras.

-Hablas de hace veinte años -dijo irritado-. ¿No te parece que hay cosas que pueden haber cambiado en el mundo fuera de los confines de Cambridge?

Este sí que era un cambio. Ambos habíamos sido librepensadores, seguidores de Shelley, como los estudiantes de ideas más avanzadas de nuestra generación. Con cuánta pasión habíamos denunciado la religión como una patraña organizada. Yo no había cambiado y, de hecho, mi experiencia como historiador había profundizado mi convicción de que la religión era una conspiración de los poderosos contra el resto. Pero mis puntos de vista se habían aplacado y ahora los creyentes me inspiraban más lástima que irritación.

-En cualquier caso, yo era creyente cuando llegué a la universidad -siguió con amargura-. Sólo fue mi deseo de evitar que se burlaran de mí lo que me llevó a fingirme agnóstico.

Austin había llegado como un tractariano de un tipo muy sofisticado -pienso que intentaba molestar a su padre, que era vicario de la Low Church de orígenes modestos y pequeña hacienda-, pero no tardó en declararse no creyente. ¿Lo había convertido sin siquiera darme cuenta? ¿Había sido tan maleable? Si tuve alguna influencia en él, no se debió a que fuese más inteligente, sino a saber con mas claridad lo que creía y deseaba. Austin tenía un tipo de pereza que lo dejaba derivar y entregarse con mucha mejor disposición que yo a la tentación de la autocomplacencia. Ese aspecto de su personalidad hizo posible que cayese bajo la influencia del hombre que me causó tanto mal.

-Cuando éramos estudiantes acostumbrábamos a hablar volublemente del cristianismo como superstición -dijo Austin-. Una superstición que lo ha resistido todo, sin evaporarse ni desaparecer a la luz del racionalismo, como predecíamos confiadamente. Pero ahora comprendo que es al revés: que sin fe, sólo queda la superstición. El temor a la oscuridad, a los fantasmas, al ámbito de la muerte que sigue asustándonos, sean cuales fueren nuestras creencias. Necesitamos historias que impidan nuestro miedo. Tú has creado tus mitos y ficciones reconfortantes de la historia, como tus ideas sobre el rey Arturo.

-¿El rey Arturo? ¿De qué me hablas?

-¿No me contaste que estás escribiendo sobre el rey Arturo?

-No, cielo santo. Hablaba del rey Alfredo.

-Rey Arturo o rey Alfredo. No importa. Puedo haberlos confundido, pero se trata de lo mismo. Estás creando tus propias historias para consolarte.

-Al contrario que el rey Arturo, el rey Alfredo es una figura histórica probada -protesté indignado-. No como tu Jesús de Nazaret. Por mucho que respete el sistema moral asociado a su nombre.

-¡Respetas el sistema moral asociado a su nombre! -repitió Austin-. Yo estoy hablando de fe, creencia, aceptación de la realidad absoluta de la salvación y la condenación. Tú -junto con otros de tu generación- perdiste la fe porque decidiste que la ciencia puede explicarlo todo. Yo mismo lo creí un tiempo, pero llegué a comprender que la razón y la fe no están en conflicto. Son órdenes diferentes de realidad. Aunque ahora lo entiendo, cuando era más joven compartía tu error. Ahora sé que existe la luz porque hay oscuridad. Que hay vida porque hay muerte. Y porque existe el mal, existe el bien. Y que hay condenación, así como hay redención.

-¡Y hay huevos porque hay tocino! -no pude evitar la exclamación-. ¡Qué patraña!

Austin se limitó a mirarme fríamente con sus grandes ojos negros, como si no valiese la pena corregirme.

-Lo siento -le dije-. No debí haberme expresado de ese modo. Pero crees eso porque quieres pensar que estás salvado. Has caído en la trampa que solíamos denunciar. La tentación de la vida eterna te ha obnubilado y eso es una tontería.

-¿Y tú qué sabes de mis creencias? -me dijo en voz baja.

Súbitamente vi algo que en cierto modo había percibido desde mi llegada: que se había convertido en un completo extraño para mí. Y luego sentí, y fue más desconcertante aún, que ni siquiera había conocido al Austin que había creído conocer hacía veinticinco años. El hombre que ahora me estaba mirando con tal menosprecio, de algún modo había estado presente *in potentia* en el joven que fuese mi amigo, y nunca lo había notado.

Hubo un largo silencio. Fuera, la espesa niebla era como una capa viscosa que envolvía la lonja y la catedral en un abrazo estrecho, pero helado. Austin bebió sin dejar de mirarme sobre el borde de su vaso. Para evitar su mirada yo también bebí. El puso el vaso en el suelo y cambió de posición

-Te iba a contar la historia del fantasma.

Habló amablemente, como si un momento antes no hubiésemos estado al borde de una ruptura abierta. Respondí a su cambio de actitud.

-En verdad, me gustaría mucho que me la contases.

Sólo dos días más tarde sería muy significativo que Austin me hubiese contado la historia de un asesinato en el antiguo distrito de la catedral y la lonja, pero en ese momento me pareció una forma de revivir la cálida intimidad de los buenos tiempos. Tras una pausa, comenzó a hablar:

-Durante los últimos siglos a veces se ha visto una figura negra y alta que se mueve lentamente en torno a la catedral y la lonja...

Asentí, pero él me dijo:

-Pareces escéptico, pero existen pruebas físicas de por lo menos una parte de la historia. Lo puedes ver con tus propios ojos e incluso tocarlo, si como el incrédulo santo Tomás eso es lo único que te sirve como prueba, porque está escrito en la piedra a menos de cincuenta metros de donde estamos ahora.

-¿De qué se trata?

-Todo en su momento. Hace unos doscientos cincuenta años -continuó-, William Burgoyne era el canónigo tesorero de la fundación. Si abrieras esa ventana -por favor no lo hagas porque hace demasiado frío- y miraras hacia la izquierda, podrías divisar lo que era por entonces la casa del tesorero. Luego fue el deanato nuevo, pero en la actualidad ya no lo es. Aunque no es tan grande como el deanato de ese período, y ciertamente no alcanza ni un tercio del tamaño del palacio del obispo, era con mucho la mejor casa de la lonja. El predecesor de Burgoyne la había reparado mediante un desfalco a la Fundación, pues el

Librodot

puesto de tesorero era altamente lucrativo para un hombre que estuviese dispuesto a beneficiarse de él. Burgoyne nunca cayó en esa tentación ni la favoreció en otros. Fue precisamente por su probidad que se atrajo un enemigo poderoso. Era un canónigo ambicioso de más o menos la misma edad de Burgoyne, Launcelot Freeth, el vicedeán. Un hombre profundamente empantanado en el materialismo.

-¡Sé quién era!- exclamé.

-¿Y cómo lo sabes? -preguntó Austin-. Bien, calla un momento y escucha. Hasta la llegada de Burgoyne, Freeth, en efecto, tenía un poder irrestricto, dada la incapacidad del viejo deán. Dirigía el Cabildo catedralicio en alianza con otro canónigo llamado Hollingrake, el bibliotecario, un gran erudito, pero asimismo un hombre ambicioso y sin escrúpulos. Puedes imaginar cuánto se resintieron por la aparición del recién llegado.

-He de decirte, Austin -no pude resistir la tentación de añadir-, que recientemente he descubierto un relato absolutamente novedoso del asunto Freeth.

-¡Qué interesante! -exclamó Austin sin mostrar interés alguno-. Pero déjame seguir mi relato y entonces me contarás el tuyo. De otro modo perderemos el hilo. Hubo algo más aparte de la antipatía personal entre Burgoyne y Freeth**.** Burgoyne era un hombre pío y poco mundano que había dedicado su vida a la oración, en tanto que Freeth ambicionaba poder, no tenía interés en la cultura y sólo le importaba llevar a cabo sus intereses materiales.

-Espera un momento -no pude evitar una nueva interrupción-. He descubierto un relato de un testigo directo que sugiere que ese día aciago, Freeth riñó con los soldados debido a su amor por los libros.

-Yo no lo creo -replicó Austin-. Todo ocurrió por su intento cobarde de huir.

-No fue así, según mi testigo -objeté-, sostuvo que...

-Cuéntamelo cuando haya acabado mi propia historia. Ya es bastante complicada sin tus interrupciones.

Hizo una pausa de profesor antes de continuar:

-Los canónigos de ese tiempo eran negligentes y codiciosos -¡qué poco han cambiado!- y no sólo permitieron que la catedral se deteriorara; descuidaban además sus muchas responsabilidades educativas y de caridad para con la ciudad. Burgoyne intentó cambiar eso. Quería reparar y reabrir la catedral para que volviera a ser un centro de culto para todos, y restaurar los colegios y hospitales. Para conseguir el dinero, intentó reducir aquellas funciones de la catedral que en su opinión no eran esenciales, y al hacerlo, tocó intereses arraigados y se ganó más enemigos aún entre los canónigos. Las cosas se complicaron cuando hubo una pelea sobre unas propiedades de la Fundación que Burgoyne quiso vender para conseguir dinero. Freeth reprodujo un documento antiguo que impedía hacerlo, aunque más tarde se reveló que el documento era falsificado. Burgoyne lo sospechó y ello debía de servirle como advertencia sobre la falta de escrúpulos que podría llegar a poner en práctica su antagonista. No obstante, perseveró y, finalmente, se salió con la suya y consiguió casi todo el dinero que necesitaba. Parecía haber triunfado, pero había un precio que pagar. De algún modo misterioso y probablemente conectado con todo este ambiente conspirativo, llegó a su conocimiento un secreto terrible, tan espantoso que reflexionar sobre él lo hizo cambiar: de ser un hombre de hábitos retirados y regulares, se transformó en un insomne que pasaba las noches paseando entre la catedral en ruinas y la lonja.

-Supongo que vas a contarme de qué se trataba.

-De hecho, no, pues Burgoyne se llevó el secreto a la tumba. Pero fuese lo que fuera, transformó al clérigo digno y respetable en un hombre que sufría un tormento moral. Se trataba de algo muy peligroso.

-¿Me quieres decir que lo asesinaron para evitar que lo revelara?

-Aparentemente así es. Una mañana temprano fue encontrado en la catedral aplastado por los andamios que habían levantado para llevar a cabo las reparaciones que él mismo había impuesto a sus colegas.

-¿Como si lo hubiesen castigado por su éxito?

-Y una prueba más para creer que lo asesinaron fue que el aparejador de la catedral, un hombre llamado Gambrill, desapareció esa misma noche y nunca volvió a ser visto. También él se había indispuesto con Burgoyne. Pero otra explicación posible de su desaparición y la muerte del canónigo es que ambos fueron asesinados por el joven oficial de Gambrill. Fue lo que se rumoreó en la ciudad durante muchos años.

-¿Y cuáles podrían haber sido los motivos del oficial?

-Había una antigua querella entre su familia y Gambrill. Pero déjame contarte del fantasma, puesto que se trata de una historia de fantasmas. El servicio funerario de Burgoyne en la catedral fue alterado por unos lamentos horribles de origen desconocido, hasta el punto que algunos de los asistentes se asustaron tanto que huyeron. Desde entonces, y durante muchos años, el fantasma de Burgoyne merodea por la catedral y a menudo se oyen lamentos desgarradores que provienen de su memorial, en particular cuando hay mucho viento. Ese es el fantasma que el viejo Gazzard teme haber despertado con los trabajos. Y aquí acaba la historia que te prometí.

-No la llamaría una historia -farfullé-. Hay demasiados cabos sueltos.

-Te dije que hay una clave, aunque sea algo enigmática.

-¿Arroja alguna luz sobre el secreto que llegó a conocer Burgoyne? ¿O sugiere quién lo asesinó?

-Todo depende de la interpretación. A la mañana siguiente del asesinato se encontró una inscripción en el muro de la casa de Burgoyne, el Deanato Nuevo de nuestros días. Aparentemente habían hecho las incisiones durante la noche, proeza sorprendente por el escaso tiempo de que dispusieron y porque sólo pudieron alumbrarse con una tea.

-¿Y qué decían?

-No recuerdo las palabras exactas, de modo que dejaré que la leas tú mismo.

-Me parece muy irritante por tu parte, Austin. Casi me levantaría para ir a leerla ahora mismo.

-No seas tonto. No se puede entrar en la propiedad de un extraño a media noche.

-¿Quién vive en la casa ahora? ¿Alguno de los canónigos?

-Está en manos privadas. El propietario es un caballero de edad. Espera que llegue el día y podrás leer la inscripción a través del portón, sin siquiera tener que entrar en el . patio.

-No puedo ponerme a mirar una propiedad a plena luz del día.

-Los hábitos del dueño son muy regulares. Si vas entre las cuatro y las cuatro y media, puedo prometerte que no habrá nadie.

-Me pregunto si la historia tiene alguna fuente escrita -reflexioné-. Supongo que estará en la Biblioteca del Deanato y el Cabildo. Podría pedírselas al bibliotecario cuando lo vea mañana.

Austin me lanzó una mirada rápida.

-¿Piensas ver a Locard? ¿Por qué vas a hacerlo?

-Por mi trabajo.

-¿Tu trabajo? ¿Y qué tiene que ver él con eso?

-¡Todo! -sonreí-. Me apoyo en él para dirigir mi investigación en la dirección más promisoria.

-Pensé que ibas a dar vueltas por los benditos túmulos romanos en el camino de Winchester. ¿Y eso qué tiene que ver con Locard?

-¿Te refieres a los que están en torno a Woodbury Castle? Probablemente no sean romanos, aunque hasta hace muy poco esa fuese la creencia general. De hecho son o bien...

-Pero, cielo santo, ¿es que no vas a trabajar en eso?

-Esa era mi intención cuando te escribí. ¿Sabes que nunca han sido investigados? Y en consecuencia no tenemos idea si vienen del tiempo anterior a los romanos, o fueron construidos por ellos o por los anglosajones. Mi propia...

-Entonces has cambiado de idea?

-¿No te conté en mi última carta que ha surgido una posibilidad mucho más interesante? Bueno, por lo que veo no dejé claro que me estaba refiriendo a algo enteramente diferente. ¡Desde luego! ¡Por eso me decías que el mal tiempo iba a interferir con mi trabajo! ¡Me pareció que bromeabas! -reí, pero Austin me preguntó irritado:

-¿De qué estás hablando?

-Muy recientemente me he enterado de que en algún lugar de la biblioteca debe de haber un manuscrito cuyo descubrimiento resolverá de una vez por todas una controversia fascinante y trascendental.

Austin se levantó y se acercó al fuego. Luego, volviéndome la espalda, buscó algo en la chimenea y comenzó a llenar su pipa. Nunca antes lo había visto fumar.

Continué:

-He estado preparando una monografía sobre la *Vida de Alfredo* el *Grande,* de Grimbald, mejor llamada *De Vita Gestibusque Alfredi Regis.* ¿La conoces? .

-No me parece -murmuró.

-Grimbald fue un clérigo contemporáneo de Alfredo y hay una referencia a él en una obra mucho más conocida *Vida de Alfredo el Grande,* de Asser. El relato es una obra fascinante que da vida a ese rey notable de modo conmovedor. Te estarás preguntando por qué esa obra no es tan conocida como la de Asser.

-Imagino que vas a explicármelo.

-La respuesta es que su autenticidad nunca ha sido aceptada. Pero espero establecer que es genuina y escribir mi propia biografía de Alfredo a partir de ella. Será un trabajo que, con toda modestia, transformará nuestra visión del siglo IX, porque en Grimbald hay mucho material excelente del cual los historiadores nunca han hecho uso...

-Porque creen que es fraudulento -me interrumpió Austin.

-Algunos de ellos lo afirman, tal vez porque su propio cinismo queda cuestionado por el retrato del rey que ofrece Grimbald. Como verás, su relato confirma cuán extraordinariamente valiente, lleno de recursos y erudito era Alfredo, además de ser un hombre generoso y bien amado. Por ejemplo, nos dice mucho acerca de su amistad con el gran santo y erudito, Wulflac.

-¿Wulflac?

-Había sido el tutor del rey cuando éste era un niño y estuvo con él durante algunas de las peores crisis de su vida. Hay una escena en Grimbald en que él y el rey discuten el papel que debía asumir el rey la noche anterior a la batalla crucial de Ashdown. Y hay un capítulo fascinante en que Alfredo -guiado por Wulflac- visita a los chicos que estudiaban en la abadía, aquí, en Thurchester. Y sobre todo, la obra de Grimbald es la única fuente de conocimiento del martirio de Wulflac.

Ante su evidente expresión de estar en blanco, le pregunté:

-¿No conoces la historia? Negó con la cabeza.

-¿El relato de su captura por los daneses?

-No sé de qué me estás hablando -me dijo casi enfadado.

-Entonces te lo contaré. Creía que todos los escolares ingleses aprendían esa historia maravillosa.

-Sé lo de las benditas tortas[2].

-Una tradición muy posterior y confusa -reí-. Pero la historia del martirio de Wulflac es un relato cierto y muy conmovedor. Lo recuerdo bien, pero me referiré al texto de Grimbald, en caso de haber olvidado algunos detalles.

2 Cuando Alfredo huía de la invasión vikinga, en cierto momento se encontró separado de sus tropas. Se refugió entonces en la choza de una campesina que desconocía su identidad. La mujer salió y le pidió que durante su ausencia vigilara las tortas que estaba horneando. Pero como el rey estaba abstraído pensando en el destino de su reino y el modo de evitar la conquista, las tortas se quemaron. Al regresar, la campesina lo regañó con severidad por su descuido.

Librodot

-Así no vale dijo negando con la cabeza.

Corrí a mi dormitorio y recogí el libro de la mesilla de noche, notando que a su lado estaba mi regalo para Austin, poco adecuado en cierta medida, pero primorosamente envuelto por la dependienta de la tienda. Bajé con ambos libros y al llegar al descansillo me sorprendió encontrar a Austin subiendo las escaleras. Al entrar en la sala le pasé el regalo y él me lo agradeció y lo puso junto a su silla antes de volver a sentarse. Mi regalo estaba ahora en el mismo lugar en que había estado el paquete y, preguntándome qué había hecho Austin con él, miré a mi alrededor. No lo pude ver en las estanterías ni en la mesa junto a la ventana. Tal vez lo había guardado en el armario. ¿O había vuelto a bajarlo? ¿Pero por qué habría hecho eso?

-Lo abriré más tarde -dijo Austin-. La mitad de lo bueno de un regalo es la anticipación.

Volví a sentarme y encontré el lugar en el libro.

-Me has contado una historia que pasa en Thurchester, y yo voy a contarte otra. Como sabes, esta ciudad fue la capital de Alfredo y el castillo era su fortaleza más importante.

Austin se volvió lentamente hacia mí, con la pipa proyectándose de su boca de modo más bien irónico.

-De niño, Alfredo reveló una pasión por el conocimiento muy inusual en esos días. Era tanto más admirable pues se trataba de un joven príncipe de quien se esperaba que se dedicase a las artes de la guerra. Alfredo también hizo eso, y muy bien. Pero asimismo aprendió a leer, lo cual no era habitual entre los miembros de las familias aristocráticas o reales, especialmente tratándose de un príncipe cuyo padre estaba arrinconado en un pequeño confín de la civilización europea, ya que por entonces Wessex no era más que eso. Años más tarde, ya adulto, también aprendió latín. Acaso se dejó llevar por su pasión por el conocimiento porque creía poco probable que llegase a ser rey, pues tenía varios hermanos mayores. Grimbald relata cómo el padre de Alfredo hizo llamar a un joven monje de Sajonia para que fuese el tutor del muchacho. Se trataba de Wulflac, uno de los hombres más eruditos de Europa occidental, en esos tiempos oscuros. Luego resultó que todos los hermanos mayores de Alfredo encontraron la muerte luchando con los daneses y él se transformó en rey a una edad muy temprana, justo a tiempo para enfrentarse a la amenaza más grave que habría de sufrir su reino. Una gran fuerza invasora danesa desembarcó en el año 865 con la intención de conquistar y establecerse en toda Inglaterra. Alfredo defendió su reino con inteligencia y coraje, consiguiendo mantener la unidad entre los ingleses timoratos que querían rendirse y pagar tributos antes que luchar.

Hacia el año 892 Alfredo había sido rey unos treinta años y había luchado largamente por conservar su reino y no entregarlo a los daneses. Su viejo amigo y tutor, Wulflac, era ahora obispo de Thurchester. Aunque Alfredo había defendido Wessex con éxito, los daneses ya ocupaban buena parte del norte y este de Inglaterra. Luego, a comienzos del verano, los daneses mandaron una gran fuerza invasora a Wessex para saquear y destruir cuanto se encontrase en su camino. Las noticias de esto llegaron a Alfredo cuando estaba en esta ciudad con su consejo, el *witan*. Grimbald escribe:

> El rey convocó un consejo de guerra y se decidió que aunque hubiese una demora de varias semanas, los nobles volverían a sus marcas para reunir tropas. Después de ello el joven capellán del rey hizo un aparte secreto con éste para advertirle que su sobrino Beorghtnoth, en quien confiaba, en alianza con otros *thengs,* estaba tramando su asesinato con Olaf, cabecilla de los daneses, para apropiarse de la corona. Alfredo, aunque tenía una confianza absoluta en su capellán, se negó a dar crédito a una acusación tan horrible contra su sobrino. En medio de todo esto, los daneses estaban sitiando Exeter, y Alfredo, acompañado por la mayor parte de sus *thengs,* incluido Beorghtnoth, partió hacia dicha ciudad, dejando a Wulflac a cargo de la plaza. El rey cabalgaba en su potro casi indómito, Wederstepa, «el que galopa

por la tormenta», que sólo él podía montar y que era atendido por un fiel mozo de cuadra. Y llevó consigo el tesoro real -tres grandes cofres de hierro que contenían oro, plata y piedras preciosas- que los daneses tanto querían obtener.

-No leeré las siguientes secciones, pero explicaré que, desgraciadamente, el capellán tenía razón sobre el sobrino del rey. (Y por lo tanto, las referencias al joven capellán son bastante interesantes y yo tengo una teoría sobre ellas.) Beorghtnoth había llegado a un acuerdo secreto con Olaf y el ataque a Exeter únicamente pretendía alejar al rey de Thurchester. Cuando Alfredo dejó su capital, los daneses ya habían dividido su ejército en Exeter: la parte más pequeña se quedó cerca de esa ciudad para retrasar el regreso del rey, en tanto que la parte mayor, encabezada por el propio Olaf, se dirigió a Thurchester con gran rapidez, por una ruta que los llevó hacia el norte haciendo un círculo amplio. Al estar Thurchester poco defendida, no tuvieron dificultades para apoderarse de la ciudad. De modo que cuando Alfredo llegó a Exeter, descubrió que los daneses ya la habían abandonado. Volvió a Thurchester a marchas forzadas, para encontrarse con que los daneses se le habían adelantado y estaban allí y que, para su completa desesperación, habían apresado a Wulflac, a quien tenían como rehén. Te leeré la sección siguiente.

Ante lo cual Austin lanzó un ligero suspiro.

-No, en verdad, verás que es básico.

Olaf mandó un mensaje diciendo a Alfredo que mataría a Wulflac a menos que le fuese entregado un gran rescate en oro y plata, y que el rey debía comprometerse en una misa solemne a vivir en paz con los daneses. Cuando Alfredo respondió que había dejado su tesoro en Exeter y que enviaría parte de su ejército a buscarlo, Olaf estuvo de acuerdo en esperar diez días, pero insistió en que si no se le entregaba el oro en la fecha acordada, Wulflac sería ejecutado. Ahora bien, la verdad era que Alfredo tenía el tesoro con él, pero había dicho que estaba en Exeter para ganar tiempo, pues sus nuevas huestes iban a llegar dentro de nueve o diez días. No obstante, en el *witan,* Beorghtnoth, apoyado por los *thengs,* poderosos señores de la guerra que deseaban que traicionase a Alfredo, alegó diciendo que el rey debía entregar el tesoro. El rey se encontró ante un dilema angustioso y para resolver la situación propuso un atrevido y súbito ataque a la ciudad. Los *thengs* se negaron a la propuesta, sin embargo, e insistieron en esperar la llegada de huestes de refuerzo. Transcurridos diez días, éstas no habían llegado. Finalmente, el noveno día, Alfredo le dijo al *witan* que se entregaría para salvar la vida de su antiguo tutor. Todos se conmocionaron, excepto Beorghtnoth y sus aliados, quienes se alegraron en secreto, y argumentaron con Alfredo que la supervivencia del reino dependería de que él siguiera al mando. Alfredo se dirigió a sus habitaciones privadas y acompañado sólo por su joven capellán, comenzó a orar para que Dios lo iluminase sobre las acciones correctas.

-Tal como lo describe Grimbald, fue un momento asombroso. Es una de las primeras miradas a la vida interior de un individuo desde el final de la civilización romana. Y desde luego se trata de un dilema clásico: los vínculos del amor, en oposición a los del deber. A propósito, me pregunto si has encontrado pruebas de esta hipótesis mía.

Austin no respondió.

-Continúa Grimbald:

El rey pidió consejo al sacerdote, y el joven, profundamente conmovido por esa prueba del respeto del rey por él y alarmado porque sospechaba la traición de Beorghtnoth, le pidió que entregara el oro. Así, podría atacar a los daneses en cuanto llegaran sus huestes de refuerzo. El rey objetó que ello requeriría que rompiera su

promesa solemne, y sería una grave ofensa a Dios. El capellán respondió que ninguna promesa hecha a un pagano podría considerarse vinculante ante los ojos de Dios.

-Como sabes, fue un consejo muy acertado. Tiene sentido tanto desde el punto de vista militar como político. Y también desde el punto de vista teológico tenía razón el capellán. Pero evidentemente, Alfredo estaba comprometido por el código moral anglosajón precristiano, pues el texto sigue:

No obstante, Alfredo insistió en que su sentido del honor no le permitiría comportarse de ese modo. Y así, habiendo pasado tres horas dedicado a la oración y el análisis, el rey se presentó para anunciar al *witan* su decisión: era su deber negociar en persona con el enemigo y, de ser necesario, ofrecerse personalmente como rehén, en lugar del obispo. Los *thengs* estaban furiosos y los más leales levantaron enérgicamente la voz, diciendo que no le permitirían hacer tal cosa. Beorghtnoth habló y ofreció presentarse ante Olaf para intentar una solución a la crisis y, confiadamente, Alfredo estuvo de acuerdo. De este modo, Beorghtnoth se presentó ante Olaf, no para ayudar, sino para traicionar a su tío. Le dijo al cabecilla danés que como Alfredo tenía el oro consigo y esperaba refuerzos, Olaf debería obligar al rey a resolver rápidamente el conflicto. Entonces Wulflac fue llevado a su presencia con sus dos capellanes y Beorghtnoth, comportándose de modo vilmente doble, se conmiseró de él. Sin embargo, el erudito obispo tenía el objetivo secreto -aunque enteramente honorable y bueno- de hacer llegar a Alfredo un mensaje que sólo él entendería. De modo que el obispo dijo a Beorghtnoth: «Dile a tu tío que se consuele y que esta misma noche piense en lo que escribió Plinio: "Un hombre auténticamente sabio, incluso en un momento de oscuridad, encontrará una luz que opaque la del sol; en tanto que el necio se verá deslumbrado por la débil claridad del alba". Es un pasaje que recordará bien». Hizo que el sobrino analfabeto repitiera el mensaje hasta que lo hubo memorizado al pie de la letra. Pues este era el plan secreto del erudito: por su profundo conocimiento del cielo y el movimiento de las estrellas, Wulflac sabía que iba a haber un eclipse del sol ese mismo amanecer. Y como él y el rey hacía poco habían estado leyendo las obras de Plinio que describen esos fenómenos, estaba seguro de que Alfredo comprendería. Pero por desgracia Beorghtnoth sospechó que intentaba comunicar algún mensaje oculto y decidió no informar a su tío sobre lo dicho por el obispo. Por ello, cuando volvió al campo de los ingleses, se limitó a decir al rey y al *witan* que su intento de negociar con los daneses no había tenido éxito.

Mientras tanto, y actuando según los consejos de Beorghtnoth, Olaf dio órdenes de que Wulflac fuese colgado de la Puerta Occidental de las murallas de la ciudad, a la vista del ejército que la sitiaba. Cuando Alfredo vio esto, su corazón se llenó de dolor y cólera y anunció que estaba decidido a entregarse a cambio del obispo. Los *thengs* -junto al hipócrita Beorghtnoth y los demás conspiradores- le rogaron con lágrimas en los ojos que no lo hiciese, argumentando que si lo hacía los daneses iban a darle muerte. Pero Alfredo replicó que estaba usando su autoridad para designar a su sucesor y que elegía a su sobrino, quien, estaba seguro, sería un buen rey si a él le correspondía morir. Entonces el más leal de los *thengs,* viendo que estaba decidido, llegó al extremo de tratar de disuadirlo impidiéndole físicamente que dejara sus habitaciones.

Pero el rey, durante las horas de oscuridad antes del alba de este décimo día en que Wulflac iba a morir, vistió las ropas de uno de sus propios sirvientes y consiguió escapar. Sin ser reconocido, se abrió camino hasta el lugar en que se guardaban los caballos del ejército y encontró a su propio potro, el feroz Wederstepa, que sólo él podía montar. El caballo se resistió a ser ensillado y montado, pero en cuanto el rey estuvo en la montura, reconoció a su amo y se quedó quieto. Por el ruido que había

hecho el potro despertó de su sueño el mozo de cuadra, quien, en cuanto notó el comportamiento gentil del caballo, supo que lo montaba el rey.

-A propósito -dije-, no sé si conoces el cuadro de Landseer sobre el tema que está en la National Gallery.

-¿Landseer? -sonrió-. ¿Como se llama? ¿El rey entre la espada y la pared?

Entendí que estaba bromeando y reí.

-No, se trata del hermano de Edwin, Charles Landseer. El cuadro se llama *El rey Alfredo reconocido por su fiel mozo de cuadra.* Es muy conmovedor. El rey está en primer plano, con una expresión en que se mezclan la culpa y el afecto bellamente plasmados en sus nobles rasgos, que vuelve la cabeza ante la exclamación de reconocimiento que acaba de salir de los labios del apuesto joven que lo mira con respeto y devoción.

Se quitó la pipa y sonrió.

-¿Sí? Me propongo verlo la próxima vez que esté en la ciudad.

Parecía estar haciendo una alusión privada que yo no entendí.

-En cualquier caso, volviendo a Grimbald*:*

El joven tomó las riendas del caballo y gritó hasta que el resto de la servidumbre llegó a la carrera. Los *thengs* estaban tan conmovidos por el valor del rey y su determinación que acordaron asaltar la ciudad sin esperar los refuerzos. De modo que rápidamente las tropas fueron despertadas, y se les pasó lista, organizándolas frente a las murallas. Aún se podía ver al obispo colgando sobre la puerta principal, y era claro que su muerte estaba cercana. Poco antes de amanecer, las tropas británicas se reunieron en espera de la señal de ataque que debía dar el rey. En ese momento, el sol, que empezaba a levantarse sobre Wodbury Downs, comenzó a ser tragado por una sombra negra y la tierra se ensombreció progresivamente hasta que, tras un minuto, la oscuridad fue total y se levantó un viento frío. Del sol, oculto por el disco de la luna, parecían desprenderse llamas. Los caballos relinchaban de terror y los pájaros revoloteaban confusos, sin saber si era tiempo de levantar el vuelo o no. Era algo que ningún ser vivo había visto y todos imaginaban que se trataba del fin del mundo. Sólo Alfredo sabía que se trataba de un eclipse; y cabalgó recorriendo las filas gritando a sus hombres que dentro de uno o dos minutos volvería el sol. Pero sus explicaciones llegaron demasiado tarde y sus tropas cayeron en un estado de pánico absoluto. Los daneses estaban experimentando el mismo terror y Olaf, que estaba sobre la puerta principal, creyendo que Wulflac había convocado las tinieblas mediante magia, ordenó que se cortasen las cuerdas que lo sostenían. El erudito cayó y encontró la muerte justo en el momento que la oscuridad comenzaba a disiparse. Los daneses entonces tuvieron la desvergüenza de lanzar el cuerpo del mártir en un pozo cercano a la antigua abadía, conocido ahora en toda la cristiandad como el Pozo de Wulflac. Se puede imaginar el horror y la pena de Alfredo. Y aunque consiguió recuperar el mando de la mayor parte de sus tropas desperdigadas, ya no era posible lanzar un ataque contra la ciudad con sus soldados muertos de miedo, y cuando el elemento sorpresa se había perdido.

Por suerte, sin embargo, al día siguiente llegaron los refuerzos y de inmediato Alfredo encabezó un asalto contra la ciudad, que recuperó, infligiendo una derrota total al enemigo. En una misa en la antigua abadía, Olaf, su familia y sus *thengs* fueron bautizados y tomaron el sacramento y luego él y Alfredo intercambiaron ricos regalos. Con la captura de la ciudad, uno de los capellanes de Wulflac, un hombre llamado Cathlac, descubrió la traición de Beorghtnoth revelando que el obispo mártir había tratado de hacer llegar un mensaje al rey sobre el eclipse. Beorghtnoth probó su traición huyendo a las marcas danesas. El cuerpo de Wulflac fue sacado del pozo y enterrado en la vieja abadía en un catafalco de piedra negra

Librodot

cubierto de plomo y decorado con esculturas que representaban etc., etc. El cuerpo fue lavado y ungido y cubierto con un paño de fina...

-No me parece que esto sea particularmente interesante.

La antigua abadía había sido saqueada por los daneses y cuando sus edificios fueron reparados, ocurrió un incidente extraño. Cathlac encontró un viejo documento que debió de estar oculto en un muro destruido por el ataque de los daneses. Era la carta de hacía cien años de un antiguo rey de Wessex, que otorgaba ciertos derechos a la abadía. Alfredo aceptó la validez de la carta y desde ese momento confirmó los derechos de ese templo a perpetuidad, como tributo a su amigo y maestro, convertido en mártir. A partir de entonces comenzaron a ocurrir milagros asociados con san Wulflac y en particular con el pozo en que habían arrojado su cuerpo. Porque se vioque el agua del pozo hacía cicatrizar heridas horribles y que los árboles regados con ella daban frutos en medio del más crudo invierno...

-Hay bastante más de esto y no es demasiado interesante -ni particularmente convincente-, de modo que llego hasta aquí.

Yo estaba muy conmovido por la historia, como me ocurría siempre que pensaba en la vida de ese hombre extraordinario, el erudito rey inglés que impidió que su nación desapareciera.

-¿Puedes imaginar mi hipótesis sobre el joven capellán? -le pregunté.

Austin asintió.

-¿Has advertido que es el único personaje sobre quien nos informan acerca de sus pensamientos y sentimientos privados? En la escena en que Alfredo está rezando, Grimbald escribe que estaba «profundamente conmovido por esta demostración del respeto del rey por él y alarmado por lo que sospechaba de la traición de Beorghtnoth. Me parece que el joven capellán no era otro que el propio Grimbald.

Austin hizo un gesto con la boca.

-Así se explicaría por qué se le permite dar un consejo tan sabio.

Yo reí.

-Eso es muy cínico. Pero tienes razón y ello apoya mi teoría que acabo de publicar en una ponencia para los Anales de la *Sociedad Histórica Británica.*

-¿Qué autenticidad tiene esa historia? -me preguntó Austin-. A mí no me parece mucho más verosímil que la famosa historia de las tortas.

-Hay algunas dificultades -admití.

-¿Y qué de la predicción del eclipse hecha por Wulflac?

-Sí. Ello provoca algunos interrogantes extraños. El conocimiento astronómico que hubiese permitido aquella deducción se había perdido hacía siglos, de hecho con el colapso de la civilización alejandrina. Pero por entonces los escritos de Ptolomeo y Plinio eran ciertamente conocidos en Inglaterra, por lo que es posible que tanto Wulflac como Alfredo pudieran saber qué era un eclipse, cuando se producía.

-¿Y hubo un eclipse en esas fechas ?

-No se tiene conocimiento de que haya habido uno en ese momento preciso. Ese es uno de los motivos por los cuales muchos estudiosos se han negado a aceptar la autenticidad de la *Vida.*

-¿Pensando que era un fraude? ¿De quién y por qué?

-Sólo ha sobrevivido en un manuscrito con el añadido de un prefacio de Leofranc, que describe la forma en que ordenó que se copiase y distribuyese para que todos supieran cuán sabio y erudito había sido el rey Alfredo.

-¿Da algunas pistas el propio manuscrito?

Librodot

-Desgraciadamente fue destruido en 1643, cuando esta biblioteca fue saqueada. Por ello sólo tenemos una edición muy precaria de la recensión de Leofranc publicada por el anticuario Parker en 1574.

-¿Y por qué iban a tomarse la molestia de falsificarla?

-No creo que nadie lo haya hecho, aunque estoy dispuesto a aceptar que el texto original de Grimbald fue alterado por Leofranc, quien seguramente añadió esa materia al final, describiendo el descubrimiento de una vieja carta que enriquecía a la abadía, siendo probable que haya incorporado el relato de los milagros para que la abadía se convirtiese en un centro de peregrinación.

-En ese caso es posible que lo haya falsificado todo.

-Eso es lo que un infame -una vergüenza para los estudiosos llamado Scuttard- sugirió hace unos tres meses cuando en la misma publicación incluyó una ponencia que atacaba mi postura en los términos más violentos. Arguyó que Leofranc lo falsificó todo, plagiando y resumiendo otros textos.

-Hablas de este Leofranc como si fuese tu vecino. ¿Quién era, por favor?

-¿En verdad no lo sabes? Fue el obispo que creó el culto al santo mártir Wulflac, aquí, en Thurchester. Scuttard sostiene que lo hizo para conseguir dinero y demoler la abadía anglosajona y construir la catedral...

-He advertido que Grimbald se refiere a la antigua abadía, lo cual sugiere que el relato se compuso después de que fuese reemplazada. Y ello no ocurrió hasta cierto momento en el siglo XII, ¿no es así?

-Fue a comienzos del siglo XII, Austin.

-Lo siento. Tengo cierta confusión entre el XI, XII y XIII. Para mí el período medieval sólo trata de monjes y batallas hasta llegar a Enrique VIII y sus mujeres.

Me recorrió un escalofrío y seguí:

-El manuscrito publicado por Parker fue copiado alrededor de 1220, y se adecua a las fechas de Leofranc. Pero tienes razón en que es una de las pruebas utilizadas por Scuttard. Y alega que la empresa llevada a cabo por Leofranc -el Pozo de Wulflac y la transformación de su sepultura en un santuario, objeto de peregrinación durante el medioevo- se basó en una falsificación.

-¿Sostiene Scuttard que Wulflac no fue un mártir?

Asentí:

-Va mucho más allá: en verdad sostiene que nunca existió. Y es cierto que no hay referencias a su existencia, fuera de la *Vida* de Grimbald. Pero una de mis objeciones a Scuttard en mi respuesta del mes pasado fue preguntar por qué, en ese caso, Leofranc no optó por falsificar una vida de Wulflac en vez de la de Alfredo.

-Supongo que lo que hizo fue mucho más sofisticado. Escribir una vida de Alfredo en que san Wulflac desempeña un papel importante, es una forma de dar vida al mártir de modo mucho más eficaz.

-Esa fue exactamente la respuesta de Scuttard -reconocí sombríamente-. Y si ello es aceptado, alguna más de sus ultrajantes sugerencias parecerán verosímiles. Sobre todo su absurda y horrible idea de que Alfredo no derrotó a los daneses, sino que en verdad fue derrotado por ellos, les pagó tributos y fue su vasallo.

Austin estudió mi cara con frialdad.

-¿Y ello tiene alguna importancia?

-No me gusta que un hombre utilice conocimientos espurios para impulsar su carrera. Su ensayo lo convirtió en el principal candidato a la nueva cátedra de historia en Oxford. Pero yo puedo encontrar lo que estoy buscando: la versión original de Grimbald que, me parece, el anticuario Pepperdine vio en 1663, y así podré destruir su argumentación y probar que la *Vida* de Grimbald es genuina.

-¿Quién era el candidato más probable hasta que Scuttard publicó su ensayo?

Sentí que me ruborizaba.

-No había decidido si presentarme o no, si es eso lo que quieres decir.

-¿Te atacó Scuttard porque te vio como un posible rival?

-Sin una sombra de duda.

-De modo que encontrar el manuscrito apoyaría mucho tus posibilidades.

La malicia de su tono dio en el blanco y me pregunté si estaba amargado porque, pese a ser brillante, su licenciatura había estado por debajo de sus expectativas y había tenido que abandonar las esperanzas de una carrera académica. Su falta de éxito se debió, por lo menos en parte, a su negativa a trabajar en cosas que no le interesaban... aunque también pudo haber otros factores.

-No estoy seguro de querer la cátedra. Todo lo que deseo es una vida de estudio y enseñanza, y eso ya lo tengo. El respeto e incluso el cariño de mis alumnos tienen más significado para mí que el título de «catedrático».

Austin sonrió para sí del modo más irritante.

-Supongamos que encuentras el manuscrito, pero que éste desmiente tu alegato.

Para cambiar de tema le dije:

-¿Por qué no abres tu regalo, Austin?

Lo levantó.

-Casi lo había olvidado.

Lo desenvolvió con mucha delicadeza y puso el libro ante sus ojos.

-Gracias -dijo.

Algo incómodo comenté:

-Entiendo que es una contribución formidable al debate sobre la cronología.

-Fue muy amable de tu parte que pensaras en ello. Estoy seguro de que es un trabajo muy inteligente.

Simuló estar interesado, lo abrió y lo miró.

-El autor es profesor en Colchester, que es, para ti y para mí, la mejor recomendación posible. Y de hecho es un hombre brillante en su campo. Sé que no estarás de acuerdo, pero sostiene que con las pruebas geológicas la fecha de la Creación se remonta a millones de años. Entiendo que...

-Imagino que quieres ver a Locard a causa del bendito manuscrito -me interrumpió.

-Supongo que lo conoces.

-Lo conozco, ciertamente. Lo conozco como un pedante frío, ambicioso y reseco. Es uno de esos hombres para los cuales la envoltura es más importante que el contenido; la forma, que la sustancia. Es uno de esos individuos que han permanecido al borde de la vida, que sólo se mojan un dedo del pie, demasiado asustados para meterse en el agua.

-No me importa lo que haga el doctor Locard con sus pies si conoce el tema -repliqué sonriendo.

-Es posible que conozca el tema como académico, pero con certeza no lo sabe como hombre de iglesia. Bajo todos sus atavíos de ritualista, está tan desprovisto de fe como el autor de esto -le dio un golpecito al libro-. Como tantos en nuestros días, ha abandonado el centro de nuestra religión para quedarse con los adornos. Pero todas estas hipótesis científicas sobre simios y fósiles y galaxias son irrelevantes. El hecho de que todo se pueda explicar con una teoría, científico racionalista, podríamos llamarla, no significa que no haya una teoría mayor a la cual está subordinada.

-De modo que, según tú, Dios puso los fósiles cuando hizo el mundo un lunes de la mañana de 1004 a.C. para poner a prueba nuestra fe, como han sostenido algunos de nuestros distinguidos hermanos.

-No, no quiero decir eso. Si tuvieras la amabilidad de intentar seguir mi argumentación, podrías captar lo que quiero decir.

Sentí en sus crueles palabras toda la frustración de un hombre inteligente que sabe que ha dejado pasar sus oportunidades. Hubo un momento de silencio.

-Espero que no estés enemistado con el doctor Locard -comenté, recordando lo dicho por el anciano Gazzard-. Es, por cierto, un hombre poderoso.

-¿Poderoso? ¿Y qué podría hacerme? -dijo dejando caer el libro al suelo.

-A lo peor, quizá podría despedirte.

-Sí, en términos terrenales es poderoso, si eso es lo que quieres decir.

-¿Cómo vivirías si pierdes tu puesto?

-Con gran pobreza. No tengo recursos ni amigos que pudieran ayudarme. ¿Crees que lamentaría la pérdida de un trabajo que consiste en dar clases a unos jóvenes groseros en una ciudad pervertida? Sólo deseo regresar a Italia. ¿Recuerdas que estuve allí en una ocasión?

-Pero Austin... ¿y cómo vivirías? Incluso en Italia necesitarías ingresos de algún tipo.

-Lo reduces todo a dinero y trabajo. ¿No ves que nada de eso importa realmente? No en última instancia.

-Y entonces ¿qué, en verdad, importa? -le pregunté.

Me miró con una expresión inescrutable y cuando por fin me di cuenta de que no iba a responder, le pregunté:

-¿Quieres decir que lo único que importa es el destino de tu alma?

Cuando pronuncié las últimas palabras, intenté que el tono de mi voz no revelara ni una nota de sarcasmo. Pero Austin sonrió con amargura.

-Acabas de acusarme de creer en la «vida eterna y todas esas necedades».

-Te pido disculpas. Me dejé llevar un momento. Es muy contrario a mis principios ridiculizar las creencias de alguien.

-¿Aunque sean ridículas? -me preguntó con apenas un toque de ironía.

-La mayor parte de los hombres, en la mayoría de las sociedades, han creído en la supervivencia del alma tras la muerte. Al creer en la recompensa divina tienes, por lo menos, el peso de la opinión de tu parte.

-No me he expresado con claridad -dijo levantando una mano para detenerme-. Creo en el bien y el mal, en la salvación y la condena. Lo acepto por entero y sin cuestionarlo. Son cosas tan reales para mí como la silla en que estoy sentado. Más reales. Dices que estoy entregado a la idea de la vida eterna, pero te diré que la condena es más real y convincente para mí que la salvación. Y ciertamente más probable.

Justo cuando creía estar más cerca de poder entenderlo, la comprensión se me escapó.

-¿Por qué dices eso?

Me sostuvo la mirada hasta que yo aparté la mía.

-Déjame hacerte la misma pregunta: ¿Qué importa? ¿Qué te importa más en última instancia?

Me pareció difícil encontrar una respuesta.

-Supongo que el conocimiento. La verdad. La humanidad -me interrumpí-. Cielo santo, Austin, es una pregunta para estudiantes. Lo que importa es intentar vivir con decencia. Intentar hacer lo mejor posible. Quiero decir, intentar comportarse con, respeto y comprensión hacia los demás. Y encontrar algún grado de satisfacción intelectual, sustento social y placer estético.

-Allí está la diferencia entre nosotros. Déjame explicar. Supongamos que debes describir tu vida como si fuese un viaje. Entonces, ¿qué dirías?

-No te entiendo.

-Estoy sugiriendo que tu vida es un lento progreso a través de una vasta llanura, y que hacia adelante y hacia atrás puedes verlo todo, a gran distancia.

-Comprendo. Y tú no ves tu vida de ese modo.

Sonrió.

-Apenas. Para mí la vida es una búsqueda peligrosa a través de la oscuridad y una espesa neblina; voy recorriendo una estrecha senda de la montaña con grandes pendientes a

ambos lados. En ciertos momentos, cuando se levanta la niebla y la oscuridad, veo la caída vertiginosa, pero también veo la cima hacia la cual me dirijo.

-Mi vida no carece de momentos de interés inesperado. Por ejemplo, cuando encuentro la referencia a la posibilidad de que el manuscrito esté en esta biblioteca...

-No estoy hablando de manuscritos -me interrumpió Austin-. ¿Qué hay de la pasión?

Sonreí, irritado.

A nuestra edad, Austin...

-¡A nuestra edad! ¡Qué tontería! Suenas como si fueses un viejo.

-Ya no somos jóvenes, Austin. Casi tenemos cincuenta años, tú y yo.

-Cincuenta años no es nada. Tenemos varias décadas de vida por delante.

-Como sea que fuese, me parece que ya tuve mi cuota de pasión para una vida.

-¿Supongo que te estás refiriendo a...?

-No me hables de eso, Austin. Realmente no deseo volver sobre ello.

-¿Y desde entonces?

-¿Desde entonces?

-Eso fue hace mas de veinte años. ¿Es que en ese momento acabó todo, excepto tu vida profesional?

-Mi vida profesional -que pareces descalificar por insignificante- ha sido rica y me ha dado gratificaciones. Tengo mis alumnos, mis colegas, mis escritos académicos y mis libros. Me parece que soy un miembro respetado de mi colegio y mi profesión. Creo poder decir que muchos de los jóvenes a los cuales enseño, incluso sienten cierto grado de afecto por mí, como yo lo siento por ellos.

-Hablas como si fuera el pasado. ¿No deseas esa cátedra o estás perfectamente contento de ver que se la lleva ese hombre, Scuttard, creo?

-Ya te dije que no haré nada por obtenerla. Eso sería un riesgo.

-¿Un riesgo?

-Si se supiera que la he solicitado sin conseguirla, de algún modo me resultaría humillante.

-¿Ya eso llamas riesgo?

-No necesito una cátedra. Mi vida profesional está suficientemente llena sin ella.

-Muy bien -se recostó-. ¿Nunca has pensado en volver a casarte?

-Todavía estoy casado -repliqué cortante. Me lanzó una mirada severa y añadí-: Por lo menos en la medida de mis conocimientos.

-En la medida de tus conocimientos. Bien, puedo decirte...

-No quiero saber. Te he dicho que no quiero hablar de ello.

-¿Así que tu vida pasional acabó hace veinte años? ¿Nunca has sentido ternura o emoción por nadie desde entonces? -su tono era más impaciente que afectuoso.

-¿Cómo podría? No soy libre para hacerlo. Y además, como acabo de decir, he sentido suficiente pasión para una vida entera.

Viendo que me escrutaba en silencio, añadí, de modo absurdo:

-Soy perfectamente feliz así.

-La felicidad -dijo en voz baja- es mucho más que la ausencia de dolor.

-Puede ser, pero no quiero volver a arriesgarme a sufrir el dolor que sentí hace veinte años. Me quedo con la ausencia de dolor.

-¿Cómo puedes decir eso? Lo único que importa en la vida es la pasión. Lo único.

Muchas respuestas vinieron a mis labios -que aquello que llamamos pasión muy a menudo no es más que el amor infantil a la exaltación, querer ser el centro de atención- pero murieron sin ser pronunciadas cuando miré su rostro. Había tal intensidad en él, tal concentración... Aparté la mirada. ¿A qué se refería? ¿Cuál era la pasión que animaba su vida? ¿Quién era el objeto? Era extraño relacionar a un hombre de su edad y la mía con la idea de la pasión. No obstante, acaso tuviera razón. Ciertamente la tenía, si estaba hablando de amor. Pero la palabra usada por Austin no había sido «amor».

Librodot

-¿Qué quieres decir por «pasión»? -le pregunté.

-¿Quieres saberlo? Quiero decir que no existimos en y para nosotros mismos, sino en la medida en que somos recreados en la imaginación de otra persona, estando en la vida de esa persona del modo más completo posible. Es decir, entrando en ella de modo imaginativo, intelectual, físico y emocional, con todos los conflictos que ello hace inevitable.

-No lo creo. Creo que estamos completamente solos. Lo que describes es un estado pasajero de obsesión -sonreí-. Pasajero, incluso cuando en algunos casos dura una vida entera.

-Estamos solos si así lo elegimos.

No estuve de acuerdo, pero no respondí. Ahora sentía curiosidad.

-Esta abstracción que llamas pasión, ¿es tan diferente del amor, del afecto?

Pareció reflexionar un momento antes de decir:

-Déjame expresarlo de este modo. La pasión es lo que surge si la persona que despierta esos sentimientos te pide que hagas algo que supera los límites de la moral y tú aceptas hacerlo.

-¿Quieres decir algo como mentir o robar?

Sonrió.

-Sí, si así lo prefieres. O tal vez algo peor, si puedes imaginarlo.

-No puedo imaginar algo así.

-No. ¿No puedes?

Pasado un momento le pregunté:

-¿Debo suponer entonces que en este momento existe algún objeto de tu pasión?

Asintió sin hablar.

-Me intriga -le dije haciendo una pausa para que dijera algo más, si quería. Pero siguió en silencio. ¿Quién podría ser la persona misteriosa de quien estaba enamorado? ¿Podía estar relacionado con sus motivos para invitarme? ¿Era ésa la causa del problema que con seguridad estaba viviendo?

-Y dime, ¿te hace feliz este estado de pasión?

-¿Feliz? -rió-. Felicidad es lo que sientes cuando das un paseo un día bonito, o cuando vuelves a casa después de haber pasado una velada agradable con los amigos. No, no me ha hecho feliz. Me ha llevado a los abismos más profundos de la desesperación. Me ha llevado a raptos sublimes.

Y luego, casi en susurros, casi sin que tuviese la certeza de haberlo oído, musitó:

-Y a la perdición.

-Si tuviésemos elección -le dije-, elegiría la felicidad a la pasión.

-No eres más que un aprendiz -replicó- si puedes dejarlo de lado tan fácilmente -y luego, en el tono más despectivo, añadió-. ¿Dices que has conocido suficiente pasión? ¿Fue suficiente tu breve matrimonio hace ya tantos años?

-No hables más de eso, Austin.

-Pienso que tu caso es peor que el mío -dijo gravemente-. El día de tu muerte te darás cuenta de que no has vivido.

-Sí que he vivido, Austin.

-Una vez, y fue hace veinte años.

Me sorprendió que pudiese hablar de ello con tanta frialdad, casi con menosprecio. ¿Intentaba hacerlo aparecer como si no hubiese entendido cuánto significaba para mí? ¿No había entendido nada?

-Preferiría no hablar de ello.

-Supongo que te culpas.

-¿Me culpo? Sí, supongo que sí. Era inocente, confiado, inexperto. Y puesto que hablamos con franqueza, también podría decirte que durante mucho tiempo estuve enfadado contigo.

-¿Te enfadaste conmigo?

-Pero Austin, fuesen cuales fueran mis sentimientos de entonces, debes entender que si todavía me quedara resentimiento por el papel que desempeñaste, no habría aceptado tu invitación.

-¿Y qué papel crees que desempeñé?

-Tendrás que conformarte con lo que acabo de decir, me temo. No voy a hacer una especie de autopsia de lo que pasó hace tantos años.

-¿Realmente no has tenido ninguna noticia...?

-Está muerta. Para mí, está muerta.

-Por un viejo amigo de Nápoles oí...

-No quiero saber, Austin. No me digas nada más. Supongo que todavía vive, porque alguien me lo habría contado si hubiera muerto.

-Oí de un viejo amigo en Nápoles que tienen familia -me dijo-. ¿Lo sabías?

Sentí una punzada de dolor en el costado, como si me hubiesen apuñalado. Negué con la cabeza. La voz de Austin parecía llegarme apagada por el agua.

-Una niña. Ahora tiene unos quince años. Me han dicho que es muy inteligente y bonita. Tiene los rasgos de la madre y los ojos del padre.

Me cubrí la cara con las manos.

-No te gusta enterarte de la verdad, ¿no es cierto? Es una cualidad extraña tratándose de un historiador. ¿No te parece algo así como una incapacidad profesional?

Aparté las manos de la cara y me volví.

-No debería haber venido.

-Todo es parte de tu deseo de buscar consensos blandos -lanzó una risita-. Esa es tu forma de pasión, el consenso. No ridiculices ninguna creencia por errada que te parezca. Es tan de clase media, inglesa y filistea. Pero hay tantas cosas que no entiendes. Tu vida ha sido muy privilegiada y protegida. Y tú la has hecho todavía más estrecha, dejando fuera tantas experiencias. Has vivido una vida segura y cautelosa. Yo he conocido el horror, la degradación y la exaltación de un modo que no puedes imaginar, ni en un atisbo.

Hizo una pausa y luego dijo:

-Pero me alegra mucho que me hayas perdonado.

Estuvo en silencio por lo menos un minuto. Percibí la oscuridad y las sombras que nos envolvían, con luz de una sola bujía y los rescoldos del fuego que se apagaba. Hasta podía oír el tictac del reloj en el descansillo del piso inferior.

-Es demasiado tarde para ir a un hotel -dije levantándome-, pero me marcharé inmediatamente después del desayuno.

Austin parecía un hombre que vuelve en sí después de un trance hipnótico.

-Pero... tienes que quedarte. Lamento haberte ofendido. No sé por qué dije esas cosas. No irás a marcharte, ¿verdad?

-Pienso que debería hacerlo.

-Mira, para ser absolutamente sincero, en este momento no soy el de siempre. Por favor, siéntate.

Vacilando, hice lo que me pedía y él siguió:

-Llevo un peso en la mente. De otro modo nunca hubiese dicho esas cosas.

-Me lo imaginaba.

-Hace un momento, más que hablar contigo discutía conmigo mismo. Habría dicho lo mismo a cualquiera que hubiese tenido la desgracia de estar en tu lugar -se volvió-. Honestamente te digo que estas últimas dos semanas he estado peligrosamente cerca de mis propios límites.

-¿Quieres contármelo?

Volvió hacia mí su rostro angustiado.

-No puedo hacerlo. Pero, ¿puedes imaginar lo que es estar en una situación tan intolerable que como única salida comienzas a pensar seriamente en destruirte?

-¡Dios mío! No debes permitirte considerar algo tan espantoso. Dime que no lo dices en serio.

En su cara apareció una sonrisa lenta y sardónica.

-He rechazado esa idea. Por lo menos en eso puedes estar tranquilo.

-¿No confías en mí lo suficiente como para decirme de qué se trata, Austin?

-¿Te quedarás hasta el sábado?

-Bien. Sí, me quedaré.

-Dios te bendiga, buen amigo.

Esperé que hablara, pero estaba claro que no tenía intención de hacerme una confidencia. Incluso así, estaba a punto de abordar el tema, pero en ese momento el reloj del descansillo dio la una.

-¿Tan tarde es? -exclamé.

-Es mucho más tarde -replicó Austin, sacando su reloj-. ¿No has oído el de la catedral? Son casi las dos. Ese reloj da muy mal la hora.

-¿Y por qué no lo haces arreglar? -le pregunté.

Sonrió. ¡Irritante, elusivo e impredecible Austin! Lo había querido cuando fuimos jóvenes y me había apenado mucho pensar que había perdido su amistad.

-Tengo mucho que hacer mañana -le dije-. Debería irme a la cama.

Nos dimos la mano y nos separamos. Fui el primero en subir, y la escalera y la habitación me parecieron terriblemente frías después de la calidez de la sala. Aparté un poco la cortina y vi que la neblina parecía, de ser posible, aún más espesa que antes. Austin bajó y veinte minutos más tarde lo oí subir e ir a su cuarto al otro lado del descansillo. Me metí en la cama y leí una media hora -hábito sin el cual no podía dormir-, pero en esa ocasión me costó concentrarme.

La irritabilidad de Austin me había alterado. No recordaba que hubiese sido tan beligerante cuando éramos universitarios. Debía de ser porque tenía muchas cosas en la cabeza. Una vez más me pregunté de quién estaría enamorado y si era ese romance lo que ponía en peligro su trabajo en el colegio. ¿La esposa de un colega? ¿La madre de un alumno?

Tampoco podía apartar de mis pensamientos las noticias que me había dado. Fue precisamente para protegerme de esas noticias que por entonces había cortado las conexiones con algunos amigos y conocidos. ¿Por qué había insistido Austin en hablar sobre el pasado y hacerme llegar esa cruel información? ¿Sentía necesidad de exorcizar su culpa? Nunca había visto señales de que lo apenara el papel -el importante papel- que había desempeñado en todo eso.

Hacía veinticinco años yo sólo había deseado una vida académica y una esposa e hijos, pero claramente ésos no habían sido los deseos de Austin. Acostumbraba a pensar que deseaba menos que yo, pero ahora comenzaba a preguntarme si no era justo lo contrario. No había conseguido el nivel académico que merecía por sus dotes porque había tenido uno de sus «arranques» -como los llamaba-justo antes del examen final. Había algo descarnado y peligroso en Austin que casi había olvidado hasta ahora que volvía a verlo. Era capaz de actuar sin dignidad o autocontrol. ¿Lo había llevado su sensación de frustración y fracaso a cometer un error grave?

Apagué mi vela e intenté dormir. Austin tenía razón: la lonja estaba en completo silencio. Era como nuestra facultad durante las vacaciones. Casi demasiado silenciosa. Pensé cómo, un año o dos después de la gran ruptura de mi vida, la casa de las afueras de Cambridge me había parecido demasiado silenciosa y había vuelto a mis antiguas estancias de soltero en la Facultad. Durante el período de clases el ruido que hacían los estudiantes resultaba reconfortante, y sólo ocasionalmente me alteraba; a lo largo de las vacaciones, el silencio se hacía opresivo. Ahora el único sonido era el reloj de la catedral que daba la hora cada quince minutos y, cada hora, cuando aumentaba la resonancia, los demás campanarios respondían con tañidos apagados por la espesa niebla que se extendía sobre la ciudad como

un océano, sobre el cual se elevaban campanarios y torres. Aparte de eso, los únicos sonidos venían de la propia casa, cuando la estructura de madera crujía como las articulaciones de un viejo, como si la antigua construcción gimiera de dolor por su larga decadencia. Pensé en todo lo que podía haber ocurrido en esa casa: la gente que había muerto, los niños que habían nacido, la tristeza y las risas. Los crujidos recordaban los del maderamen quejumbroso de un viejo navío. La casa era un navío que se desplazaba bajo la superficie del agua... Con la cabeza llena de esas ideas tontas, me deslicé en el sueño, o en una especie de duermevela.

De pronto desperté con un sobresalto y pasé unos momentos preguntándome qué podía haberme perturbado. Entonces volví a oír el sonido que había interrumpido mi sueño. Era un gemido, algo entre el grito y el sollozo, y casi no humano. Sin haber despertado del todo, pensé que estaba oyendo al fantasma cuya historia me había contado Austin, pero éste era un ruido real y venía de algún lugar del interior de la casa. Encendí mi vela y las sombras parpadeantes que se expandieron por la habitación no hicieron mucho por calmar mis temores. De alguna manera encontré valor para salir de la cama, ponerme una bata e ir al descansillo de la escalera. Tal como lo sospechaba, el ruido venía de la habitación de Austin. Toqué y tras una espera empujé la puerta y entré.

En la penumbra distinguí una figura en la cama. Levanté la vela y vi que Austin estaba de rodillas sobre el cubrecama, con su camisón. Se cubría los oídos con las manos como si intentara protegerlos de un gran ruido. Tenía los ojos muy abiertos y parecía estar mirando algo a los pies de la cama. Cuando vi sus piernas delgadas asomadas fuera del camisón, sentí lástima y algo de repulsión ante esas extremidades tan blancas y huesudas.

Mirando su cara pálida y sensible en ese momento de dolor descontrolado, sentí un fuerte ramalazo de afecto pese a todo lo que me había hecho. ¿Era afecto por el hombre que tenía ante mí, o duelo por el joven que había sido?

Me acerqué a la cama. Me miró... por lo menos tenía los ojos abiertos y vueltos hacia mí. Tuve un sentimiento muy extraño al notar que me miraba de frente, pero sin verme. No tenía idea de qué o a quién estaba viendo.

Mirándome, y no obstante sin dirigirse a mí, murmuró:

-Dice que hace muchos años que lo merece. Dice que no es venganza, sino justicia. Todos estos años ha escapado al castigo.

-Austin -le dije-, soy yo. Soy Ned.

Todavía con su rostro y sus ojos fijos en mí, dijo:

-Ha de pagar su deuda. Ella lo dice. Y dice que lo hará ella misma si nosotros no lo hacemos.

Lo estreché entre mis brazos.

-Austin -le dije-, querido amigo.

Tuvo un sobresalto y mirándome con los ojos muy abiertos, noté que me reconocía y recobraba la conciencia. Durante un momento se quedó entre mis brazos, y luego me apartó con brusquedad.

-Querido amigo -le dije-, siento tanto encontrarte sumido en la desesperación. ¿Puedo hacer algo que te ayude?

-Es demasiado tarde -pesadamente tomó aliento un par de veces y dijo-Estoy bien. Vuelve a tu cama.

-Querido Austin. No me gusta dejarte en este estado.

-Estoy bien. Vete. Fue sólo una pesadilla.

Ante su tono, no pude seguir insistiendo. Con gran perplejidad hice lo que me pedía, pero pasó mucho tiempo antes de que volviera a conciliar el sueño.

En gran medida mi resentimiento hacia él se había disipado ante la imagen de vulnerabilidad y tormento que acababa de ver. Mi viejo amigo, ¿se había asustado con la historia de fantasmas que según su promesa no me dejaría dormir, persiguiendo mis sueños? El terror que había leído en su cara parecía sugerir algo mucho peor. Sentí simpatía

por él, pues a menudo me atormentaban las pesadillas, en particular durante la peor época de mi vida; hubo varios meses en que casi había tenido miedo de quedarme dormido. ¿Se relacionaba con eso la pesadilla de Austin? ¿Lo perseguía la culpa por su participación en aquel evento penoso? Aunque no tenía muy claro el papel que había desempeñado, ciertamente tuvo algo de responsabilidad. ¿Me había invitado para intentar disculparse? ¿O necesitaba ayuda en la crisis misteriosa que estaba viviendo? ¿Era la mujer que acababa de mencionar en sueños el objeto de su pasión?

Librodot

Miércoles por la mañana

Me despertó la campana de la catedral que daba la hora, aunque recobré la lucidez muy lentamente y no alcancé a contar las campanadas. El cuarto estaba sumido en la oscuridad, y las pesadas cortinas no dejaban pasar nada de luz que pudiera darme una idea de la hora. Encendí una vela y, haciendo un esfuerzo, me obligué a salir de la cama y enfrentarme al frío paralizante de mi aposento, que no tenía calefacción. Cuando estuve vestido miré mi reloj. ¡Eran las ocho! Horrorizado por haber sido tan indulgente conmigo mismo, aparté las cortinas para descubrir que la niebla seguía siendo espesa. Incluso con esa luz cenagosa, las piedras de la catedral ennegrecidas por el tiempo estaban asombrosamente cerca de mi ventana.

Mientras bajaba las escaleras unos minutos más tarde me llegó olor a tostadas y café y en el comedor encontré a Austin poniendo la mesa para nuestro desayuno. Sonrió y el Austin de la pesadilla -de hecho también el Austin beligerante de nuestra discusión de la noche- había desaparecido.

-Me alegra ver que has recuperado el buen humor -le dije.

-Te pido disculpas por haber perturbado tu sueño, amigo -dijo bajando la mirada-. Resultó que con mi historia me asusté a mí mismo más que a ti.

-Ciertamente parecías muy asustado. ¿Recuerdas que mascullabas sobre venganza, castigo y justicia?

Se volvió para ocuparse del café.

-Tuve una pesadilla sobre Gambrill, el aparejador de la catedral. Recuerdas que tenía un oficial de quien se sospechaba que estaba implicado en su asesinato. Se llamaba Limbrick. Muchos años antes su padre había muerto en un accidente en el techo de la catedral, en el cual Gambrill sufrió graves heridas y perdió un ojo. Por entonces su viuda dijo que los dos hombres se habían peleado y acusó a Gambrill de matarlo.

-Cielo santo -dije alegremente sentándome para comenzar a dar cuenta de mi desayuno.

-¡Éste es un lugar tan pequeño y con tantos crímenes! Entonces era ésa la mujer de quien hablabas.

Me miró sobresaltado.

-¿La mujer? ¿Qué dije?

-Me costó distinguirlo. Mencionaste una «ella» interesada en arreglar cuentas con alguien. ¿Se trataba de la madre del joven?

-¿La madre del joven? -repitió mirándome-. ¿Qué quieres decir?

No pude ocultar mi sorpresa.

-Me refiero a la viuda de Limbrick, desde luego. La madre del joven oficial.

-Ya veo -dijo-. Sí, seguramente debía hablar de ella. Había pasado años reflexionando sobre la muerte de su esposo e incitando a su hijo para que se vengara.

Mientras desayunábamos a toda prisa, porque Austin iba algo retrasado para llegar al colegio, le dije que iría de inmediato a la biblioteca del Deanato y el Cabildo con la esperanza de encontrar al doctor Locard, aunque como mucho debía de haber recibido mi carta el día anterior. Austin me explicó que sus deberes lo tendrían ocupado hasta la tarde, pero que cenaríamos juntos en la ciudad.

Salimos y Austin cerró la puerta tras él.

-Puedes entrar y salir cuando quieras sin necesidad de llave.

-¿No cierras la puerta? -le pregunté.

-Nunca. Pero escondo las llaves.

Me pregunté qué querría decir pues parecía extraño esconder la llave cuando la propia puerta no estaba cerrada. Y de hecho, como se la puso en el bolsillo al salir, debía referirse a otras llaves.

Librodot

La lonja estaba tan fría y neblinosa como el día anterior. Al levantar la vista, vi unas palomas que se protegían bajo las cornisas de la catedral y se me ocurrió imaginar que en la niebla se veía más porque uno se ve obligado a forzar la vista. La visión de los pájaros realizando su elaborada danza sobre los estrechos saledizos me trajo a la mente un castillo escocés levantado sobre un peligroso precipicio junto al mar, donde había estado en cierta ocasión. Nuestra habitación estaba en lo alto de una torre y las gaviotas venían a posarse precariamente en el antepecho de las ventanas, lanzando sus gritos de plañideras, melancólicos e insistentes.

Austin me dijo que no podía concederse el placer -lo dijo con una sonrisa irónica- de presentarme al doctor Locard porque ya iba retrasado para su primera clase, pero me acompañó hasta la esquina sudeste de Upper Close, donde estaba la biblioteca, y se alejó rápidamente.

Cuando hube subido la escalera de piedras gastadas, empujé una pesada puerta de roble, y llegó a mi nariz el olor a libros viejos, cuero antiguo, cera de abeja y velas. Tenía ante mí una galería larga y bonita, dado que la biblioteca había sido en el pasado el gran vestíbulo de la abadía. El suelo estaba dividido a intervalos por arcadas que salían de las paredes en ángulo recto, y las estanterías de libros sólo dejaban un estrecho pasadizo en el medio. Las divisiones eran grandes construcciones de roble bastante más altas que una persona. Esa parte era la biblioteca antigua y allí buena parte de los libros seguían sujetos con cadenas.

Sentado ante un escritorio cercano a la puerta había un joven. Se levantó cuando yo entré. Cuando le dije que tenía un asunto que hablar con el doctor Locard y que le había escrito, me complació su anuncio de que el bibliotecario me esperaba, y me pidió que lo siguiera.

-Éste debe de ser un lugar agradable para trabajar -sugerí cuando comenzábamos a recorrer la galería..

Mi compañero era algo regordete y rondaba casi la treintena, y aunque su cara no era muy agraciada, dejaba entrever que se trataba de una persona inteligente y divertida. Asintió con vigor:

-Resulta perfectamente grata en verano, pero en invierno es algo oscura y fría para mi gusto.

-Ahora me parece bastante acogedora y alegre -le dije-. Y casi tiene uno la sensación de estar en el siglo XVII, tan poco moderna parece.

Justo antes de pasar una puerta situada al final de la galería, tras la cual parecía haber habido en un tiempo otro edificio, el joven se volvió y me dijo:

-Tiene toda la razón, señor. A menudo siento como si algunos de los personajes extraordinarios que antaño trabajaron aquí mirasen tras mi hombro: Burgoyne, Freeth y Hollingrake.

-No debe de ser una sensación demasiado tranquilizante -comenté y él rió, aunque después compuso su rostro cuando abrió la puerta que teníamos ala izquierda, después de haber llamado.

Era una estancia grande y antigua con los muros cubiertos por paneles de roble, cierto número de vitrinas altas y pesadas, y una gran prensa de libros negra, llena de antiguos volúmenes encuadernados en cuero. El hombre que estaba sentado ante el escritorio, bajo la ventana, se levantó cuando entramos. Era alto y todavía apuesto a sus más de cincuenta años, con inquietantes ojos grises que comunicaban mucha agudeza y poca calidez. Aunque su campo no era el mío, conocía la reputación de gran erudito del doctor Locard, en particular de excelente latinista.

Me saludó por el nombre y nos dimos la mano. Me invitó a sentarme y me presentó a mi acompañante, llamado Quitregard, quien era, explicó, su primer ayudante. El joven hizo ademán de marcharse, pero cuando se dirigía a la puerta el doctor Locard lo llamó:

-¿Podría decirle a Pomerance que traiga café para mí y mi amigo -se dirigió a mí-. ¿Tomaría un café?

Acepté agradecido.

No obstante, Quitregard replicó:

-Pomerance no ha llegado todavía, señor. ¿Quiere que lo traiga yo?

-Por favor, no se preocupen por mí -dije-. Acabo de desayunar.

-Muy bien. Entonces lo dejaremos hasta que el señor Pomerance se digne hacernos el honor de su presencia.

Quitregard salió y el doctor Locard hizo un gesto ante la puerta que se cerraba.

-Algún día ese joven será un excelente bibliotecario. Su latín es muy bueno y conoce una gran diversidad de autores antiguos.

Le dije que su ayudante me había causado muy buena impresión y luego nos concentramos en lo nuestro.

-Su carta llegó ayer y me tiene completamente intrigado -dijo el bibliotecario-, pues aunque el tema está muy alejado de mi propia área, la biblioteca es suscriptora de los *Anales de la Sociedad Histórica de Inglaterra y* por ello he leído su ensayo y la réplica de Scuttard.

-Me satisface mucho oír esto, pero espero que los argumentos de Scuttard no lo hayan convencido.

-No soñaría con aventurar una opinión en un área de tal complejidad, fuera de mi propio terreno. Pero era muy persuasivo. Es un académico de capacidad notable y de grandes logros (aunque apenas tiene cuarenta años), se espera mucho de él. Su libro sobre el siglo VIII ha despejado buena parte de la niebla de supuestos infundados que hasta ahora habían oscurecido el tema.

Su respuesta me tomó más bien por sorpresa:

-Comoquiera que sea (y me parece que descarta con ligereza algunas interpretaciones muy brillantes de estudiosos anteriores), en esta opinión se equivoca.

El doctor Locard me miró con frialdad.

-Si encuentra lo que espera encontrar, destruirá su argumento enteramente. Sin embargo, lo que no entiendo de su carta son sus razones para ser tan optimista.

-¿Conoce el nombre del anticuario y estudioso Ralph Pepperdine?

El doctor Locard asintió.

-¿El autor de *De Antiquitatibus Bntannieae?*

-Exactamente. Bien, murió en 1689 dejando sus documentos a su antiguo colegio, que casualmente es el mío. Es una vergüenza, pero nunca los han examinado adecuadamente. Hace sólo dos semanas les eché una ojeada porque venía aquí y recordaba que en una ocasión Pepperdine había visitado esta ciudad. Encontré una carta escrita por él cuando estuvo en esta biblioteca en 1663.

-¿Sí? Imagino que debe de ofrecer una perspectiva interesante sobre la Fundación en esos tiempos difíciles.

-En efecto, y hay algo que, me parece, sería de particular interés para usted.

Saqué de mi portafolio la copia manuscrita que había hecho.

-Pepperdine ofrece la descripción de un testigo ocular de la muerte del deán Freeth.

-¿Es eso cierto? ¿Difiere de modo significativo de la versión aceptada?

-¿Que su muerte se debió a un malentendido de las órdenes dadas y no fue intencional en absoluto?

-Sí, aunque esa fue la versión del oficial al cargo, que tenía todos los motivos para responder de ese modo.

-Pepperdine da una explicación del todo diferente.

El doctor Locard sonrió.

-Lo cual hace enteramente inadecuada cualquier discusión sobre el accidente. Cuando aparezca un historiador competente de la Fundación, le estará en deuda.

Librodot

-¿No existe ya un historiador así?

-Desde un trabajo de gran volumen publicado a mediados del siglo pasado no hay nada. Ni hay nada de calidad en perspectiva, aunque se hacen algunos esfuerzos poco académicos cuyo uso de las fuentes es sumamente inadecuado. ¿Qué dice Pepperdine?

-El conocimiento de esa carta no debe detenernos. Describe el viaje y el estado de los caminos y dice que llegó con dos semanas de anticipación y que fue acomodado en el Palacio, con su viejo amigo, el obispo. Esta es la parte más interesante:

> Anoche, a la hora de cenar con el señor Deán escuché el relato de la muerte del difunto Deán, que pone en cuestión la historia oficial. Como muy probablemente sabrán, cuando las fuerzas parlamentarias capturaron la ciudad, tuvieron la desvergüenza de tomar prisionero al Deán en su propia vivienda porque sentía una notable lealtad hacia el partido del Rey y se temían que incitara al pueblo a resistir. Mis informaciones vienen de cierto Champniss, que ha sido Canónigo Residente aquí durante más de cuatro décadas y sentía gran afecto por el desdichado Freeth. La mañana de su muerte, Champniss vio que seis soldados entraban en la lonja, en aparente estado de ebriedad, y que se abrían paso por la fuerza hasta la esquina donde está la biblioteca. Entonces comenzaron a saquear el edificio, rompiendo las ventanas, robando y entregándose al pillaje. El anciano me contó que el Deán debió de haber visto esto desde una de sus ventanas del Deanato y que, sumamente perturbado por este acto sacrílego, salió de su vivienda para detenerlos, desafiando así la situación de arresto a que estaba sometido. Cuando Champniss lo vio correr al edificio, temió por su vida y él mismo corrió hacia allí para amonestar a los soldados. Y al volver la esquina del edificio un minuto o dos más tarde, vio al Deán de rodillas en el suelo frente a los documentos, aferrando un documento en sus manos y suplicando. Champniss lo oyó rogar en voz alta por el perdón de Dios para sus asesinos, uno de los cuales era sólo un niño y lloraba. Cuando Champniss llegó donde él, el Deán lo vio y con la mano le hizo señales para que se alejase. Dos de los soldados cogieron a Champniss y se lo llevaron por la fuerza, y justo en ese momento vio que se acercaba un oficial que, se sabía, estaba resentido con el Deán por motivos completamente injustificados. Cuando dio la vuelta a la esquina pocos segundos más tarde, oyó la descarga de dos o tres disparos. Incluso cuando el anciano contaba este incidente ocurrido hacía una veintena de años, derramaba lágrimas.

Me interrumpí.

-La implicación clara es que el propio oficial ordenó la muerte del deán, ¿no?

-La imagen que presenta Pepperdine es tan emblemática que levanta sospechas. -El doctor Locard compuso una sonrisa irónica-. ¿Conoce la obra de Charles Landseer?

Asentí.

-Va bien con su estilo sensiblero, ¿no? Incluso el soldadito derramando lágrimas, pues siempre hay un joven apuesto en sus cuadros. ¿Puede imaginar una tela llamada El *deán de Thurchester ruega por sus asesinos?*

Sonreí.

-Pero incluso aceptando que el anciano fuese parcial, ello no quita peso a su relato.

-Desde luego que no. Pero también es posible que Pepperdine esté dando una versión inexacta de las palabras del anciano canónigo.

-No puedo imaginar ningún motivo para hacerlo.

El bibliotecario me lanzó una breve mirada especulativa.

-¿Ciertamente? Mi principio como historiador, cuando me veo enfrentado a un conflicto de pruebas, es elaborar cuál fue la visión de los sucesos del testigo para apoyar sus propios intereses. A mi parecer, ello ofrece las mejores posibilidades de llegar a la verdad. De modo que

en este caso, si Pepperdine le escribía a un poderoso partidario de la realeza, puede haber tenido buenos motivos para poner el peso de la historia en favor del deán, ¿o no?

-Su corresponsal, Giles Bullivant, no era más que otro académico sin influencia política. Él y Pepperdine estaban interesados en la divulgación de los textos clásicos de finales de la Edad Media, y Pepperdine llegó a la ciudad por ese motivo. Seguramente se vio desencantado en sus esperanzas, porque se había hecho muy poco respecto al orden de los manuscritos tras el saqueo de la biblioteca.

-Y me temo que descubrirá que en los dos siglos posteriores se ha hecho igualmente poco.

Lo miré asombrado.

-Ésta es la cruda verdad. Nada se ha hecho con la mayoría de los manuscritos desde la reordenación poco exhaustiva de 1643. ¿Qué dice sobre el lugar donde encontró el manuscrito que le interesa?

-Es exasperantemente impreciso:

> Busqué en el piso superior de la Biblioteca Antigua y no encontré nada de interés. Los manuscritos del anexo a la Biblioteca Nueva están en un lamentable desorden y para examinarlo sería necesario trabajar muchos días, e incluso semanas, y no merece la pena ocuparse de ello puesto que en su mayoría parecen ser registros de la abadía en tiempos pasados.

Dejé de leer.

-¿Puede explicar qué quiere decir?

Él sonrió.

-Se lo mostraré, pues se han hecho muy pocos cambios desde que Pepperdine escribió esas palabras.

Me encogí de hombros para expresar mi sorpresa y continué mi lectura de la carta.

-Luego escribe:

> Encontré por azar un manuscrito de algún interés, supongo, para aquellos que se ocupan de la historia temprana de las tribus de rústicos que imperaban en estas tierras en el tiempo de oscuridad anterior a la Conquista. Cuenta -en latín lamentablemente malo- la historia de un rey cuyo tutor es ajusticiado ante sus ojos por el pagano que había capturado la capital, de la cual el anciano era Obispo. Por lo tanto, lo dejé donde lo encontré.

-¿Y qué encontró, en su opinión?

-Como no sabía nada del período anglosajón, Pepperdine no supo que el manuscrito que describía era una versión de la *Vida* de Grimbald.

El doctor Locard se sobresaltó. Con la mayor calma posible, y esperando que no advirtiera el temblor de mi voz, le dije:

-Estoy convencido de que sólo puede tratarse del texto original de Grimbald.

-En ese caso, establecería, más allá de cualquier discusión, en qué medida Leofranc alteró sus fuentes.

-Y probaría que no compuso el relato, como sostiene absurdamente Scuttard, sino que se limitó a revisar el texto existente.

-Ello sería un terremoto en los estudios alfredianos, supongo.

-Si Grimbald es suficientemente auténtico -como creo-, su *Vida* tendría que ser tomada en serio como fuente importante del período.

-Debe de estar ansioso por empezar la búsqueda. Déjeme mostrarle la biblioteca.

Me llevó de vuelta al gran salón y subimos por una vieja escalera de madera al amplio piso superior donde entraba la luz diurna a través de la mitad alta de unas ventanas elevadas, lo cual me permitió admirar el hermoso envigado del techo.

-Tras el saqueo y el incendio -me explicó el doctor Locard- se recogieron cientos de libros y manuscritos de donde los habían tirado. Los libros impresos quedaron en la planta baja y en los meses y años siguientes fueron ordenados, pero los manuscritos supusieron un problema inmenso. Muchos de ellos estaban escritos en lenguas arcanas o con caligrafía difícil de leer, de modo que el bibliotecario hizo una división basta entre aquellos que serían catalogados en cuanto se pudiera, y los que podían esperar.

-¿Y cuál fue el criterio para hacer la división?

-Los que podían esperar eran en su mayoría parte de los propios documentos legales de la Fundación (registros de la fábrica, rentas, etc.), y fueron llevados al anexo de la Biblioteca Nueva y casi no han sido mirados desde entonces. Los más importantes fueron traídos aquí para ser catalogados.

Me mostró la sección de las estanterías en que se guardaban los manuscritos.

-¿Y se ha hecho algo?

-Ese trabajo sólo comenzó hace ocho años, cuando me nombraron bibliotecario -hizo una pausa y dijo quedamente e intentando impresionar-: dentro de unos seis meses espero informar al Deanato y el Cabildo que hemos acabado. Los que quedan por hacer, en su mayoría deberían haber sido guardados en el anexo en 1643.

-Lo felicito, doctor Locard.

Hizo una breve señal de agradecimiento. Ahora bajemos al anexo.

Bajamos y al pasar por la planta baja, encontramos al joven ayudante frente a su escritorio en uno de los compartimientos.

-Ah, Quitregard -dijo el doctor Locard-. ¿Podría traer una lámpara y acompañarnos al anexo?

Un momento más tarde habíamos pasado a la parte del edificio conocida como Biblioteca Nueva, desde donde se accedía al anexo, y con precaución nos abrimos paso por una escalera a oscuras llevando delante al joven que nos alumbraba el camino. Ello era esencial porque no había luz de gas y el anexo era nada menos que el sótano del antiguo vestíbulo, que desprendía un fuerte olor a polvo, telarañas y papel viejo.

El anexo era grande y durante varios minutos los dos hombres me guiaron por el laberinto de viejas prensas para poner libros, encontrando a cada vuelta más estanterías que, cuando les llegaba la luz parpadeante que sostenía Quitregard, aparecían cargadas de manuscritos amarillentos y antiguos cartularios de cuero. De inmediato me quedó claro que Pepperdine había tenido parte de razón: encontrar algo entre estos montones de papel y *velum* sería trabajo de años, más que de meses.

-¡Gracias a Dios no tendré que ponerme a hurgar en esto! -exclamé.

El doctor Locard se detuvo y se volvió hacia mí.

-¿Por qué lo dice?

-Simplemente porque Pepperdine no buscó aquí y, por tanto, tampoco encontró el manuscrito entre estos papeles.

El doctor Locard pareció reflexionar un momento y luego preguntó:

-Dígame, doctor Courtine, ¿el corresponsal del doctor Pepperdine estaba tan poco interesado en el período anglosajón como él parece suponer?

-Sorprendentemente, Bullivant hizo trabajos muy valiosos sobre el período anglosajón, descubriendo y publicando materiales importantes.

-Por lo tanto es raro, ¿no? Es extraño que Pepperdine se refiera al manuscrito como algo que no le interesaba.

-Parece tener una idea sobre eso. ¿Puedo preguntarle cuáles?

-Simplemente que deberíamos tomar en consideración el tema de a quién se refiere Pepperdine, y cuáles podrían ser sus intenciones. La erudición tiene tanto de colaboración

como de competencia; casi se trata de un juego. Se juega para ganar, pero hay que cumplir las reglas.

-¿Está sugiriendo que inventó el manuscrito? -le pregunté descorazonado-. ¿Que no encontró nada?

-Oh, no. Eso sería «violar» las reglas.

-Entonces me temo que no entiendo qué me quiere decir.

-Es posible que la referencia al manuscrito haya sido el señuelo de una trampa que pretendiese hacer que Bullivant viniera aquí a perder el tiempo y el dinero buscando en el lugar equivocado. Tiempo y dinero que de otro modo estaría dedicado a su rivalidad académica con Pepperdine.

Era extraño escuchar a un hombre de iglesia hablando sobre tácticas tan perversas, pero pensé en esas prácticas en mi propio terreno, y acepté que en principio tenía razón.

-Pero Pepperdine dijo que no había examinado los manuscritos aquí. De modo que, incluso si tiene razón, Bullivant no se tomó la molestia de investigarlos.

-Analicemos la carta con más atención.

Subimos tras Quitregard y él volvió a su trabajo. Cuando estuvimos de vuelta en el despacho del bibliotecario, el doctor Locard desplegó la carta sobre su escritorio y juntos nos inclinamos sobre ella.

-Las palabras de Pepperdine dicen exactamente: «Para examinarlos sería necesario trabajar muchos días, e incluso semanas, y no merece la pena», de ahí puede deducirse sin duda -le dije- que no buscó en el anexo.

-Pero sus palabras no son definitivas en ese sentido. Sugiero que se esperaba que Bullivant notara la equivocación.

-¿Quiere decir que pretendía que se diera cuenta de que Pepperdine lo había hecho y estaba intentando ocultarlo?

-Precisamente.

Descorazonado, percibí la fuerza de su sugerencia.

-Y como -continuó- los manuscritos del piso de arriba han sido catalogados (excepto unos pocos que por lo menos se han examinado), y el que usted busca no apareció nunca, lo más probable es que esté en el anexo del sótano, si es que está en alguna parte.

Su lógica me pareció irrefutable. Sólo me quedaban tres días para la búsqueda, de modo que sería cuestión de suerte dar con él. No pude ocultar mi desánimo.

-Me gustaría poder ofrecerle alguna ayuda, pero mis ayudantes y yo hemos estado luchando para mantenernos al día con el trabajo que estamos haciendo.

-Ha sido muy generoso con su tiempo -murmuré-. Dudo que pueda encontrarlo, pero puedo consolarme pensando que, de hacerlo, mereceré tanto más crédito, dadas las condiciones del lugar.

Me alejaba hacia la puerta cuando dijo:

-Pensándolo mejor, dado que pronto comenzaremos a ordenar esos materiales, no se perderá nada si, mañana por la mañana, dedico algún tiempo a revisarlos.

Me volví.

-Sería extraordinariamente generoso por su parte -le agradecí.

-Muy bien entonces. Está arreglado. Tengo una reunión del Cabildo a las once -como todos los jueves, por desgracia-, pero antes estaré libre unas horas. ¿Comenzamos a las siete y media, que es cuando se abre la biblioteca los jueves?

-Encantado.

-Además pondré a su disposición a uno de mis ayudantes. No puedo liberar a Quitregard -una lástima porque vale por todo un ejército de Pomerances-, pero puedo ofrecerle a ese joven, algo incompetente. Acaba de llegar, a propósito, pues recién lo vi remoloneando en uno de los escritorios. Se lo presentaré.

Librodot

Dejamos la sala y volvimos a la galería principal, donde encontramos a un joven alto y delgado de pie en una de las arcadas y mirando por la ventana. Se sobresaltó cuando nos acercábamos y se volvió hacia nosotros una larga cara huesuda que parecía haber sido vigorosamente aplastada cuando la conformaban. Pensé en la cabeza y la cara de un vikingo; -cruda y vacía excepto en los ojos, donde se veía el dolor de ser joven.

-Permítame presentarle a mi segundo ayudante, Pomerance -dijo el doctor Locard.

Nos dimos la mano y balbuceó que era un honor conocerme.

-Por favor, Pomerance, preste todo tipo de ayuda al doctor Courtine -dijo el bibliotecario.

-Haré lo que pueda, señor.

-Eso no es exactamente lo mismo- dijo el doctor Locard sonriéndome.

Me separé de él, agradeciéndole de nuevo su colaboración. Luego, mi ayudante y yo volvimos a bajar con un par de lámparas y, en un estado de desánimo profundo, di una mirada a mi alrededor. Era posible -y de hecho probable- que en algún lugar de ese sótano hubiese un folio antiguo que podía transformar todo lo aceptado hasta esos momentos sobre el siglo IX. Si Grimbald fuera rehabilitado, entonces su relación de la vida de Alfredo estaría más allá de cualquier duda por parte de los despectivos iconoclastas, que habían rechazado -tildándolas de invenciones anacrónicas e interesadas de Leofranc- la pasión del rey por dar educación a todas las clases, su curiosidad por el islam y la cultura árabe, su interés en los molinos de viento para secar los pantanos, y mucho más.

Las posibilidades eran pocas, pero la recompensa grande, e inspirado por esta reflexión comencé a buscar en los montones de manuscritos polvorientos. El joven Pomerance no era de mucha ayuda, puesto que sólo conocía su idioma y carecía de los conocimientos paleográficos necesarios para descifrar las letras de los viejos manuscritos con facilidad. Pero me pareció que sus servicios eran útiles para bajar los grandes paquetes de pergamino y papel envueltos en telarañas, que limpiaba un poco antes de que yo los revisara.

Pomerance me dejó después de un par de horas, diciendo que era tiempo para él de ir a almorzar. Cuando salí a la una, el doctor Locard no estaba a la vista, pero hice un gesto de saludo a Quitregard, quien me sonrió. Al salir, justo cuando bajaba las graderías, encontré a una dama que subía. Era alta y delgada, y aunque no era mucho más joven que yo, seguía siendo una bella mujer de bonitas facciones y grandes ojos grises. Me recordaba a alguien, aunque en ese momento no pude saber a quién. Intercambiamos las sonrisas de desconocidos que sospechan que tienen algún tipo de conexión y, por ello, es posible que se encuentren.

Librodot

Miércoles por la tarde

Fui a la posada más respetable que pude encontrar entre las de la calle principal -el Dolphin- y almorcé algo ligero. Volví a la lonja por la portería antigua, al norte, y al pasar divisé, a través de una de las pequeñas ventanas con parteluz, una vieja sala de colegio donde había unos veinte chicos. Debía de tratarse de la Academia Courtenay. Al verlo, los días de colegio volvieron a mí vívidamente, el chisporrotear de las luces de gas, el olor a tiza y pizarra... Con un suspiro por aquellos días largamente pasados, me di prisa en recorrer la lonja, ejercitando la facultad más importante de los recursos de un historiador: la imaginación. Al llegar al final me detuve y reflexioné. De aquella casa vieja que tenía ante mí -que antiguamente había permanecido a Burgoyne para convertirse más tarde en el Deanato Nuevo- había huido el deán pocos minutos antes de su muerte. Y luego había ido, o había sido forzado a ir, a los claustros, sin duda por esta misma puerta. Estaba tan concentrado imaginando la escena y preguntándome si me arriesgaría a intentar leer la inscripción, que no me di cuenta de que había alguien frente a mí intentando atraer mi atención. Era el joven sacristán, que estaba con otro hombre mucho mayor, también con ropas de clérigo.

-Le ruego que me perdone, doctor Sisterson -le dije-. Estaba perdido en mis pensamientos. Intentaba visualizar los sucesos de ese día de septiembre de 1643, cuando este recinto ganó su lugar en las páginas de la infamia.

-Un modo nuevo de proceder -comentó secamente el otro hombre-. Evitaría al historiador buena parte de tediosa investigación.

El doctor Sisterson rió y dijo:

-Doctor Courtine, le presento al doctor Sheldrick, nuestro rector honorario.

Nos dimos la mano. Cuando mencioné mi colegio, el doctor Sheldrick dijo:

-Ha de conocer a mi primo, el honorable George de Villiers, que estudia allí. Está preparando su licenciatura en clásicas.

-Ciertamente sé de él, pero yo estoy en el departamento de historia.

-Tengo perfecto conocimiento de su trabajo y reputación, doctor Courtine -dijo más bien duramente, como si me censurase-. También yo soy historiador en cierto modo.

-De hecho lo es, señor -dijo el doctor Sisterson y se volvió hacia mí-. El doctor Sheldrick está escribiendo la historia de la Fundación. Incluso ya ha sido publicado el primer fascículo.

-Oh, sí.

Me pareció raro que Austin no hubiese mencionado su obra cuando habló de las fuentes de su historia de Burgoyne. E incluso más raro que el doctor Locard no lo hubiese hecho, aunque recordé que se había referido con menosprecio a los esfuerzos de un aficionado. Luego recordé que el doctor Sisterson había mencionado el trabajo del doctor Sheldrick cuando lo vi en la catedral.

-Como mencionó la noche pasada -dije volviéndome hacia el hombre mayor-, me parece haber visto la recepción que dio anoche para celebrar su publicación.

Se produjo un silencio incómodo. Al parecer había traído a colación un tema ingrato.

-Me gustaría mucho leer su historia, doctor Sheldrick -añadí con rapidez-. ¿Cubre el período de Burgoyne y Freeth?

-Sólo se remonta a los finales del siglo XIII -replicó el doctor Sheldrick.

Me sorprendió que no me ofreciese un ejemplar, una cortesía mínima entre académicos.

-No obstante, el doctor Sheldrick ha escrito un borrador del siguiente fascículo que cubre el período de la guerra civil -dijo el doctor Sisterson-. De hecho lo tengo yo, pues ha tenido la bondad de pedirme que lo lea y le dé mi modesta opinión.

-Espero su publicación con el mayor interés.

Librodot

El doctor Sisterson echó una mirada a su colega.

-¿Tal vez podría prestárselo al doctor Courtine?

-No veo motivos en contra -respondió con poco entusiasmo.

-Lo tengo en mi oficina -me dijo el doctor Sisterson-. ¿Tiene tiempo ahora para acompañarme allí?

Expresé mi buena disposición y mi gratitud hacia ambos señores. Nos despedimos del doctor Sheldrick y nos dirigimos a la sacristía.

-El rector honorario está algo preocupado hoy -dijo el doctor Sisterson en cuanto el otro hombre estuvo suficientemente lejos para no oírnos-. La noche pasada se produjo un incidente desgraciado durante...

-¡Discúlpeme un momento! -dije interrumpiéndole-. ¿Podría decirme quién es esa dama?

La mujer que había visto al salir de la biblioteca justo antes de almorzar pasaba por el otro extremo de la lonja, en un curso convergente con el del doctor Sheldrick y en el ángulo recto donde se encontraron, ella se detuvo para hablarle.

-Es la señora Locard -dijo sonriendo-. Una mujer muy agradable y gran amiga de mi esposa.

-Y del doctor Sheldrick, por lo que veo -añadí con cierta malicia-. Alcanzo a ver que él le está sonriendo.

El doctor Sisterson se volvió y, cuando volvimos a ponernos en marcha, lanzó una carcajada.

-Tiene toda la razón. Es imposible que a uno no le guste.

Al cabo de un momento estábamos ya en la oficina de la sacristía, donde me pasó un gran atado de manuscritos que, como pude ver, estaba escrito por una pluma muy pulcra, aunque algo poco elegante.

No pude resistirme a decir:

-Me pregunto por qué el doctor Locard no mencionó el trabajo del doctor Sheldrick cuando le pregunté sobre la historia de la Fundación esta misma mañana.

El doctor Sisterson sonrió haciéndome un ademán juguetón con el dedo.

-Vamos, vamos, doctor Courtine. No debe intentar hacerme cometer una indiscreción.

Esbocé una sonrisa y, agradeciéndole el fascículo, me lo puse bajo el brazo y me despedí. Hacia las dos había vuelto ya al trabajo en el anexo lleno de polvo. No pasó mucho rato antes de que reapareciera Pomerance para quedarse durante media hora, pero era tan torpe y olvidadizo que su ayuda no valía gran cosa y más bien me alivió cuando fue a tomar un té.

Hacia las tres de la tarde, Quitregard bajó para decirme que el doctor Locard preguntaba si me gustaría subir a tomar el té. Acepté, aliviado por la posibilidad de salir de ese ambiente polvoriento.

El bibliotecario se levantó cuando entré en su despacho. En la mesa había una tetera y dos tazas y platillos, además de un plato con sandwiches y otro con bizcocho.

-Como esta mañana hablábamos de Freeth -dijo- es posible que le interese ver su retrato.

Señaló un lienzo colgado cerca de la ventana y yo me acerqué a mirarlo.

-Fue ejecutado unos pocos meses después de que llegara a deán.

Me sorprendió el ver un rostro que no era el de un hombre ambicioso y sin escrúpulos, sino el de alguien sensible e incluso delicado. Me volví hacia el bibliotecario.

-Si me hubiese dicho que se trataba de Burgoyne, no me habría sorprendido. Es la cara de un estudioso aristocrático y no la de un hombre mundano y sensual.

-Por desgracia, Burgoyne nunca se molestó en que le hiciesen un retrato, o si lo hizo, no se ha conservado. Pero Freeth fue un hombre de grandes méritos, pese a sus debilidades. Era capaz e industrioso e hizo mucho por la Fundación. Lo que ha sobrevivido

de Burgoyne no ha sido su imagen, sino su trabajo académico -señaló una fila de volúmenes en la antigua prensa-. Esta es su edición de ciertos manuscritos sirios, el texto autorizado. Pero en un tono muy diferente, permítame mostrarle uno de los tesoros más ambiguos de la Biblioteca.

Se dirigió a una vitrina apoyada en la pared, la abrió y sacó un gran documento en *velum.*

-¿Qué cree que es?

Lo observé con cuidado, ansioso por no cometer un error estúpido. Parecía un acta medieval, escrita en *velum* por una fina mano de la Cancillería.

-Seguramente se trata de un instrumento legal de cierto tipo y data, diría, de comienzos del siglo XV.

-Sí, bien: el tesorero Burgoyne quería reunir dinero para salvar la fábrica de la catedral, que por entonces estaba en muy mal estado. Con ese fin concibió la idea de suprimir una de las instituciones de la Fundación.

-¿De qué se trataba?

-Del colegio coral de vicarios. Un colegio de música religiosa que preparaba a los niños y jóvenes no únicamente para el coro de esta catedral, sino también para formar parte de los coros de otras catedrales. Burgoyne consiguió ganar la mayoría en el Cabildo, pero Freeth se opuso y, como era característico en él, se negó a aceptar una derrota. El y su antecesor en el cargo -un cierto Hollingrake- hicieron una búsqueda exhaustiva de los viejos registros de la Fundación y una o dos semanas más tarde produjeron un documento que frustró los planes de Burgoyne. (Por favor, sírvase sandwiches y bizcocho. Los hizo mi mujer.) Este es el documento que tiene en sus manos-el acta original de la creación está datada en 1424.

-¡Tenía razón, por cierto! -no pude reprimirme de exclamar.

El doctor Locard hizo una breve pausa y siguió:

-El acta dotaba a la Fundación de una granja cercana con buena edificación y cierto número de terrenos que servían para financiar el colegio. Pero estipulaba que si se suprimía el colegio, la tierra debería venderse y el dinero debía ponerse en manos del deán que en ese momento tuviese el cargo. Freeth no tuvo dificultades para persuadir al viejo deán de que, en ese caso, tomaría el dinero y lo usaría para sí. De modo que la proposición de Burgoyne fue rechazada, finalmente.

-Es extraño que los términos de la cesión sean tan generosos hacia el deán.

El doctor Locard sonrió:

-Sumamente. ¿No ha notado que el documento está falsificado?

Me sentí enrojecer.

-Cierto, pero es muy convincente.

-Se debe a que probablemente fue copiado de un documento original. El falsificador se limitó a añadir -en un mal latín muy respetable- una cláusula dando la titularidad a quien tuviese el cargo de deán.

-¿Y existe el documento original?

Sonrió.

-La mejor prueba de una falsificación es el documento original. Como hubiese sido la prueba de que éste es una falsificación, puede estar seguro de que fue destruido.

-¿Sospecha que el falsificador fue Hollingrake? Por cierto, estos bizcochos están deliciosos.

-Cuando Freeth llegó al cargo de deán, puso a Hollingrake como tesorero, una recompensa generosa, puesto que le permitió enriquecerse. Pero me temo que fue Freeth quien orientó las cosas en ese sentido porque, irónicamente, hizo uso del documento falso para cerrar la institución, vender la tierra y ponerse el dinero en el bolsillo.

-¿Tras su gran oposición a Burgoyne? ¡Qué hipócrita y codicioso! ¿Cómo es posible que los demás canónigos estuvieran de acuerdo con algo así?

Librodot

El doctor Locard me miro con cierta curiosidad.

-Supongo que Freeth encontró la forma de acallar sus conciencias.

Tardé un momento en comprender qué quería decir.

-¿Fueron comprados?

-Freeth llegó a ser muy rico. Era dueño de una considerable cantidad de acres y una bonita casa solariega a pocas millas de la ciudad. Podía ser generoso.

-¿Y Hollingrake?

-Es curioso, pero las actas de las reuniones del Cabildo muestran que había una querella abierta entre ambos hombres, de modo que supongo que riñeron al repartirse los despojos.

-Es triste que la posteridad haya perdido el colegio de música.

-En cualquier caso, no hubiese sobrevivido al protectorado, dada la hostilidad de los puritanos hacia la música de iglesia. De hecho siguió existiendo de modo reducido, pues acabó en la Escuela Coral que ocupa el mismo edificio al norte del Upper Close, la portería antigua.

-Esta tarde lo vi cuando regresaba de mi almuerzo en el Dolphin.

-Querido amigo -exclamó el doctor Locard-, ¿fue a almorzar allí? Me da pena pensar en usted viviendo como un viajante. Mi esposa y yo estaremos encantados de que nos haga el honor de cenar con nosotros durante su estadía.

-Será un gran placer.

-¿Lo acompaña su esposa, doctor Courtine?

-No, no. Ella... quiero decir que no...

-¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

-Sólo hasta el sábado por la mañana. Mi sobrina y su familia me esperan ese día.

-¿Hasta el sábado? Es muy poco tiempo. Pero creo que mi mujer y yo no tenemos ningún compromiso mañana por la tarde.

-Es muy gentil por su parte.

-Se lo preguntaré esta tarde y le enviaré un mensaje.

Le agradecí el té y le dije que era tiempo de que volviera a mis quehaceres.

-Tras el trabajo de esta mañana, ¿le parece que podrá encontrar el manuscrito?

-Sería un golpe de suerte increíble. Si todavía existe, me parece que lo encontrará usted, doctor Locard, durante el proceso de catalogación del material que guardan, aunque puede ser que pasen algunos años.

-Es una desgracia, desde su punto de vista, puesto que si lo encuentra crecerán sus posibilidades de obtener la nueva cátedra.

Reí, incómodo.

-Ni siquiera soy candidato.

-Pero debe de ser un competidor de peso, especialmente ahora que parece probable que Scuttard se retire.

-¿Va a retirarse Scuttard? ¿Por qué? ¿Ha aparecido algo que lo desacredite?

El doctor Locard sonrió.

-Nada de eso. Entiendo que probablemente le ofrecerán la presidencia de su propio colegio.

-¿A su edad?

-La administración actual lo tiene en gran estima, como indica su designación reciente a la comisión de la catedral. Se trata de un hombre muy capaz y sensato, y llegará lejos.

-Tiene amigos poderosos, lo acepto. Y con seguridad devolverá la confianza que el gobierno de la universidad tiene en él -me levanté-. No le quitaré más tiempo, doctor Locard.

También mi anfitrión se levantó.

-¿Dónde puedo enviarle un mensaje para confirmar que mi mujer y yo no tenemos compromisos para la cena mañana? Supongo que se aloja en el Dolphin.

-No. Estoy en casa de un viejo amigo de universidad. Creo que lo conoce: Austin Fickling.

-Lo conozco, por cierto.

Se dirigió a la vitrina y dándome la espalda, devolvió el documento a su sitio y añadió:

-No tenía idea de que estuviese visitando a un amigo cuando le hablé de cenar con nosotros. Supongo que Fickling tendrá otros planes para usted. No quiero ponerlo en una situación difícil.

-Es muy considerado -murmuré-. Sí, me parece que Fickling dijo algo acerca de cenar juntos mañana.

-Espero que tal vez pueda visitarnos en otra ocasión...

-Ciertamente. Es muy amable, doctor Locard. No obstante, tendré el placer de verlo mañana por la mañana a las siete y media. Lo deseo con toda sinceridad.

Me miró sin decir nada, pero hizo un gesto súbito de asentimiento.

Volví a agradecerle el té y regresé al anexo. Reanudando mi tarea, reflexioné amargamente sobre las complejidades de la política de una catedral. Era evidente que mi amistad con Austin me ponía en el campo de los evangélicos.

Más o menos media hora más tarde, cuando había abandonado las esperanzas de que volviera Pomerance, éste bajó de pronto y se me acercó llevando una lámpara.

-Aquí está -le dije-. Esperaba poder verlo antes.

-Mi jefe decidió que me necesitaba arriba esta tarde.

-Bien, pero ahora que está aquí, ¿tendría la bondad de bajarme esos atados de la estantería de arriba?

-Lo lamento, pero sólo venía a decir que son casi las cuatro y veinte y la biblioteca va a cerrar.

-¡No tenía idea de que hubiese pasado tanto tiempo!

Durante el día había revisado el contenido de cuatro entre unas setecientas u ochocientas estanterías. Vi la completa inutilidad de mi empresa cuando levanté la lámpara y el manuscrito que me había prestado el doctor Sisterson y seguí al joven escaleras arriba.

La biblioteca estaba casi en completa oscuridad aparte de una única luz junto a la puerta, y parecía que no había nadie

-¿Está el doctor Locard? Me gustaría despedirme.

-No. Ya se marchó.

-¿Y Quitregard?

-Se ha marchado con él. A menudo lo acompaña a casa para ayudarlo en las cosas del Cabildo.

El joven me abrió la puerta y me despedí. Había algo que quería hacer y, ansioso porque oscurecería pronto, recorrí velozmente el costado de la catedral hacia la parte trasera del deanato nuevo. Era un edificio viejo con profusión de gabletes y ventanas con parteluz y altas chimeneas como caramelos retorcidos. Una muralla alta lo separaba de la lonja y me dirigí a la entrada para mirar a través de los barrotes hacia la parte trasera. Apenas pude distinguir una gran lámina de mármol blanco incrustada en la pared de ladrillo. Había palabras incisas, pero como ya oscurecía era imposible descifrarlas a tanta distancia. Para ver, me había inclinado sobre la verja, consciente del aspecto absurdo que debía ofrecer -aunque por suerte no había nadie que me viera- y temiendo perder pie, puesto que me incomodaba el manuscrito del doctor Sheldrick, que llevaba bajo el brazo. Pude ver que la puerta no estaba cerrada, pero no quería abrirla ni entrar de forma furtiva.

Súbitamente vi que se movía una luz a cierta distancia y noté que había alguien en el patio trasero con una linterna. Me sorprendió y al mismo tiempo me alarmé porque Austin me había prometido que a esa hora no habría nadie en casa. Antes de tener tiempo para moverme, el rayo giró hacia mí y oí una voz de tono alto, tan característica que podría recordarla con nitidez:

-Lo estoy viendo. No tema. Haga el favor de entrar. La puerta no está cerrada con llave.

Me disculpé insistentemente y decliné la invitación, pero el anciano -como parecía ser mi interlocutor, por su voz- vino a la puerta diciendo:

-No sea tímido. Entre.

Abrió la puerta y sonriendo me invitó a pasar y así, sin reponerme de mi aturdimiento, hice lo que me pedía.

Su estatura era menor que la media, y parecía delgado, aunque como estaba envuelto en su grueso abrigo y se envolvía el cuello con una gran bufanda era difícil saberlo con seguridad. Bajo un sombrero anticuado vi una cara fuerte de expresión tan despierta como divertida, con facciones delicadas, la piel pálida y mejillas suaves. El elemento más notable eran sus ojos azules y brillantes, que no parecían apartarse de mi cara.

-Le ruego sinceramente que me perdone, señor. No tenía idea de que hubiese alguien aquí.

-Soy un viejo fuera de sus cabales por estar a la intemperie con este tiempo, pero no pude resistirme a poner más paja en torno a las plantas. Estoy seguro de que la helada será todavía peor esta noche.

Advertí que había macetas en todas las ventanas.

-Vi que estaba intentando leer la inscripción -me dijo sonriendo.

-Ha sido imperdonable por mi parte fisgar en su propiedad.

-De ningún modo, de ningún modo. Estoy muy orgulloso de la inscripción. Y de este sitio. Tengo la fortuna de vivir en una casa centenaria y muy singular en la cual han ocurrido cosas extrañas y terribles, y me parece un precio ridículo que ocasionalmente haya desconocidos que muestren interés.

-Es muy generoso, señor. Le ruego que me perdone.

-No me refiero a usted, señor. Miran por las ventanas de la fachada, a eso me refiero.

-Ha de ser intolerable. Además, me identifico con usted porque vivo en un colegio de Cambridge y mis habitaciones están sujetas al mismo tipo de atención.

-Usted es uno de los más corteses de todos cuantos han intentado leer la inscripción. Temí que se cayera en sus esfuerzos por no entrar.

-Debo de haberle parecido muy ridículo.

Avanzó unos pasos hacia la muralla y levantó la linterna:

-¿La puede leer ahora?

Las letras estaban gastadas y la piedra estaba astillada, y en ciertos lugares se perdía la escritura. Pero el anciano sabía las palabras de memoria y las leímos juntos:

> Todas las cosas giran y el Hombre, nacido para Trabajar, gira con ellas. Y no obstante cuando Llegue el Momento, los que están Arriba Caerán, y los que están Abajo Subirán. Entonces el Culpable será destrozado como el Inocente, siendo destruido por su propia Maquinaria en el momento del Triunfo. Porque cuando la Tierra tiemble y las Torres se muevan, la Tumba revelará sus secretos y todo se sabrá.

Era ciertamente enigmático, me dije al intentar memorizar las palabras.

-¿Conoce la historia que hay tras esta inscripción? -me preguntó el anciano.

-Me han dicho que fue encontrada al alba justo tras la muerte del tesorero Burgoyne y que denuncia al aparejador de la catedral, Gambrill, como asesino.

El anciano asintió.

-De hecho la historia que cuenta mi familia es que el propio Gambrill grabó la inscripción esa noche, como confesión.

-Cuesta -continué- leerla de ese modo, puesto que su tono más que una forma de disculparse parece vengativo y triunfante.

-Es cierto -aceptó-. Pero tal vez Gambrill sintió que podía permitirse alardear del asesinato. Ciertamente, la referencia a lo Alto y lo Bajo parece dirigida al tesorero aristócrata y al albañil de humilde cuna.

Asentí, reflexionando que también se adecuaba a una idea que se me había ocurrido a la hora del desayuno, inspirada por algo que había dicho Austin.

-¿Cómo mataron a Burgoyne, exactamente?

-Nunca se estableció con certeza. Fue encontrado bajo un andamio que cayó, y que se había levantado para poner la placa del memorial en el monumento de su propia familia. Lo extraordinario fue que el propio Gambrill pudiese colocar esa pesada placa en su lugar, en el muro.

-¿Él solo?

-Aparentemente. Y luego, según la historia, Gambrill volvió y lo grabó a cincel antes del alba.

-¿De noche y sin que nadie lo oyera? -le pregunté sonriendo.

A la luz de la lámpara había suficiente luz como para ver que el anciano también sonreía.

-Bien, esa es la explicación de mis antepasados, que ha sido aceptada durante más de dos siglos.

-¿Cómo llegó la casa a ser propiedad de su familia?

-Es toda una historia. El canónigo tesorero inmediatamente anterior a Burgoyne gastó mucho dinero mejorándola y ampliándola con la fortuna que había amasado durante sus días en el cargo.

-¿Quiere decir que la había adquirido de la Fundación por desfalco?

-Sí, o mejor dicho, por malversación, si perdona la pedantería de un banquero -el anciano lanzó una risita entre dientes-. Pero después de la muerte de Burgoyne hubo un nuevo deán y como ésta era la casa más importante de Upper Close, persuadió al Cabildo para que la convirtiera en el deanato nuevo. Para gran disgusto del tesorero de aquellos días.

-El deán era Launcelot Freeth, ¿no?

-Está bien informado -exclamó el anciano-. En ése caso comprenderá que tras su muerte decidiera que como esta casa era de mal agüero, debería venderse en beneficio del deanato viejo. Fue comprada por mi tatarabuelo, James Stonex, en 1664, y ha conservado su nombre.

-De modo que por esta misma entrada -dije volviendo a mirar- el deán fue arrastrado a su muerte.

-Ciertamente, salió por esta puerta camino a la muerte, pero fue hacia su ejecución por voluntad propia.

-¿Por su propia voluntad? ¿Y por qué la llama ejecución? Su asesinato se considera uno de los más vergonzantes de nuestra historia.

-No según una tradición transmitida por mi familia junto con la casa.

-Siento la mayor curiosidad por conocerla.

-No tengo tiempo ahora -se disculpó-. Es la hora de cenar para mí. Mis horas son extrañas debido a mis negocios. Pero venga a tomar el té pasado mañana y le contaré la verdadera historia sobre la forma en que el deán encontró la muerte.

-Me parece de una amabilidad extraordinaria.

-Muy bien. Acordado. Lo espero a las cuatro y media pasadas. Por favor, sea puntual porque mi vida está ordenada por el reloj y tendré que irme a mi despacho a las seis.

Le aseguré que sería puntual. Hubo un momento incómodo con los dos de pie, uno frente al otro. Finalmente él añadió:

-Me temo que en este momento no puedo invitarlo a pasar.

-Por supuesto, lo entiendo bien -le dije algo asombrado. Y luego, con un gesto que parecía extrañamente descortés, abrió la puerta y sonrió haciendo un gesto que me invitaba a salir.

-Hasta el viernes -dijo.

Salí del recinto, me despedí y me alejé, dejándolo de pie ante la puerta.

Entonces ocurrió algo extraño. La esquina de la catedral estaba a unos quince metros y tuve la seguridad de que allí había una figura, apenas visible en la penumbra del atardecer. Al acercarme, se desvaneció en la esquina. Estuve casi seguro de que se trataba de Austin. ¡Qué extraño que hubiese estado atisbando de ese modo y que escapara así! No obstante, sus movimientos coincidían con aspectos de su conducta, reflexioné mientras cruzaba la lonja hacia su casa. Era como si quisiese mi compañía y al mismo tiempo la rechazara.

Sabía que podía entrar, puesto que Austin me había dicho que dejaba la casa sin cerrar. Y ahora que pensaba en su extraño comentario sobre el tema, esa mañana, súbitamente sospeché lo que quería decir: sus motivos para ocultar las llaves -porque había utilizado el plural- aunque la puerta de entrada nunca fuese cerrada con cerrojo, era porque una de ellas era la llave de un lugar seguro. De modo que incluso si alguien entraba, no encontraría ni el escondrijo ni la llave. ¿Qué podía ser aquello que necesitaba ocultar?, seguía pensando cuando llegué a la casa. Sólo desperté de mi ensoñación cuando, al levantar la aldaba y abrir la puerta, sentí que algo la obstruía. En el suelo había un papel. Lo recogí y lo llevé al comedor donde encendí la luz de gas. La nota decía: «Por favor, cena solo esta noche. Me retienen y no puedo evitarlo. Volveré a eso de las diez. Firmado: Austin».

Me impresionó la brevedad, casi la grosería de la nota: no daba explicaciones ni se disculpaba por su falta de hospitalidad. Si había sido Austin a quien había visto en la lonja hacía unos minutos, ¿por qué se había escabullido sin hablarme, en caso de que tuviese algo que decirme?

Me quité el sombrero y el abrigo, me serví un vaso de jerez y me senté a la mesa. Todo era muy extraño. Más que nunca se confirmó mi idea de que Austin estaba implicado en algún tipo de intriga. Sabía tan poco de su vida en este lugar... ¿cómo podía ser feliz en un sitio tan aburrido, él que había sido un estudiante con un futuro tan prometedor? Le había dado más de una oportunidad para que confiara en mí. ¿Me equivocaba al pensar que me había pedido que lo visitara porque quería pedirme consejo? En ese caso, ¿había malinterpretado la secuencia de eventos y me había invitado antes de que el tema -fuese lo que fuera- hubiese comenzado a preocuparlo y ahora descubría que tenía poco tiempo o disposición mental para mí? Y de ser así: ¿por qué no había retirado la invitación? O -si no quería que estuviese allí en esos momentos- ¿por qué no había permitido que me trasladara a una posada cuando le di la oportunidad? Que me hubiese invitado y luego me tratara de manera tan extraña, era inexplicable. Mientras más pensaba sobre la descortesía de su nota, más me indignaba. Esa noche debíamos haber cenado en un restaurante de la ciudad y esperaba que por fin hubiésemos podido entendernos mejor.

Súbitamente un gran estrépito me arrancó de mi ensoñación. El reloj de la catedral daba las seis y media. De qué modo más inexorable la proximidad de la catedral nos recordaba el paso del tiempo, reflexioné. La vida tranquila del colegio había oscurecido ese aspecto. La incesante llegada, cada año, de una nueva cohorte de jóvenes apagaba, hasta cierto punto, mi sensación del tiempo que pasa. De algún modo seguía pensando que era relativamente joven y que aún tenía toda una vida ante mí. Pero sabía que se trataba de una sensación engañosa. Ya tenía casi cincuenta años y la suerte estaba echada. Para mejor o peor, mi vida tenía un molde que conservaría hasta mi muerte.

Me sentí hambriento y me levanté: mi mirada cayó en el manuscrito del doctor Sheldrick que había dejado en la mesa y decidí llevarlo conmigo para echarle un vistazo durante mi cena solitaria. Poniéndomelo bajo el brazo, dejé la casa y como la criatura rutinaria que soy, me dirigí a High Street, rumbo al Dolphin.

Librodot

Miércoles por la tarde

Me instalé en el comedor vasto y poco acogedor, sin otros comensales, y me atendió un camarero de aspecto lúgubre con la solemnidad doliente del último sacerdote de una iglesia en ruinas. El ambiente parecía perfectamente adecuado para aquella ciudad antigua y en decadencia, con sus calles ruinosas y sin iluminación donde parecía no haber nadie. Supuse que la ciudad no se había recuperado jamás del daño que le había infligido la guerra civil durante el sitio. Ello me hizo pensar en mi encuentro reciente con la extraña y vieja criatura que me había mostrado la inscripción.

Recordé sus palabras enigmáticas «Cuando llegue el Momento, los que están Arriba Caerán», porque cuando las había leído, con el sueño de Austin todavía fresco en mi memoria, me impactó la posibilidad de que hicieran referencia al asesinato del padre de Limbrick -su oficial- cometido por Gambrill. La inscripción ¿describía el asesinato? ¿Confesaba Gambrill haber empujado a su rival del techo de la catedral en el accidente que le había costado un ojo*?* Pero era una insensatez suponer que la inscripción había sido cincelada por el propio Gambrill. Aunque, reflexioné, daría mucho por tener la oportunidad de subir al techo de la catedral y ver el lugar con mis propios ojos*.* Austin había dicho que la inscripción daba indicios sobre el secreto que obsesionaba a Burgoyne e intenté encontrar algún sentido en su fraseología bíblica: las palabras resistieron mis esfuerzos y me pregunté si el fascículo del doctor Sheldrick arrojaría alguna luz sobre el tema.

De este modo, intentando comer mi grasienta chuleta de cordero acompañada por un clarete ligero, busqué el relato de dichos sucesos en el manuscrito. No estaba bien redactado -el estilo era pesado, pedante y a menudo pomposo-, pero la historia resultaba fascinante y la leí rápidamente para luego volver a releerla con más cuidado. Parte de lo que revelaba el doctor Sheldrick era muy sorprendente, en particular respecto a la naturaleza del secreto que Burgoyne amenazaba con revelar. Entendí la pulla del doctor Locard sobre su falta de academicismo, pues con frecuencia omitía sus fuentes y parecía apoyarse mucho en la tradición oral poco fidedigna.

Habiendo cenado, sentí que todavía no tenía ganas de volver a casa y me dirigí al bar, donde me senté y pedí un coñac. Los únicos clientes eran dos viejos sentados en una esquina con maneras más bien recelosas. Me pregunté si debería tener una conversación abierta con Austin para que me dijese si quería que me fuera. Incluso podría preguntarle si el motivo de su extraño comportamiento era que se sentía culpable por lo que me había hecho. Volví una y otra vez sobre lo mismo, diciéndome que había sido una necedad por mi parte pensar que podía reanudar mi amistad con Austin. Había pasado demasiado tiempo y todavía quedaban heridas sin cicatrizar. No me había dado cuenta de la medida en que el pasado seguía resultándome doloroso. Además, Austin no era el mismo hombre que había conocido. Pensé que algunas de las cosas que había dicho y hecho en el breve tiempo que había estado con él resultaban extrañas. Parecía haber algo tortuoso en su actitud que no recordaba. De joven, Austin había sido abierto, impulsivo y vulnerable. ¿Se había vuelto solapado y poco sincero? Pensé que bebía en exceso, en su temperamento irascible y que esa misma tarde estaba acechando en la lonja. Era como si algo se hubiese apoderado de él. Un poder oscuro que estuviese manejándolo.

A los otros parroquianos se había unido un joven. Apenas prestaba atención a lo que decían, cuando me distrajo el sonido de las voces cada vez más altas. Uno de los hombres mayores, el que tenía un sombrero raído cayéndole sobre un lado de la cara, estaba diciendo:

-No deberían haberse metido en eso. Nunca se sabe que podría pasar en un edificio así. Hay que dejarlos tranquilos, digo yo.

-Suenas como el viejo Gazzard -dijo el joven-. Está en contra de cualquier novedad. Esta noche está más feliz que un payaso.

-Apuesto que son los desagües -dijo el mismo viejo-. Tienen cientos y cientos de años. Sabe Dios qué habrá por ahí. Cosas que han pasado ocultas una eternidad.

Librodot

-No seas más burro de lo que te tocó en suerte -dijo el otro viejo, quitándose la pipa de la boca por primera vez-. La catedral no tiene desagües.

-Pero tal vez debería tenerlos -dijo el otro con una risilla horrible-. Hace veinte años que de ahí sale mal olor.

-¿Qué quieres decir?- preguntó el joven indignado. Ahora me parecía reconocerlo como uno de los bedeles que había visto en la catedral la noche pasada.

-Hablo de lo que todos saben de los señores canónigos -dijo el viejo del sombrero, haciendo un guiño inequívoco.

-No sabes lo que dices -dijo el hombre que había mencionado a Gazzard.

-Se observan unos a otros como perros con una perra en celo. Si uno de ellos hace algo que no debe, los otros saltan para colgarlo, estrangularlo y descuartizarlo.

-Es cierto que se miran unos a otros -dijo el primer viejo-. Pero no siempre se descubren. Y si se descubren, no siempre se acusan.

-Ahí te equivocas. No ceden nada porque están divididos con sus papistas, su incienso y maneras romanas, y otras cosas más bien de metodistas que de hombres de iglesia.

-Te diré esto, sean papistas, reformados o buenos protestantes británicos, siempre saben lo que más les conviene y cómo meter el hocico en el comedero hasta hartarse -dijo el del sombrero, para añadir con otra risita-. Y no sólo se ocupan tiernamente de sus morros.

-No sabes nada de eso -dijo el bedel-. Si uno de ellos hubiera guardado la calderilla que no era para él, los otros lo habrían puesto en la puerta antes de que cantara un gallo.

-¿Eres tonto o lo haces ver? No estoy hablando de calderilla. ¿Qué hay del asunto del colegio?

-No sé de qué me hablas.

-Sí, sí lo sabes.

-¿Qué has oído? -preguntó el viejo de la pipa.

-Me parece que lo mismo que tú. Siempre se ha hablado de los canónigos.

Ambos hombres lanzaron unas risotadas. Luego el fumador de pipa inspiró largamente y soltando el humo dijo:

-El director casi nunca sabe ni el día de la semana.

-Menos los domingos, cuando cierra el Red Lion. Es el único día en que uno no encuentra a Appleton en el bar.

El otro hombre hizo una mueca.

-Y por eso Sheldrick lleva tanto tiempo haciendo lo que le da la gana.

-Que se les caiga la cara de vergüenza por el veneno que rezuman -dijo el más joven.

-El deán daría el oro de sus dientes por deshacerse de los dos; cerraría el colegio con tal de despedirlos -dijo el viejo del sombrero.

-¡Tonterías! -exclamó el bedel-. La catedral no puede vivir sin el colegio.

-Pero no es así. ¿No hay una reunión especial de todos ellos mañana?

-Una reunión del Cabildo, quieres decir? Sí. ¿Y qué?

-Pues que de eso se trata. Sólo que él no puede hacer lo que le plazca.

-¿Y por qué no?

-Por ese Slattery, que es un intrigante. Tiene todas las cartas en sus manos y hace lo que le da la gana. Y el deán no puede tocarlo.

-¿Qué quieres decir? El deán puede hacer lo que le parece, ¿no?

-No. Con el señor Slattery, no puede. Echaría una humareda tan espesa que todos se asfixiarían.

-Bien -dijo el otro sacándose la pipa de la boca y riendo en silencio-. Eso mismo. Se asfixiarían todos juntos.

El viejo del sombrero ignoró su comentario. Aparentemente, anoche se llevó algo de casa de Sheldrick y ahora nadie puede ponerle un dedo encima.

-¿Y de qué se trataba? -preguntó el otro hombre.

Su compañero se encogió de hombros.

-De algo que provocaría un gran escándalo y que si saliera a luz los dejaría por los suelos. Por eso el deán no puede hacer nada contra él, por más que quiera ponerlo de patitas en la calle. A él y su esposa.

Miró a los demás y luego hizo una mueca que casi le partió la cara en dos. Los otros rieron ante su salida.

Advertí que el otro viejo le tocaba el brazo, echando una mirada en mi dirección y cuando aquél también me miró, de pronto sentí vergüenza de mí mismo. ¿Qué estaba haciendo, prestando oídos a las habladurías de unos hombres maliciosos y sin educación? No obstante, lo que habían dicho me daba indicios de la naturaleza de la carga que pesaba en la mente de Austin. Claramente había algún tipo de problema en el colegio, y ello podía tener consecuencias serias para mi amigo. Recordé que tanto Gazzard como el doctor Locard habían mencionado una importante reunión del Cabildo prevista para la mañana del día siguiente. Pero ¿quién era Slattery y en qué sentido tenía todas las cartas en la mano?

Era tarde. Me levanté y me dirigí a la lonja. Yendo hacia el este de la catedral pocos minutos más tarde, me sorprendió ver que tras las ventanas había luces y sombras en movimiento. La noche pasada el bedel había dicho que los hombres trabajarían hasta las ocho o las nueve. Miré el reloj. Eran las diez y media. Entonces pensé en la conversación que acababa de oír y subí las gradas. En cuanto entré, casi me desvanecí pues se percibía un olor fuerte y muy desagradable. Era la fetidez de algo viejo y podrido, algo más viejo y peor, me pareció, que un mal sistema de desagües.

Bajo el crucero se movían linternas y yo avancé en esa dirección. Había allí varios hombres con sus herramientas y algo más lejos vi al doctor Sisterson, en intensa conversación con el capataz. El viejo bedel lo miraba como antes y me saludó con gran cortesía.

-¿Qué demonios causa ese olor? -le pregunté-. ¿Es un escape de gas?

El viejo negó.

-Esto es lo que pasa por no dejar las cosas en paz. Nunca deberían haber empezado. Cuando levantaron el pavimento, justo aquí, esto se abrió.

Señaló una grieta fina, de unos sesenta y cinco centímetros de longitud, que se había abierto en la pared del crucero.

-El suelo debe haber caído ligeramente -le dije-. ¿Se rompió una tubería de gas? Eso explicaría el olor.

Levantó los hombros en un gesto de desánimo y asombro.

-No las hay en esta parte del edificio, señor. No sabemos de dónde viene.

-Entonces me quedo tan perplejo como usted.

-El capataz hizo lo que usted le indicó, señor, tal como le ordenara el doctor Sisterson.

Su comentario tenía cierto tono de reproche y repliqué rápidamente:

-Me temo que se haya equivocado al pretender seguir mi consejo. Hay que saber mucho sobre la construcción de estos viejos edificios antes de intentar trabajar en ellos.

-¿Y usted sabe mucho sobre ellos, señor?

Lo miré directamente. ¿Sería posible que quisiese sugerir que yo tenía cierta responsabilidad?

-Bien, en cierto modo soy un historiador de la arquitectura, aunque sólo como aficionado, desde luego. Y ello me recuerda que me gustaría mucho subir a la torre.

En ese momento el doctor Sisterson miró hacia mí y sonrió, indicando con un gesto que se reuniría conmigo en un momento.

-Lo siento mucho, señor -dijo el anciano bedel-. Pero ello está muy fuera de mis atribuciones. Ni siquiera tengo la llave de ese cuarto. Nadie puede entrar allí, por órdenes del Deanato y el Cabildo. Es demasiado peligroso.

-Lo entiendo muy bien -le dije.

Después de todo, reflexioné, el chapitel había sido peligroso hacía dos siglos y probablemente en la actualidad sería igualmente inseguro.

El doctor Sisterson se acercó y me saludó.

-Es preocupante -comentó, pero ni siquiera en esos momentos de crisis su rostro había perdido la sonrisa.

Arrisqué la nariz.

-¡Y el olor!

-Su fuente es un completo misterio. Me aterra pensar en lo que va a decir Bulmer cuando vuelva mañana. Hasta en los mejores momentos, su lengua es afilada.

Le pasé los manuscritos.

-Me alegra este encuentro casual que me da la oportunidad de devolverle esto.

-¿Ya lo ha leído?

-Palabra por palabra. Y me encantaría hablar de ello y conocer su opinión.

-Desgraciadamente, yo no he tenido tiempo para leerlo. Pero esta circunstancia sólo me provoca más interés en discutirlo con usted y ver cuál (según el doctor Sheldrick) es la verdad de varios episodios misteriosos de ese período de la historia de la catedral. Sé que es tarde, pero ¿le gustaría venir a casa y charlar en compañía de un vaso de vino?

-Me parece una intromisión a esta hora. Sería una gran incomodidad para su esposa.

-Al contrario; sé que le encantará conocerlo. Y está con su amiga, la señora Locard. Hace una hora, cuando las dejé, charlaban como conspiradoras. Estoy seguro de que las encontraremos hablando de ropa de niño y actividades de caridad en beneficio de los enfermos.

No pude seguir resistiéndome a la invitación y lo seguí con alivio de escapar al mal olor del edificio. Uno o dos minutos más tarde, llegamos a la casa en Upper Close. Estaba en la misma acera de la lonja que la casa de Austin, pero era considerablemente más grande, con fachada doble y ventanas saledizas en la planta baja. Y como estaba en la esquina abierta a Lower Close, reflexioné que con luz de día debía de tener un aspecto encantador, mirando hacia la pradera. El doctor Sisterson me condujo a la sala donde estaba su mujer, joven y esbelta, y la dama que, sabía, era la señora Locard. Cada una tenía un niño pequeño en la falda, la señora Sisterson, un hombrecito, y la señora Locard, una niña. Un niño y una niña algo mayores jugaban en la alfombra.

Se hicieron las presentaciones y la señora Locard dijo:

-Mi marido me ha hablado de usted, doctor Courtine.

-Sí -dijo la señora Sisterson, dando un empujoncito al niño que tenía ante ella y observándolo-. Oí que el doctor Locard le decía a mi esposo que espera poder mostrarle cómo gestionar su biblioteca. Sería sumamente generoso por su parte.

Se produjo un silencio. Noté que la cara de su esposo se había vuelto roja por el bochorno. La señora Locard nos salvó a todos diciendo, como si nada raro hubiese ocurrido:

-Mi esposo ha mencionado su interesante teoría acerca del manuscrito perdido.

Hablamos de ello unos minutos y me ofrecieron una taza de té aunque, como la señora estaba ocupada, me la sirvió el propio canónigo. Cuando explicó que acababa de encontrarse conmigo en la catedral, la señora Locard le preguntó si se había resuelto el problema, y tuvimos que reconocer que no.

-No recuerdo haber visto jamás tanta agitación como en estos últimos dos días -exclamó la señora Sisterson. Se volvió hacia su marido-: ¿Hay alguna noticia sobre el pobre Sheldrick?

-No, hasta donde yo sé -respondió-. ¿Sabía, doctor Courtine, que ayer el rector honorario sufrió un robo?

-¡Dios mío! No tenía idea. ¿No dio una recepción anoche?

-En efecto. De hecho, cuando me encontré con usted en la catedral acababa de llegar de allí. Sólo poco después de que volviera a su casa se descubrió el robo.

-Me parece que el propio deán descubrió el delito -dijo la señora Locard.

-En efecto. El doctor Sheldrick lo llevó a su biblioteca para mostrarle una adquisición reciente (es un coleccionista ávido de buenas ediciones antiguas) y el deán advirtió que el escritorio que está en un extremo de la habitación había sido forzado.

-¡Qué desagradable! -musitó vagamente la señora Sisterson, con la atención puesta en el niño que tenía en la falda.

-El doctor Sheldrick dijo que sólo faltaba un paquete -del tamaño y grosor de un libro grande- con un conjunto de cinco miniaturas y que no quería causar revuelo por ello, pero el deán insistió categóricamente en que se debía llamar a la policía.

-¡Increíble que no quisiese llamar a la policía! -anotó la señora Sisterson-. Deben de valer bastante dinero.

Su marido sonrió.

-Recuerda que el doctor Sheldrick tiene importantes recursos privados, querida. Lo que a nosotros nos parece mucho dinero para él es una minucia.

Se volvió hacia mí.

-Está emparentado con una de las grandes casas ducales.

-Como nunca deja de recordarnos -señaló su esposa sin indicios de malicia.

Vi la mirada de la señora Locard y los dos reprimimos una sonrisa ante esa mezcla de falta de mundo e inocencia.

-¿Se sabe con precisión cuándo se cometió el robo? -le pregunté.

-El doctor Sheldrick le dijo al oficial de policía que no había prestado atención al escritorio durante varios días y que podía haber sido descerrajado en cualquier momento -contó el doctor Sisterson-, pero su ama de llaves insistió diciendo que había inspeccionado esa habitación esa misma tarde y que todo parecía normal.

-¿Se sospecha de algún criado o piensan que alguien entró en la casa durante la recepción?

-El doctor Sheldrick fue categórico en que nadie de su servicio era responsable. Todos han estado muchos años con él. Y como dijo el alguacil, cuesta imaginar que alguien hubiese podido entrar sin ser detectado mientras la casa estaba llena de invitados y criados haciendo su trabajo.

Reí.

-Lo cual sólo deja a los invitados.

El doctor Sisterson lanzó una mirada a la señora Locard y dijo rápidamente:

-Bromeaba, desde luego. Imagino que eran amigos y colegas del rector honorario.

-En efecto -respondió la señora Locard-. Todos los invitados eran canónigos y funcionarios de la catedral y sus esposas.

-Entonces -dije- es evidente que ninguno de ellos pudo hacer una cosa de tal naturaleza.

-No -dijo el doctor Sisterson con cautela-, parece más allá de lo verosímil que uno de ellos se hubiese arriesgado hasta ese punto por unas miniaturas.

-Ha de haber sido un extraño -dijo la señora Locard- por más que cueste creer que pudiese no haber sido visto.

-Es muy misterioso -reflexionó el sacristán-. El comisario nos reunió a todos en el salón y preguntó si habíamos visto a alguien o algo sospechoso. Por cierto, nadie pudo aportar nada.

-El señor Appleton se enfadó mucho, ¿no es así Frederick? -preguntó la señora Sisterson, sin levantar la vista del rostro de su hijito.

-El director del coro del colegio -me explicó su esposo- se excitó un tanto y preguntó si el comisario estaba acusando a alguno de nosotros. Éste no lo negó con precisión. Y entonces el señor Slattery indicó que era obvio que ninguno de nosotros llevaba algo tan abultado como un paquete de miniaturas.

Librodot

-¡Qué persona más rara es ese señor Slattery! -murmuró apaciblemente la señora Sisterson, mirando a su bebé y sonriendo-. Llegó a ofrecerse para que el comisario lo registrara.

Su esposo asintió.

-Y tenía toda la razón. Era evidente que nadie tenía algo de ese volumen encima.

-Qué historia más extraordinaria -comenté.

-No tan extraordinaria como la historia del tesorero Burgoyne -rió el doctor Sisterson-. Estoy muy ansioso por saber qué nos dice el señor Sheldrick.

-Me temo que será de muy poco interés para las damas -vacilé.

-Por el contrario -dijo la señora Locard-. Siento una gran curiosidad. Y, al fin y al cabo, la Navidad es una época para contar cuentos junto al fuego.

La señora Sisterson la apoyó, de modo que cuando una doncella se llevó a los niños mayores a la cama, y con los dos más pequeños durmiendo en brazos de su madre, inicié un resumen del capítulo que había leído esa misma tarde.

Con el manuscrito del doctor Sheldrick sobre las rodillas para refrescar la memoria, comencé:

-Esta es la historia de cómo la enemistad entre un canónigo de origen aristocrático y un hombre de humilde cuna llevó a ambos a la destrucción. El canónigo tesorero fue asesinado, según el doctor Sheldrick, porque estaba a punto de hacer público un delito grave que había permanecido oculto. Encontró la muerte durante la Gran Tormenta que todavía se recuerda, puesto que esa misma noche cayó el campanario que estaba sobre la puerta principal de la lonja, aunque por milagro el incidente no causó muertes.

-Es cierto, si puedo interrumpir un momento -dijo el doctor Sisterson-, pero la tormenta produjo la caída de otro edificio de Upper Close que desgraciadamente conllevó otra muerte. ¿Lo menciona el doctor Sheldrick?

-No, no lo menciona.

-Le ruego que me disculpe, y tenga la bondad de continuar.

-William Burgoyne es una de las grandes figuras de la historia de la catedral. Llegó a ser canónigo tesorero a la edad de treinta y tres años y aunque probablemente su erudición y relaciones de familia le ganaron una prebenda a edad tan temprana, ciertamente su inteligencia y fuerza de voluntad lo impusieron, durante los diez años siguientes, como la figura más poderosa del Cabildo. Era un hombre brillante cuyas habilidades no sólo se demostraban en su erudición (había enseñado griego, hebreo y sirio en Cambridge) sino, asimismo, en cuestiones prácticas y políticas. También era un individuo orgulloso, ambicioso y testarudo, con un gran sentido de la dignidad que le correspondía a él y su familia. Como resultado no tardó en acarrearse la falta de simpatía (e incluso el odio) de los muchos miembros del mundillo de la catedral, a quienes había herido o bien con su lengua afilada, o con el rigor para llevar a cabo sus obligaciones. No obstante, incluso sus enemigos encontraban difícil acusarlo de una conducta poco honorable; era demasiado orgulloso, decían, como para tropezar en eso.

»Su apariencia era notable y no tardó en convertirse en una figura conocida cuando transitaba por la lonja, que intimidaba incluso a los miembros de la Iglesia, desde el portero más humilde al propio obispo. Era un hombre delgado y de elevada estatura, de nariz alta y ojos grises y penetrantes en una cara larga y fina. Siempre iba vestido de negro y del modo más severo, con un sombrero alto, y nunca dejaba de llevar su cadena de tesorero colgada del cuello. Era soltero y el poco tiempo que no dedicaba a sus obligaciones, lo pasaba estudiando y escribiendo sus sermones.

La señora Sisterson dijo, sin quitar los ojos de su niño dormido:

-Suena muy parecido al canónigo Sheldrick.

Levanté la vista del manuscrito y vi que su esposo y la señora Locard intercambiaban miradas divertidas.

-Se decía que era un hombre de extremada probidad en los aspectos personales, y que nunca se había asociado su nombre a un escándalo con mujeres, aunque varias jóvenes de la ciudad habían puesto sus ojos en él desde el momento en que llegó. Y él hubiese sido una buena conquista, pues además de los ingresos por su prebenda y los dividendos que recibía como canónigo, tenía grandes expectativas por parte de su familia. Además, dada su ambición y otras cualidades, era probable que por lo menos llegase a obispo. El tesorero no tenía amigos cercanos en la ciudad, y permanecía ajeno al ambiente social de la catedral, desaprobando abiertamente -de un modo que debía de haber arrojado sombras sobre la cordialidad de las relaciones sociales dentro del Cabildo- la intemperancia frecuente entre los canónigos de esos días. Practicó esa forma de vivir, austera y disciplinada, hasta pocos meses antes de su muerte prematura.

»La posición de Burgoyne como tesorero, sus dotes intelectuales y su poca disposición a esquivar los enfrentamientos no tardaron en convertirlo en el campeón del Cabildo en sus muchas disputas con el Consejo de la ciudad. Por aquellos días, por cierto, la Fundación tenía muchos más bienes y poder que ahora. Poseía muchas propiedades en la localidad y por ese motivo los conflictos con el alcalde y el Consejo eran constantes.

»Pero, pese a que el Cabildo catedralicio debía presentar un frente unido ante la ciudad, internamente estaba lejos de estar unido. El doctor Sheldrick sugiere que con sus quince canónigos residentes viviendo en la lonja, era muy parecido a un colegio de Oxford o Cambridge, con las animadversiones y rivalidades tan comunes allí. Sé por experiencia propia que esos conflictos pueden ser enconados e irracionales.

-Me temo que todos lo sabemos -comentó el doctor Sisterson, mirando a la esposa del bibliotecario. Ella sonrió con tristeza y besó la cabeza del niño que dormía en sus brazos.

-El deán ya era viejo cuando llegó Burgoyne, y durante los años siguientes el joven canónigo ganó influencia sobre él, a medida que sus fuerzas y su intelecto se debilitaban. Los demás canónigos no podían o no querían ponerse en contra de su tesorero, aunque muchos se resentían por su poder. A la llegada de Burgoyne la mayoría de los canónigos eran arminianos, y por lo tanto simpatizaban con las viejas prácticas y ritos católicos, aunque eran hostiles al catolicismo en sí. La mayor parte de los habitantes de la ciudad compartían sus puntos de vista, y de hecho muchos seguían siendo católicos en secreto, aunque ello era extremadamente peligroso. Mientras Laud fue arzobispo de Canterbury, los arminianos estuvieron en ascenso y los clérigos con inclinaciones calvinistas fueron severamente perseguidos. Pero ahora todo había cambiado. La facción calvinista había ganado poder en el Parlamento y la Corte, pues Laud se había sobrepasado al incitar al rey a hacer la guerra a los escoceses para imponer su libro de oraciones. El desastre que siguió trajo consigo su caída.

»Durante los diez arios anteriores a esto, había habido muchas discusiones en el Cabildo entre Burgoyne, el más prominente de los calvinistas, y los tradicionalistas, encabezados por el vicedeán Launcelot Freeth. Los conflictos más enconados eran acerca de la fábrica de la catedral porque, como explicaré, las cosas se desencadenaron en torno a ella.

»En todas estas disputas Burgoyne y Freeth eran oponentes equiparables, porque eran parecidos: inteligentes, ambiciosos y soberbios. Pero en tanto que Burgoyne tenía un desprecio aristocrático por el disimulo y la intriga, Freeth gustaba de ocultar sus auténticos sentimientos y era un oponente sin escrúpulos. De humildes comienzos, había escalado hasta su posición actual mediante astucia y solapamiento.

-¿Es así como lo describe el doctor Sheldrick? -preguntó el joven canónigo.

-Utiliza casi estas mismas palabras -confirmé.

-Parece una forma poco generosa de describir al hombre cuyo trabajo duro, sumado a sus habilidades naturales, lo llevó tan lejos -dijo con suavidad.

Librodot

Acepté su punto de vista. Yo mismo había conseguido el pequeño éxito que me correspondía en virtud de mis propios esfuerzos y sin las conexiones influyentes y otras ventajas de las cuales se había beneficiado, evidentemente, el doctor Sheldrick.

-Pero reflexione sobre su poco afortunada conducta en lo de la coral de vicarios -repliqué.

-¿Qué hizo? -preguntó la señora Locard. Me volví hacia ella y sonreí.

-Lo sabrá en un momento. De hecho, el doctor Sheldrick menciona el colegio como uno de los temas que mas dividieron al Cabildo. Desde el momento de su llegada, Burgoyne dejó claro que se oponía rotundamente al importante papel que representaba la música en los servicios de la catedral, pues según su punto de vista estrictamente calvinista, la música era un placer sensual que, bajo el disfraz de inducir a la espiritualidad, muy probablemente provocaba pensamientos groseros y carnales. No dejaba pasar oportunidad para apropiarse de los ingresos del colegio para la Fundación, y como el chantre, el canónigo responsable de la música, era un amigo cercano de Freeth, es fácil imaginar que ello contribuyó a afianzar las relaciones entre ambos hombres.

»La hostilidad de Freeth contra el intruso creció en la medida en que se hacía cada vez más probable que Burgoyne lo derrotaría en la sucesión al deanato. No sólo el ala política soplaba en su dirección, pues era miembro de la poderosa familia Burgoyne, una dinastía con inclinaciones calvinistas cuyas propiedades principales estaban en los alrededores de la ciudad, y cuyo jefe, el conde de Thurchester, era tío suyo. El conde tenía una enorme influencia tanto en el Parlamento como en la Corte. La residencia principal de los Burgoyne, Thurchester Castle, estaba a pocas millas de allí y poseía grandes terrenos en ese condado. (El doctor Sheldrick relata su historia con cierta extensión, lo cual no me parece muy importante. Menciona que la familia ha desaparecido casi enteramente y que ahora el título está extinto.) Durante siglos, los miembros de la familia Burgoyne han sido enterrados en la catedral y sus monumentos son numerosos y bellos. Y Freeth, ¡cuánta amargura y resentimiento ha de haber sentido contra el hombre que estaba destruyendo todo aquello en lo cual creía, mientras le arrebataba su posibilidad de ganar poder y fortuna! Sin riqueza personal, pero con esposa y muchos niños, siempre estaba necesitado de dinero y esperaba con ansiedad los buenos emolumentos que hubiese recibido como deán.

»Todos estos temas salieron súbitamente a la superficie cuando estalló una violenta querella acerca del estado lamentable de la catedral. Sólo el coro estaba en funciones, porque el cuerpo principal del edificio había sido sellado y dejado en desuso en tiempos de la Disolución. Ello se debió a que el «chapitel» había comenzado a mostrar señas de inestabilidad y la Fundación no podía permitirse el gasto de repararlo. Separar la mayor parte del edificio no resultó difícil porque había una muralla de piedra entre la nave y el coro.

-Un púlpito -exclamó el doctor Sisterson-. Siempre pienso en un púlpito, pero no se trata de eso.

-Pero la catedral no tiene púlpito -objetó la señora Locard.

-En efecto, no lo tiene y el motivo va a verse muy pronto. El púlpito sólo tenía una puerta en el centro, y había sido tapada con ladrillos. La única entrada al centro de la catedral estaba al final de la nave, donde había una puerta. Estaba siempre cerrada y sólo existía una copia de las llaves, un gran objeto de casi un pie de longitud.

-Lo veo todos los días de la vida -intervino el doctor Sisterson-. Todavía se usa. Está bajo la custodia del bedel jefe.

-Igual que en tiempos de Burgoyne -dije-. Por entonces el bedel jefe era un hombre muy viejo llamado Clagett. Burgoyne solía pedirle la llave para entrar al edificio por la noche, pues en el momento de su llegada el descuido y deterioro de la catedral lo alteraron mucho. Lo vio como un reflejo de la situación de su familia (puesto que la catedral era casi su capilla privada) y como una amenaza a su futuro puesto de deán. Percibió con claridad aquello que los demás canónigos o bien no podían o no querían ver: que en el caso muy probable de que el chapitel se desplomase, el resto del edificio quedaría dañado de modo

irreparable. La idea de llegar a ser deán de la mitad de una catedral no era una perspectiva muy estimulante, pero ser deán de una catedral en ruinas tampoco tenía atractivo alguno. Durante varios años, no consiguió ningún apoyo en el Cabildo para su proyecto de restaurar el chapitel. Los canónigos eran reticentes a gastar la gran suma de dinero requerida, puesto que ésta debía salir de sus propios ingresos. Burgoyne sostuvo encendidas discusiones con el sacristán, a quien Freeth tenía en el bolsillo y quien se negó a admitir que la catedral estuviera en peligro de un completo derrumbe.

»Por sus frecuentes visitas nocturnas a la derruida carcasa de la nave y el crucero, Burgoyne sabía cuán cerca de la destrucción estaba el edificio. El suelo del transepto estaba cubierto de cascotes pues no dejaban de caer trozos de madera y piedra a través del envigado del chapitel, que iban dañando la bóveda de ladrillos desde hacía décadas. Burgoyne se hacía acompañar a menudo por el aparejador de la catedral, un hombre llamado John Gambrill. Los dos estaban en completo acuerdo sobre la necesidad de reparar el chapitel, pues Gambrill obtenía sus ingresos de su trabajo en la catedral.

-Me parece que el doctor Sheldrick es algo injusto -interrumpió el doctor Sisterson-. Gambrill era el mejor aparejador de la ciudad, y de hecho uno de los mejores del país, cuyo trabajo es muy admirado por los historiadores de la arquitectura hasta nuestros días. Tenía gran cariño por el edificio en el que había trabajado toda la vida y debió de resentirse profundamente por el hecho de que el Cabildo no le diese recursos suficientes para evitar su deterioro. Conozco sus sentimientos, porque cada penique que gasto en obras pasa por el escrutinio y los rezongos de mis colegas.

Por primera vez lo vi cercano a la indignación.

-Estoy seguro de que es así -le dije-, pero el doctor Sheldrick señala que, desde que fuese nombrado, había tenido varios altercados con el Cabildo. También hubo un incidente serio en su juventud, en el cual se hicieron acusaciones muy siniestras en su contra. Es una historia interesante en sí misma. Gambrill se inició como aprendiz con el aparejador de la catedral de esos días, a la edad de catorce años, y progresó gracias a su habilidad y tesón en el trabajo. Al poco tiempo nadie conocía el oficio mejor que él. Además de ser un artesano excelente, tenía buena cabeza para los negocios y sus dotes despertaron la envidia del segundo aparejador, quien se sintió aún más resentido porque se le prometió a Gambrill la mano de la hija del maestro, lo cual le hizo temer que el próximo aparejador de la catedral fuese Gambrill y no él. Hubo un accidente mientras los dos hombres trabajaban en el techo de la catedral y el segundo aparejador, Robert Limbrick, resultó muerto. Gambrill sobrevivió, pero perdió el ojo derecho y quedó cojo. La viuda de Limbrick presentó una denuncia contra Gambrill en el juzgado del Archivo, alegando que había matado a su esposo. No obstante, la querella se superó, en apariencia, porque más adelante Gambrill tomó al hijo del difunto como aprendiz. En el momento de los sucesos que describo, todo ello había pasado hacía mucho y Gambrill, cuya madre había sido lavandera y de cuyo padre no se tenía conocimiento, gracias al trabajo duro, y a su habilidad y reconocida honradez, había alcanzado un lugar en la ciudad como hombre próspero. De su suegro heredó la bonita casa en la High Street donde vivía con su esposa y cinco hijos. La casa tenía un bello jardín que daba al *close* en su parte trasera y la habían amueblado con elegancia.

»Era un hombre alto y apuesto y disfrutaba de estimación pues era sincero y generoso, y decía sin rodeos lo que pensaba; no dudaba en ayudar a sus vecinos cuando lo necesitaban, aunque por otra parte era de carácter irascible y se dice que no perdonaba las ofensas. En la ciudad se comentaba que había sido insensatamente dispendioso con su casa, por exigencias de su esposa -una mujer codiciosa y mercenaria, ansiosa por demostrar su superioridad a sus amigos y vecinos- y que se había endeudado. De ser así, la perspectiva de que se le encargara un gran trabajo en la catedral revestía mayor importancia aún. El doctor Sheldrick dice que adoptó el proyecto de Burgoyne con entusiasmo, dejando al sacristán totalmente fuera del asunto, y que comenzó a dibujar planos y calcular costes.

Librodot

»Pese a sus diferencias de condición social y afiliación religiosa, Burgoyne y Gambrill se entendieron bien al principio. Fuera de la catedral tenían otra pasión común, aunque Gambrill no lo supo al comienzo. Adoraba la música y era un buen intérprete de viola. Pese a su convicción de que era algo corrupto, una fuente de placeres terrenales, también Burgoyne, en secreto, adoraba la música. Aunque en sus primeros años en Cambridge se había permitido ese placer, más tarde se adiestró en resistirlo forzando su mente por el camino de la oración cada vez que lo asaltaba la tentación. Y cuando llegó a la catedral consiguió, durante unos pocos años, no ser distraído por el coro y el colegio coral de jóvenes vicarios. Pero ahora Burgoyne a menudo encontraba a Gambrill escuchando el coro en un trance de placer, o cantando o silbando, y su propio amor por la música comenzó a revivir.

»Entonces un día Gambrill le contó que un sobrino de su esposa era un cantor muy dotado, y que la familia estaba ansiosa por que entrara en el colegio y pagar su educación a cambio de sus servicios en el coro. Burgoyne se negó a ayudar, alegando que el tema estaba fuera de su autoridad. Pero ocurrió que un día o dos más tarde se encontró con Gambrill y el muchacho en la lonja y se lo presentaron. Por algún motivo Burgoyne cambió de idea y estuvo de acuerdo en persuadir al chantre para que lo admitiese en el colegio. El chantre debió de quedar sorprendido por la solicitud de Burgoyne, pero lo impresionó tanto la voz del jovencito que le consiguió una beca que pagaría su alojamiento y manutención. Se alojó en una parte del colegio que, de modo bastante conveniente, estaba junto a la casa de Gambrill, la portería antigua, en el mismo lado de la lonja.

»Si bien el chantre había quedado sorprendido por el cambio de opinión de Burgoyne, la sorpresa fue todavía más allá porque desde ese momento Burgoyne se abandonó a su pasión por la música con toda la fuerza de su personalidad austera. Comenzó a merodear por la catedral para escuchar las prácticas del coro durante horas, con lo cual prestó menos atención a sus deberes. Su lugar favorito estaba en la galería del órgano, desde donde podía mirar el coro sin ser observado. Se esforzó asimismo por ganarse la amistad del chantre, a quien había despreciado por ser un hombre de baja cuna, y con ese fin encargó instrumentos y música impresa a Londres, transformándose en una especie de patrono del colegio. Se hicieron tan amigos que el chantre le prestaba las llaves para que entrase y saliese a sus anchas.

»Todo esto mientras Burgoyne, en su cargo de tesorero, estaba haciendo un esfuerzo prodigioso por encontrar el dinero necesario para el trabajo que él y Gambrill estaban proyectando: aumentó las rentas y persiguió a los deudores con todo el rigor de la ley. Entonces concibió su golpe maestro: cerrar el colegio coral de vicarios.

La señora Locard comentó:

-¿No es extraño que quisiese hacerlo, si le gustaba tanto la música?

-Lo es, y el doctor Sheldrick sugiere que su deseo de cerrar el colegio podía provenir del temor de que representase una tentación tanto para él mismo como para los demás. Sabía que su sugerencia sería fuertemente discutida, de modo que, antes de hacer la proposición abiertamente, intentó ganar una mayoría dentro del Cabildo. Se lanzó a intentar que despertaran las adormecidas conciencias de algunos de sus colegas, haciendo discreta mención a diversas faltas personales, recordando, en los casos más recalcitrantes, cómo serían percibidos esos pequeños renuncios, si cayesen bajo la luz cruda del interés público.

Vi que el doctor Sisterson sonreía y cuando advirtió mi curiosidad, dijo:

-El doctor Sheldrick tiene una forma muy generosa de interpretar la conducta de Burgoyne.

-¿Usted cree? A mí me parece una figura muy admirable.

-¿No cree -sugirió- que su fastidioso interés en los asuntos mundanos de sus colegas era una forma de arrogancia?

-No, no lo creo -le dije extrañamente tocado-. A mí me parece que era un hombre ascético y de principios.

Librodot

-Imagino que sus orígenes privilegiados y de dinero -intervino suavemente la señora Locard- hacían que le resultara difícil simpatizar con los colegas que no tenían esas ventajas.

El doctor Sisterson y yo asentimos. Continué:

-La suerte jugó a su favor. La primavera del año anterior a su muerte, una grieta en el chapitel, abierta décadas antes, se profundizó súbitamente e, incluso para el canónigo más testarudo, se hizo evidente que una tormenta fuerte podría derribarlo. Entonces Burgoyne presentó al Cabildo su propuesta de sacrificar el colegio para salvar la catedral. Pidió una completa restauración del chapitel y demostró que podía ser pagada con creces vendiendo los bienes del colegio, que consistían en una casa solariega y tres granjas en el pueblo de Compton Monachorum. Contra él estaban los canónigos más poderosos -Freeth, el bibliotecario Hollingrake, el viejo deán, el sacristán y el chantre-, quienes alegaron que la reputación musical de la catedral era uno de sus valores más notables. Burgoyne, no obstante, había ganado para su proyecto a aquellos cuyas conciencias había tocado, y la propuesta fue aprobada por un estrecho margen, despertando gran amargura. Freeth y Hollingrake, sin embargo, falsificaron un documento que su esposo, señora Locard, tuvo la bondad de mostrarme esta tarde. Y que, a fin de cuentas, hizo imposible que Burgoyne cerrase el colegio.

-No estamos seguros de que haya sido falsificado -objetó el doctor Sisterson-. Es posible que hayan encontrado una falsificación anterior, creyéndola auténtica. Pero incluso si la falsificó Freeth, ¿quién puede decir cuáles eran sus auténticos motivos?

-Muy discutible -dije volviéndome hacia las damas-. Verán, cuando el propio Freeth fue deán años más tarde, utilizó el documento para cerrar el colegio y apropiarse de sus bienes para su beneficio personal.

-¡Qué vergonzoso! -murmuró la señora Sisterson.

-No es posible -sugirió la señora Locard- que haya previsto la guerra civil y haya querido mantener la propiedad de la Fundación, evitando que el Parlamento la secuestrara.

-Hubiera sido una actitud de gran generosidad, pero todo lo que sabemos sobre él demuestra que era extremadamente codicioso -objeté.

El doctor Sisterson echó una mirada a los niños dormidos y sonrió.

-Como padre de una gran familia muy joven, me cuesta condenarlo, incluso si sus motivos eran enteramente mundanos.

Me tomó por sorpresa, hasta que entendí que debía de estar bromeando. Continué:

-Volviendo a la historia de Burgoyne. Freeth lo había derrotado y estaba furioso, pero no abandonó la lucha y muy poco después pudo jugar su propio as. Consiguió obtener créditos por la mitad del dinero necesario, de su tío y otros miembros de la familia. Parte de esa suma debía destinarse a un memorial en la catedral dedicado al conde anterior, su abuelo.

-El monumento Burgoyne -exclamó la señora Locard.

-En efecto -asentí-. Cuando Burgoyne planteó su nueva propuesta al Cabildo, Freeth vio de inmediato que la combinación del memorial y una gran subvención para restaurar la catedral pondrían a Burgoyne en una situación imbatible para acceder al deanato. Sin embargo, no era fácil negarse al legado, aunque los canónigos siguieron reticentes ante la parte de gastos que tendría que salir de sus propios bolsillos. Fue entonces cuando Burgoyne cometió lo que resultaría un error fatal, tal como lo define el doctor Sheldrick. Pidió a Gambrill que revisara las cifras para realizar los trabajos mínimos que salvarían el chapitel. Gambrill quedó horrorizado ante la traición de su aliado. Insistió en que el tesorero subiera a la torre para mostrarle cuán inestable estaba el envigado, que podía mover con una sola mano, y le mostró lo poco que costaría hacerlo caer. Pero Burgoyne mantuvo su decisión. El aparejador sólo se calmó al conocer los planes del tesorero de hacer un memorial que, se entendía, iban a encargarle y que, decidió, sería su obra maestra.

Librodot

»Entonces Burgoyne hizo que Gambrill alegara ante el Cabildo que el colapso del chapitel no sólo destruiría la catedral -perspectiva que podían contemplar con cierta ecuanimidad-, sino también y muy probablemente, algunas de las casas de la lonja. Enfrentados con ese peligro para sus propias vidas y sus viviendas, los canónigos aceptaron entregar la cantidad de dinero requerida de sus propios ingresos. Burgoyne y Gambrill llevaron a término su intención, y el doctor Sheldrick escribe que Gambrill se impuso al sacristán, sin perder oportunidad de ser más listo, de engañarlo y humillarlo ante los trabajadores, y ello acabó en que el canónigo, que nunca fue un hombre de gran salud, cayese enfermo y tuviera que renunciar a sus responsabilidades.

-Mi corazón está con ese pobre hombre -dijo el doctor Sisterson con una sonrisa.

-Pobre doctor Sisterson -dijo la señora Locard-. Supongo que la reunión del Cabildo de mañana no lo entusiasma.

-No, en absoluto. Tendré que dar la noticia de que los servicios en la catedral se alterarán notablemente durante un período indefinido.

Lanzó un suspiro cómico que acabó en una amplia sonrisa y la solicitud de que continuara mi relato.

-Ahora Burgoyne y Gambrill tenían la libertad de hacer lo que les placiese. Pero durante los meses siguientes comenzaron a surgir diferencias entre ellos. Burgoyne no dejó de negarse a dar a Gambrill autoridad para reparar el chapitel y en cambio le pidió que dedicara sus recursos a trabajos que según el aparejador no eran tan prioritarios: por ejemplo, preparar la forma de quitar el altar de las comuniones del centro del edificio.

»El antagonismo entre los dos hombres fue equilibrado -o por lo menos eso parecía- por Thomas Limbrick, el capataz de Gambrill. Era el hijo del hombre que muriera en el accidente en que Gambrill resultó herido, y muchos en la ciudad decían que Gambrill había demostrado su generosidad al emplearlo, aunque otros atribuyeran sus acciones a motivos diferentes. Limbrick era un joven trabajador bastante capaz, que contaba con la confianza tanto del tesorero como del aparejador, y por lo tanto estaba en situación de suavizar las dificultades que había entre ellos.

»Ahora Burgoyne tenía lo que deseaba: la catedral estaba siendo restaurada y sería reabierta en circunstancias que fortalecerían mucho su posición. Pero no parecía contento en absoluto, y comenzó a notarse que algo lo inquietaba pues, aunque siempre había sido extremadamente meticuloso, solía aparecer descuidado y sin afeitar. Llegaba tarde a las reuniones del Cabildo, abandonaba cada vez más sus deberes y parecía abstraído durante los servicios. Una o dos veces, predicando, se interrumpió como si hubiese perdido el hilo de sus pensamientos. Tomó la costumbre de pasearse sin reposo por la ciudad durante las horas de oscuridad y varias veces lo detuvo la guardia -para su gran bochorno- antes de acostumbrarse y reconocerlo por su gran estatura, sus ropas de religioso y su alto sombrero, en la total oscuridad nocturna de las calles de entonces.

-Además -añadió el doctor Sisterson-, aparentemente dejó de lado sus hábitos de sobriedad, y en varias ocasiones apareció bajo los efectos del alcohol.

-¿Sí? El doctor Sheldrick no lo menciona. Todos en la ciudad se preguntaban qué pasión secreta podría estar atormentando al canónigo...

-Estaba enamorado -dijo la señora Sisterson en voz baja.

Todos la miramos sorprendidos y ella le sonrió a su esposo, que bajó la mirada sonrojándose.

-Bien -continué-, aunque corrían rumores sobre una mujer, nadie lo vio jamás en compañía femenina. No obstante, el doctor Sheldrick revela por primera vez la auténtica explicación.

-¿Cuál es? -preguntó sorprendido el doctor Sisterson. Miró a su mujer, que en ese momento concentraba su atención en el niño que dormitaba en su falda.

-La verdad es que Burgoyne estaba experimentando una crisis espiritual ocasionada por haber descubierto una ofensa secreta, algo tan oscuro y chocante que hizo que todas sus certezas se hicieran trizas.

-¿El doctor Sheldrick afirma eso? -El doctor Sisterson miró a la señora Locard cuando me preguntó-. ¿Y qué dice sobre el secreto?

-La corrupción financiera de Freeth. Burgoyne, cuando se enteró del alcance de la corrupción de Freeth, quedó aplastado por el desencanto.

-Ya veo -dijo el doctor Sisterson, reclinándose con una sonrisa-. Me pregunté si habría esperado otra cosa. ¿Pero es que no creía, desde siempre, que Freeth era codicioso y corrompido?

-Sí, pero el alcance y lo deliberado de su descubrimiento lo impactó más allá de lo previsible. Y también descubrió, sugiere el doctor Sheldrick, que su hombre de confianza, Gambrill, estaba muy implicado en los malos manejos de Freeth.

Pude notar su escepticismo y también a mí me pareció que las revelaciones del doctor Sheldrick eran poco convincentes:

-Y en su opinión, ¿qué provocó el súbito cambio de su conducta?

-Creo que en efecto descubrió algo que lo perturbó profundamente, pero no creo que haya sido la deshonestidad financiera de Freeth.

-¿Y qué podría haber sido, según usted?

Miró a las dos damas, que en ese momento atendían al bebé en brazos de la señora Sisterson, y habló en susurros.

-Sólo son conjeturas y no deseo calumniar a un hombre que lleva muerto más de dos siglos.

Lo miré sorprendido, pero él hizo un ligero gesto de negación con los labios y la cabeza para indicar que no era un tema que se pudiese hablar en presencia de las damas, de modo que continué:

-En abril de ese año, Burgoyne hizo una larga visita a Londres. Cuando volvió, informó a Gambrill de que había decidido que el memorial fuese ejecutado en la capital por artesanos italianos. Gambrill montó en cólera por ese insulto a su propia habilidad. Un par de días más tarde anunció que el «chapitel» se había vuelto tan peligroso que iba a prohibir a todo el mundo el acceso a la torre, excepto a él mismo y sus obreros. Burgoyne, aunque se puso furioso por lo que le pareció un intento para forzarlo a entregar dinero para su reparación, no pudo oponerse a la autoridad del aparejador y hubo de aceptar dicha restricción. De modo que Gambrill cerró la escalera de la base de la torre, instalando una puerta pesada cuya llave sólo tenían él y uno de los canónigos.

»Si bien Gambrill se enfadó por la decisión de Burgoyne de encargar el memorial en Londres, la indignación que le produjo esta decisión no fue nada comparada con la ira que mostró cuando, pocas semanas después, se enteró de que, además, Burgoyne quería instalarlo en la posición de mayor prominencia del transepto, junto al coro. Para hacerlo, Burgoyne intentaba eliminar el púlpito. Desde luego, los demás canónigos protestaron, pero por entonces la situación política en el país se había inclinado decididamente en favor de Burgoyne. El arzobispo Laud estaba en la Torre de Londres, de la cual no tardaría en ser sacado rumbo al patíbulo, y los calvinistas victoriosos insistían en la eliminación de cualquier barrera entre la congregación y los celebrantes. El Cabildo no podía hacer nada. Cuando Gambrill se enteró, por Limbrick, de lo que le había ordenado Burgoyne, se horrorizó.

-Y así debió de ser -dijo el doctor Sisterson con pasión-. El desmantelamiento de una parte tan antigua y bella de la catedral -el edificio que amaba y a cuya conservación había dedicado la vida y sacrificado un ojo- debió de parecerle un acto sacrílego.

-El doctor Sheldrick tiene una explicación algo diferente. Alega que Gambrill era un católico clandestino, como muchos otros en esta ciudad adormecida. Ello lo ponía en grave peligro de ruina financiera e incluso de cárcel, pero también significaba que a su juicio la

Librodot

catedral seguía siendo un lugar de culto católico que había caído, ilegalmente, en manos de hombres dedicados a la destrucción de todo lo que representaba. Hubo una escena escandalosa en la catedral cuando el aparejador se enfrentó al tesorero, y le reprochó airadamente el daño que estaba causando. Burgoyne abandonó el edificio y Gambrill lo persiguió al *close* y hasta la entrada misma de su casa, sin dejar de gritarle, hasta que finalmente Limbrick intervino para llevárselo. Probablemente, ese momento selló el destino de ambos hombres.

»Gambrill, desde luego, tenía que renunciar a su puesto o hacer lo que ordenaba Burgoyne y, con una familia que mantener, no pudo realizar un gesto grandioso. Burgoyne lo hubiese despedido, pero en la ciudad no había otro aparejador a quien pudiese encargársele el trabajo, y Burgoyne reconocía a Gambrill como un trabajador concienzudo y capaz.

»Y de este modo, Gambrill quitó el púlpito, reemplazándolo con planchas de madera para mantener cerrada la nave mientras no se hubiese reparado el chapitel.

»Entonces Limbrick se transformó en el intermediario mediante el cual Burgoyne y Gambrill evitaban tener que tratarse directamente. Por lo menos era lo que se suponía. Mucho después, cuando las cosas llevaron a los sucesos tan conocidos por todos, algunos dijeron que Limbrick, de hecho, había creado dificultades entre ambos con sus propios fines, en tanto que en apariencia estaba haciendo lo contrario.

»A partir de ese momento nunca más volvió Burgoyne a observar el progreso del trabajo de Gambrill y sus hombres en la catedral. En cambio, renovó sus acostumbradas visitas al edificio durante las horas de oscuridad y, aunque se suponía que iba allí para examinar el trabajo de Gambrill sin tener que encontrarse con él, fue evidente que sus visitas eran cada vez más largas y que a veces devolvía la gran llave a Clagett, el jefe de bedeles, cuando despuntaba el día. El anciano a menudo pasaba la noche en vela porque estaba gravemente enfermo.

»La conducta de Burgoyne causaba cada vez más especulaciones. Su ama de llaves describió más tarde que permanecía despierto toda la noche, yendo y viniendo por su habitación o merodeando por la lonja, como si luchase con un problema inquietante. Más tarde, cuando se supo lo que por entonces no era sabido, algunos de los conciudadanos afirmaron que lo habían visto varias veces por la noche, en el norte de la lonja, mirando sobre el muro trasero de los jardines hacia las ventanas de las casas que daban a la High Street. Algunos dijeron más tarde que miraba hacia la casa de Gambrill y se debatía en la duda de destruir su felicidad y la de su mujer y sus hijos, o no. Algunos dijeron que era un hombre solitario y envidioso que se resentía por la felicidad doméstica de su enemigo. Otros sugirieron otras razones.

»Todo esto tuvo un clímax dos semanas antes de la Gran Tormenta. Ese domingo, Burgoyne era el predicador del servicio principal de la catedral. Subió al púlpito, pálido y adusto, y un murmullo recorrió la congregación, pues era muy conocida su extraña conducta de las últimas semanas. Pero cuando comenzó a hablar su voz era poderosa y las palabras fluyeron sin interrupción. Comenzó una diatriba contra los pecados de la corrupción y habló apasionadamente sobre la condenación que esperaba a un hombre que hubiese caído en tentación y persistiera en sus pecados sin arrepentirse. Y entonces dijo que hablaba de un hombre en particular que estaba entre ellos en esos momentos y a quien acusaba de delitos ocultos, delitos cuya naturaleza no reveló. Parecía poner tanta intensidad en un significado oculto, que algunos de sus oyentes pensaron que estaba dando indicios de alienación mental. Buena parte de lo que dijo no fue comprendido por la congregación, pero sus palabras fueron recordadas: «Entre nosotros, ahora mismo, hay alguien que ha entrado en la casa de Dios cargado de pecado y orgullo, aunque lleva las prendas externas del sacerdocio. Sólo él en esta congregación conoce las oscuridades que alimenta en las mansiones secretas de su ser. Sólo él sabe cómo ha perdido el camino para entrar en el camino sucio y extraño que lleva a la inmundicia y la pestilencia».

Librodot

»Cuando bajó del púlpito, la congregación y sus colegas estaban atónitos. Durante los días siguientes nadie habló de otra cosa. Se sospechó de varias personas por causas diversas y el ambiente de la ciudad se envenenó de rumores. Fue notorio que Gambrill permanecía en silencio cuando se sacaba el tema, y ello lo puso bajo sospecha, aunque no más que a muchos otros. Freeth en particular, por su conducta alterada, dio pruebas claras de creer que era él el hombre al que se refería Burgoyne. Y si el doctor Sheldrick tiene razón sobre sus manejos financieros, tenía buenos motivos para sentir temor.

»Al domingo siguiente una buena parte de la población de la ciudad estuvo presente cuando Burgoyne se levantó para predicar, apretujándose en el coro e incluso fuera de las puertas. Sus palabras fueron más precisas, aunque no dejaban de ser vagas y siguieron provocando perplejidad. Burgoyne dijo: «¡Que caiga la aflicción sobre el hombre que en su enorme orgullo piense en ocultar su vergüenza! Aunque tenga una posición elevada ante los ojos de los hombres y consiga ocultar su pecado, en la lucha cuerpo a cuerpo con su Enemigo en las alturas caerá, y su maldad quedará desnuda ante los ojos de los hombres. Sí, incluso en los lugares oscuros, su pecado será descubierto. La verdad lo descubrirá. En ese momento Gambrill llamó la atención con su actitud. Empalideció y fue visto temblando cuando Burgoyne anunciaba que durante el siguiente Día del Señor, sería él quien, en ese mismo lugar, revelara el nombre del pecador.

»Todos los ojos se volvieron hacia Gambrill que, con aspecto de alguien que ha visto su propia muerte, se levantó súbitamente abriéndose paso hacia la puerta entre la multitud.

Buena parte de los presentes, que habían temblado pensando que podía referirse a ellos, se sintieron aliviados por su conducta. Pero Burgoyne no había pronunciando cargo alguno contra él.

»En el curso de la semana siguiente, se hizo el espacio en la pared para instalar el memorial donde había estado el púlpito. El propio memorial llegó desde Londres un martes, y cuando Gambrill vio el coche que entraba rechinando y crujiendo con su carga, le dijo a Limbrick que estaba horrorizado tanto por su fealdad como por su peso, y manifestó que temía las consecuencias cuando hubiese que encajarlo en la pared.

»El sábado amaneció bochornoso y opresivo, con nubes bajas y rachas de lluvia intensa. Los viejos hacían gestos anunciando una tormenta violenta, y algunos murmuraban y gruñían a propósito del estado del chapitel, y ese día, al acabar el trabajo, Gambrill -siempre un trabajador concienzudo por más que se resintiera por lo que le pedían que hiciese- tenía todo preparado. La pesada plancha había sido subida a lo alto de los andamios bajo el crucero, y estaba lista para que la bajasen el lunes a su posición definitiva en el muro, a unos tres metros de altura. Gambrill ordenó que el trabajo fuese terminado temprano, considerando que se avecinaba una tormenta, pues al ponerse el sol las nubes parecían arremolinarse como un caldo preparado por las brujas.

»Como hacía a menudo, Burgoyne fue a casa de Clagett alrededor de las diez, justo en el momento en que se levantaba el viento. Por entonces el anciano estaba gravemente enfermo y su esposa e hijas se ocupaban de cuidarlo, pero su joven criada le pasó la gran llave al canónigo. Una hora o dos más tarde, la tormenta estalló sobre la ciudad con toda su furia, bombardeando granizo del tamaño de un huevo de tórtola, levantando los techados, que volaban por el aire como hojas, rompiendo ventanas e incluso arrancando chimeneas. Entre el ruido y la confusión de puertas y celosías golpeándose y vidrios quebrados, entre truenos retumbantes, el anciano Clagett perdió el conocimiento y para todos fue evidente que se estaba muriendo. Mandaron a buscar un cirujano y también se envió un criado a casa del chantre que había sido muy amigo del enfermo. En medio de toda esta excitación, nadie recordó que Burgoyne no había vuelto con la llave.

»Cuando la tempestad llegó a su clímax, a eso de las dos de la madrugada, aquellos que dormían -o intentaban hacerlo- en las casas que rodeaban al *close*, oyeron un ruido horrible que hizo temblar todo el Upper Close. Varios canónigos y bedeles corrieron a ver qué había pasado

Librodot

y descubrieron que había caído el techo y la sección superior del antiguo campanario que se levantaba sobre la puerta principal. Muy asustados, Freeth, el chantre, e incluso el viejo deán, se quedaron a revisar los destrozos, dando gracias porque esa noche no hubiese estado ocupada, y entonces se oyó otro ruido. Esta vez, para su horror, notaron que provenía de la catedral. Revisaron el edificio en la medida que lo permitía la profunda oscuridad y vieron que el chapitel parecía intacto, pero nadie estaba dispuesto a aventurarse a entrar al edificio mientras continuara la tormenta. Entonces la criada de Clagett hizo saber que Burgoyne no había devuelto las llaves, aunque ninguno de los presentes se ofreció para entrar y buscarlo en esas condiciones.

El doctor Sisterson se levantó y se dirigió a la ventana.

-Puedo imaginar por qué nadie se atrevía. Ahora la noche es apacible, pero imaginen la lonja bajo el fragor de la tormenta.

Crucé para ponerme a su lado. En la lonja se consumía la luz de los faroles. A través de la neblina y en la oscuridad, la masa imponente del edificio a nuestro lado daba la impresión de que nos encontrábamos ante un acantilado.

-Debía de ser aterrador -concedí- estar a la sombra del gran edificio temiendo que la parte más alta pudiera desplomarse.

El sacristán tuvo un escalofrío de estímulo.

-Por favor, cierra la ventana, Frederick -protestó la señora Sisterson, malinterpretando su gesto-. Hace mucho frío y despertarás a los niños.

Mi anfitrión hizo lo que se le pedía y nos sentarnos. Yo continué:

»Algunos de los canónigos fueron al Deanato a ver qué había ocurrido, pero nadie estaba dispuesto a entrar en la catedral. De hecho, algunos incluso temían permanecer en las inmediaciones. Limbrick llegó y aconsejó, con vehemencia, que nadie entrara en la catedral durante la tempestad. De modo que esperaron. Cuando aparecieron en el cielo los primeros indicios de luz sobre Woodbury Downs, la tormenta había amainado. Entonces, muy agitados, el viejo deán, Freeth, el chantre, Limbrick, y uno de los bedeles entraron con cautela en la catedral.

»Imaginen qué sensaciones debieron de tener al recorrer la vastedad de la nave con sólo un par de lámparas para guiarse, mientras el viento aullaba en torno al chapitel y la torre, recordándoles la posibilidad de que los aplastaran las piedras y vigas que podían caer. Y tras el ruido del viento oyeron otro ruido que erizaba los pelos de la nuca: un sonido parecido a una voz humana que gemía y se lamentaba de dolor y desesperación.

»Súbitamente, al aproximarse al transepto, en medio de la oscuridad, vieron un gran bulto. Su terror sólo se aplacó en cierta medida cuando se dieron cuenta de que tenían ante ellos los andamios que se habían desplomado, ahora un montón de vigas y madera astillada. Ello había originado el fuerte ruido en el interior. Luego, al acercarse y levantar sus lámparas, vieron una mancha de líquido oscuro y pegajoso que se deslizaba bajo los maderos rotos. Prestando más atención se dieron cuenta de que la voz humana que habían creído oír era sólo un efecto del viento. Por otra parte, el silencio era total. Limbrick contó a los demás que había tenido la premonición de que encontrarían el cuerpo de su colega bajo el derrumbe. También fue él quien señaló el hecho sorprendente de que no hubiese indicios de la placa de mármol que había dejado en el andamio la noche anterior. Levantó su lámpara hacia el sitio donde debía colocarse, y para asombro de todos ellos, allí estaba, en el lugar previsto en lo alto del muro. Se quedaron mirándola, incrédulos. Había sido perfectamente encajada en el lugar que le estaba destinado y la sostenía una obra de albañilería.

»Limbrick mandó llamar a sus hombres y durante las dos horas siguientes trabajaron en el montón de madera rota. Entonces se dieron cuenta de que Gambrill no había sido visto desde el comienzo de la tormenta. Limbrick corrió a casa del aparejador y se enteró de que la esposa de su patrón no lo había visto desde la noche anterior, a eso de las nueve. Había supuesto que se había quedado fuera toda la noche, enfrentándose a los peligros de la tormenta, y en ese preciso momento empezaba a preocuparse por su ausencia.

»Cuando Limbrick hubo regresado a la catedral con las noticias, se estaba levantando el último resto del andamio que aplastaba el cuerpo. Estaba tan desfigurado que sólo pudo ser reconocido por la ropa de canónigo, la cadena de tesorero y la gran llave de la puerta oeste, que había tomado de Clagett. Limbrick reveló a Freeth (porque entre ambos hombres estaba anudándose un buen entendimiento) su temor a que la desaparición de Gambrill sugiriera que había asesinado a Burgoyne. Gambrill no reapareció ese día y, de hecho, nunca volvió a ser visto en la ciudad. Con su desaparición se acusó a sí mismo. La perspectiva de una denuncia inminente lo había llevado a cometer un asesinato.

-No entiendo -objetó el doctor Sisterson-. ¿De qué podía temer ser denunciado Gambrill?

-Bien, el doctor Sheldrick tiene una teoría al respecto. Limbrick sugirió a Freeth que la clave podría estar en las cuentas que guardaba Burgoyne del trabajo del aparejador en las obras. Los dos hombres entraron en el estudio de Burgoyne y encontraron los libros de cuentas, los revisaron, y pocos días más tarde revelaron que habían descubierto, al comparar las cuentas con el trabajo realizado, que Gambrill había malversado parte de los fondos destinados al trabajo en la catedral.

-Parece bastante claro -dijo el doctor Sisterson.

-Pero usted dice que Sheldrick tiene una teoría al respecto -inquirió la señora Locard-. ¿Es que no acepta esa explicación?

-Dice que Freeth persuadió a Limbrick para que lo ayudara a falsificar las cuentas de Burgoyne y, de ese modo, hacer que Gambrill cargara con la culpa.

-¿Mientras que el propio Freeth había implicado a Gambrill en la malversación de fondos? -sugirió el doctor Sisterson.

-Así es. Incidentalmente, entiendo que el término correcto es *desfalco*. Y por ello pudo persuadirlo para que asesinara a Burgoyne.

-¡Cielo santo! -exclamó- ¿Tiene alguna prueba de ello?

-Sólo se puede inferir. Coincide con los hechos y Freeth parece capaz de ello.

-¿Capaz de incitar a un hombre a cometer un asesinato? -exclamó la señora Locard-. Ciertamente es una visión demasiado oscura de la naturaleza humana, doctor Courtine. Me tomó por sorpresa.

-Las pruebas muestran que fue codicioso y sin escrúpulos y se valió de una falsificación para robar la propiedad de la Fundación.

-Incluso si hizo aquellas cosas, están muy lejos del asesinato -dijo ella sonriendo-. Y el papel que el doctor Sheldrick atribuye al aparejador también me intriga. El hombre orgulloso y concienzudo que usted describe, más allá de sus rencillas con los canónigos, ciertamente no hubiese robado de la catedral que amaba.

-Pero alguien asesinó a Burgoyne -protesté.

-Si fue Gambrill -dijo el doctor Sisterson-, me parece que su motivación no tuvo nada que ver con el dinero. Lo que sabemos de él es que amaba la catedral y creía que Burgoyne estaba empecinado en destruirla.

-Freeth y Limbrick convencieron a la gente de entonces de que el asesino era Gambrill -continué-. Ahora el único misterio es la forma en que el memorial fue puesto en su sitio. Limbrick y los demás hombres que estuvieron trabajando allí la noche anterior insistieron en que pesaba demasiado como para que hubiese sido obra de un hombre solo. La opinión de la gente fue que Gambrill lo hizo con ayuda del demonio.

-Ciertamente parece la única explicación racional -anotó con una sonrisa la señora Locard. Luego añadió-: Pero me intriga que eligiera huir de la ciudad.

-¿Qué haya abandonado a su mujer y sus niños? -exclamó la señora Locard mirando a la criatura que dormía en su falda-. ¡Me parece muy raro!

-Es raro, en efecto -asentí.

-Como soltero, es posible que el doctor Sheldrick no haya dado suficiente peso a esa consideración -dijo la señora Sisterson.

Librodot

Su esposo ahogó una risita.

-Estoy tentado de bromear con que, por el contrario, podemos haber descubierto uno de los motivos que pudo tener Gambrill para huir de la ciudad -como sonreímos, continuó-. A propósito ¿revela el doctor Sheldrick qué ocurrió con Limbrick con el correr de los años?

-Se hizo cargo de los negocios de Gambrill en representación de su viuda.

-¿Eso hizo? ¿Y qué pasó con la viuda y los niños? -preguntó.

-Unos años más tarde pidió a la justicia que su esposo fuese declarado muerto, y tras una larga espera así se hizo.

-¿Y Limbrick se casó con ella? -sugirió la señora Locard.

-Muy sagaz de su parte, debo reconocer. Aparentemente, en ese lapso tuvo siete hijos con él.

-Me llama la atención el papel crucial que tuvo en la historia -dijo ella.

-¿Podría ser -sugirió el doctor Sisterson- que hubiese creado problemas entre Burgoyne y Gambrill, mientras en apariencia intentaba conciliarlos?

-¿Sospecha que él puede haber estado implicado en el asesinato? Es posible, pero la familia de Burgoyne hizo grandes esfuerzos por descubrir la verdad y el doctor Sheldrick no menciona esa hipótesis. El sobrino de Burgoyne, un joven llamado Willoughby Burgoyne, pasó un par de semanas en la ciudad intentando descubrir qué había ocurrido. Por supuesto, pudo tener conocimiento de la hostilidad que inspiraba su tío en el Cabildo, pero no consiguió pruebas para hacer ningún tipo de acusación.

Analizamos esas posibilidades unos minutos y luego el repicar de las campanas nos indicó que era muy tarde. El doctor Sisterson me pidió que acompañara a la señora Locard al Deanato y, aunque ella insistió en que no era necesario, para mí fue un placer hacerlo. No tardamos en marcharnos y en nuestra breve caminata cruzando la lonja hablamos del doctor Sisterson y su esposa, y su evidente felicidad.

Al acercarnos al Deanato, ella me dijo:

-Su exposición de la historia del canónigo Burgoyne me pareció fascinante. Lo trajo a la vida con gran realismo. Imagino que usted es un excelente profesor.

-No lo sé, pero por cierto intento revivir el pasado -le respondí-. Creo que es muy importante que los jóvenes entiendan que los hombres y las mujeres de antaño, en su momento fueron seres humanos con nuestras propias pasiones y temores.

-No obstante, nunca podremos estar seguros de que el clérigo Burgoyne haya sido tan noble como el doctor Sheldrick quisiera que creyésemos, ni que el vicedeán Freeth haya sido o no un monstruo, ¿verdad?

-En absoluto. Pero si circunstancialmente las pruebas señalan en una dirección, podemos tener toda la certeza posible.

-¿No cree que leemos nuestros propios deseos en las figuras del pasado sobre las cuales reflexionamos porque, como mortales falibles, no podemos ser desapasionados?

-Existe ese peligro, es cierto. La única forma que tenemos de protegernos de ello es intentar comprender nuestros motivos y tomar en cuenta nuestros prejuicios.

-Sin duda, ese es el camino de la sabiduría -me dijo sonriendo-, pero seguirlo no es fácil.

Lamenté que ya hubiésemos llegado al Deanato. Esa tarde supe a quién me recordaba y, cuando me despedí, le dije que esperaba volver a verla antes de marcharme. Respondió, estrechándome la mano, que lo esperaba sinceramente, y cuando un criado soñoliento abrió la puerta, la saludé y me encaminé hacia la casa de Austin.

Miércoles por la noche

Mientras cruzaba la lonja en tinieblas, iba pensando en el jolgorio, la calidez y el cariño que acababa de dejar y, en contraste, mi propia vida me pareció muy vacía. Ya no se oía ningún ruido y, aunque siempre me había gustado el silencio, la calle comenzaba a tomar un aire siniestro. Sisterson, que era diez o quince años menor que yo, se había cargado alegremente de las preocupaciones y responsabilidades que, de una forma u otra, yo había evitado. Pensé que de los tres canónigos que había conocido, era el que menos se ocupaba de las pequeñas rivalidades del Cabildo.

Ya tenía ante mí la puerta de Austin pero, sintiendo que todavía no quería entrar, decidí dar una vuelta por la catedral, que parecía un enorme animal echado en esa gran jaula que era la lonja. ¿Me alegraba la reflexión poco generosa de que Austin había hecho un desastre de su vida? Aunque yo no tenía las satisfacciones domésticas del doctor Sisterson, por lo menos mi trabajo era interesante, respetado y bien pagado, en tanto que mi amigo parecía sumergido en un mundo de oscuridad y opresión provincianas. Al contrario que él, yo estaba haciendo lo que siempre había querido hacer y lo disfrutaba: enseñaba a mis alumnos, llevaba a cabo mis investigaciones y escribía mis libros. Por supuesto que Austin tenía razón al decir que la felicidad era mucho más que la simple ausencia de dolor. Y ahora que pensaba en ello, supuse que no se podía decir que fuese feliz. Me parecía que algunas personas tienen talento para ser felices y otros parecen buscar su desdicha casi a propósito. Tal vez ello se debía al temor a la decepción. Siempre había pensado en la felicidad como algo que llegaría si evitaba hacer cosas equivocadas. Había sido cauto y en mi vida había cometido pocos errores. Pero todavía estaba pagando el precio de un error muy grave.

De un modo absurdo seguía pensando en mí mismo como si fuese joven. Incluso rodeado por los estudiantes insistía en imaginarme como un contemporáneo apenas mayor que ellos. ¿Se debía a que no dejaba de pensar que mi propia vida adulta estaba a punto de comenzar en algún momento futuro? Pero ahora, de pronto, descubría que estaba cerca de la cincuentena y que ya era tarde. Mi vida seguiría desarrollándose del mismo modo y no había variado durante los últimos treinta años.

No obstante, aunque pensaba que era joven aún, a veces me preguntaba si, al haber leído demasiados libros a tan temprana edad, me había vuelto tan teórico respecto al futuro que casi había evitado pasar por la adolescencia y la juventud. Por eso, cuando me enamoré de mí esposa era, en cierto sentido, mucho más joven de lo que debía haber sido.

Al rodear la esquina oriental de la catedral me sentí como un fantasma en medio de la lonja desierta. Pero a diferencia del canónigo Burgoyne, dentro de doscientos años no me recordaría nadie. Ni en cincuenta. Y nadie llevaría mi nombre. ¿Qué iba a dejar tras de mí? ¿Unos pocos libros polvorientos en una biblioteca que nadie leería? Recuerdos que irían desvaneciéndose en la mente de mis alumnos, si es que siquiera llegaban a pensar en mí... Por otro lado, ¿por qué iban a hacerlo?

Observé que mi poca disposición para dedicar mi tiempo y mi atención a las cosas y a las personas que me aburrían me habían llevado a excluir muchas cosas. Los textos antiguos, los conflictos o lagunas en los anales históricos, los idiomas olvidados eran para mí infinitamente fascinantes y además, tenían la ventaja de que podían dejarse de lado en el mismo momento en que el interés que me inspiraban se agotaba. Toda mi pasión se había vertido en ese aspecto de mi vida y durante los últimos veintidós años nunca me había permitido la ternura hacia otra mujer. ¿Había usado como excusa el hecho de que no podía tener otra esposa? Pero sabía que sólo una vez me había valorado en la medida que sentí que otro me apreciaba. Sólo nos valoramos en la medida que alguien nos valora, porque se puede decir que nos guardamos para el otro. En ese caso, ¿qué motivo podría tener para valorarme? ¿Realmente, me contentaba con pensar que cualquier perspectiva de amor, aunque fuese la felicidad doméstica, estaba fuera de mis posibilidades? Esa experiencia lejana, ¿me había asustado tanto como para no poder confiar la paz de mi alma a otra persona nunca más? Tal

Librodot

vez, para anticiparme un instante, y porque en las capas más profundas de mi imaginación se había despertado ese animal agazapado, en las primeras horas del viernes había tenido el sueño más inquietante de mi vida.

Cuando abrí la puerta encontré apagado el gas del vestíbulo, por lo que supuse que Austin no había llegado. Me quité el sombrero y el abrigo y busqué una vela y la encendí, pero al llegar al descansillo del primer piso oí un saludo que provenía de la sala. Al entrar, encontré que estaba casi en completa oscuridad con sólo los carbones en brasas de la chimenea, que daban una luz rojiza y parpadeante. Austin estaba sentado ante la mesa con una botella y dos vasos ante él.

-Ven a sentarte y toma una copa conmigo -me dijo efusivamente.

-¿Puedo encender la vela? -le pregunté y, como asintiera, la encendí de inmediato.

Con la luz, vi la cara sonriente de Austin levantada hacia mí. Por un instante, a la luz de la vela, se pareció al joven que había conocido tanto tiempo atrás.

Levantó la botella para llenar el vaso de vino que estaba sin tocar. Luego sonrió y dijo:

-¡Qué misterioso! Parece que no queda nada. Sé buen chico y saca otra botella del aparador.

Me acerqué al mueble y tiré de la puerta.

-Está con llave, Austin.

-No es ése -dijo cortante-. Me refería a aquél, por Dios. Pero siéntate y lo haré yo mismo.

Se levantó de un salto y se dirigió a un aparador que estaba junto a la puerta, mientras yo hacía lo que me había ordenado. Trajo otra botella de oporto y la abrió y, en apariencia, recuperó la afabilidad.

-Mi querido amigo -dijo-. Ya me estaba alarmando por ti. Temía que te hubieses ofendido y te hubieras marchado, y es lo último que deseo. Lo último.

Me emocionó pese a haber notado que había bebido mucho y que sus palabras no podían tomarse enteramente en serio. Mirándolo -alegre y ebrio-, recordé las abundantes trasnochadas en nuestras habitaciones y sentí una punzada de tristeza por lo que fue y por lo que pudo haber sido.

-¿Y por qué iba a hacer algo así? -le pregunté sentándome frente a él.

Me llenó el vaso de vino.

-Porque he sido abominablemente grosero. Irritable y beligerante. Te dejé esa nota. Pero yo... si supieras. He sido tan...

Se interrumpió cuando puse mi mano en la suya.

-Querido Austin, no estoy ofendido; no lo estoy, en absoluto, por nada del mundo. Sé que algo te perturba.

Pareció sorprendido:

-Te equivocas. Nada me preocupa.

Retiró la mano.

-Querido amigo. No hace falta que te hagas el valiente. Me he dado cuenta de que estás muy nervioso. Y tuviste una pesadilla. Sé que algo te preocupa y me parece saber de qué se trata.

Me miró fijamente.

-¿Qué quieres decir?

Me sentí incómodo. No había querido decir nada. En verdad había estado pensando en el comentario que había oído casualmente esa tarde.

-Sé que hay graves dificultades en el colegio.

-¿En el colegio? ¿De qué me estás hablando?

-Oí -por favor no me preguntes cómo ni de quién, porque no puedo decirlo- que el director no es muy respetado y que...

-Quieres decir el magister. Por cierto, yo no lo respeto.

-Y que las cosas están produciendo una crisis.

-¡Crisis! Siempre hay crisis. Las mediocridades florecen en el entusiasmo espurio. Es lo que sustituye una vida interior. Pero no está pasando nada significativo. Has inventado una historia a propósito, ¿no? Tienes demasiada imaginación y, como resultado, no ves lo que tienes ante la nariz. Estás tan ansioso por ver más allá que te pierdes cosas evidentes para gente menos perceptiva. Bien, lamento decepcionarte.

Reí algo incómodo.

-¿Estás seguro? He oído que es posible que el colegio tenga que despedir a parte de su personal.

-¿Sí? ¿Acaso piensas que quiero pasar el resto de mi existencia en este pueblo maldito? Todo mi ser tiembla de ansiedad por marcharme.

-Pero Austin, necesitas un sueldo para vivir.

-No debe perderse tiempo pensando en el dinero.

Su actitud me pareció sorprendente. Sin embargo, seguía tan despreocupado como cuando era estudiante y su actitud se parecía más a la de quienes venían de familias ricas. Pero el padre de Austin era incluso menos próspero que mi padre. Y mientras la escasez de mis recursos me había provocado el deseo urgente de encontrar un puesto seguro, interesante y razonablemente bien remunerado, Austin jamás se había preocupado por esos detalles.

-¿Quieres decir que tienes dinero?

Sonrió.

-No tengo ni un penique a mi nombre.

Con un gesto de burla hacia sí mismo que yo recordaba muy bien, echó hacia atrás la cabeza y extendió los brazos para indicar la sala, la alfombra gastada, los muebles desvencijados y viejos.

-Con mi sueldo apenas me alcanza para sobrevivir, y no he conseguido ahorrar nada. Si el veneno y la hostilidad campantes del colegio significa que tengo que irme sin referencias, mi situación será abyecta. Pero me parece poco probable que ocurra.

-¿Tiene Appleton algo contra ti? ¿Tiene que ver con él?

Me miró alarmado.

-¿Y yo qué tengo que ver con él?

-Es el director o magister, ¿no?

-¡De la coral! -exclamó Austin-. ¡Es el director de la Escuela Coral de la catedral!

-¿Y no es parte de Courtnay?

-No, en absoluto. Las dos instituciones están completamente separadas. Nosotros tenemos un magister.

-Creí que la Escuela Coral era un departamento del colegio.

-Lejos de ello. La Escuela Coral está bajo la responsabilidad directa del Deanato y el Cabildo.

-¿Y Courtenay no lo está?

Tembló.

-¡Qué idea! Como allí se meten las señoras con cerebro de chorlitos, los canónigos, los logros educativos de la Escuela Coral no merecen ni siquiera menosprecio. Me ofende que pienses que tengo algo que ver con eso.

-Te pido disculpas. No tenía ni la más remota idea de que hubiese tal diferencia entre los colegios.

-Courtenay tiene diez veces más estudiantes, pues la Escuela Coral se limita a los cantores. Courtenay es mucho mejor que Gatehouse, el nombre antiguo que se le da a la Escuela Coral, y es algo insultante porque siempre ha habido cierta competencia entre ambas instituciones.

-Supongo que hay peleas entre los chicos.

-Ciertamente, y por desgracia hay tanta animosidad entre los dos colegios que no es bien mirado que los profesores sean amigos. Por ejemplo, yo tengo un buen amigo en la

Librodot

Escuela Coral -una persona excelente que quiero que conozcas- y el hecho de que seamos amigos ha provocado cierto revuelo en esta comunidad pequeña y emponzoñada.

-Me costaría creerlo si no conociera tan bien el mundo de un colegio de Cambridge.

-¿De dónde sacaste esta historia?

Me abochornó reconocer que había estado escuchando una conversación en el bar, y sin mentir del todo, dije:

-¿Recuerdas que anoche hablé con el viejo bedel y que él se refirió al colegio? Dijo que lo discutirían en la reunión del Cabildo mañana.

-Sí. Hay un tema que se refiere a la Escuela Coral que está agitando a los canónigos. Pero Courtenay no está afectado. No te entendí bien. Allí no ocurre nada más que las rencillas y la pequeñez habituales.

Habló de modo tan irritado y me dio la espalda de un modo tan abrupto, que pude notar cuánto lo había molestado. Tras un largo silencio, le dije:

-¿Quieres que esté aquí? ¿Te estoy incomodando?

-No, no. No te vayas. Es muy importante que estés aquí. Es la forma en que puedes ayudarme.

Sus palabras me conmovieron profundamente. Continuó:

-Sólo quédate unos días más.

-No puedo quedarme más allá del sábado.

-El sábado, sí. Excelente.

-Esa tarde tengo que estar en casa de mi sobrina, por eso no puedo alargar mi estancia.

-Entonces será el sábado. Es suficiente. No he sido un buen anfitrión, me temo. Me propongo hacerlo mejor.

Se levantó y volvió a llenar mi vaso. Luego se echó de costado en el sillón, como le gustaba, deslizándose gradualmente hasta que la cara casi le quedó enmarcada entre los pies.

Durante el agradable silencio que siguió, reflexionaba sobre lo que había dicho y me resultaba algo raro: «Entonces será el sábado. Es suficiente», cuando preguntó:

-¿Qué tal te fue en la visita a la biblioteca? ¿Encontraste lo que buscabas?

Reí.

-¡Por Dios, Austin! No va a ser nada fácil. Pero el doctor Locard fue muy colaborador.

-Es un encanto.

-Me pareció bastante amable -respondí con cautela.

-Sin duda. En la medida en que le sirvas para algo, o para avanzar en su carrera en cualquier sentido, será perfectamente amable. No será simpático porque carece de simpatía. La simpatía estaría por debajo de su posición, sería casi sospechosa.

-Conmigo se comportó perfectamente bien. Charlamos sobre el asesinato del deán Freeth.

-Habría sido muy interesante.

-Lo fue. Justo antes de salir de Cambridge encontré una carta, escrita en 1663, que arroja luz sobre ello y me parece que sería un material interesante para los *Anales de la Sociedad Histórica Inglesa*. Y podría causar conmoción.

-Entonces será mejor que te des prisa y lo escribas, o lo hará Locard antes que tú, robándote la gloria.

-Difícilmente, Austin. Ha publicado poco, pero es de calidad muy alta y, entiendo, ha hecho una contribución significativa a los estudios académicos de la cultura celta del período temprano (área que empieza ahora a recibir cierta atención), demostrando los errores de los aficionados que hasta días muy recientes han hecho la mayor parte del trabajo. Me cuesta pensar que un hombre así se rebajaría al robo y el plagio.

-Precisamente ha sido su ambición lo que le ha llevado a reclamar un nuevo imperio de conocimientos, no el amor por el conocimiento. No es un académico, sino un político, y no debes suponer que te desea éxito, en absoluto.

-Por el contrario, parecía sumamente interesado por ayudar y puso a uno de sus ayudantes a mi disposición, aunque lamento decir que no es terriblemente listo.

Me miró con súbito interés.

-¿No te estarás refiriendo a esa extraña criatura, Quitregard? Es la criatura más dada a las habladurías de Thurchester y no deberías creer una palabra de lo que dice.

-No, me refiero al otro, Pomerance. No es muy útil. Ni muy simpático. Por otra parte, Quitregard me pareció un joven muy agradable. No sé por qué lo llamas extraño. En cualquier caso, pasé el resto de la mañana y la tarde buscando el manuscrito, sin mucho éxito, me temo.

Pese a su promesa de esmerarse, Austin pareció recaer en un silencio sombrío.

-Hablando del doctor Locard -le dije-, esta tarde conocí a su esposa.

-¿Cómo fue así? -preguntó sin interés.

-Estuve en casa del doctor Sisterson.

-Sisterson es un necio, pero es inofensivo.

-La señora Locard me pareció encantadora. Y es como una segunda madre para esos niños.

-Nadie puede decir nada malo de ella -comentó Austin, casi como si lo lamentase- excepto que no puede pasar sin los niños de los demás. Tuvo uno que murió de bebé y después se descubrió que no podría tener más.

-¡Qué penoso! -exclamé-. Una mujer tan buena y maternal. Y tan bella. En verdad muy...

-¿Y cómo ocurrió que te invitasen siendo tan tarde?

-Estaba charlando con el doctor Sisterson.

-¿En la lonja? Debía de hacer mucho frío. ¿Y qué tema fue el que os retuvo allí sin helaros?

-No estábamos en la lonja. De regreso aquí después de haber cenado en el Dolphin, vi las luces de la catedral encendidas y entré, y allí estaba él.

-No es posible. Deberían haber cerrado hace horas.

-No. Los obreros están trabajando hasta tarde.

-Sí. Quieren tener el órgano listo el viernes. Pero siempre acaban a las nueve, a más tardar.

-Algo ha ocurrido que empuja a trabajar toda la noche. Por esa razón el doctor Sisterson estaba allí.

-¿De qué estás hablando?

Súbitamente había atraído su atención.

-La torpeza de los que están trabajando en la catedral ha causado algún daño serio, tal como temía. Se ha abierto una grieta en la pared del transepto y el mal olor es horrible.

Se levantó hasta tomar una posición más normal y me miró, alarmado.

-¿Qué quieres decir?

-Es posible que se haya desnivelado ligeramente la base de un anclaje. Si la catedral ha sido construida en un terreno que guarda agua, abajo podría haber gas de los pantanos, y ahora está saliendo.

-¿Y va a retrasarse la inauguración del órgano?

-No lo sé.

-¿No preguntaste?

-No -le respondí asombrado-. ¿Es importante?

Hizo un movimiento lento con la cabeza.

En ese momento el gran reloj de la catedral comenzó a dar la hora.

-La una de la mañana -murmuró Austin-. Deberías estar en la cama -y luego, como si corrigiese su observación, dijo-. Te estoy entreteniendo.

-Tienes razón -le dije-. Tengo que estar en la biblioteca a primera hora de la mañana. Intentaré salir sin despertarte.

-No. No te preocupes por eso -respondió algo distraído-. Mañana tengo mucho que hacer. Me levantaré tan temprano como tú. Probablemente antes.

Nos dimos la mano y nos separamos. En quince minutos estaba en la cama con mi libro. Podía oír a Austin moviéndose en su cuarto del otro lado del descansillo porque, temiendo que pudiese tener otra pesadilla, dejé la puerta entreabierta.

Aunque mi mirada pasaba por las páginas que tenía ante los ojos, no retenía nada. Reflexionando sobre la irritación de Austin ante mi curiosidad acerca de sus cosas, se me ocurrió que en verdad no me había hecho ninguna pregunta sobre las mías. Al comienzo había pensado que podía ser delicadeza, temor a herirme, pero ahora entendía que simplemente no estaba interesado. Cuando los dos éramos jóvenes no me había dado cuenta de lo mucho que pensaba en sí mismo, acaso porque yo también estaba tan absorto conmigo mismo como él. Aunque, al hacerme mayor, progresivamente fui sintiendo que los otros eran más interesantes que yo.

Y de pronto recordé que me había seguido cuando visité el deanato nuevo para leer la inscripción. En ese caso, ¿le interesaba lo que yo hiciese, después de todo?

Librodot

Entre el miércoles y el jueves

Eran cerca de las dos de la mañana cuando apagué la vela, esforzándome por dormir. Estaba en el terreno confuso de las sombras y las imágenes casi incomprensibles, cuando un sonido en el descansillo volvió a despertarme del todo. La vieja casa crujía constantemente, pero este sonido había sido más agudo y fuerte. Me esforcé por oír y percibí el ruido ligero de un paso en la escalera. Y luego otro. ¡Austin estaba bajando! De inmediato concebí la imagen de mi amigo saliendo por la puerta con los ojos muy abiertos, pero con la mente perdida en el mundo de los sueños. Me levanté y, en medio de la oscuridad, me vestí a medias y me dirigí a la puerta. Me abrí camino hasta el descansillo y el primer piso tan silenciosamente como pude para no despertarlo, recordando que despertar súbitamente a un sonámbulo puede ser peligroso. Esforzando el oído, no pude detectar nada más que el fuerte tictac del reloj que estaba en el siguiente descansillo. Entonces oí que la puerta de entrada se abría y cerraba sin ruido, justo en el momento en que yo llegaba a la escalera. Bajé tan velozmente como me lo permitió la completa oscuridad, afirmándome en el pasamanos. Cuando llegué al vestíbulo busqué a tientas el colgador y encontré mi abrigo. Abrí la puerta con cautela mientras me lo ponía y miré en derredor. Por primera vez en varios días hacía viento y caían, o mas bien volaban, algunos copos de nieve. Se había dispersado la niebla y entre las nubes asomaba la luna, bajo cuya pálida luz vi una figura que doblaba rápidamente la esquina del transepto.

Corrí tras él y lo seguí justo a tiempo para verlo desaparecer por una callejuela entre la esquina de la lonja y el deanato nuevo. Caminando con la mayor rapidez que me permitía la necesidad de hacerlo en silencio, lo seguí por la calleja. Súbitamente, recordé haber seguido a alguien del mismo modo, hacía muchos años.

Austin no parecía un sonámbulo: se movía demasiado rápido y con un propósito claro. La callejuela daba varias vueltas de modo que, aunque sólo me adelantaba unos pocos metros, ya no era visible. Si no estaba sonámbulo, tampoco estaba en peligro y pensé que no tenía derecho a seguirlo. Pero ¿no habían pasado suficientes cosas extrañas desde mi llegada como para suponer que estaba en problemas y justificar una acción que de otro modo hubiese sido poco honorable? No tardé en quedar liberado de mi dilema ético, pues cuando salí de la callejuela, Austin ya no estaba a la vista. La callejuela desembocaba en una corta hilera de casitas, y era posible que hubiese entrado en alguna de ellas, o que hubiese tomado uno de los pasos vecinales en otra dirección. Me detuve. No oía nada. Parecía que toda la ciudad respiraba tan apaciblemente como un niño dormido. Me di prisa. Si había entrado en alguna casa, podría ver luz u oír voces. Pero por más que apreté el paso no vi ni oí nada. Al final había otra calle que cortaba a ésta en ángulo recto, y en la medida en que podía estar seguro -dado que no estaba iluminada- por allí no había nadie. Lo había perdido.

Y también yo estaba perdido. Durante minutos recorrí con asombro calles silenciosas. ¿De dónde había venido? ¿Estaba en la callejuela por la que había pasado? En la oscuridad todo parecía igual y podía haber estado dando vueltas en torno a las mismas calles. Pero el frío aire nocturno y su claridad, tras la niebla aplastante de los días pasados, era agradable, y el movimiento regular de mis piernas resultaba un acompañamiento apropiado para mis pensamientos inquietos. ¿Dónde podía haber ido Austin a esa hora? ¿Qué estaría haciendo y con quién? ¿Por qué me pareció tan afectado por el problema surgido en la catedral?

Finalmente volví a encontrar la callejuela y regresé a la lonja. La catedral se levantaba asombrosamente grande, brillando en los puntos donde recibía la luz de la luna. Pensé en que todo su entorno se había desplomado y reconstruido, incluida la gran abadía que en un tiempo la rodeara. La enormidad de la catedral hacía que la ciudad tuviese aspecto de capital y entonces recordé cómo en un tiempo había sido, y durante muchos años, uno de los grandes centros de estudio de la Europa medieval, al cual llegaban eruditos

Librodot

y estudiantes desde lugares tan remotos como Córdoba y Constantinopla. Sentí pena por los tesoros perdidos de la gran biblioteca dispersada durante la Disolución y por la comunidad de estudiosos y ascetas, igualmente desaparecida.

Entonces, pasando por esas piedras frías donde se habían vivido tantas pasiones, me vino a la mente la historia del asesinado canónigo Burgoyne y las imágenes de la muerte del deán Freeth. Algo me impulsó a ir más allá de la casa de Austin y dar la vuelta a la lonja. La oscuridad era casi completa. En el extremo occidental de la nave había una débil luz de aceite que debió empezar a debilitarse hacia la medianoche y que ahora estaba agonizando.

El antiguo temor a la oscuridad volvió a hacer presa en mí; el terror de que existe lo maligno y que la noche es su dominio. Se me grabó la imagen de una cara que era una calavera haciendo una mueca. No podía dejar de pensar en la historia de Burgoyne. Sabía que, como historiador, debía ser perfectamente racional y aceptar que el pasado se había ido. Pero tiendo a ser agudamente consciente del dolor y el horror que sufrieron los muertos, incluso en las apacibles campiñas o callejas de Inglaterra, y por ello siento que algo queda, como una lámina fotográfica a la cual se le ha sobrepuesto otra imagen. ¿Cómo saber qué ocurre con nosotros tras la muerte?

Oí ruidos apagados y pensé que tal vez los obreros siguiesen trabajando en la catedral. De hecho, las ventanas estaban débilmente iluminadas y se divisaban sombras en movimiento. Fui a la puerta al fondo del transepto sur y la empujé. Se abrió y me deslicé en silencio. Las grandes columnas de piedra estaban cubiertas de gotas, como si transpirasen, pese al frío. De hecho, el edificio entero parecía respirar. Era una enorme criatura viva. Sentí que se me erizaba el pelo de la nuca cuando oí un sonido sibilante que recordaba horriblemente a una voz humana quejándose y mascullando de dolor y desesperación, aunque sabía que era sólo el viento.

Rápidamente me dirigí al chapitel donde estaban trabajando los hombres. Tres de ellos trabajaban a conciencia y el viejo bedel, Gazzard, estaba de pie observándolos y me daba la espalda.

Nadie me vio mirándolos desde el crucero. Y entonces, súbitamente, sentí que me observaban y ello me hizo mirar hacia la galería del órgano. Lo hice sin pensar. Fue uno de esos momentos de distracción cuando el cuerpo y la mente parecen separarse como si mantenerlos unidos necesitara esfuerzo, cuando el tiempo parece detenerse. O más bien cuando, más tarde, parece que esos momentos sólo pueden ser captados de modo retrospectivo. Como esas muchas veces en que había leído varias páginas aparentemente concentrado, y me daba cuenta de que no podía recordar una sola palabra. En esas ocasiones, me preguntaba que si no tenía la mente puesta en el libro, ¿dónde estaba?

Lo mismo ocurrió en ese momento. Cuando miré hacia arriba, a la galería del órgano, súbitamente entendí dónde estaba sin tener idea del tiempo que había pasado, ni cómo había llegado hasta allí. Sobre el borde del pasamanos había un lugar claro en medio de la oscuridad que, mientras lo miraba, se transformó en una cara que parecía tener los ojos puestos en mí. Una cara fría, blanca y vacía, con ojos que parecían de vidrio, huecos, y que no obstante me traspasaban. Miraban a través de mi alma, o más bien de mi carencia de alma, porque por respuesta encontraron o crearon dentro de mí un vacío. Era el rostro de una criatura que no pertenecía a nuestro mundo. No tengo forma de saber cuánto tiempo estuvimos mirándonos, o de cuánto tiempo estuve yo mirándola porque no tengo la certeza de que me viera. La cara desapareció y yo parecí despertar con un estremecimiento y sudor frío, y en esos momentos reconstruí la secuencia de eventos. Tenía una idea sobre la identidad del ser que había visto, pero no podía aceptarla. Todo lo que sabía y creía iba a convertirse en confusión.

Me quedé allí para ver quién iba a aparecer por la entrada que bajaba de la galería del órgano. Por fin, dándome cuenta de que nadie iba a bajar las escaleras, me volví y como en trance recorrí el transepto hacia la puerta.

Librodot

Crucé el umbral y cerré la puerta, y mis ojos casi fueron cegados por una blancura inesperada. El aire estaba lleno de movimiento, mientras una miríada de copos de nieve que giraban se volvían blancos o negros al recibir o alejarse de la luz de la luna. Mientras había estado en el interior, la nevada, que ahora era fuerte, había cubierto el empedrado y los techos. No me había dado cuenta de que había estado en el edificio el tiempo suficiente para que ello ocurriese. Siempre, con la primera nevada de invierno, el mundo parecía renacer. Involuntariamente recordé mi infancia: las carreras por la nieve con mi niñera para mirar a los patinadores en la laguna cercana; volviendo del colegio en las vacaciones de invierno, cuando el coche avanzaba con dificultad al acercarse a Londres, donde la nieve era más profunda; y la espera del regreso de mi padre la noche de Navidad, cuando sabía que iban a dejarme acompañar a mis padres hasta tarde y tomar con ellos un sorbo de ponche caliente. Los recuerdos me conmovieron tan profundamente y me parecieron tan inocentes en contraste con mis experiencias recientes, que sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

Y entonces ocurrió. Anoto sólo lo que vi y creí en ese momento. El lector ha de ser paciente conmigo.

A una distancia de unos sesenta metros bajo la pálida luz de la luna, y claramente definida contra la nieve, había una figura negra de pie en la entrada de la callejuela en la cual había desaparecido Austin. Pero no era Austin. Era de estatura mucho más elevada. Su cara era la del ser que acababa de ver en la galería del órgano. Si era un ser de carne y hueso sabía que de ningún modo podía haber llegado donde estaba ahora sin que yo lo hubiese visto, porque había estado mirando la escalera que bajaba de la galería y me había dirigido directamente a la única puerta de la catedral que no estaba cerrada. Y de nuevo la figura parecía estar mirándome. Una mirada larga y despectiva. Luego se volvió y entró por la callejuela con movimientos desganados. Cojeaba, lo que le daba el aspecto de una criatura herida que se aleja con dificultad, llena de dolor, miseria y rabia.

Había visto a William Burgoyne. Estaba seguro de ello. En ese caso el mundo no era como lo había imaginado. Los muertos podían volver a andar, porque había aparecido ante mí un hombre que había muerto hacía doscientos años. Esto significaba que todo aquello en lo que creía -todas las ideas coherentes, racionales, progresistas con las que vivía- eran juegos de niño, que sólo pertenecían al mundo diurno. Cuando se hacía la oscuridad, los poderes reales volvían a tomar su lugar y eran irresistibles, irracionales y malignos.

No sé cuánto tiempo pasé allí -diez minutos, quince, media hora- pues nunca el tiempo me había parecido tan ilusorio. Cuando recobré la racionalidad miré el empedrado cubierto de nieve. Bajo la débil luz de la luna pude ver que en la superficie de la nieve entre el lugar donde estaba y donde había estado la figura, no había huellas. ¡Si no era una criatura inmaterial, no podría haber llegado allí sin dejar huellas en la nieve!

Quería alejarme de ese lugar, pero me parecía impensable volver a casa de Austin. No podía soportar la idea de confinarme y menos que nada en esa casa vieja, que ahora me parecía llena de sombras burlescas, de voces oídas a medias que musitaban en las ranuras de la vieja madera. Recorrí el costado de la catedral rápidamente y en la dirección opuesta, pasé bajo la entrada y me encontré en High Street, completamente en silencio. Me puse a andar rápido y al azar. No sé cuánto tiempo pasé recorriendo las calles dormidas.

La tranquilidad de la ciudad me confirmó que seguía existiendo el mundo de la vida cotidiana, de las costumbres de sueño y trabajo, pues lo que había visto era como un grito de agonía en medio de un concierto de cámara, una visión de dolor e ira suficientemente poderosos como para hacer que un hombre se levantase de la tumba donde estaba desde hacía doscientos años. Dejé que las piernas me llevaran, sin saber apenas adónde iba. Por dondequiera que fuese, mis pisadas eran las únicas manchas sobre el suave polvo de nieve que ahora cubría la ciudad. Recuerdo que en determinado momento subí una colina de pendiente suave por una calle en curva donde había casas grandes, cada una de las cuales tenía un balcón de hierro fundido y una baranda y celosías de madera pintada; y recuerdo haberme detenido cerca de la cima para mirar las casas y sus grandes jardines que llegaban a un pequeño arroyo rodeado de sauces y, asimismo,

Librodot

recuerdo haber pensado que aquello debía de ser hermoso en verano, aunque ahora los árboles estuviesen silenciosos y pareciesen escuálidos bajo la luna de invierno. Pensé en los padres, los niños y la servidumbre que dormía en esas casas, y suspiré imaginando qué agradables debían de haber sido esas viviendas para vivir o criar una familia.

Desde allí, con la visión ligeramente borrosa por la nieve que caía, la pequeña ciudad se extendía ante mí como un juguete. En el centro, la forma oscura de la catedral se elevaba sobre los techos bajos que la rodeaban, y cuando pensé en la oscuridad de la lonja, acurrucada bajo su sombra, volver allí desde el aire limpio de la cima me inspiró reticencia.

Me puse en marcha pocos minutos después. Volví a bajar la colina por un camino diferente y no vi a nadie hasta que por fin, en una calle en el límite de la ciudad -más parecida a un sendero de campo con sus casas techadas de paja y disparejo camino de tierra, que a una calle de ciudad-, di con un coche lechero conducido por un joven fornido quien me saludó alegremente. Este intercambio con un ser humano que respiraba, me devolvió el sentido. Con rapidez encaminé mis pasos hacia el centro, tomando como referencia la torre de la catedral, que se levantaba contra el cielo negro. Tras unos pocos minutos estaba tan cerca que, entre las casas, ya no podía verla. Y entonces oí las campanadas del reloj que daban la media hora y supe que había llegado. Eran las tres y media. Estuve completamente perdido entre las estrechas callejuelas y los jardines hasta que me encontré en una de las calles que había recorrido cuando perdí de vista a Austin. De pronto me llegó un olor a mantequilla y jengibre. ¡Estaban horneando algo! Seguí el olor. Cuando me adentré en una calle larga y estrecha, sólo vi una luz. Era una calle de casas viejas y altas, de ladrillo color rojo pálido y ahora algo deslucido, con la madera de las puertas y ventanas podrida, y la pintura descascarillada. Todas ellas tenían varios timbres y placas con nombres, signo seguro de que las habían transformado en departamentos. Me acerqué a la única ventana donde había luz y miré.

Las cortinas gastadas dejaban un hueco y a través de él divisé la cara de Austin y la parte inferior de su cuerpo. Estaba sentado en una silla y hablaba, pero no pude ver a quién se dirigía. Lo vi llevarse un vaso a la boca y beber. Me esforcé por oír y sólo distinguí un murmullo de voces, una de las cuales era de mujer. No pude saber si era la única persona que estaba allí con Austin, o si había más de dos. Y entonces una mano que parecía demasiado grande para ser femenina, pero que tenía los dedos finos y delicados, se acercó a Austin y durante unos instantes se posó en su rodilla, en un gesto extrañamente íntimo.

Austin sonrió a su invisible compañía con tanta ternura, la cara iluminada con una felicidad tan evidente, que tuve el súbito recuerdo de él mirándome así hacía muchos años y sentí una punzada de nostalgia, de remordimientos. Incluso celos. Sólo atisbé unos segundos, aterrado de que él pudiese mirar y verme, aunque supongo que las luces que había en la habitación hubiesen convertido los cristales en espejos negros. Me aparté de la ventana y, deslumbrado, volví atrás por la misma calle.

De modo que aquella era su gran pasión, un vínculo lamentable con una mujer de un distrito cochambroso de la ciudad. ¡Qué tonto había sido al no pensar en eso como motivo para que saliese en mitad de la noche! Me horrorizaba la idea de que pudiese descubrir que lo había seguido. Y al mismo tiempo estaba sorprendido. El Austin que conocía nunca se había entregado a los amores mercenarios, como habían hecho muchos de nuestros contemporáneos en la universidad. De hecho, y en la medida de mi conocimiento, nunca había tenido relaciones con mujeres. En ese sentido jamás me había sentido inquieto durante su amistad con mi esposa.

Pensé en él, ocultándose para recorrer a escondidas esas calles oscuras y silenciosas e ir al encuentro de su amante. ¡Qué ridículo a su edad! Pero qué envidiable. Me pareció que debía hacer una pausa y respirar hondo mientras pensaba en la descarada desvergüenza de mi amigo, entregado a una aventura. Al final de la calle parecí recobrar la sensatez y descubrí que sabía dónde estaba. Estaba en la esquina de la calle que llevaba a la callejuela donde había perdido a Austin. Volví sobre mis pasos. Entonces se me ocurrió que la relación podía

no ser lo que pensaba. Tal vez Austin estaba verdaderamente enamorado de una mujer que merecía su amor. Pero un encuentro así y en medio de la noche implicaba que su relación era de algún modo ilícita. ¿Estaba casada? ¿Era incluso la esposa de un colega o de uno de los hombres ligados de algún modo a la catedral? En ese caso, ¿quién podía ser? Pensé en el ciclo de desengaño, entusiasmo, resentimiento y deseo al cual no había sido arrastrado durante las últimas dos décadas. ¿Quién era esa criatura imperiosa y poco razonable que tenía tal poder sobre él, llamándolo, tal vez para que acudiese a ella en medio de la noche, sin considerar los riesgos? Llamándolo, tal vez, tras un lapso de abandono angustiado, durante el cual puede haber tenido que observarla sonriendo a un rival con afecto. Cuando recordé lo que había sufrido, casi no supe si envidiarlo o sentir pena por él.

Entonces tuve una idea horrible sobre la posible identidad de la mujer. No podía creer que fuese verdad. ¿Qué mérito podía encontrar una mujer así en Austin? Sin embargo, pensé que el Austin real, el que había conocido, si existía aún, podía ser digno de amor, pues sus mejores cualidades eran admirables. Y de todas las mujeres del mundo era ella la que podía encontrarlos y estimularlos pues, como había visto, era su característica pensar siempre bien de las personas, y tratar de comprender y olvidar sus peores acciones. ¡Es horrible pensar que a menudo es la propia generosidad del amante la que hace parecer digno de amor a alguien sin méritos!

Volví a la casa, y antes de entrar me quité la nieve de las botas y con una vela encendida llegué a la sala. Había decidido mi forma de actuar. El comportamiento de Austin coincidía con su extraña conducta desde mi llegada: que me espiara esa tarde en la lonja, sus cambios abruptos de estado de ánimo y sus vaivenes entre la cordialidad y el resentimiento. Las circunstancias presentes, el hecho de que estuviese en mitad de la noche, la nieve, la figura que acababa de ver, me habían sacado del mundo de cada día, autorizándome por lo tanto a tomar medidas que normalmente no me hubiese permitido. Había comenzado a pensar que podría haber una conexión entre el robo de las miniaturas -si era eso lo que fue robado- de casa del doctor Sheldrick el martes por la noche y la extraña coincidencia de que hubiese llegado un paquete a la puerta de Austin.

Fui hacia el armario. Las puertas estaban cerradas y, al intentar abrirlas, descubrí que estaban bajo llave.

Observé detenidamente el cuarto, buscando más indicios. Me llamó la atención que las estanterías de libros fuesen el lugar más ordenado de la casa. ¿Significaba que Austin nunca tocaba sus libros o que, por el contrario, les tenía tanto aprecio que cuidaba de mantenerlos en orden? Justamente por eso, llamaba la atención que en una de las estanterías hubiese un solo volumen fuera de lugar y tumbado. Como noté que tenía un marcador de páginas, lo levanté y descubrí que era una recopilación de cuentos de hadas y que dentro tenía pegada una etiqueta que indicaba que provenía de la biblioteca de Courtenay. En un impulso lo llevé a mi dormitorio, me preparé para irme a la cama y me acosté.

Abrí el volumen en el lugar en que estaba la marca, y al ver que era el comienzo de uno de los cuentos, comencé a leer. No obstante, no podía concentrar mi atención. ¿Podía ser que hubiese imaginado la figura que vi en la galería del órgano y luego en la lonja? Tenía en cuenta que había bebido varios vasos más de los acostumbrados durante el curso de la tarde. Ahora que lo pensaba, podía explicar en parte lo que había visto, pero no todo. Podía ser, por ejemplo, que hubiese permanecido en la escalera más tiempo del que pensaba y que la nieve que caía hubiese cubierto las huellas de la figura que acababa de ver, antes de que yo buscase las huellas. Pero seguía siendo un misterio la forma en que había llegado desde la galería del órgano hasta donde la había visto, sin haber pasado muy cerca de mí. Incluso ahora que estaba en la cama, era incapaz de divertirme con mi terror supersticioso, pues seguía teniendo el extraño sentimiento de haber visto algo de otro mundo u otro tiempo. De golpe recordé el comentario de Austin sobre el castigo, que su pasión misteriosa lo había llevado a la perdición. La criatura que había visto esa noche era maligna -incluso maldita- si ello tenía algún significado.

Librodot

Curioso por saber qué había estado leyendo Austin, me forcé a echar una ojeada al cuento que tenía ante mí. Para mi sorpresa, pese a que se trataba de una historia convencional sobre un joven príncipe y una hermosa princesa y un castillo encantado, me pareció profundamente inquietante.

Cuando lo hube terminado, permanecí un rato pensando sobre ciertos pasajes de mi vida. Tras más o menos una hora oí que Austin entraba sigilosamente en casa y subía las escaleras. Pasó otra media hora antes de que pudiese conciliar un sueño liviano e inquieto.

Librodot

Jueves por la mañana

Probablemente Austin durmió peor que yo, pues cuando bajé a desayunar a las siete menos cuarto, no estaba allí. Preparé café y tostadas para los dos y apareció pocos minutos más tarde, pálido y macilento. Esperé con la idea de que me contaría algo sobre lo ocurrido durante la noche, lo cual provocó que ninguno de los dos hablara mucho durante el desayuno. Advertí que la mano le temblaba al llevarse la taza a los labios. Parecía estar evitando mi mirada y yo intentaba hacer lo mismo, pues me sentía incómodo al pensar que acaso pudiese haber descubierto, de algún modo, que lo había seguido. Bien podía ser que me hubiese visto o -acababa de ocurrírseme- que hubiese encontrado restos de nieve derretida en la entrada de su casa.

Finalmente habló:

-Te esperaré en la puerta de la biblioteca cuando cierre.

-¿Para qué?

Me miró aparentemente sorprendido.

-¿Ya olvidaste que el señor Stonex nos espera a tomar el té esta tarde?

Tardé un instante en entender de qué estaba hablando. Luego me di cuenta de que el nombre me resultaba familiar. ¡Por cierto! El anciano banquero lo había mencionado el día anterior, al referirse al apellido del antepasado que había comprado la casa.

-Pero me..., digo... nos había invitado mañana. No podía imaginar cómo lo había sabido Austin.

-Hoy. Se refería a hoy.

-Estoy seguro de que dijo mañana. Viernes.

-Lo ha cambiado.

-Pero Austin, ¿cómo lo sabes? Olvidé contarte que lo conocí ayer cuando fui a leer la inscripción.

-Me doy cuenta.

Estaba sorprendido. ¿Admitía haber estado espiándome? Sintiéndome súbitamente incómodo por él y sin querer que dijera nada más acerca de su extraño comportamiento, continué:

-Ni siquiera se me ocurrió que quisieses venir. ¿Cómo sabes que cambió la fecha?

-¿Que cómo lo sé? Porque me lo dijo. Me encontré con él ayer por la tarde. Y anoche olvidé decírtelo.

-Pero, ¿cómo supo que somos amigos? Estoy seguro de no habérselo dicho.

-En esta ciudad no hay secretos -dijo rotundamente, y al parecer tenía que contentarme con eso-. De modo que te recogeré en la biblioteca cuando cierre e iremos juntos.

Asentí. Era raro. Si Austin no había estado espiándome ayer por la tarde cuando conversaba con el anciano en la parte trasera del deanato nuevo, ¿por qué había hablado con el señor Stonex? Mi sospecha de que me había seguido debía de ser correcta. Y él, presumiblemente, había querido descubrir qué había ocurrido entre el anciano señor y yo.

Pocos minutos más tarde, Austin se había arreglado de prisa -pero no dejaba de parecer mal afeitado y en desorden- y estaba listo para marcharse. Yo lo esperé para salir juntos. Al abrir la puerta descubrimos que durante la noche se había acumulado la nieve. Avanzamos en silencio sobre esa blancura casi inmaculada.

Cuando llegamos a la puerta del transepto, dejamos atrás a dos niños. Uno llevaba cogido al otro y le sonreí a Austin preguntándome si le recordaban nuestra juventud, pero aparentemente él no los había mirado. El niño mayor, que miró despectivamente a Austin, llevaba el que supuse era el uniforme del colegio -una especie de toga abotonada azul, pantalones hasta la rodilla y zapatos con hebillas- en tanto que el otro vestía una chaqueta negra sencilla y pantalones cortos, y presumiblemente iba a la Escuela Coral. Recordé que Austin había hablado sobre la rivalidad entre ambas instituciones, pero esta imagen parecía

Librodot

desmentirla. Al pasar junto a ellos el niño menor decía algo -o intentaba decir algo, pues tartamudeaba terriblemente- sobre llegar tarde y tener problemas.

Un momento después miré a mi alrededor y vi que el niño mayor había agarrado al otro por el cuello y estaba metiéndole una bola de nieve por la espalda. El más joven se defendió y su antagonista lo golpeó dos veces en el pecho con bastante fuerza y rapidez. Estaba a punto de intervenir cuando lo vi soltar al más pequeño, quien escapó corriendo. Austin, a diferencia del profesor de mi infancia, siempre vigilante, no dio muestras de haberse enterado.

Llegamos al final de la catedral en silencio y, al separarnos, Austin volvió a recordarme nuestra cita. En ese momento vi que se acercaba el joven Quitregard desde la esquina del ambulatorio, nos saludamos y seguimos andando juntos. Mencioné el incidente que acababa de ver y dijo que pocos minutos antes había visto al niño de la coral y añadió que él tenía un hermano en esa escuela. Llegamos a la biblioteca poco antes de las siete y media, y Quitregard abrió la voluminosa puerta.

-¿Fue alumno de esa escuela?- le pregunté.

-Yo fui a Courtenay, el colegio.

-Me sorprende que los hermanos vayan a colegios diferentes -le dije mientras me quitaba la nieve de las botas golpeando los pies en el felpudo que estaba tras la puerta.

-Verá. Soy incapaz de entonar una nota.

-Incluso así, me asombra porque entiendo que ambos colegios se detestan.

Rió.

-Los niños pelean, desde luego. Pero no me parece que haya una mala voluntad oficial.

-Mi amigo Fickling me contó que la desconfianza entre los dos colegios llegaba al punto de que se reprobase su amistad con un maestro de la Escuela Coral.

El joven replicó rápidamente:

-No me parece que se desapruebe la amistad en sí -y luego continuó, ruborizándose-. El doctor Locard me ha pedido que lo disculpe, doctor Courtine. No podrá ayudarlo esta mañana como esperaba. Tiene que prepararse para la reunión del Cabildo. Inesperadamente han surgido temas importantes.

-Muy lamentable desde mi punto de vista.

Coincidía, reflexioné, con su invitación a cenar, retirada luego, y reducía aún más mis posibilidades de encontrar lo que buscaba.

El joven debió de ver la decepción reflejada en mi cara porque me ofreció un café antes de que reemprendiera mis polvorosas tareas en el anexo, y añadió:

-Cuando Pomerance llegue encenderá el fuego, de modo que si esperamos un poco estará más templado.

Acepté con gratitud, aunque reflexioné que el calor no llegaría donde yo iba a estar trabajando. Mientras él me guiaba a la arcada donde hacía café, me dijo:

-Pienso que puedo decirle, sin traicionar ningún secreto, que hoy se presenta algo parecido a una crisis. La reunión del Cabildo catedralicio será larga y difícil.

Recordé que Gazzard había dicho que esa mañana discutirían el tema del colegio y supuse que el problema tenía que ver con el rumor que había escuchado en el bar la noche pasa da. No obstante, no quería poner a Quitregard en una situación incómoda haciéndole muchas preguntas. Nos sentamos y esperamos que hirviera el agua.

-Por cierto, lamento que el doctor Locard no pueda prestarme su valiosa ayuda -comenté-, pero temo que ni con toda la ayuda del mundo lograría algo. Incluso si el manuscrito está aquí, podría pasar seis meses buscándolo allí abajo, y seguir sin encontrarlo.

El joven pareció un tanto inquieto al inclinarse hacia la estufa. Me pregunté si lo avergonzaba haberme oído hablar con el doctor Locard sobre el tema.

-Me gustaría poder ayudarlo -dijo-. Daría cualquier cosa por encontrárselo, y estoy seguro de que el doctor Locard preferiría que lo encontrara alguien de su personal.

-También yo lo deseo. El doctor Locard habló de usted en términos muy encomiosos y tuvo la bondad de decir que podría liberarlo unas horas para ofrecerme el beneficio de su ayuda.

-¿Lo hizo?

Quitregard se volvió para coger una jarra de café y me dijo sobre el hombro:

-Sin embargo, me apena tener que decirle que sólo ayer por la tarde el doctor Locard me recordó la importancia de que continuemos catalogando los manuscritos y me ha dado un trabajo que me tendrá ocupado toda la próxima semana, o más.

-Es una lástima. Pero por lo menos he aprovechado los consejos del doctor Locard. Su interpretación de la única prueba fue magistral. Debería explicar que se trata de una carta escrita por un anticuario de la Restauración llamado Pepperdine, quien...

-Debo confesar que escuché su conversación -dijo el joven, disculpándose, y levantando la vista de la jarra de café que lo ocupaba-. No tenía motivos para suponer que era confidencial.

-No era confidencial en absoluto. Pero en ese caso sabrá con cuánto brillo el doctor Locard leyó bajo la apariencia superficial de la prueba, dándole un significado más verídico. Fue una demostración impresionante de análisis histórico.

Él se inclinó sobre la tetera de modo que no pude verle la cara. Proseguí:

-Y probablemente también nos oyó hablar sobre la nueva perspectiva que da esa carta al asunto Freeth.

-Sí, lo hice. Y es un incidente que siempre me ha fascinado.

-En ese caso le interesará saber que esta tarde voy a conocer otra versión de los hechos. Ayer fui a leer la inscripción en el muro del deanato nuevo.

-La famosa inscripción satánica -dijo Quitregard volviéndose con una sonrisa-. Aunque dudo que tenga algo que ver con la muerte del deán Freeth.

-No, desde luego. Me acerqué a leerla por la conexión con la historia del tesorero Burgoyne.

El joven levantó ostensiblemente una ceja para expresar su escepticismo.

-Pero no se trata de eso -seguí-. Iba a contarle que por casualidad entablé conversación con el anciano que vive ahora en la casa, y me invitó a tomar el té mañana -me corregí-, quiero decir, esta tarde.

Quitregard me miró asombrado.

-¿De veras? ¿El señor Stonex?

-Sí. Y mencionó que conoce una historia sobre la muerte de Freeth que heredó junto con la casa. Me la contará esta tarde.

-No puedo expresarle cuán sorprendido estoy. De hecho es un honor. Vive muy recluido. O tal vez no sea usted tan afortunado. He oído que está muy lejos de ser simpático.

-Fue perfectamente simpático conmigo.

Quitregard levantó las cejas.

-Mi asombro es enorme, doctor Courtine.

-¿Porque alguien es simpático conmigo? -le pregunté en tono de broma.

Sonrió.

-Por todo lo que he sabido de él esa invitación es completamente extraña. Crecí en Thurchester y toda la vida he estado oyendo comentarios sobre el señor Stonex. Sólo es amistoso con los niños y, de hecho, sólo con los niños de la Escuela Coral, a la cual él mismo asistió. Por cierto, cuando llegábamos lo vi hablando con uno de esos chicos.

-¿Y qué se dice de él por aquí?

-Pese a que es un personaje del cual se habla mucho, se sabe muy poco de él con certeza. Es muy importante por ser propietario del banco, el Thurchester and County Bank.

-Es posible que sólo sea afable con las personas que desconocen su posición, niños y forasteros. Entonces, ¿usted me está diciendo que es rico?

Librodot

-¿No le dio esa impresión? -me preguntó el joven con una sonrisa.

-Lejos de ello. Su apariencia era algo raída. Y la casa parece -desde fuera, por lo menos- estar en condiciones precarias.

-Es, para hablar claro, un avaro famoso que gasta lo menos que puede en él y su comodidad, y nada en nadie más. Pero en verdad es uno de los ciudadanos más ricos de la ciudad, probablemente el más rico. Pero vive de modo frugal y en total retiro. Nunca he sabido de nadie que haya sido invitado a su casa.

-¿No tiene amigos o parientes?

-No tiene parientes con los que tenga buenas relaciones, o cualquier tipo de relaciones, aunque se dice que tiene una hermana con la cual se indispuso hace muchos años. Y es evidente que no tiene amigos.

-Entonces su invitación es un honor. Me pregunto cómo me recibirá. ¿Qué voy a encontrar?

-Me intriga y espero que me lo cuente -respondió el joven con una sonrisa-. La casa estará limpia y ordenada, pues todos los días va una mujer a hacer el aseo. Encontrará todo en su lugar, pero advertirá que nada ha sido comprado recientemente. Aparte de su colección de viejos mapas, tiene pánico a gastar dinero.

-¿Es simplemente excéntrico o se trata acaso de algo más serio?

-No está trastornado en absoluto. Ni siquiera diría que es excéntrico, puesto que un banquero próspero a quien la gente confía su dinero difícilmente podría llamarse excéntrico; más bien es peculiar. Y se podría decir que su peculiaridad consiste en el orden extremo de su vida. Es como Kant, el filósofo, cuyos movimientos diarios, se decía, eran tan regulares que sus conciudadanos ajustaban sus relojes al verlo pasar.

-¿Existe algún motivo para que sea tan puntilloso con el tiempo y tan poco sociable?

-Ambas cosas parecen provenir de su terror a que le roben. Se dice que guarda una fortuna en dinero efectivo y oro en un escondrijo de su casa. No tengo idea de eso ni puedo confirmarlo. Imagino que tiene sus bienes en una caja fuerte del banco. Pero esa es la creencia aquí, y supongo que puede haber nacido de las elaboradas precauciones que toma para que no le roben. Y tal vez ahora tenga que seguir tomando precauciones sólo por la creencia de que vale la pena asaltar su casa.

Rió y yo sonreí con él.

-¿Y cuáles son esas precauciones?

-No recibe a nadie. Por lo tanto, su invitación es un honor inesperado.

Se levantó y me hizo una pequeña reverencia en broma. El joven estaba empezando a gustarme mucho.

-La casa nunca queda sola y él únicamente sale para ir al banco. Sólo hay un juego de llaves que guarda en una cadena que lleva consigo, de modo que nadie más tiene la llave, ni siquiera su sirvienta, una mujer mayor, la señora Bubbosh, que va todos los días a limpiar, lavar y hacerle la comida.

-¿Si ella no tiene llave y el señor Stonex pasa buena parte del día en el banco, cómo es que entra y sale?

-Buena pregunta. Éste es uno de los detalles más peculiares de la forma de vida del señor. La recibe a las siete y ella le prepara el desayuno. Él se marcha a las siete y media y la deja encerrada.

-¿Pasa todo el día encerrada?

-Hasta que el vuelve a almorzar a mediodía. Y todas las ventanas tienen barras y celosías, de modo que ella no puede hacer entrar a nadie. La señora puede salir unas horas después del almuerzo, pues la cena de su patrón la trae un camarero de la posada que está al lado. Llega puntualmente cuando dan las cuatro. De modo que sólo abre la puerta a esas horas: siete, cuatro, y seis, cuando vuelve la señora Bubbosh y él se marcha al banco. A las nueve llega a cenar, y ella se marcha.

Librodot

-Cuando lo vi ayer mencionó su cena. Pensé que dijo que la estaba esperando, pero debe de haber sido bastante antes de las cuatro, pues yo salí de aquí a las tres y cuarto, cuando su colega cerró la biblioteca.

Quitregard sonrió.

-Creo que debió de entender mal. Le aseguro que cualquier alteración de su rutina diaria sería tema de comentarios en la ciudad.

-Me intriga la rigidez de su rutina. Me pregunto si hay algo en su pasado de lo cual intenta protegerse.

El joven me miró, interrogante.

-A veces las personas tratan de protegerse de recuerdos tristes adoptando modelos fijos para sus vidas.

En los peores momentos de mi vida me convertí en una figurilla de reloj que sólo se levantaba de la mesa de estudio para salir a comer, dar clases o tutorías. Pero el joven bibliotecario no tenía idea de qué estaba hablando, de modo que abandoné el tema.

-¿Y durante cuánto tiempo ha llevado esa vida?

-Toda su vida ha sido avaro y solitario, pero hace unos ocho o nueve años comenzó a tomar precauciones muy elaboradas.

-Si no tiene familia, ¿qué piensa hacer con esa fortuna tan bien guardada?

-A la ciudad le encantaría conocer la respuesta.

-¿Y no tienen idea? -le pregunté con una sonrisa.

-La ciudad sospecha -y espera, desde luego- que dejará un legado a la Fundación de la catedral en beneficio de su vieja escuela. Ocupa un buen lugar en sus afectos algo endurecidos, pues tuvo una infancia difícil y algunos de los profesores fueron bondadosos con él.

El reloj de la catedral dio la hora y me levanté.

-Bien, ha sido una charla muy amena, pero tengo que ponerme a trabajar.

También Quitregard se levantó:

-¿Piensa seguir buscando en el anexo?

-Por supuesto -le dije sorprendido por su pregunta después de lo que le había contado.

Vaciló un momento, como si estuviese a punto de decir algo que le hacía dudar, pero luego sonrió y dijo:

-Me temo que estará muy frío. Pomerance todavía no ha llegado para encender el fuego. Sabe que de costumbre el doctor Locard está ocupado en la reunión del Cabildo los jueves, y es un día en que suele retrasarse.

Le agradecí el café y bajé donde me esperaban las pilas de manuscritos mohosos, y reemprendí la búsqueda. La pregunta de Quitregard había sido inocente, pero me hizo reflexionar: Esta búsqueda ardua, ¿era lo que realmente debía hacer? Había comenzado a sospechar algo, incluso mientras hablaba con el joven. La extraña conducta del bibliotecario al cancelar su invitación, el hecho de cambiar la cita y, según había sugerido Quitregard, retirarme la ayuda de su personal, hacía que me preguntara si el doctor Locard -tan obsesionado por las rivalidades académicas con elaboradas trampas y engaños- podría tener celos de mi descubrimiento de que el manuscrito de Grimbald pudiese estar en el edificio. ¿Tal vez había decidido encontrarlo él mismo? Como las espontáneas palabras de la señora Sisterson sugerían, podría resultarle humillante que un hallazgo de tal envergadura fuese obra de un forastero, y bajo su propia nariz, pues él y sus ayudantes muy pronto iban a comenzar a catalogar el material restante. Austin me había puesto en guardia sobre su ambición y había sugerido su falta de escrúpulos, pero aunque yo había aceptado lo primero, me costaba atribuirle el segundo defecto. ¿Había sido ingenuo? El doctor Locard, al darme consejos que me harían perder el tiempo, ¿lo había hecho con deliberación? ¿Había hecho conmigo lo mismo que Pepperdine le había hecho a Bullivant, y de lo cual me había convencido? ¿Podía ser que hubiese decidido entrar en el campo de los estudios anglosajones y por ello había leído mi artículo y la respuesta de Scuttard, lo que por otra parte resultaba una coincidencia sorprendente?

Pasé toda la mañana hurgando en las pilas de manuscritos envueltos en telarañas y desintegrándose, y mi tarea se hizo aún más ardua porque no apareció Pomerance, aunque sólo fuese para compartir la parte física de mi empeño y no la intelectual. Me marché de la biblioteca al mediodía, moviéndome con dificultad por la nieve que por entonces, muy pisada, se había convertido en una especie de líquido helado sobre una masa de barro y piedras. Fui a almorzar a la posada donde había ido antes, aunque en esta ocasión no entré en el bar. Cuando volví apenas pasada la una, me encontré a Quitregard haciendo café y acepté su invitación.

En el momento en que hervía la tetera, irrumpió Pomerance exclamando:

-Ha ganado el jefe. Sheldrick perdió. Lo han acuchillado como se debe. Ya es un despojo y tendrá que despedirse él mismo. Todos hablaban de eso.

Pero al verme se interrumpió súbitamente y la cara larga y huesuda se le puso de color escarlata.

Quitregard sonrió.

-Siéntate y toma un café, Pomerance.

El joven se dejó caer en una silla como un títere al que le han cortado los cordeles.

-Acaba de venir del ensayo del coro -explicó Quitregard-, donde entiendo que cantan en las breves pausas que no dedican a las habladurías.

-No es justo, vamos. El director es un dragón. Nos hace trabajar con ganas.

-Entonces quizá sería mejor que emulara sus cualidades de dragón.

-Lo cual me recuerda -dijo Pomerance- que no necesitaré tomar la tarde de mañana libre.

-¿Y qué hay del servicio con órgano?

-¡Van a cancelarlo!

Quitregard me miró asombrado.

-Pasó algo raro en la catedral -explicó Pomerance- y no podrán usar el órgano después del servicio de esta tarde.

-¿Algo raro? -repitió Quitregard-. ¿Podrías desplegar los recursos del idioma inglés con algo más de sutileza, Pomerance?

El joven alzó los hombros para indicar que no sabía nada más.

-Es posible que los obreros hayan provocado algún daño a la base de un anclaje -dije, encantado de poder contribuir con una información fresca acerca de su ciudad natal que Quitregard ignoraba. El joven me gratificó volviéndose hacia mi sorprendido. Añadí como rúbrica-. Hay un olor misterioso.

Pomerance arriscó la nariz.

-Sí, y es asqueroso. Era horrible tener que cantar cuando uno sólo quiere tener la boca cerrada.

-No puedo creer que jamás hayas querido tener la boca cerrada, desde tu primer aliento -le dijo Quitregard-. ¿Y cuándo será el servicio?

-Probablemente la próxima semana -el joven me lanzó una mirada rápida y luego se volvió hacia su colega-. Y por entonces es muy probable que haya un nuevo organista. Quitregard sonrió.

-Posiblemente. Ya lo veremos.

-Bien, ha llegado la hora de que vuelva a mis menesteres. Este trabajo más bien desesperado.

Quitregard miró a Pomerance.

-Sé buen chico y comienza a copiar el trabajo de ayer en el registro.

El joven acabó su café y se levantó.

-Lo eché en falta esta mañana, señor Pomerance -le dije con cortesía irónica-. ¿Podrá bajar más tarde y echarme una mano?

-Oh, no -replicó de inmediato-. El jefe dice que ya no debo hacerlo.

Entonces captó la mirada de Quitregard y enrojeció.

-Date prisa, muchacho -le dijo amablemente su colega y el joven se dirigió al otro extremo de la larga galería.

Esperé que Quitregard dijese algo, pero parecía perdido en sus pensamientos. Para romper el silencio le pregunté:

-¿En verdad los reverendos canónigos son tan feroces unos con otros?

Sonrió.

-En su mayoría son hombres honestos e inteligentes, pero atribuir a sus colegas los motivos más despreciables les parece extrañamente fácil.

-Conozco bien esa situación por mi propio colegio. Es extraordinario como un grupo de hombres del todo honestos pueden llegar a demonizar a los demás tildándolos de faltos de principios, sencillamente porque su posición sobre un tema es diferente.

-Y casi siempre sus sospechas no son justificadas.

-Me parece que puedo adivinar cuál es el fondo de este caso.

Me miró asombrado.

-¿Puede?

-Es universal, ¿no?

-¿Lo es?

Se volvió para ordenar la losa usada.

-Es muy sabido que la mayoría de los canónigos de Thurchester pertenecen a la High Church, el deán en especial, pero que los demás están en el ala evangélica. En cada Capítulo de Inglaterra existe esa división.

Se volvió hacia mí asintiendo con simpatía:

-Ya veo lo que quiere decir.

-Supongo que el doctor Locard es High.

-Vertiginosamente.

-Y que el doctor Sheldrick es Low.

Hizo un gesto.

-Casi perfectamente horizontal.

-Bien, allí está la explicación. Imagino que los canónigos habrán tenido sus más y sus menos (perdón, quiero decir sus disputas) durante años sobre los temas habituales del incienso, las vestiduras y los himnos, etcétera. Pero presumo que hoy se ha debatido algo mucho más serio.

Como no dijo nada, le pregunté:

-¿Como rector honorario, tiene el doctor Sheldrick alguna responsabilidad en la Escuela Coral?

-No directamente -replicó levantando la vista con curiosidad-, pero una de sus obligaciones es supervisar el trabajo del director.

-¿Y su conducta en el cargo ha sido cuestionable?

-Es cierto que ha sido cuestionada.

Tenía muchos deseos de interrogarlo: ¿qué acusaciones se habían hecho contra el doctor Sheldrick y por qué, parecía, estaba siendo obligado a renunciar si su falta se limitaba a la negligencia en la supervisión del director? ¿Había alguna conexión con el robo misterioso ocurrido en su casa la noche del martes? Pero era claro que estaba poniendo al joven en una posición cada vez más incómoda. Me permití entonces una pregunta cuidadosamente redactada:

-¿Ha sido iniciativa del doctor Locard insistir en que el Cabildo emprenda acciones?

Sonrió.

-El doctor Locard siempre ha demostrado resolución en lo que considera su deber.

-No puedo creer que sea muy decidido -le dije-. Y creo que su visión de la naturaleza humana es algo escéptica.

-Tal vez a veces sea demasiado escéptica -se detuvo y me miró, nervioso-. ¿Puedo hablar un momento con toda franqueza, confiando en su discreción...?

Se interrumpió.

-Puede hacerlo con toda confianza -le respondí.

-Me parece que el doctor Locard tiene tendencia a complicar las cosas en extremo, especialmente las motivaciones de los demás. -Hizo una pausa y luego dijo con cautela-. Por esa razón su erudición es algo combativa. Por ejemplo, y con el mayor respeto hacia él, no estoy seguro de estar de acuerdo con su interpretación de la carta de Pepperdine.

-¿No? ¿No acepta la idea de que Pepperdine haya intentado despistar a Bullivant?

-Pienso que indicó el anexo sin intención, sencillamente por la ambigüedad de lo que escribió.

-De modo que ¿dónde cree que encontró el manuscrito?

-En el piso de arriba.

-Pero casi todos los manuscritos que están allí han sido catalogados.

-Casi todos. Pero si resulta que no está entre los que siguen sin catalogar, habrá perdido muy poco tiempo, mientras que si está en el anexo, en uno o dos días sólo podría encontrarlo por un afortunado accidente.

Su lógica era impecable. Me pregunté si el doctor Locard me había mandado en la dirección equivocada deliberadamente, y luego se me ocurrió que el joven sospechaba, con certeza, que así era.

-Me ha dado un consejo excelente. Le estoy muy agradecido.

No pudo ocultar su placer e insistió en acompañarme al piso superior. Allí me mostró las estanterías donde había manuscritos sin catalogar y fue evidente que podría revisarlos en dos o tres días. Era tanto más agradable estar allí arriba: un lugar sin polvo, luminoso, limpio y mucho más cálido. Se habían transformado las condiciones de mi trabajo y también mis perspectivas de éxito.

Comencé bajando volúmenes de manuscritos con pesadas encuadernaciones y depositándolos en la mesa para revisarlos. Tras un par de horas había revisado cuatro y estaba comenzando a cansarme de estar sentado. Me levanté y rodeé la mesa para estirar las piernas y, al mirar los libros de la sección que había sido catalogada, mis ojos cayeron en tres grandes folios en una de las estanterías más altas. Me subí a una silla y vi, escrito en el lomo y con letra característica de fines del siglo XVII, las palabras: «Registros de la Corte del Magistrado de la Libertad de San Juan», seguidas en cada caso por una serie de fechas: 1357-1481, 1482-1594, y 1595-1651. Debían referirse a la corte largamente abolida -equivalente a un juzgado- que tenía jurisdicción sobre la lonja y la catedral y me pregunté si encontraría referencias al incidente en que había muerto el padre de Limbrick y en que Gambrill había quedado malherido. Esperando satisfacer mi curiosidad, y como breve respiro de mi tarea, bajé el tercer volumen y lo abrí sobre la mesa.

Lo hojeé rápidamente y vi que por cada adjudicación, alguien, presumiblemente el empleado del tribunal, había escrito un breve resumen de la acusación, las pruebas dadas por los testigos y la decisión del magistrado. Encontré la fecha 1615, que supuse era la primera en que podía haberse registrado el incidente, y comencé a leer con más cuidado. Y entonces, en el año 1625, encontré lo que había estado buscando: Alice Limbrick, viuda del ayudante del aparejador de la catedral, había puesto una demanda contra John Gambrill, quien, por «negligencia o malicia», había provocado la muerte de su esposo, Robert Limbrick. Alegaba que habían reñido porque Gambrill había «concebido el deseo de tomar para sí el cargo de aparejador, cargo que había sido prometido a su esposo», y que por ello había acusado a su esposo -sin razones fundadas- de estafar a las autoridades de la catedral poniendo en peligro a sus semejantes por entregar madera de mala calidad para el envigado.

Seguía el relato del accidente hecho por dos obreros que lo habían visto, y el testimonio del propio Gambrill. Presumiblemente, como los tres contaron lo mismo, el amanuense no diferenció sus versiones. Cuando ocurrió el accidente, Gambrill y Limbrick habían estado trabajando en la bóveda y la torre sobre el crucero central: «Estaban levantando

Librodot

Piedras de sillería con su Maquinaria cuando al deslizarse un Nudo de la Cuerda, John Gambrill perdió pie y cayó, provocando la Destrucción de Robert Limbrick que estaba arriba, y por ello sufrió lesiones terribles y quedó con el Cuerpo Roto en Cien Lugares». El relato era curiosamente poco claro, pero la caída de Gambrill debió de causar la caída del otro hombre.

El magistrado sentenció que no había motivos para enjuiciar a Gambrill. Aunque el amanuense había anotado que la viuda de Limbrick no aceptaba esa conclusión y que, con intervención del propio magistrado, Gambrill había ofrecido reparaciones tomando como aprendiz a su hijo mayor, Thomas Limbrick, que entonces tenía doce años, sin exigir una prima. Me impresionó la semejanza con las palabras que estaban en la pared. Y en particular la palabra *maquinaria* que aparecía en ambas y sobre la cual comenzaba a concebir una idea. A comienzos del siglo XVII esa palabra podía designar tres cosas: un mecanismo, un instrumento o una conspiración. Aquí quedaba claro que se hacía referencia a algún tipo de aparato, pero la inscripción era mucho más enigmática en su alusión al «Culpable... llevado a la destrucción por su propia Maquinaria».

Y allí acababa el registro. Volví la hoja tranquilamente, para asegurarme de que no había nada más, y me encontré con una página que no estaba pegada al volumen, pues la habían insertado. La miré varios segundos antes de darme cuenta de que estaba observando un folio manuscrito de un período muy anterior, juzgué que aproximadamente del siglo XI, dado el estilo protogótico y algo carente de elegancia del manuscrito. Leí las primeras palabras: «Quia olim rex martyrusque amici dilectissimi fuissent» y sentí que el corazón me golpeaba en el pecho. Leí rápidamente y reconocí, como había sospechado, la historia del sitio de Thurchester y el martirio de san Wulflac. Con una calma extraordinaria, me dije que había encontrado lo que había estado buscando: parte de una versión temprana de la *Vida* de Grimbald. Mi opinión había sido validada. En efecto, el trabajo había existido antes de que Leofranc hiciese nada con él. Nadie lo había visto durante más de doscientos años. Súbitamente, pensé que el folio estaba allí porque Pepperdine había consultado ese volumen tras su descubrimiento accidental de lo que ahora llamé «el manuscrito Grimbald». Sencillamente había dejado el folio donde yo lo había encontrado porque tenía muy poco interés en lo que descartaba por ser una «edad oscura antes de la Conquista». Había buscado esos Registros del Tribunal porque, como yo, se había interesado por la historia de Burgoyne y Freeth. Debía de haberse dado cuenta de que la muerte del tesorero estaba en alguna forma conectada con la vida anterior de su supuesto asesino y, como buen historiador, había buscado en las fuentes disponibles. Se me ocurrió que el doctor Sheldrick no lo había hecho y con ello había perdido la oportunidad de picar al doctor Locard encontrando el manuscrito bajo la propia nariz de su rival.

En ese momento oí que alguien subía y, sin detenerme a reflexionar, cerré el volumen con el manuscrito donde lo había encontrado y lo devolví a la estantería.

El joven Pomerance entró atropelladamente para decirme que cerraban la biblioteca. Me volví y lo seguí como un autómata, hablando de cualquier cosa mientras mis pensamientos estaban en otra parte. ¿Por qué había escondido el manuscrito? ¿Hubiese hecho lo mismo si hubiese oído que se acercaba el doctor Locard, o incluso Quitregard? ¿Por qué no le había gritado a Pomerance que había encontrado lo que buscaba, ordenándole que buscase al doctor Locard? Tal vez se debía a que el secreto en que había permanecido el documento tanto tiempo hacía que fuese difícil romperlo sin reflexión y ceremonia... ¿o tenía otros motivos de los cuales no era enteramente consciente?

Dejé la biblioteca en trance, afortunadamente sin ver ni al doctor Locard ni a Quitregard.

Librodot

Jueves por la tarde

Al salir a la lonja, que estaba a oscuras, y ponerme en marcha sin una dirección definida, alguien emergió de las sombras junto a la entrada. Era Austin. Había olvidado completamente que teníamos una cita.

¿Debería contarle mi descubrimiento? Algo me hizo decidir no hacerlo. Estaba pálido y parecía nervioso.

Nos saludamos usando alguna fórmula de cortesía sin contenido y cruzamos la explanada. Yo caminaba mecánicamente, sin saber adónde íbamos ni recordar por qué había venido a buscarme. Avanzábamos en silencio porque Austin parecía tan preocupado como yo. Intenté pensar en algo que decir, pero en comparación con mi descubrimiento todo me parecía trivial. De algún modo tendría que resistir esa tarde y toda la larga noche hasta que volvieran a abrir la biblioteca por la mañana. ¡Qué pena que sólo los jueves abriesen temprano! ¡Tendría que esperar hasta las ocho y media!

En silencio rodeamos la catedral y de pronto Austin exclamó:

-Es demasiado pronto. Todavía no estará listo.

Tuve que hacer un esfuerzo para comprender de qué hablaba. Vi que estábamos ante la puerta trasera del deanato nuevo, y entonces recordé: íbamos a tomar el té con el señor Stonex.

Saqué mi reloj y miré la hora bajo la luz de un farol que estaba a cierta distancia.

-En absoluto. Él dijo a las cuatro y media, y es exactamente esa hora.

-No obstante no está listo, así que iremos unos minutos a mi casa -dijo Austin, dirigiéndose a su casa.

Perplejo, pero incapaz de desplegar mis recursos mentales para pensar en ello, lo seguí dando la vuelta a la catedral.

Estaba oscureciendo y no veíamos a nadie. Recordando la puntualidad del anciano, según Quitregard, ello me sorprendía más aún. Cuando pasamos por la Casa del Cabildo, la luz difusa que salía de las ventanas creaba sombras oscuras entre los contrafuertes, como si ocultasen figuras. La luz y los sonidos apagados de un piano y las voces que se elevaban en armonía indicaban que el coro estaba practicando. Cuando rodeamos la esquina del transepto, recordé que precisamente en ese lugar había estado la aparición de la noche pasada y le pregunté:

-¿Cojea?

Austin se sobresaltó y se volvió hacia mí alarmado.

-¿Por qué lo preguntas?

-Sólo porque me intriga su historia.

-¿Su historia? ¿De quién me hablas?

-De Burgoyne. ¿Cojea su fantasma?

Pareció escrutar mi cara.

-Burgoyne no cojeaba -dijo casi enfadado-, pero Gambrill era cojo. Los has confundido.

No me molesté en corregirle.

-¿Qué te hace pensar en eso ahora? -me preguntó.

-Simplemente me preguntaba si la gente ha dicho que el fantasma cojea.

-¿El fantasma? -farfulló entre dientes.

-El fantasma de Burgoyne.

Se detuvo para mirarme.

-¿De qué estás hablando?

Estaba en un apuro, y no pude decir nada. Difícilmente le podía contar lo que creía haber visto en la madrugada, a sólo unos metros de donde estábamos. ¿Cómo podría explicar que me encontraba allí a esa hora?

Anduvimos un trecho en silencio y cuando llegábamos a la puerta de su casa, le dije:

-He estado pensando sobre la idea de que un espíritu no descansa porque no han enterrado su cuerpo, y me he preguntado si es realmente Burgoyne quien aparece en la lonja, ya que si sus restos fueron enterrados ¿por qué aparece su fantasma?

-¿De dónde sacas esa cháchara, por Dios? -me preguntó Austin quitándose el abrigo.

-El cadáver. El cuerpo del hombre asesinado.

-¿El asesinado? -tartamudeó mirándome con horror.

-He dicho que me ha parecido desconcertante que se presente el fantasma de Burgoyne, puesto que fue enterrado.

-Es una historia, cielo santo. No puedes creer esas tonterías.

-Pero también dicen, ¿no?, que el fantasma se presenta cuando el asesinato no ha sido vengado. Supongo que Burgoyne no fue vengado, puesto que Gambrill escapó sin castigo.

-¿Por qué estás chocheando con esto?

-Querido amigo: sólo por decir algo.

-Bien, si sólo puedes pensar en eso, tal vez sería mejor que estuvieras callado.

Me dio la espalda y tras tirar rápidamente de la cuerda de la lámpara de gas para que surgiera la llama, subió antes que yo. Por mi parte tomé una vela, la encendí y fui tras él. Cuando entramos en la sala, puse la vela en una mesa baja y me senté frente a la chimenea, pero Austin se acercó a la ventana y se acurrucó en un rincón, bajando las cortinas pero dejando una abertura para mirar hacia afuera. Ya que él no parecía con ánimos de conversar, cogí un libro e intenté leer. Austin sacó su reloj y lo miró varias veces durante los tres o cuatro minutos que transcurrieron.

Me preguntaba qué iba a ocurrir ahora con el manuscrito. Aunque tendría el mérito de haberlo encontrado, no necesariamente me confiarían su publicación. Presumiblemente sería el doctor Locard quien decidiera su suerte. ¿Soportaría pensar que acaso lo pusiesen en manos de un ignorante o, peor aún, de alguien decidido a desacreditar su importancia? ¡Incluso Scuttard! Tras mi rápida ojeada, me pareció muy susceptible de ser mal interpretado.

Y luego vino el momento más vergonzante de mi vida. pensé que como había vuelto a poner el manuscrito donde había estado guardado durante dos siglos, no hacía falta que nadie supiese que lo había encontrado. O más bien que lo había encontrado allí. Hubiese sido la cosa más sencilla del mundo alegar que lo había encontrado entre los papeles de Pepperdine en la biblioteca de mi propio colegio. No había motivos que se opusiesen a la posibilidad de que lo hubiera comprado a la biblioteca del Deanato y el Cabildo de la catedral de Thurchester. En ese caso el destino del manuscrito estaría únicamente en mis manos. ¿Pero qué estaba pensando? Tuve una visión momentánea e insana de mí mismo sacando el manuscrito de la biblioteca. Impensable. Absolutamente inimaginable. Sería hundirme incluso más bajo que Scuttard. Y, además, como el doctor Locard sabía que había esperado encontrarlo allí, inmediatamente se daría cuenta de lo que había hecho.

De repente, Austin exclamó:

-¡Tenemos que ir!

Me sorprendió saliendo de la sala a la carrera para bajar y ponerse rápidamente el abrigo mientras me esperaba impaciente al pie de la escalera, pues, por la falta de luz, yo bajaba con cuidado.

De modo que desanduvimos lo andado y pocos minutos después estábamos en el deanato nuevo. Como más tarde se me pidió que describiera todo en detalle y había conflictos cruciales de testimonios, ahora reharé lo que vi y oí con precisión... aunque sólo pude comprenderlo más tarde, al reflexionar sobre lo ocurrido.

Accedimos al patio por la puerta trasera y llamamos. Nos abrieron al instante y allí estaba la figura que había visto el día anterior.

-Encantado de verlo, doctor Courtine -me dijo el anciano con una sonrisa y un gesto cordial dirigido a Austin. Nos dio la mano y nos invitó a entrar. Advertí que Austin temblaba.

La casa estaba fría, pero me pareció que ése no era el motivo de su temblor.

Al entrar le dije:

-Me inquieta saber que ésta fue la casa de William Burgoyne.

-Y de Freeth -dijo nuestro anfitrión-. No olvide a Freeth, una figura mucho mas conocida en nuestra historia. Aunque sea más recordado por la forma en que murió que

por sus obras -repliqué y él asintió con vigor-. Porque las cosas que hizo demostraron un espíritu mediocre y mezquino, en tanto que Burgoyne fue una figura mucho más admirable: un estudioso brillante que desapareció en su mejor momento.

Mientras hablaba íbamos pasando por una cocina grande y antigua con fregadero y despensa, y luego por un pasadizo oscuro.

-En efecto, fue un espíritu mediocre y mezquino -asintió nuestro anfitrión, volviéndose hacia nosotros cuando llegamos a otra puerta-. Dejen sus abrigos y sombreros -dijo y mientras los colgábamos, añadió-. Tomaremos el té en el «hogar». Es mucho más acogedor que el comedor.

Entonces nos hizo pasar otra puerta y nos encontramos en una gran estancia que, de acuerdo con el estilo antiguo, tenía una puerta que daba directamente a la calle. Se trataba de un cruce entre comedor y cocina con una gran estufa en un costado donde hervía una tetera. Un gran aparador ocupaba casi toda la extensión de una pared y había un bonito reloj viejo junto a la puerta de calle y, en medio, una gran mesa de roble rodeada por cuatro o cinco sillas.

-Tengo una criada, pero no está aquí por las tardes, así que tendremos que atendernos solos -dijo el señor Stonex cuando entrábamos.

A la luz de lo que Quitregard me había contado, me asombró observar que la habitación estaba en gran desorden. En el suelo había tirados un recipiente de carbón, tenazas, un atizador, dos jarras, un cubo y cierto número de frascos de conservas. Los cajones del aparador estaban abiertos y su contenido -cuchillería, servilletas, manteles, etc. -estaba en desorden. Sobre el aparador había un caos de tazas, platos, platillos, fuentes. Una puerta de la despensa estaba entreabierta y vi un desorden similar en su interior. Lo más notable era un arrimo grande apoyado en el muro donde se amontonaban cajas con papeles, pilas de cartas atadas con una cinta, actas legales, recibos, etc., que se desparramaban por la superficie en tal profusión que algunos habían caído al suelo. De modo más bien incongruente, entre la confusión había una pizarra de niño con algo escrito y algunos trozos de tiza a su lado. En medio de todo aquello, la mesa de roble en el centro de la sala era un islote de orden en la cual había tres puestos preparados para el té con platos con pan y mantequilla y dos pasteles, uno de fruta y el otro de chocolate, y otras pastas.

Me pregunté dónde estaba la comida de nuestro huésped y entonces vi que en uno de los rincones del aparador había unos platos sucios apilados. Según lo que me había contado Quitregard, la criada del anciano, la señora Bubbosh, debía de haberse marchado al mediodía y no volvería hasta las seis. Supuse que ella había preparado la merienda.

Viendo que miraba la habitación con una expresión de sorpresa sumamente descortés, el señor Stonex dijo:

-He estado buscando algo. Un documento. Quería mostrárselo. -Luego se volvió hacia Austin y dijo-. No pude encontrarlo.

-No lo ha encontrado -repitió Austin.

El señor sonrió.

-Es sumamente frustrante. No obstante, tengan la amabilidad de tomar asiento.

-Pero ha de encontrarlo -exclamó Austin.

-Es lo que espero sinceramente.

Nos instalamos rodeando la mesa y yo dije:

-¿Puedo preguntar de qué se trata?

-Iba a decírselo -dijo, y vi que Austin lo miraba sorprendido-. Es una relación de la muerte de Freeth escrita unos cincuenta años después de los sucesos -explicó el señor Stonex-. En la casa había un viejo sirviente que por entonces estaba aquí como pinche de cocina. Cuando mi abuelo era joven se interesó en la historia y poco antes de que el criado muriera, recogió el relato de sus labios.

-Me fascinaría poder verlo, pero en verdad no debería haberse molestado tanto -le dije mirando la confusión que había creado.

-No imaginaba que tendría que poner la casa en este estado porque pensé que estaría con mis documentos legales -dijo dirigiéndose más bien a Austin que a mí-. Pero finalmente no lo encontré.

-¿Y dónde cree que puede estar?- preguntó Austin.

Me sorprendió la intensidad de su tono, pues no me parecía que la historia de Freeth le interesara tanto.

El anciano hizo un gesto para indicar las cajas y los papeles apilados en el aparador.

-Ciertamente entre esos papeles. He traído todas las cajas con documentos de la casa y los iré mirando mientras tomamos el té. Hablando de lo cual, por favor sírvanse. Yo he comido hace poco, por eso no tomaré nada.

Seguí su invitación y comencé por el pan con mantequilla. Aparentemente, Austin no tenía hambre porque no tomó nada. Nuestro anfitrión cruzó la sala, levantó la olla donde hervía el agua y preparó té en la gran tetera que estaba junto a la estufa, mientras seguía charlando con nosotros aunque nos daba la espalda.

-Recuerdo la mayor parte de la historia, incluso sin el relato escrito porque mi hermano y yo teníamos un juego a propósito. -Hizo una pausa y luego dijo con rapidez-. Y mi hermana, por cierto.

Se volvió y se dirigió a mí.

-¿Sabía que crecí en esta casa?

-Debe de haber sido un lugar maravilloso para un niño -le dije.

-Hay tantos pasadizos y rincones oscuros donde esconderse... solíamos jugar al escondite de modo muy complicado y durante horas. Y molestábamos a nuestros mayores con nuestros secretos y la forma en que los espiábamos o saltábamos ante ellos cuando menos lo esperaban -rió-. Nos encantaba disfrazarnos con espadas, capas, barbas. Yo era excelente. Y luego representábamos momentos famosos de la historia: la ejecución de María, Reina de Escocia, o Juana de Arco en la hoguera. Y uno de nuestros juegos favoritos -como jóvenes sanguinarios y salvajes que éramos- era la muerte del deán Freeth.

Sonreí.

-¿Y cómo lo hacían?

Depositando la tetera sobre la mesa dijo:

-Nuestro texto era la historia que nos había transmitido el pinche de cocina, e interpretábamos los diferentes papeles. A mí siempre me gustaba hacer del oficial a cargo de la guarnición. Es el auténtico héroe de la historia.

Si bien me había sorprendido el estado de la habitación, la afabilidad de nuestro anfitrión me asombraba más aún. El anciano señor se estaba mostrando mucho más lejos de la descripción de Quitregard que en nuestro primer encuentro. Probablemente, especulé, su cordialidad era notablemente mayor con los forasteros que con sus vecinos. Aunque no podía ser, puesto que era simpático con Austin, que había vivido allí mucho tiempo, pero tal vez tras sólo veinte años seguía considerándolo un recién llegado. Y me costaba juzgar en qué medida se conocían, pues Austin parecía impresionado por el viejo señor, incluso intimidado.

-¿Es él el héroe? -le pregunté-. Seguro que tenía un papel repugnante en la muerte del deán.

-Actuó con audacia y decisión, como se debe hacer en una situación de crisis -replicó-. ¡Pero volvamos a jugar aquel juego y veamos!

-¿Qué quiere decir? -preguntó Austin.

-Vamos a representarlo. -Se volvió hacia mí-. Usted es historiador. Puede poner carne en los huesos resecos del pasado. -A los historiadores no se les pide que tengan imaginación -objeté-. De hecho es un defecto, no cabe duda.

-Me parece que con la imaginación que te sobra podrías dejar en mal pie a todo un colegio de historiadores -dijo Austin con cierta acidez.

-Entonces tienen las condiciones indicadas para jugar -interrumpió nuestro anfitrión.

Se detuvo en medio de la habitación.

-Imaginen que es la mañana del diez de septiembre de 1643, año del Señor -comenzó histriónicamente-. El deán Freeth está en su estudio de la otra habitación. El pinche de cocina está lavando ollas en este mismo cuarto. En la cocina hay dos soldados parlamentarios, porque el deán está bajo arresto domiciliario. Son las diez y media y al deán le queda menos de una hora de vida. No lo sabe, pero su muerte ya está decidida.

-¡Cielo santo! -exclamé-. ¿Entonces usted cree que no fue un accidente? Recordé que en nuestro encuentro del día anterior había mencionado la «ejecución» del deán.

-Estoy convencido de ello -dijo nuestro anfitrión, sirviéndonos el té a cada uno y pasándolo-. Pero juzguen ustedes mismos. Necesito que imaginen la situación. Hacía tres semanas un ejército parlamentario había llegado a la ciudad, y la había sitiado. Había pánico y terror. Muchos de los ciudadanos con más recursos consiguieron huir, entre ellos la esposa y los nueve hijos del deán Freeth. Fueron enviados por él con algunos de los criados a un lugar seguro, una buena casa solariega a unas millas de Thurchester.

-¡Que había robado al colegio!

-¡Ah! ¡Ya sabe de eso! Entonces sabrá la clase de pillo codicioso que era. -Todavía de pie junto a la mesa de arrimo, añadió-: Por favor sírvanse pastel.

Lo agradecí y comencé a cortar trozos del pastel de chocolate para Austin y para mí. El señor continuó:

-La mayoría de los vecinos, a falta de criados dispuestos a proteger sus posesiones, tuvieron que quedarse a cuidar de sus propiedades, a menos que ya las hubiesen perdido, pues durante el sitio, muchas casas fueron dañadas o destruidas. La propia catedral fue bombardeada y algunos de los edificios de la lonja fueron incendiados. El gobernador militar había capitulado seis días atrás a condición de que se permitiera escapar a los defensores y que la ciudad no fuera saqueada.

Se acercó al aparador donde estaba el azucarero y el jarrito con leche. Noté que, al colocarlos, distraídamente borraba lo que estaba escrito en la pizarra con un paño para los platos. Luego volvió a la mesa y puso el azucarero y la leche para que Austin y yo pudiéramos servirnos. Se acercó a la mesa cubierta de documentos y comenzó a buscar, dándonos a medias la espalda, y hablando sin pausa.

-Los realistas escaparon, pero los parlamentarios no respetaron su palabra y saquearon y quemaron muchos edificios de la ciudad. El día seis avanzó el ejército sitiador, dejando a un joven oficial al mando de la guarnición. Yo soy él. Al hablar enderezó la espalda, su cara adoptó una expresión de juvenil decisión y ante mis ojos, súbitamente, se transformó en un joven oficial de veinticinco años que se preocupaba por su siguiente movimiento.

»Estoy en una dificultad desesperada. ¿Cómo puede un puñado de hombres hacer frente a seis mil personas airadas y temerarias? Sólo por buena voluntad o, si ello fracasa, por intimidación. La buena voluntad se ha perdido. Ahora la situación se está volviendo más grave aún. Hace tres días -el siete- un rumor alcanzó la ciudad: se acercaba un ejército realista. Los vecinos estaban encantados. ¡La salvación estaba a la mano! En el mercado se congregó una multitud y yo tuve que dispersarla, ordenando a mis soldados que dispararan sobre sus cabezas. La gente está irritada, en mala disposición.

Oyéndolo, tomé una pastita, y noté que Austin no había comido nada.

-Al día siguiente, el deán, un conocido partidario del rey, pronunció un sermón en la catedral incitando a los vecinos a la insurrección y frente a la catedral se produjo una turbamulta, de modo que nuevamente tuve que ordenar a mis tropas que dispararan. En esta ocasión resultó herida una mujer por una bala perdida, muy baja. La situación era ahora extremadamente peligrosa y como temía que el deán se convirtiese en el cabecilla de un

levantamiento, tomé la decisión de ponerlo bajo arresto en su propia casa y envié a dos soldados para que lo vigilaran. El nueve vengo aquí para informarlo.

-Pero el hombre era un eclesiástico -le dije-. Se debía algún respeto a su dignidad, aunque haya sido avaro y deshonesto.

El anciano dejó su papel y me lanzó con dureza:

-Usted es Freeth.

-Perdón, ¿qué quiere decir?

-Que ése es su papel. De modo que no hable de él. Y no en esos términos, por cierto. Hable y defiéndase.

De pronto volvió a transformarse en el joven oficial.

-Señor deán. No debe salir de esta casa sin permiso.

-Soy un reverendo de la iglesia - le dije bastante incómodo-. Usted me debe respeto -y sintiéndome brillante, añadí-: joven.

-Es un necio, señor -dijo seriamente mi anfitrión y me encontré sonrojándome-. Y sin muchos principios pues se está metiendo en política por sus propios fines, arriesgando la vida de muchos.

-Tonterías -dije con cierta debilidad.

El señor reapareció brevemente y frunció el ceño, como para indicar que debía esmerarme más. Luego volvió a su papel en un instante.

-Usted es un traidor, señor. Espera poder ayudar a recuperar la ciudad para el rey, y así ganar un obispado. No hace nada que no sea por motivaciones egoístas.

Cuando acababa sus palabras, se volvió para escudriñar uno de los documentos que estaban en el aparador.

-¿Tiene alguna prueba de lo que afirma? -le pregunté indignado, sintiéndome extrañamente motivado a defender al personaje.

-Lo que se sabe de su conducta anterior -respondió dejando a un lado el documento-. Usted es un hombre codicioso, un ambicioso sin grandes capacidades que ha alcanzado su posición adulando a sus superiores y siendo despótico con sus subordinados. Usted saqueó la Fundación y se apropió indebidamente de lo que en justicia correspondía al colegio.

-Lo niego. Tomé esa propiedad para salvarla de que fuese confiscada por sus amigos los parlamentarios.

-¡Vamos! Si realmente lo cree, sólo muestra con cuánta facilidad encuentra maneras de justificar sus peores actos y ello prueba su profunda deshonestidad. ¿Me está diciendo que nunca ha tenido un pensamiento vergonzante, ambicioso, megalomaníaco? ¿Qué nunca ha querido robar algo que no era de su propiedad?

Me miró con extrema intensidad y no estuve seguro de si actuaba o me acusaba realmente. ¿Podía leerme la mente? Recordando la tentación que se había apoderado de mí poco antes, sentí que me subían los colores.

-Yo... No.

-Alega el privilegio de sus hábitos y no obstante conspiró para asesinar a William Burgoyne, para eliminar a un rival al deanato. Sólo por eso podría hacer que lo juzguen y lo cuelguen de la horca y nadie en esta ciudad derramaría una lágrima por usted.

-No conspiré para que muriera.

-¿Me quiere decir que no deseaba su destrucción?

-Sí, lo odiaba. Lo odiaba porque con todos sus injustos privilegios él iba a ser deán y yo no. ¡Y también lo odiaba porque era más inteligente que yo! -alegué, pero ¿qué me había hecho decir todo ello?

-«Si insiste en dar muerte a todos los que son más inteligentes que usted, tendrá sus días muy ocupados.

Antes de que pudiese defenderme, mi anfitrión, hablando aún como el joven oficial dijo:

-No obstante, resulta que he hecho mal mis cálculos. Los vecinos están soliviantados por el trato que se ha dado a este hombre que han transformado en su adalid, por mucho que lo desprecien en persona. Por eso, más tarde, ese mismo día, el populacho viene a la lonja a intentar liberarlo. Nuevamente tengo que ordenar a mis hombres que disparen y esta vez hay varios heridos. Me doy cuenta de que los vecinos van a organizar otro ataque, mayor aún, y que entonces mis hombres serán aplastados. En ese caso, señor, le pregunto, ¿qué puedo hacer?

-Admito que está en un difícil dilema. ¿Y qué fue lo que hizo?

-Lo que he de hacer es encontrar una forma de eliminar al deán, pero de modo que lo desacredite ante sus conciudadanos. Sé que se mofan de él por su codicia y su venalidad, y que aún se sospecha algo mucho peor en el caso Burgoyne. Tengo que recordárselo. De alguna manera tengo que separar al Freeth público, que es el símbolo de la oposición, del hombre a quien menosprecian. Ha de ser públicamente puesto en vergüenza por todas aquellas cosas que, conocidamente, son sus debilidades. Sé que Hollingrake, el tesorero, está resentido con él por una historia de colaboración que se ha agriado. Un antiguo aliado -como un antiguo amante- siempre está más envenenado y más dispuesto a la venganza. Hice que me lo trajeran en privado.

-Señor tesorero -dijo súbitamente a Austin, que se sobresaltó-, ¿percibe con claridad que las acciones de Freeth están poniendo en peligro toda la Fundación? ¿Que en su ansia de posición y riqueza es capaz de atraer la ira del Parlamento sobre las cabezas de todos ustedes?

Casi me alivió que Austin se limitase a devolver la mirada del anciano con la boca abierta. Yo me estaba defendiendo mejor que él.

-Oh, ciertamente -protesté-. ¿No estará sugiriendo que Hollingrake estuviese implicado?

Él mantuvo los ojos clavados en Austin.

-La catedral y todas sus obras de caridad están siendo audazmente puestas en juego por este hombre sin escrúpulos que ha robado a su propia familia.

Austin devolvió la mirada con el espanto pintado en la cara y comencé a decirme que después de todo parecía estar interpretando su papel mejor que yo. ¿Y qué significaba la referencia a que Freeth había robado a su propia familia. No sabía nada de eso.

-Le pido que me ayude a tratar con este hombre.

-¿Está sugiriendo que hubo una conjura? -le pregunté.

Nuestro anciano anfitrión volvió su mirada fría y juvenil hacia mí.

-La situación lo justifica. Se trata de una ciudad en medio de una guerra civil, en peligro de que muera mucha gente si pierdo el control del orden público. Y la pérdida de la ciudad para la causa parlamentaria.

Me estremecí por la forma descarnada en que pronunció esas palabras terribles.

-Pero si aceptamos ese principio, se puede extender indefinidamente -protesté-. Siempre hay formas de justificar la muerte de una persona en beneficio de la mayoría.

-Y en ocasiones es correcto -dijo tranquilamente el viejo señor.

Su comentario me dejó perplejo. Pareció darse cuenta del efecto que habían tenido en mí sus palabras.

-Viviendo vidas cómodas y seguras de fines del siglo XIX, probablemente resulte difícil imaginar que uno pueda verse forzado a actuar de un modo tan drástico -dijo-. Si usted hubiese estado en la situación en que se encontraba el joven oficial, doctor Courtine, ¿hubiera dejado que las cosas siguieran su curso, perdiendo la ciudad para su causa? ¿O hubiera jugado sus cartas arriesgándolo todo?

-No lo sé.

-Arriesgarlo todo es la aventura de la vida, la más grande, sin comparación. Es así como se sabe que uno está vivo. De otro modo se está muerto sin haber sido enterrado.

Mientras hablaba mantuvo la mirada fija en Austin, quien asentía lentamente.

-¿Comprendió Hollingrake en qué lo estaban invitando a participar? -le pregunté.

El señor se volvió y me miró encantado, como si hubiese inventado una nueva alternativa para el juego. Luego dio un giro para dirigirse a mi amigo:

-¿Y usted qué dice, Fickling? Usted lo representa, por lo tanto lo entenderá mejor que Courtine y que yo. ¿Sabía en qué se estaba implicando y que ello acabaría en una muerte? Austin replicó con la voz pesada:

-Sí. Sí lo sabía. Aunque de algún modo pretendí ignorarlo.

-¡Entonces represente el papel que le corresponde, hombre! -gruñó. Y un instante después volvió a transformarse en el joven oficial y dijo despectivamente-: Limítese a hacer lo que le digo y no tendrá nada que ver con lo que ocurra.

Austin lo miraba como un conejo ante una serpiente.

-De un modo u otro -continuó el joven oficial- han de saldarse las cuentas.

-Han de saldarse las cuentas -repetí y miré a Austin que seguía con la vista fija en su torturador-. Es una frase curiosa.

Austin asintió haciendo un movimiento lento con la cabeza.

-¿De qué se trata? -pregunté y los dos se volvieron a mirarme.

-¡Oh, no!, -exclamó el señor-, por el momento no debe saberlo, pero le prometo qué lo descubrirá muy pronto.

En ese momento el gran reloj antiguo que estaba en el rincón hizo un ruido como si se aclarase la garganta y luego marcó el primer cuarto de hora con pesadez.

Nuestro anfitrión miró a Austin.

-¿Estará bien? -exclamó Austin sacando su reloj.

-No. Ese reloj adelanta -dijo el señor Stonex-. No sé por qué, pues todos los demás relojes de la casa están a la hora.

Austin se volvió hacia mí:

-¿Qué hora crees que es?

Saqué mi reloj:

-Un minuto o dos antes de las cinco.

-Es lo que indica mi reloj -dijo volviéndose hacia el señor Stonex-. No quisiera perder todo el oficio de la tarde. Courtine no ha escuchado el órgano y ésta será su última oportunidad, puesto que a partir de esta noche quedará fuera de servicio.

-Entonces podrían marcharse a las cinco y media y aún alcanzarían el final -dijo nuestro anfitrión. Luego levantó una mano y bajó la voz-: Ahora son las diez y media de esa mañana fatal. Soy el pinche de cocina.

Al pronunciar aquellas palabras pareció encogerse, y ser incluso más joven que el oficial que había estado interpretando, y en sus ojos apareció una expresión de sencillez asustada. Súbitamente golpeó la mesa haciendo saltar la loza.

-De pronto se oye un fuerte golpe en la puerta de calle.

En su papel de criado se sobresaltó por el ruido y se dirigió hacia la puerta con timidez.

Al llegar enderezó la espalda y volvió a ser el oficial. Yo me estaba interesando más en el narrador que en la historia que contaba porque no podía reconciliar esta persona brillante y expansiva con el avaro recluido que había descrito Quitregard.

-Chico, ¿donde están mis soldados?

El chico se encogió y tartamudeó:

-En la cocina, Su Señoría.

-Llámalos.

Como criado fue a la carrera hacia la otra puerta. Luego se volvió y pareció crecer y engordar, y entró en el cuarto con un ligero aire perruno, limpiándose la boca con una mano y atusándose el pelo.

-A su disposición, señor.

Era una interpretación extraordinaria, pero, de inmediato, hizo aparecer a un compañero más pequeño, aunque igualmente borracho.

El oficial ladró:

-¿Dónde está el tercer hombre?

El hombre se volvió hacia su compañero invisible, se encogió de hombros y dijo:

-Está apostado en la puerta trasera, Su Señoría, tal como habéis ordenado.

-Muy bien. Ahora oigan con atención, soldados. Se acerca un ejército realista y está a punto de atacar nuestras posiciones.

-¿Es invención suya? -le pregunté.

-Absolutamente -dijo sobre el hombro-. Pero dicho ejército había sido creado por los rumores y por lo tanto puede ser creíble.

Luego continuó:

»No tenemos esperanzas de conservar la ciudad y de inmediato nos retiraremos a un pueblo a pocas millas que controla el único puente cercano sobre el río. Si podemos hacernos fuertes allí, el Parlamento tiene buenas posibilidades de recuperar Thurchester. El pueblo se llama Compton Monachorum.

El anciano hizo una pausa y se volvió para dirigirme una mirada significativa.

-¡Donde estaba la casa solariega del deán! -exclamé.

No hizo caso de mi comentario, pero sus facciones tomaron la expresión concentrada de alguien corto de luces.

-¿Y qué tenemos que hacer con su señoría, el deán, señor?

-Lo llevaremos con nosotros para negociar.

Me dirigí a él:

-¿Lo que describe proviene del manuscrito que ha estado buscando?

-Sí. Excepto que sólo da una versión de lo que vio el criado. Un testigo no siempre entiende lo que tiene ante los ojos y en este caso, con certeza, no lo hizo.

-Perdón -lo interrumpí-. No entiendo qué quiere decir. Todo nuestro sistema de justicia se basa en el supuesto de que los testigos pueden dar una información correcta de lo que han visto.

-No se lo discuto -dijo el señor Stonex en tono agrio-. Pero insisto en que con frecuencia malinterpretan. He usado mi inteligencia y mis conocimientos de lo que pasó después para descifrar qué ocurrió en realidad. Mire y juzgue. En tanto que los tres soldados permanecían en esta habitación, el pinche salió a escondidas para ir donde su señor.

Con largos pasos silenciosos avanzó hacia la puerta, lanzándonos un par de miradas temerosas por encima del hombro. Luego se enderezó y me dijo:

-Lo encuentra en un estado de pánico en el cuarto contiguo al estudio. Usted lo ha estado oyendo todo -tal como se pretendía que ocurriera- y entiende que su vida, y la de su mujer y sus hijos penden de un hilo. Pero ¿cómo podría escapar y llevarlos a lugar seguro? Para llegar a la puerta trasera ha de pasar por este cuarto que está lleno de soldados. E incluso si pudiese llegar a la puerta trasera, hay hombres de guardia en las puertas de la lonja.

Abrió la puerta y entró en el vestíbulo.

-En ese momento se oyen golpecillos en la ventana. Usted la abre.

Vacilé y él repitió la orden:

-Usted abre la ventana.

Hice como si abriese las hojas de la ventana y advertí que estaban clavadas. Recordé lo dicho por Quitregard sobre las elaboradas precauciones que había tomado el señor Stonex para no ser robado.

-Al otro lado de la ventana está Hollingrake -dijo secamente nuestro anfitrión haciéndole un gesto a Austin para que entrara en acción-. Lleva un sombrero de copa alta y un gran abrigo rojo de cuello alto. Usted se alegra mucho de verlo. Al instante deja de lado su desconfianza hacia él. ¡Con cuánta rapidez olvidamos el mal que hemos hecho cuando necesitamos la ayuda de la persona ofendida! Le ruega que lo ayude a escapar y

Hollingrake le dice que ha venido por ese motivo -hizo una pausa y esperó que Austin hablara. No obstante, mi amigo se quedó mirándolo con mala cara. Sin darse por enterado, el anciano siguió-: Hollingrake entra por la ventana y le cuenta algo que lo alegra oír. -Hizo una pausa, pero Austin no respondió a su entrada.

»Le dice que tiene un proyecto para que huya. Señala que el guardia de la puerta trasera acaba de dejarlo entrar y no cree que lo detenga cuando se marche. Inmediatamente usted entiende qué quiere decir el tesorero, y Hollingrake le pasa su capa y su sombrero tan característicos, y él y el niño lo ayudan a saltar por la ventana. Lo último que se le ocurre pensar es qué son los pesados objetos en los bolsillos del abrigo. El chico lo ve salir apresuradamente por la puerta trasera dejando atrás al soldado, que no sospecha nada. Menos de medio minuto después me ve -al oficial- y los soldados salen de la casa y corren tras sus pasos. ¡Lo estábamos esperando!

-¡Y yo caí en la trampa! -dije sombríamente.

-Unos dos minutos después, el chico oyó disparos. Corrió a la lonja y lo encontró en el suelo, ante la puerta del Cabildo. Cerca hay algunos vecinos que observan lo ocurrido con horror. Busco en los bolsillo de su abrigo y -¡ qué vergüenza! - saco algunas joyas grandes y pequeñas del tesoro de la catedral. No puedo creer lo que ven mis ojos. Se las muestro a los vecinos, quienes las reconocen y se horrorizan. Usted está allí incapacitado para hablar y, mientras se desangra, es testigo de su deshonra.

-¡Pobre Freeth! -me encontré diciendo.

Sin importar lo que hubiese hecho o no hecho en vida, su muerte ignominiosa e injusta merecía conmiseración. Estar allí en el suelo mientras la sangre escapaba de su cuerpo y con ella su vida, sabiendo que será recordado como un ladrón y un cobarde.

El señor Stonex sonrió.

-Ni siquiera el pinche de cocina, que había sido el testigo principal, entendió lo que había ocurrido realmente.

-Pero hay otras versiones que difieren de ésta -protesté y le hablé de la carta del anticuario-. Los testigos oculares de Pepperdine alegaron que Freeth vio soldados cometiendo pillaje en la biblioteca y corrió a detenerlos. Y así murió como un valiente estudioso que defendía sus libros.

Mi anfitrión lanzó una risa aguda y burlona.

-¡Sandeces! Ni siquiera se alcanza a ver la biblioteca desde esta casa.

-¿Está seguro?

Venga. Se lo mostraré. El comedor tiene la mejor vista de la lonja, de modo que si no puede verlo desde allí, puede tener la seguridad de que no puede verlo desde ningún otro cuarto.

Cuando se dirigió al pasadizo, Austin casi gritó:

-¿Qué hace? ¡No puede entrar allí! ¡No puede hablar del comedor!

El señor Stonex lo miró inalterable.

-Por cierto. Sin duda me refiero a ese cuarto.

-Ha de querer decir el estudio -protestó Austin.

-Por cierto que no. -Me sonrió-. Es el que da a la calle.

-¿Y era el estudio del deán? -le pregunté indicando una puerta tras nosotros.

Asintió.

-¿Podría verlo? Quisiera poner a prueba su hipótesis de que el deán oyó al oficial diciendo que tenía órdenes de capturarlo y muy probablemente, de matarlo.

-Con mucho gusto -dijo buscando en uno de sus bolsillos-. Ese cuarto está siempre cerrado -en su rostro apareció una expresión desconcertada-. Desgraciadamente encuentro que no tengo mis llaves a mano. Pero podría subir a buscarlas, si ello lo complace.

-No soñaría en permitirle que se tome tantas molestias -le dije algo sorprendido, porque recordé que el joven Quitregard había dicho que todo el tiempo llevaba sus llaves con él, en una cadena.

Librodot

Con un descuidado encogimiento de hombros, como si le resultara completamente indiferente, nos dio la espalda y nos guió por el pasadizo y bajamos un par de escalones. Luego abrió una puerta y nos hizo pasar al comedor. Era grande, pero bajo y oscuro, con sólo una débil fuente de luz en el extremo opuesto. Las paredes estaban recubiertas con paneles de roble y en el centro había una mesa larga que casi ocupaba todo el ancho de la sala. En el extremo de la mesa que estaba más cerca de la ventana había sólo una palmatoria con una vela casi consumida, que aún ardía. Miré por la ventana y vi que teníamos la catedral directamente frente a nosotros, y que su mole casi tapaba todo el resto.

Más allá, siguiendo la extensión de la catedral en ese atardecer encapotado, apenas pude distinguir parte de la biblioteca más allá del punto en que se proyectaba la Casa del Cabildo.

-La puerta que da a la biblioteca está demasiado a la izquierda como para ser vista -dijo el señor Stonex a mi espalda. Tuve que reconocer que tenía razón. Miré en torno a la lonja y advertí que sólo podía ver una de las ventanas superiores de Austin. Debía de ser la sala, pensé.

En ese momento la vela que estaba en la mesa chisporroteó y se apagó.

Nuestro anfitrión encendió el gas de una lámpara pegada a la pared y la luz hizo que mi vista captara un retrato que colgaba a su lado. Viendo lo que miraba, me dijo:

-Es mi padre en su juventud.

La imagen representaba a un joven con ropas que databan de comienzos de siglo. El rostro era delicado, casi femenino, y transmitía un sentimiento de amor por el placer y asimismo, por sus labios ligeramente separados de los dientes como un animal que gruñe, mostraban que era capaz de desafiar a cualquiera que se interpusiese en su camino. En ese momento me pareció ver, pese a las diferentes edades, un parecido con el rostro de mi anfitrión.

-Era muy apuesto -le dije.

-Ciertamente le rompió el corazón a más de una jovencita -dijo el anciano con una pequeña carcajada-. Tuvo una juventud muy indómita, y se metió en muchos líos. Se batió en varios duelos con hermanos ultrajados y novios, y casi redujo su herencia a la nada. Pero se reformó justo a tiempo e hizo un buen matrimonio y se estabilizó para siempre en el banco de su padre. Por desgracia murió joven, el precio que pagó por su juventud disipada.

-¿Lo recuerda?

Asintió.

-Era muy joven cuando murió, pero tengo muchos recuerdos de él. Siempre estaba pletórico de alegría. Mientras vivió, esta casa estuvo llena de servidumbre afanada en sus tareas, y había música y visitantes con ropa bonita, luces, fiestas, juegos de cartas y cenas. Bellos carruajes iban y venían durante todo el día y hasta bien entrada la noche.

Hizo un gesto con la cabeza y me pregunté cómo había ocurrido que una vida que había comenzado en una atmósfera tan encantadora y cordial, se hubiera reducido a esto: un anciano solitario en una gran casa vacía con nada más que recuerdos e historias de un pasado distante. De pronto sentí mucho frío. Nuestro anfitrión nos condujo de vuelta al «hogar», donde nos pidió que volviéramos a tomar asiento. Yo dije de buen humor:

-Mi única objeción ha sido eliminada y he de conceder que su versión del asesinato del deán es muy verosímil.

-No sé por qué utiliza esa palabra -me dijo el anciano-. Freeth no fue asesinado: fue ejecutado. Su muerte fue necesaria para evitar pérdida de vidas.

-Nunca puede ser correcto valorar la vida de un hombre de modo tan pragmático -protesté mirando a Austin en busca de apoyo. Se limitó a mover la cabeza como si declinara expresar su punto de vista.

-Es una posición religiosa que trata de absolutos morales -dijo el señor Stonex desapasionadamente-. Yo aplico el punto de vista humanista de que siempre hay un cálculo

de intereses humanos en que el beneficio de la mayoría puede adquirirse a expensas de unos pocos.

-Yo me considero humanista -repliqué indignado-. Pero rechazo ese punto de vista con vigor. La vida humana es sagrada.

-¿Sagrada? -se mofó el anciano-. ¿Usa esa palabra y dice ser humanista?

Antes de que pudiese encontrar respuesta a eso, Austin habló:

-Courtine tiene razón. El asesinato es el mayor pecado y quien lo perpetra no puede escapar a la condenación.

El señor Stonex se enfrentó a él dirigiéndole una extraña mirada que no pude interpretar. En ese momento el reloj que se encontraba junto a la puerta comenzó a dar el cuarto de hora.

-Han de ser las cinco y media -dijo Austin-. No debemos perder el final del servicio. Mira tu reloj, Courtine.

Lo hice, más bien extrañado por su petición.

-Sí, tienes razón.

-¿Por qué es el único reloj que no va a la hora? -preguntó Austin súbitamente al señor Stonex-. ¿Hay algo que interfiera en su mecanismo?

-¿Interfiera?

-¿Que interfiera con las pesas?

Nuestro anfitrión sonrió, atravesó la sala y rápidamente abrió la caja del reloj. Dándonos la espalda buscó en el interior y dijo:

-No. No hay nada.

Cuando volvió a darnos la cara creí ver que deslizaba algo en su bolsillo y supuse que sería la llave de la caja, aunque no lo había visto abrirla.

-Gracias, Fickling -le dijo-. Fue una excelente idea.

En ese momento acabaron todas las posibilidades de discutir la hora por el estruendo del reloj de la catedral. Fuera la hora que fuese en mi reloj metropolitano, en Thurchester eran las cinco y media.

-Debemos irnos -dijo Austin con firmeza- o perderemos todo el servicio.

Aunque pareciese algo descortés partir tan abruptamente, recordé que el señor Stonex tenía que volver a su trabajo a las seis y que probablemente no lamentaría vernos partir. Nos levantamos y cruzamos la cocina para despedirnos ante la puerta trasera. En el momento en que le daba la mano a nuestro anfitrión, se oyó un golpe en la puerta de calle. El banquero comentó:

-Es muy puntual -y viendo mi expresión interrogante, explicó-. Es el camarero de la posada de enfrente. Me trae una jarra de cerveza.

Me sorprendió, pues Quitregard no lo había mencionado como parte de la rutina del banquero. Expresamos nuestra gratitud por su hospitalidad una vez más y salimos. Habíamos estado allí justo algunos minutos más de tres cuartos de hora.

Librodot

Jueves por la tarde

Nos dirigimos rápidamente a la catedral, pero el servicio estaba terminando cuando entramos, de modo que en lugar de sentarnos permanecimos en la parte trasera escuchando el final de una tocata y fuga de Bach, interpretada al órgano. El mal olor era incluso más notorio que el día anterior y aunque el interior de la catedral estaba muy frío, la fetidez parecía quemar mis fosas nasales. Me alivió pensar que no nos quedaríamos mucho tiempo.

El pastor, los siervos y el coro bajaron del presbiterio y la pequeña congregación salió. Mientras hablábamos en voz baja un par de minutos después, súbitamente se presentó un hombre ante nosotros. Debía de haberse acercado en silencio y sin ser notado desde el costado este.

-Te presento a Slattery -dijo Austin-. Martin Slattery.

Era alto, unos quince años menor que nosotros, con un rostro notable: apuesto, engreído y exigente. Su pelo liso y brillante caía con el lustre de una piel de animal y en conjunto me recordó algún tipo de fiera salvaje. Me hizo pensar en una expresión vulgar aplicada a los perros de caza: su cara parecía estar «husmeando» algo. Tuve la impresión de que sus ojos azules y penetrantes hurgaban en mi cara en busca de cualquier detalle útil, o posible amenaza. Percibí que podía ser muy encantador, pero algo en él me hizo intuir que era capaz de cualquier cosa. Desde luego tenía buenos motivos para desconfiar de los amigos de Austin.

Slattery era un hombre alto, pero la mano que me tendió con languidez me pareció curiosamente delicada. Me dio un fuerte apretón de manos y me alivió que soltara la mía con rapidez.

-Lamento haber escuchado sólo un minuto o dos de su interpretación -le dije.

-Toqué de un modo abominable -respondió con una sonrisa encantadora-. No ha perdido nada.

Su cara me pareció familiar. La había visto muy recientemente, pero no pude recordar dónde.

-Estoy seguro de que no ha sido así -le dije sin pensarlo.

-Le doy mi palabra de que toqué peor que nunca en esta catedral. No podía hacer nada con mis manos. Parecían actuar por voluntad propia.

Las levantó frente a él como si quisiese hacerles una acusación formal, mirándolas con cierto respeto irónico que me pareció extrañamente perturbador.

-Una lamentable despedida del órgano.

-Estoy seguro de que tocará en él cuando vuelvan a instalarlo -le comenté.

-Lo dudo.

Al pronunciar esas palabras sonrió a Austin, que lo había estado mirando intensamente desde su llegada, pero que ahora bajó la vista. En ese momento vi que el viejo bedel, Gazzard, nos observaba desde cierta distancia. Me lanzó una mirada de desaprobación y, cuando lo saludé con un gesto, me volvió la espalda.

-¿Vamos a una taberna? -propuso Austin.

Aceptamos y lo seguimos. Austin y yo íbamos delante y sólo al salir de la lonja miré hacia atrás a nuestro acompañante y vi que se balanceaba al andar porque cojeaba. En ese momento comprendí que él era la figura que había visto en la lonja la noche anterior. Por eso había sentido que lo conocía, aunque seguía habiendo un recuerdo que no se aclaraba. Si había sido él a quien había visto entrar en la callejuela, también debió de ser a él a quien vi en la galería del órgano. Pero en ese caso, ¿cómo había bajado al atrio sin que yo lo notara? Probablemente había otra escalera. Reduje la marcha para permitir que Slattery nos alcanzara y dejar que él y Austin fueran por delante.

Aunque me alivió que existiese una explicación racional para lo que casi había aceptado como una experiencia sobrenatural, me inquietaba mi recuerdo de la maldad que parecía emanar de la figura. ¿Y qué había estado haciendo ahí a esas horas? Aunque pensé que

la galería del órgano era, por cierto, el lugar más lógico para que estuviera el organista. Me pregunté si me habría relacionado con el encuentro nocturno y pensé que no, porque en su forma de actuar no había indicios de que lo hubiese hecho.

Austin y su amigo charlaban en voz baja y con los rostros juntos mientras caminaban unos pasos delante de mí. En cierto momento, Slattery cogió a Austin del brazo y lo mantuvo así unos instantes. Poco después estábamos en la taberna llamada Angel Inn, en Chancery Street.

Austin se dirigió al bar mientras Slattery y yo nos acomodábamos en una esquina privada que daba a la calle.

-¿Le gusta enseñar, señor Slattery? -le pregunté buscando algún tema de interés común-. Fickling me dijo que enseña música en la Escuela Coral y que tiene alumnos en la ciudad.

-¿Que si me gusta? Lo considero una condena a galeras. Lo hago únicamente porque me entregué a mi pasión por la música cuando joven y como el borracho empedernido que era mi padre no sólo dejó de proporcionarme los medios para ganarme la vida de cualquier otra forma, sino que también me lisió en uno de sus arrebatos de alcohólico, no tuve más alternativa que dedicarme a la música como profesional. Y ello casi ha puesto fin a mi vocación.

Sin revelar mi sorpresa por su comentario, insistí:

-Pero los niños cantores son muy dotados, ¿no es así? Han de ser alumnos gratificantes.

-Si el director del coro conociera su trabajo, podría ser así. Pero como no sabe nada de música, elige a los niños por razones que nada tienen que ver ni con sus voces, ni con sus habilidades.

Sonrió con brillo y añadió:

-Y poco a poco encuentro que me estoy adaptando a la mediocridad, lo único que se puede esperar de este maldito agujero de ciudad.

En ese momento volvió Austin con los vasos. Lanzó una mirada a su amigo -inquieta, me pareció- al oír sus últimas palabras.

-¿Ha vivido mucho tiempo aquí? -le pregunté.

-Unos ocho o nueve años. Vine por primera vez porque tengo un pa... -se interrumpió y miró a Austin antes de añadir-. Debería decir que aquí tengo para vivir y que sólo mi maldita pereza me mantiene en este lugar Soy como un caracol de mar que se pega a un ojo de agua en la roca, y allí se queda, no por afinidad con su entorno, sino porque no tiene energía en los huesos para moverse.

-¿No tienen energía los caracoles de mar? -me pregunté, sonriendo con la imagen.

-¿Y tienen huesos? -me remedó, y bebió un sorbo haciendo una mueca.

-Hay peores lugares para vivir que una ciudad inglesa con una catedral -me aventuré a decir.

-Y mejores. Lugares con risas, música, y la luz del sol en las calles.

-¿Me habla de Italia?

Asintió.

-¿La conoce bien? -le pregunté.

-No tan bien como quisiera. Pasé allí el año más feliz de mi vida. Por una parte, los ingleses más interesantes viven allí. Por ejemplo, todos los que no encajan en los limpios palomares que nos impone el protestantismo, como las parejas que consisten en un hombre legalmente casado con una mujer. Allí conocí a Fickling.

-¿Sí? Suponía que se habían conocido aquí.

-No, de hecho nos conocimos en Italia. La conexión es al revés, pues fue Fickling quien me ayudó a obtener mi puesto en la catedral. Amigos comunes que sabían que los dos teníamos un vínculo con esta ciudad nos presentaron en Florencia. Fue por casualidad, yo había mencionado de paso que acababa de regresar de una breve y más bien decepcionante visita a un pariente que vive aquí. De modo que, como puede imaginar, Italia me trae muchos buenos recuerdos. A los italianos les gusta tanto la música. Y la entienden tan bien. Pero cada día que

Librodot

paso aquí lo hago peor, sin nadie cerca capaz de juzgar. Y porque, por mal que toque, nunca escucho a nadie que toque mejor. He llegado a odiar mis propias interpretaciones.

-No tanto como la congregación -dijo Austin.

-Entonces ambas partes estarán igualmente encantadas de que el órgano quede fuera de servicio por un par de semanas -y añadió en voz baja-, lo cual no quiere decir que volveré a tocarlo.

-¿Tardarán mucho en reparar el órgano? -preguntó Austin.

-¿Sabéis? -dijo Slattery ignorando la pregunta pero indicando a Austin con una sonrisa que yo estaba incluido en la confidencia-, he sabido por el idiota de Bulmer, el supervisor, el motivo por el cual los obreros causaron el problema. La tarde del martes un visitante entrometido le sugirió a ese viejo fastidioso de Gazzard que causarían más daño siguiendo sus intenciones originales que si adoptaban el curso que ha resultado tan desastroso. Gazzard -maldito sea por su conexión con el entrometido- pasó el consejo a Sisterson, pues casualmente Bulmer estaba lejos enterrando a uno de sus innumerables hermanos. De modo que el sacristán, siendo un necio de cuidado, ordenó a los hombres que cambiaran la dirección y todo el problema recayó en su tonta cabeza.

-Sospecho que el consejo no fue seguido correctamente -dije-. Y haber perseverado con el plan original pudo haber tenido consecuencias aún más desgraciadas.

-Cuesta imaginar como ni siquiera el tonto de Bulmer podría haber creado una situación peor. Ahora tendrán que apuntalar partes del suelo y la pared del transepto y sólo el diablo sabe dónde acabarán. Podrían hacer que el maldito edificio se venga abajo sobre sus cabezas. ¿Pero a mí qué me importa?

Rió y bebió un largo trago de cerveza. Yo capté la mirada de Austin, quien apartó la vista.

-¿Usted tiene una de esas bonitas casas de la lonja, señor Slattery? -le pregunté esperando conducir la conversación hacia aguas menos conflictivas-. Son muy pintorescas.

-Desgraciadamente no. La miserable guarida de Fickling es el palacio de un obispo comparada con la mía. Tengo mis habitaciones en una callejuela de mala muerte por aquí cerca.

Siguiendo un pensamiento propio, dije al azar:

-Su esposa debe de lamentar que su cargo no implique vivir en una de esas bonitas casas junto a la catedral.

-¿Mi esposa? -sonrió asombrado y luego levantó la cabeza y rió-. *La dame n'existe pas.*

Austin bajó la mirada. ¿Había malinterpretado la conversación que escuché en el bar? Habían dicho que Slattery tenía esposa, sin duda.

-Sé de qué se trata -dijo Slattery mostrando sus dientes de lobo en una sonrisa-. Ha oído lo que dice la gente de mí. Ha oído alguno de los cotilleos venenosos de que vive esta ciudad. ¿Qué dijeron?

Raras veces juzgo precipitadamente pero decidí que Slattery no me resultaba agradable, en absoluto. Tenía un aire de haber pasado buena parte de su tiempo en tabernas que no me gustaban. Iba de la arrogancia a los delirios de persecución y daba la impresión de sentirse con derecho a una vida cómoda sin tener que trabajar para ganarla. No habían sido pocos los estudiantes de ese tipo que había conocido, hijos menores amargados o vástagos de familias que habían perdido su fortuna. Lamenté que un hombre así fuese amigo íntimo de Austin.

-¡Déjalo ya, Martin! -le dijo Austin.

-¿Quién fue? ¿Dijo algo esa vieja, Locard? Fickling me ha contado que han hecho buena amistad.

El joven era intolerable.

-No, se lo aseguro señor Slattery, no he hablado de usted con nadie. ¿Por qué iba a hacerlo? Apenas conocía su existencia hasta este momento.

-Esta ciudad está llena de venenosos maldicientes, y usted ya ha conocido por lo menos a tres de ellos: Locard, Quitregard, su adulador, y el susurrante de Sisterson.

-La gente habla en todas las sociedades cerradas, y no siempre lo hacen con maledicencia -le dije con suavidad-. Es algo que se puede ignorar. De hecho se pueden ignorar muchas cosas. ¿No le parece que en verdad uno necesita muy poco para estar contento? Libros, conciertos, unos pocos buenos amigos.

-No -dijo-. No, no me parece en absoluto. La vida debería tener drama, emoción. La mayoría de la gente pasa la vida en un semisueño, sin pasión, sin arriesgarse jamás. Igual podrían estar muertos.

Sin saber bien por qué, y con sorpresa por mi parte, me descubrí enfadándome.

-Encuentro toda la emoción necesaria en la literatura, la historia, la música...

Se limitó a mirarme con lo que interpreté como silencioso menosprecio.

-Alguien con imaginación ¿no encuentra suficiente interés en las cosas más comunes de la vida diaria? -proseguí-. La vida más segura -una vida que para los demás puede parecer descartablemente común- puede estar llena de drama invisible.

-¿Alguna vida es segura? -pregunto-. Ciertamente, todos nosotros vamos por un camino en la niebla y a veces, cuando una racha de viento la dispersa, vemos que estamos en una cornisa, al borde de un profundo abismo.

Lo miré sorprendido. Antes de que pudiese responder, Austin intervino:

-Los dos estáis diciendo lo mismo.

Sorprendidos, nos volvimos hacia él.

-Estás diciendo, Courtine, que hay estímulo y drama bajo la superficie de todas las vidas. Y es lo mismo que señalaba Slattery.

Iba a responder cuando se produjo una interrupción. Un hombre entró corriendo y llamó la atención de sus amigos, que estaban al fondo.

-Algo pasa en la calle, en la casa del viejo.

Él y dos de sus compañeros se levantaron y se instalaron junto a la ventana, a nuestro lado. Miramos y vimos que había unas doce personas reunidas alrededor de la puerta de la casa de enfrente y ocupaban la calzada, de modo que de haber habido vehículos el tránsito hubiese quedado interrumpido. Entre la multitud había dos agentes de policía, uno de los cuales golpeaba a la puerta con los nudillos.

-Me pregunto qué puede estar pasando -dijo Slattery lentamente.

Mientras mirábamos llegó a toda prisa un hombre con un mazo.

-Cada vez más extraño -comentó Slattery, y luego se dirigió a Austin-. ¿No es la madriguera de ese pájaro raro? ¿Cómo se llama?

Austin movió la cabeza como si no entendiese qué le preguntaba su amigo.

-Pregunto -insistió Slattery, alzando la voz y reclinándose en su silla para dirigirse a los hombres que estaban en la otra ventana- ¿de quién es la casa de enfrente?

-Es del viejo señor Stonex, el banquero, señor -dijo uno de los tres hombres que miraban por la otra ventana.

-Él es -nos anunció Slattery.

¡Era cierto! Se trataba de la casa de la cual acabábamos de salir. No la había reconocido pues sólo conocía la parte de atrás. Miré a Austin, quien bebió de su vaso.

-Estuvimos allí hace menos de una hora -comenté.

-¿De veras? Maldición. ¿Tienen idea de qué puede estar pasando?

-Ni la menor idea.

Hubo un súbito ruido y vi que uno de los policías estaba intentando echar abajo la puerta de calle con el mazo, bajo las instrucciones del otro, un alguacil.

-¿No les parece que deberíamos presentarnos a los agentes? -le pregunté a Austin-. Tal vez podríamos ayudar. Movió la cabeza para indicar duda o que no tenía opinión. Pero Slattery dijo:

-Me parece que deberíais hacerlo. Presentarse más tarde parecería bastante raro.

Dejando nuestros vasos de cerveza sin terminar, cruzamos la calle hacia donde se había formado una pequeña multitud. Me abrí paso entre la gente y me acerqué al alguacil que

Librodot

observaba los esfuerzos del agente por abrir la puerta a golpes. Le expliqué que Austin y yo habíamos estado en esa casa hacía menos de una hora y pareció muy interesado. Me volví para hacer que se acercasen mis dos acompañantes y los presenté. El agente hizo un gesto y preguntó:

-Por cierto, conozco al señor Fickling. Y tuve el honor de conocerlo el martes, ¿no es así señor Slattery?

Slattery hizo un profundo saludo, inclinándose con una encantadora sonrisa dirigida al policía:

-El honor fue mío, alguacil, aunque la ocasión fuese menos afortunada de lo deseable.

-Fue en casa del canónigo Sheldrick -me explicó el policía-. Hubo un incidente, el robo de unas miniaturas.

-Me enteré de ello -dije dirigiéndome a Austin, quien me dio la espalda.

-¿Han sido recuperadas, alguacil, como consecuencia de su notable excelencia profesional? -le preguntó Slattery.

El oficial lo miró con frialdad y respondió:

-De hecho, señor Slattery, no han sido recuperadas. Aunque tengo una sospecha fundada sobre lo ocurrido.

-Es exactamente lo que podría esperarse de usted -dijo Slattery con su mejor sonrisa.

La conversación estaba puntuada por los golpes regulares del mazo.

-¿Dónde está el señor Stonex? -pregunté.

-De eso se trata, caballero -replicó el alguacil.

Una señora vieja que había estado junto a él todo ese tiempo, comenzó a hablar:

-Nunca he visto nada así. El señor es tan regular en sus costumbres.

-Esta es la señora Bubbosh -dijo el alguacil-. Viene todos los días a cocinar y limpiar.

-Y como de costumbre acabo de venir a preparar la cena del señor, pero no ha respondido, y de tanto golpear la puerta me hice daño en el puño. Nunca antes había pasado algo así.

-¿Y qué hora era? -preguntó el alguacil.

-Unos pocos minutos antes de las seis, como de costumbre. Entonces me dije que tal vez habría ocurrido algo en el banco y lo habrían hecho llamar, así que fui a hablar con el señor Wattam -y señaló a un hombre bien vestido que estaba junto a ella-, pero él dijo que no.

-El señor Stonex nunca había dejado de volver al banco pocos minutos después de las seis -dijo el hombre-. Y esa costumbre se remonta a unos treinta años. Soy el señor Wattam, caballeros, y tengo el honor de ser el encargado del banco de Thurchester and County.

El alguacil y nosotros tres nos saludamos dándonos la mano y el señor Wattam prosiguió:

-Me alarmó tanto lo que me dijo esta buena mujer que vine de inmediato. Juntos dimos golpes en la puerta y luego fuimos a la puerta trasera, pero descubrimos que también estaba cerrada. Entonces enviamos un chico a buscar a los agentes.

El gentío había aumentado durante nuestra conversación y ya había unos veinte espectadores boquiabiertos.

-Y ahora sabe tanto como yo, señor-me dijo el alguacil. En ese momento el agente que blandía el mazo consiguió romper uno de los paneles de la puerta. A patadas hizo hueco suficiente para entrar. El alguacil se agachó y pasó por la abertura, dando instrucciones a su colega de que nadie entrara hasta que él hubiese vuelto.

-Esto es muy raro -comenté a mis acompañantes-. Estaba perfectamente bien cuando nos despedimos ¿no es así, Austin?

Mi amigo asintió con gravedad. Slattery sonrió.

-Me atrevería a decir que lo llamaron para algo imprevisto. Cuando vuelva y descubra que han entrado en su casa y un gentío de mirones ociosos acechan en la calle, modestamente sugiero que, incluso con su legendario buen humor, no estará muy contento.

-¿Tiene reputación de jovial? -había comenzado a preguntar cuando entendí que era una ironía. Sin embargo, el señor Stonex había parecido perfectamente amable esa tarde.

De modo más bien incongruente, en ese momento reapareció la cara del alguacil -ahora visiblemente pálida- más o menos a la altura de mi cintura, al abrirse paso a través del panel roto. Se puso de pie y se quitó el polvo de las rodillas. El agente se le acercó como si esperase órdenes, pero el alguacil pareció ignorarlo mientras nos miraba. Posó la vista en el señor Wattam casi al azar.

-Mande buscar un médico -le dijo tartamudeante y en voz baja.

El empleado vaciló, como preguntándose si podía pedir una aclaración.

-Rápido hombre -dijo el alguacil en voz baja y el señor Wattam se alejó rápidamente.

-¿Está mal el señor? -pregunté.

El alguacil se limitó a mover la cabeza. Inspiró hondo y se dejó caer en los escalones de la entrada. Como para ocultar el desconcierto de su superior, el agente comenzó a hacer que se retiraran los mirones.

-Sigan, por favor -ordenaba-. No interrumpan el tráfico.

El gentío formado mayoritariamente por hombres y niños se alejó de mala gana arrastrando los pies, y fue a instalarse a poca distancia en la acera, intentando dar la impresión de tener motivos para estar allí casualmente. Tras un momento el alguacil hizo un gesto al agente para indicarle que se acercara. Sostuvieron una breve conversación en susurros. Vi que el joven empalidecía y que la boca se le quedaba abierta. Luego se arrodilló y entró a gatas por el panel abierto.

-¡Dick! -lo llamó el alguacil en voz baja-. Antes que nada vaya y verifique que la puerta trasera sigue cerrada.

El agente asintió y desapareció por el hueco.

-¿No más hay esas dos puertas? -preguntó el alguacil a la señora Bubbosh con una gramática deteriorada por su estado de estupor. Ella hizo un gesto afirmativo.

La señora Bubbosh me miró y me pareció ver en su rostro que de súbito había comprendido que se trataba de algo más serio que la experiencia más bien divertida que la había convertido por un rato en centro de atención. Austin se cubrió la cara con las manos y se volvió. Advertí que Slattery lo tomaba del brazo y parecía sacudirlo mientras le susurraba algo al oído.

En ese momento llegaron dos jóvenes agentes y uno de ellos anunció a voces:

-¡Recibimos su mensaje, alguacil, y vinimos en cuanto hemos podido!

Las palabras se apagaron en sus labios cuando vieron a su colega, quien se levantó inseguro y los llamó a un lado.

El gentío -que ahora consistía en unas treinta personas- hablaba en voz alta, acaso resentidos por su exclusión. Por otra parte, los que formábamos el pequeño grupo más cercano a la puerta sentíamos que nos daban una categoría semioficial -la señora Bubbosh, el hombre que había traído el mazo, Slattery, Austin y yo- y permanecíamos en silencio observando a los agentes, y haciendo esfuerzos por oír su conversación en voz baja. Estaba a punto de pedir que nos dijesen qué estaba ocurriendo cuando el agente al que habían llamado Dick pasó por la puerta. Al reunirse con sus colegas le oí decir:

-La puerta trasera está cerrada, alguacil. Y no puedo encontrar ninguna de las llaves.

El alguacil asintió y le dijo al hombre que había prestado el mazo:

-Echa todo abajo, hazme el favor, por Dios.

El hombre tomó la herramienta y comenzó a golpearla contra lo que quedaba de la puerta. El marco cedió antes de que finalmente se astillasen los paneles.

En ese momento, acompañando al señor Wattam, se acercó de prisa un joven delgado con un maletín negro, y habló unos momentos con el alguacil. Los dos entraron mientras los tres policías quedaban vigilando la puerta. El alguacil reapareció instantes más tarde y envió a uno de los agentes más jóvenes a la estación a despachar un telegrama.

Cuando éste se hubo marchado el alguacil tomó a la señora Bubbosh por el codo y comenzó a guiarla hacia la puerta. Y al hacerlo se volvió hacia el resto de nosotros.

-¿Tendrían la amabilidad de entrar, señores, por favor?

-¿Todos nosotros? -le pregunté.

-Por favor. Ustedes tres parecen haber sido los últimos que visitaron la casa.

-No este señor -dije indicando a Slattery, que no había dado señales de querer aclarar el malentendido.

-¿No estaba en la casa esta tarde con los otros señores, señor Slattery? -preguntó el alguacil.

-No estaba, en efecto.

-¿Y dónde estaba, señor?

-Déjeme pensar. Estaba tocando el piano en un ensayo del coro entre las cuatro y media y las cinco. Y entonces toqué el órgano de la catedral tres cuartos de hora. En ambas ocasiones me escuchó un número de personas más bien numeroso.

-Oh sí, estaba tocando en la ceremonia del nuevo órgano -dijo el alguacil.

-No. Debía haberse realizado mañana. De hecho está postergada. Yo tocaba en el servicio de vísperas como todas las tardes a las cinco.

-Entiendo perfectamente, señor. Sus movimientos están perfectamente claros, al igual que los del martes por la tarde.

Slattery se inclinó con una sonrisa irónica.

-En ese caso -siguió el alguacil- sólo pediré al doctor Courtine y al señor Fickling que entren.

Cuando nos separamos de él y lo dejamos en la acera con el señor Wattam y los dos agentes, Slattery nos despidió con una mueca enigmática. Al entrar la señora Bubbosh observó el desorden y exclamó:

-¡Nunca he visto algo así!

Me alivió porque no estaba seguro de lo que podía encontrar. La habitación estaba igual a cuando la viera no mucho más de una hora antes, pero supuse que la sorprendía el notable caos del lugar. Advertí que el alguacil nos observaba con atención cuando entramos y miramos en derredor. En una extraña recapitulación de lo que había ocurrido esa tarde, volvimos a sentarnos alrededor de la mesa, yo en el lugar donde había estado nuestro anfitrión -o más bien donde no se había sentado, pues permaneció de pie la mayor parte del encuentro-, Austin en el mismo lugar de antes, con la cabeza inclinada sobre su plato lleno de migas, y la señora Bubbosh, que se había quedado en silencio, en el lugar donde había estado yo.

El alguacil permaneció en el centro del cuarto con su libreta de notas y los restos de un lápiz. Luego dijo:

-Soy el alguacil Adams. Mucho me temo que tendré que hacerles unas preguntas.

-Antes de que las haga, alguacil, ¿tendría la bondad de decirnos qué ha ocurrido? -le pregunté.

-Es lo que quiero descubrir, señor.

-Quiero decir -seguí-, ¿el señor Stonex está aquí?

-No quiero adelantar nada antes de haber hablado con el doctor Carpenter -respondió.

-Entonces, ¿puedo entender que está con él ahora?

-Así es. Y mientras esperamos, quisiera hacerles algunas preguntas. Entonces, señora Bubbosh, de acuerdo con lo que nos ha contado hace unos momentos, la última vez que vio al señor Stonex fue a las doce, cuando volvió del banco -ella asintió-. ¿Usted trabajó aquí toda la mañana y se marchó cuando él volvió? -ella volvió a asentir-. ¿Y todo fue como de costumbre?

-Así es, señor. ¡Oh, qué cosa más horrible! -exclamó desesperada.

El alguacil Adams esperó unos momentos hasta que ella hubiese recuperado la calma.

-¿Había estado aquí después de haber sido admitida a las siete?

Asintió.

-¿Y nadie entró después de que saliera del banco?

-Nadie podría haberlo hecho, señor. Las dos puertas están cerradas y yo no tengo llave. Sólo hay un par y él siempre las tiene encima. Las cuelga de una argolla de su cinturón.

-¿Y qué me dice de las ventanas? -Todas están claveteadas.

-¿Está segura de que no podía haber nadie escondido en la casa?

-¿Cómo podría haber sido? He limpiado el bendito lugar palmo a palmo.

-Por sus preguntas, alguacil -le interrumpí indignado por su negativa a aclarar la situación y cada vez más alarmado por mis sospechas-, ¿podemos concluir que ha ocurrido... algo espantoso?

Antes de que me pudiese responder, el joven doctor se precipitó en la sala e intercambió una mirada con el alguacil, que se alejó para reunirse con él junto a la puerta. Estuvieron hablando en murmullos unos minutos y el alguacil volvió y dijo en voz baja:

-Ahora bien, señora Bubbosh, ¿tendría la amabilidad de acompañar al doctor? Creo que le gustaría decirle algo, a usted primero.

Con expresión de terror en el rostro se dejó escoltar a la puerta donde el joven la tomó del brazo. Ya era innegable el significado de lo que veía.

-¡Alguacil! -exclamé-. Pido que se nos diga cuál es la situación. ¿El señor tuvo algún tipo de ataque? ¿Rodó por la escalera?

-Entiendo sus sentimientos, caballero -dijo el alguacil-, pero mientras menos diga en este momento, mejor será. Por ahora me gustaría que me cuente con exactitud lo que ocurrió esta tarde.

De modo que Austin y yo explicamos -aunque yo hablase mucho más- que habíamos llegado por la puerta trasera a las cinco menos veinte y que nos habíamos marchado un minuto o dos pasadas las cinco y media.

-Muy útil, en efecto es muy útil -dijo el alguacil escribiendo en su libreta-Pero ahora tengo que averiguar qué pasó entre esa hora y las seis, cuando llegó la señora Bubbosh a la puerta.

En ese momento entró a la carrera el joven agente que había sido enviado a la estación.

-Ya viene, alguacil -anunció-. Ya ha telegrafiado de vuelta.

El alguacil Adams frunció el ceño y lo llevó a un lado, donde le dijo algo en voz baja. Luego indicó a su colega que se sentara en una silla contra la pared y siguió interrogándonos, a Austin y a mí.

-Veamos, el señor Stonex, ¿tuvo alguna otra visita mientras estaban aquí o mencionó que estuviese esperando a alguien?

-No, creo que no. De hecho estoy seguro de que no.

Austin levantó la vista.

-La cerveza.

-¿La cerveza? -le pregunté.

-¿No recuerdas que cuando nos marchábamos alguien llamó a la puerta?

-Por supuesto. Y que el señor Stonex nos dijo que debía de ser el camarero con la cerveza.

-¿De qué camarero se trata? -preguntó el alguacil.

-Probablemente del que le trae la cena -dije recordando lo que Quitregard me había contado, pero me corregí-, el que acostumbraba traerle la cena.

-¿Cómo se llama? ¿Lo mencionó?

Austin y yo nos miramos.

-No tengo idea -le dije y Austin hizo un movimiento con la cabeza que expresaba su propia ignorancia.

-En cuanto a la actitud del señor esta tarde, ¿daba la impresión de estar nervioso o alterado?

-En absoluto -respondí-. Estaba cordial y conversador.

-¿Es eso cierto? ¿Cordial y conversador? -escribió en su libreta con dificultad-. ¿Diría usted lo mismo, señor Fickling? Austin no respondió-. ¿Se encuentra usted bien, señor Fickling?

-Sí, desde luego -se apresuró a responder Austin.

El alguacil hizo una pausa y lo miró.

-Me temo que tendré que pedirles que vayan a ver al anciano.

-¿Para qué? -exclamó Austin.

-Es lo habitual, señor -respondió el alguacil.

-La señora puede identificarlo mejor que yo -alegó Austin-. Yo sólo lo vi unas pocas veces.

-No obstante, señor, quiero que lo haga. Quiero que todo se haga del modo correcto.

En ese momento reapareció la señora Bubbosh conducida por el médico, que la hizo sentarse en su silla con suavidad. Se cubría la cara con un pañuelo.

El alguacil dijo en tono bajo:

-Señora Bubbosh, ¿puede darme el nombre del camarero que solía traerle la cena al señor Stonex?

Ella apartó el pañuelo y lo miró sorprendida.

-¿Para qué quiere saberlo? Es Perkins. El joven Eddy Perkins. Su viejo es Tom Perkins.

El sargento Adams miró a su colega.

-Tú y Harry, id a buscarlo.

El agente se levantó y salió con rapidez.

-Señor Fickling, ¿podría seguir al doctor Carpenter?

Austin se levantó inseguro. El doctor le sonrió para darle ánimo y salieron.

-He de preguntarle si no le importa esperar aquí, señor -me dijo el alguacil.

-Está bien -respondí.

Se levantó y salió tras los otros dos, dejándome a mí y a la señora Bubbosh en la sala. Para mi gran sorpresa, tuve que esperar más de cuarenta minutos. Al comienzo la señora Bubbosh y yo intentamos charlar, pero pronto se agotaron nuestros temas comunes. Ella no dejaba de repetir: «¿Quién lo hubiera pensado? ¿Quién lo hubiera pensado?». Yo me preguntaba dónde estaba Austin y qué podrían estar hablando él y el alguacil Adams. La conversación entre el policía y Slattery me había dado qué pensar y me pasaba por la mente una diversidad de posibilidades. Finalmente volvió el alguacil y dijo:

-¿Querría acompañarme, señor?

Lo seguí al vestíbulo. Al cerrar la puerta me cogió del brazo y advirtió con amabilidad:

-Le advierto que lo que está a punto de ver puede impresionarlo.

Luego abrió la puerta del estudio y me hizo entrar.

El doctor estaba de rodillas en medio del cuarto, pero cuando entré se levantó y dio un paso atrás. Lo primero que vi fue un hacha tirada en el suelo, cuya hoja y mango estaban muy manchados de sangre. El cuerpo estaba tumbado de tal forma que yo no podía ver la cara. Di la vuelta, sin pisar las charcas y salpicaduras de sangre que cubrían el suelo. Lo miré desde el otro lado y por un momento sentí que iba a desvanecerme. Desde entonces he intentado olvidar lo que vi en esa ocasión; tan sólo permítanme decir que fue el recordatorio más feroz de la fragilidad de nuestro envoltorio mortal.

-¿Es la misma persona que vio por última vez a las cinco y media, aquí en esta casa, señor? -me preguntó el alguacil.

Asentí, incapaz de hablar.

-¿Cómo puede estar seguro, señor, en vista del hecho de ...? -me interrumpió con delicadeza.

-La ropa -conseguí decir-. Recuerdo la ropa.

El alguacil me tomó de la mano y me condujo al vestíbulo. Pensé que volvíamos a la sala, pero me guió por el pasadizo y diciendo «aquí, por favor» me hizo entrar al comedor. Luego cerró la puerta y se quedó junto a ella.

Encontrándome a solas con él en esa situación, de pronto pensé algo que en el estado de enorme nerviosismo en que me hallaba me hizo reír. El alguacil me miró con curiosidad y me invitó a sentarme. Me había reído porque se me ocurrió que tal vez estuviese bajo sospecha. Había tenido una visión de mí mismo obligado a permanecer en ese cuarto durante horas mientras el alguacil y sus agentes me sometían a un intenso interrogatorio, hasta que por fin me desmoronaba y confesaba.

-¿Se siente bien, señor?

-Perfectamente, alguacil. Sólo algo alterado.

-Muy comprensible, señor.

Me senté ante la gran mesa y tras haber encendido el gas, él se instaló en el extremo opuesto, dando la espalda a la ventana.

-Ahora que estamos solos, señor, ¿hay algo que quiera contarme?

La pregunta parecía surgida de mis pensamientos de modo tan preciso que sonreí involuntariamente.

-¿Me está invitando a confesar?

Él no sonrió.

-Lo estoy invitando a decirme cualquier cosa que pueda echar luz sobre esto. Por ejemplo, algo que me intriga, señor, es la hora. ¿Está bien seguro de la hora en que usted y el señor Fickling se marcharon? Cuesta pensar que hubo tiempo suficiente para lo que pasó. ¿Está seguro de que salieron de aquí a las cinco y media?

-Sí, absolutamente. Hablamos de la hora cuando nos despedíamos. ¿Por qué lo pregunta?

-Hablaron de la hora -repitió-. ¿Le importaría explicármelo?

-No, alguacil, en absoluto. Es perfectamente ridículo. He sufrido una fuerte impresión y realmente no quisiera responder a sus preguntas sin sentido. -Me lanzó una mirada imperturbable y después de un momento, le dije-: Simplemente hablamos sobre la exactitud de nuestros relojes respecto al reloj de la sala que estaba adelantado. El señor Fickling quería que llegáramos al final del servicio para que escuchara la interpretación del señor Slattery.

Tomó nota.

-Ahora debo preguntarle si me puede decir algo sobre el estado de las habitaciones que ha visto. ¿Hay algo que le llame la atención ahora?

-Nada en absoluto. Tal como lo recuerdo, estaban como están ahora.

-¿Quiere decir, señor, aparte del hecho de que han sido registradas?

-No, alguacil, quiero decir exactamente lo que dije, como hago siempre. Para mí decir lo que quiero decir, y querer decir lo que digo es una cuestión de honor. Facilitará mucho el interrogatorio si usted se esmera en recordarlo.

Me irritó que siguiera mirándome con calma, inalterable. Tras una pausa, preguntó:

-¿Las habitaciones estaban como están ahora cuando usted llegó, señor?

-Exactamente. Para ser absolutamente claro, esta habitación y la sala -las únicas que vi- me parecen iguales a como estaban cuando llegué unos veinte minutos antes de las cinco.

-¿Pero el desorden de la otra habitación, los cajones abiertos, los papeles revueltos, etcétera?

Librodot

-Ya le he dicho, alguacil, que así estaba cuando llegamos.

-¿Y cómo lo explicó el señor Stonex?

-Dio una explicación muy razonable. Nos dijo que había estado buscando algo.

-¿Qué?

-Un documento.

-¿Un documento legal? -preguntó rápidamente.

-No. Un manuscrito que relata la muerte del deán Freeth.

El alguacil frunció el ceño.

-¿El asesinato de quién?

Tardé algo en explicárselo, puesto que el alguacil no tenía idea del asesinato de Freeth y por un momento había pensado que me refería a un crimen mucho más reciente.

-¿De modo que les explicó que antes de que llegaran usted y el señor Fickling había abierto cajones y tirado su contenido al suelo en la forma que está ahora?

-Sí, eso me parece. Aunque ahora se ve peor. No, no puedo estar seguro de que haya habido tanto desorden como ahora.

Tomó una larga nota. Luego preguntó de improviso:

-¿Cuánto tiempo ha estado con el señor Fickling?

-Desde el martes por la tarde.

-¿Hace mucho que lo conoce?

-El señor Fickling ha sido mi amigo durante más de veinte años.

-¿Usted lo ha visitado aquí antes?

-No -y expliqué con reticencia-. Nos reencontramos el martes pasado, después de veinte años.

-¿Le ha contado algo sobre dificultades personales?

-El señor Fickling no me ha contado nada sobre sus circunstancias personales que pudiese ser de relevancia para este trágico incidente.

El alguacil continuó en el mismo tono:

-¿Y Slattery? -preguntó-. ¿Cuánto hace que lo conoce?

-Vi al señor Slattery por primera vez en mi vida una media hora antes de conocerlo a usted.

Me pareció raro estar adoptando un tono beligerante. Me hizo sentir como si estuviese mintiendo. Y cada vez me gustaba menos el rumbo que estaba tomando el interrogatorio del alguacil.

-¿Nunca lo había encontrado o visto antes?

-Nunca -y entonces recordé la figura que había visto esa noche-. Quiero decir... No, nunca.

-Parece vacilar, señor.

-No. Nunca antes me había encontrado con el señor Slattery.

-¿Le ha hablado de él el señor Fickling?

-No; quiero decir, no me parece. Pudo haberlo mencionado como organista antes de que me diese cuenta de que hablaba de un amigo suyo.

-¿El organista? ¿Quiere decir el señor Slattery?

-Sí.

-El señor Slattery es el segundo organista.

-En ese caso creo que no lo ha mencionado en absoluto. En verdad yo creía que el señor Slattery era el organista.

-Un error comprensible, señor. El señor Slattery ha estado, en efecto, desempeñando las tareas del organista mientras el señor mayor que tiene el cargo ha estado indispuesto. Pero su puesto en la catedral no es permanente.

-Ya veo, y ahora que lo pienso creo que el señor Fickling sí ha dicho algo de eso. Y que el propio señor Slattery hizo alusión a ello. -Me interrumpí. ¡Qué situación más extraordinaria! Estaba respondiendo las preguntas de un completo extraño sobre lo que yo y un viejo amigo

habíamos hablado. Y todo ello por el cadáver que había en el suelo al final del pasadizo. Cuando inesperadamente me volvió el recuerdo de lo que había visto, puse la cabeza entre las manos-. No puedo creer que alguien pudiera hacer algo así. No puedo creer que exista tanta maldad.

-Cuesta creerlo, señor. Es uno de los peores casos que he visto.

-¿Tiene parientes? ¿Alguien que se ocupe?

-Para ser honesto, señor, no sé si sus parientes viven aún.

-Ha de tener sobrinos y sobrinas. Mencionó un hermano y una hermana.

-Todo eso saldrá a la luz los próximos días, imagino, señor. Su patrimonio es grande y ello hará que aparezca su parentela. Y ahora ¿podría preguntarle cómo fue que llegó a tomar el té con el señor Stonex?

Le expliqué que lo había conocido en la puerta trasera de su casa cuando fui a leer la inscripción supuestamente relacionada con el asesinato del canónigo Burgoyne.

-Otro asesinato -anotó secamente el alguacil-. Parece haber sido el gran tema de los últimos días, señor.

-El señor Stonex y yo hablamos sobre el tema y luego sobre el caso del deán Freeth, y después me invitó a ir a tomar el té al cabo de un par de días.

El alguacil Adams bajó su libreta y me miró.

-Es algo sorprendente, señor, pues el anciano era muy huraño.

-Fue nuestro interés común en la muerte del deán Freeth lo que hizo que me invitara. Quería contarme otra versión del incidente.

-¿De modo que la invitación a tomar el té fue hecha el miércoles?

Así es.

-¿Conocía el señor Slattery la invitación para esta tarde?

-No en la medida de mi conocimiento. ¿Por qué iba a saberlo? Pero el señor Fickling puede que le haya mencionado que íbamos a tomar el té con el señor Stonex cuando se citó con él para encontrarnos después del servicio.

El alguacil escribió largamente y le pregunté por fin:

-¿Ahora me autoriza a marcharme?

-Desde luego, señor. Pero le estaría muy agradecido si esperara aquí unos minutos.

Acepté, aunque de mala gana. Él salió y yo esperé. Así pasaron veinte minutos hasta que volvió, y mientras estaba sentado en la penumbra y el silencio -pues no se oía ningún ruido en el resto de la casa- se me impuso como una revelación que *alguien* lo había hecho, alguien que seguramente estaba a unos pocos minutos de donde yo me encontraba. Intenté no pensar en lo que acababa de ver. La súbita irrupción en mi vida de un acto de tal brutalidad me hizo sentirme mareado, como si el cuarto en que me encontraba no fuese real. Desde mis días de colegio no había visto sangre derramada como resultado de la violencia. Las preguntas del alguacil sobre Austin me preocupaban. Ciertamente su comportamiento de los últimos días había sido extraño, pero yo no tenía motivos para suponer que hubiese alguna conexión entre aquello y este hecho terrible. Parecía tan espantado como yo.

El alguacil volvió y, sentándose, preguntó:

-¿Está absolutamente seguro del estado de la sala cuando llegaron, señor?

-Por segunda vez, alguacil: sí, lo estoy.

-Muy bien, señor. El señor Fickling ha confirmado que el señor Stonex estaba muy preocupado por la hora. ¿Dio alguna indicación de sus motivos?

-Ninguna, en absoluto.

-Espero que no lo tome a mal, señor, si le pregunto si ha notado algo extraño en la conducta del señor Fickling desde que usted es su huésped.

-No me gusta la pregunta, alguacil. ¿Le ha hecho preguntas similares al señor Fickling sobre mí?

-Al otro señor le he hecho las preguntas que debo hacerle, señor.

Librodot

-Todo esto es perfectamente absurdo. Me niego a responder nada que tenga que ver con asuntos privados. No tienen, de ningún modo, nada que ver con todo esto.

-Lo entiendo, señor -dijo con ecuanimidad-. Sólo hay un último punto. Mencionó que conoció al occiso en la puerta trasera de su casa. Eso fue ayer por la tarde, ¿no?

Asentí.

-¿La invitación fue para qué día?

-¿Qué día?

-Cuando se lo pregunté hace una media hora, señor, usted dijo que el señor lo había invitado a tomar el té al cabo de «un par» de días. Y si la invitación original fue ayer, ¿fue para mañana o para hoy?

-Entiendo qué quiere decir. Tiene toda la razón, alguacil. Era para mañana viernes. Pero cambió el día.

-¿Sabe por qué?

-Pregúntele al señor Fickling. Fue él quien me lo dijo.

-De hecho se lo he preguntado al señor Fickling. Pero tal vez usted sabe algo.

-¿Se lo ha preguntado al señor Fickling? No puedo imaginar por qué se molesta entonces en interrogarme a mí, señor.

-Con la sencilla esperanza de que recuerden más entre los dos.

-Siento su manera de ir de uno al otro, si está intentando hallar discrepancias en lo que decimos...

-En absoluto, señor. He descubierto que si examino a los testigos juntos, tienden a pasar los detalles por alto. Si uno recuerda algo de modo ligeramente diferente del otro, puede sentirse incómodo y no mencionarlo, y sin embargo su recuerdo puede ser correcto.

Me levanté.

-Si me piden que testifique en la investigación, responderé cualquier pregunta apropiada que me haga el oficial de la Corona, pero hasta entonces no diré nada más. Espero que ahora me permita marcharme.

Sonrió y se levantó a su vez.

-Puede marcharse en cualquier momento que lo desee, señor. No sólo no tengo autoridad para retenerlo contra su voluntad, sino que no tengo la menor intención de hacerlo. Le estoy muy agradecido por concederme su tiempo y su ayuda. No obstante, el representante de la autoridad ya viene hacia aquí y estoy seguro de que deseará hablar con usted, de modo que le agradecería mucho si se queda hasta entonces.

-¿Dónde está el señor Fickling?

-Ha tenido la bondad de esperar al representante de la autoridad en la otra habitación, señor.

Encontré a Austin con la cara blanca, sentado ante la mesa.

-Esto es terrible -le comenté.

No dijo nada, pero se echó hacia atrás en la silla, con los ojos fijos en el techo.

Librodot

Jueves por la noche

Poco después oí llegar un carruaje. Se abrió la puerta y dos hombres entraron precipitadamente. Uno era un policía uniformado y el otro era corpulento y abotagado, con ojos ligeramente saltones y gran bigote blanco; tenía aspecto militar y unos sesenta años. Habiendo oído el carruaje, se presentó el alguacil, que estaba en el vestíbulo: «Bien, Adams, aquí estoy», retumbó el recién llegado. Se dieron la mano y cuando el alguacil dijo algo en voz baja, el hombre corpulento nos miró. Luego se volvió y dijo:

-Soy el comandante Antrobus, inspector encargado de este asunto. Lamento mucho las molestias que han debido sufrir, señores. Pero ¿podría pedirles que esperen un momento más?

Austin y yo expresamos nuestra disposición a hacer lo que nos pedía y el inspector salió precipitadamente con el alguacil. Saqué mi reloj. Eran las ocho y media. Me sorprendió que hubiese pasado tanto tiempo y se me ocurrió pensar que debía de tener hambre, pero que en verdad no era así.

Ahora me abochorna lo que voy a anotar, pero soy completamente honesto pues ya estaré muerto cuando esta relación sea leída. La verdad deprimente es que, en esas circunstancias, me descubrí pensando en el manuscrito y en cuánto deseaba volver a la biblioteca para leerlo. Había sido una locura contemplar la posibilidad de llevármelo subrepticiamente, y me costaba creer que hubiese sido capaz de pensar algo de esa naturaleza, siquiera un instante. Se me presentaba el problema de la explicación que debería dar al doctor Locard, cuando me preguntase dónde y cómo había encontrado el documento, cosa que haría con certeza. Sería bochornoso verme obligado a reconocer que había desatendido su consejo, y desde luego no podría contarle que Quitregard me había puesto en la dirección correcta, porque le hubiese causado problemas.

Austin tenía la vista fija en el suelo. ¿En qué estaría pensando? El hecho de que aún no hablásemos estaba comenzando a ser incómodo. Por fin rompí el silencio:

-Cuesta creer que haya estado vivo hace tan poco. Es una advertencia terrible para cualquiera de nosotros. En medio de la vida...

-Cierra la boca, ¿quieres? -me interrumpió con violencia.

Era claro que los sucesos de la tarde lo habían trastornado tanto como a mí. Tras veinte minutos se abrió la puerta y entró el inspector con el alguacil y el doctor Carpenter.

-No puede ser cierto -estaba diciendo el inspector-. Usted mismo dice que no puede juzgar con exactitud.

-No, pero parece probable -fue la respuesta del joven doctor.

-¿Probable? Parece muy improbable. De hecho, perfectamente imposible. Hace cuatro horas estaba en esta habitación sirviendo té.

Y volviéndole la espalda al doctor, como si lo sacara de su conciencia, se dirigió a Austin y a mí:

-Lamento profundamente que hayan sido retenidos, señores, y los molestaré lo menos posible. Entiendo que han estado aquí desde más o menos las seis y media y que en ese lapso se les ha pedido que vean el cadáver, una de las imágenes más desagradables que se me haya presentado ante los ojos, incluso con mi larga experiencia, y que ambos han sido exhaustivamente interrogados.

-Así es -respondí-. Pero estoy a su entera disposición para ayudar en lo que considero un deber cívico. Tengo la seguridad de que su subordinado estaba haciendo lo que le pareció correcto.

-Le estamos muy agradecidos, señor -dijo el inspector, quien entonces se dirigió a la criada:

-Veamos, señora Bubbosh, mi alguacil dice que usted sostiene que se presentó ante la puerta justo antes de las seis y no pudo entrar. ¿Alguien la vio llegar y encontrar la puerta cerrada?

Librodot

La señora parecía aterrada.

-No lo sé, señor.

-¿Alguien puede decir que el señor Stonex no la dejó entrar cuando a las seis golpeó como ha hecho habitualmente cada día durante los últimos veinticinco años?

-¿Y cómo iba a poder hacerlo, señor? El pobre señor estaba muerto en ese cuarto.

-De eso se trata precisamente, mi buena mujer -dijo el inspector con una sonrisa dirigida a Austin y a mí.

-¿Estaba muerto en el momento que llegó ante la puerta? ¿O abrió la puerta y se encontró con usted y un cómplice?

Ella nos miró de uno en uno con horror.

-Vamos, buena mujer. No me haga perder el tiempo. Me han hecho venir aquí mientras disfrutaba de buenos momentos con mi familia. Pasado mañana será la víspera de Navidad, maldita sea. Pretendo resolver este asunto antes de la fiesta. Sea sincera ahora. ¿Qué sabe de todo esto? ¿Tiene hijos, nietos, sobrinos? ¿Hay hombres jóvenes en su familia que necesiten dinero?

Se volvió mirándonos a Austin y a mí con una expresión intencionada, como si quisiera indicar que se estaba acercando a la verdad.

-Ninguno de nosotros tiene dinero, señor. Pero no hay un solo hombre o joven en la familia capaz de soñar siquiera en algo tan perverso.

-¿Es así? Puedo asegurarle que los hombres de su familia serán investigados. Se harán investigaciones muy intensas.

-Y no encontrará nada incorrecto. Excepto mi hermano Jim, a quien sorprendieron cazando. Pero fue sólo una vez. Pasó dos años en la cárcel por eso.

-¡Ajá! -exclamó el inspector-. Ya estamos llegando a algo. Ese hermano suyo, ¿empleó la violencia para escapar? ¿Por eso le dieron una condena tan larga?

-No, señor, no lo hizo. El juez era amigo del señor dueño de la tierra donde lo cogieron. Fue por eso que le dieron tan duro.

-Un prisionero amargado y endurecido. ¿Dónde está ahora este hermano suyo, buena mujer?

-En el cementerio, señor. Hace diez años que está muerto.

La sonrisa del inspector desapareció.

-Todo eso será investigado, se lo prometo. Pero sigue siendo cierto que no tiene manera de probar que no la dejaron entrar a las seis.

Me preguntaba qué tipo de estrategia retorcida podía estar siguiendo el inspector, puesto que la hipótesis de que la señora Bubbosh hubiese entrado a las seis con un cómplice inspiraba buen número de objeciones, sobre todo que dejaba muy poco tiempo para cometer el crimen. En apariencia, al alguacil se le había ocurrido lo mismo porque llevó a su superior a un lado, donde conferenciaron brevemente y en susurros.

Luego el inspector se volvió hacia mí y Austin.

-Señores, entiendo que cuando ustedes salían a las cinco y media alguien golpeó la puerta de la calle y que el difunto les explicó que el camarero Perkins le traía una cerveza.

-Así es -respondí.

El inspector dio media vuelta y se dirigió a la señora Bubbosh señalándola con el dedo.

-Usted conoce al tal Perkins, ¿no?

Ella parecía sorprendida.

-Conozco a Eddy desde que era niño. Y a su padre antes que a él. Pero no entiendo por qué lo dice así, como si hubiera algo de malo en ello.

-Cuidado con lo que dice, buena mujer. Cuando le hago una pregunta espero que la conteste sin adornar la respuesta. Ahora deme una contestación clara a una pregunta clara.

-¿Y cuál era la pregunta, señor?

-¿Vinieron usted y Perkins a las cinco y media?

-No, nunca. Y tampoco creo que lo haya hecho Perkins.

-¿Está acusando a estos señores de mentir? -la interrumpió el inspector.

Ella nos dirigió la mirada, atónita.

-De ningún modo, señor. Si dicen que vino, lo único que puedo decir es que no lo había hecho nunca antes. Y pido que me excuse por dudarlo, pues creo que si hubiese venido a esa hora, el señor Stonex no le habría abierto la puerta. Sólo se la abría a Eddy a las cuatro cuando le traía la cena. Aparte de eso, me abría la puerta a mí y a nadie más.

-Sólo le abría a usted -repitió el inspector-. ¿No está reconociendo virtualmente que vino aquí a las cinco y media con Perkins? No hubiera dejado entrar a nadie más que a usted.

-No, no vine. Y no tiene sentido decir que lo hice. El señor Stonex sólo me abría la puerta a las siete de la mañana y de nuevo a las seis de la tarde. Otras veces no me habría abierto aunque hubiera golpeado hasta sacarme sangre de los nudillos. Tanto miedo tenía de que le robaran.

-Márchese ahora -le dijo el inspector-. Ya no la necesito por el momento. Pero vaya a su casa y quédese ahí.

Ella nos dio la espalda con aspecto asustado y molesto.

-Antes de que se marche, señora Bubbosh -dijo el alguacil-, me gustaría que le repitiera al inspector lo que me comentó sobre su sorpresa al ver el estado de la habitación.

-Es este desorden -dijo mirando en derredor-. Cuando me marché al mediodía estaba tan limpio como una patena.

-¿Y el té? -insistió el sargento.

-Nunca antes vi esos pasteles. Y en toda mi vida con él, jamás invitó a nadie a tomar el té.

El inspector, sorprendido, fue de ella al alguacil con la mirada.

-De modo que está diciendo -insistió el alguacil con cortesía-, que el señor Stonex no le dijo que había invitado a estos señores a tomar el té. ¿Y no fue usted quien trajo la comida?

-Así es, señor. Nunca supe nada de esto.

El alguacil miró a su superior.

-Bien, puede marcharse -dijo el inspector observándola mientras se alejaba. Cuando la puerta se cerró tras ella, nos miró a Austin y a mí y dijo:

-Esa mujer miente. Este caso es tan sencillo que no merece mucho esfuerzo. Por definición, la mente criminal es limitada. El asesino fue probablemente este Perkins o un pariente de la señora Bubbosh y ella lo dejó entrar cuando el viejo Stonex le abrió la puerta a las seis, como de costumbre.

-Con el debido respeto, inspector -lo interrumpió el alguacil Adams-, si el asesino entró en la casa a las seis, no creo que haya tenido tiempo suficiente para asesinar a nadie. Yo recibí el mensaje para que viniese poco antes de las seis y media, de modo que la señora Bubbosh ha de haber tenido tiempo para ir a buscar al señor Wattam, para que los dos volvieran aquí y para que él me mandara buscar al cuartel de policía.

-No hay ninguna dificultad -dijo el inspector-. El cómplice estuvo en la casa todo ese tiempo. Entre los dos, él y la señora Bubbosh, pensaron que ella diera la alarma cuando él todavía estaba dentro. Eso le dio por lo menos treinta minutos. Y podrían ser más. ¿Entraron a la casa alrededor de las siete menos cuarto, no? El cómplice puede haber escapado sólo entonces porque, tal como han reconocido, no aseguraron la entrada trasera.

-Es verdad, señor. No imaginé que al señor le había ocurrido nada peor que una enfermedad súbita. Pero el hecho de que no haya mandado un agente a la puerta trasera no implica diferencia alguna porque, cuando unos minutos después miré esa puerta, estaba cerrada con llave, de modo que nadie pudo escapar por ahí.

El inspector gruñó:

-Pero la puerta de la calle también estaba cerrada, así que debió de escapar de un modo u otro. ¿Han buscado bien las llaves?

-Hemos registrado el cuerpo y buscado por toda la casa, señor.

-Bien, vuelvan a buscar, alguacil.

Librodot

El alguacil salió. El inspector hizo un gesto con la cabeza:

-Fue una gran negligencia no haber puesto un hombre en la puerta trasera de inmediato. La forma en que ha llevado un caso muy sencillo ha estado lejos de ser ejemplar.

-¿Cree usted que se trata de un caso muy sencillo? -le pregunté.

-Abierto y cerrado. El ladrón o los ladrones consiguieron entrar en la casa muy protegida de un hombre rico, donde la gente creía que guardaba dinero y valores, mataron al propietario y saquearon la casa buscando dinero. Adams ha hecho bastante por enturbiar las aguas, pero siempre se pueden encontrar maneras de complicar las cosas. El arte de detectar, como he dicho a menudo, es reducir la complejidad aparente a la simplicidad de la verdad.

Se volvió hacia mí con una sonrisa.

-Por ejemplo, el alguacil me dice que usted ha afirmado que cuando llegaron esta tarde a tomar el té la casa parecía haber sido saqueada.

-Sí, en efecto eso dije.

-¿Realmente quiere decir saqueada o sencillamente que el anciano había abierto unos cuantos cajones buscando ese relato que quería mostrarle?

Sin esperar respuesta se dirigió a Austin.

-Señor Fickling. Entiendo que usted lo describió como la demostración de una búsqueda descuidada.

Austin asintió. Yo lo miré sorprendido.

-¿Realmente sus visiones son tan divergentes, señores?

Se dirigió a mí.

-¿Está diciendo que el desorden que se ve ahora era exactamente igual a cuando llegaron?

-Supongo que no podría jurar por cada cosa.

-Bien. Entonces evidentemente los ladrones hurgaron en la casa, añadiendo desorden al que ya estaba creado. Ya vamos adelantando.

En ese momento entró el alguacil. El inspector se dirigió a él:

-¿Y bien, Adams?

-No las he encontrado, señor.

-Que mañana un par de sus mejores agentes busquen por toda la casa en cuanto haya luz. Esas llaves han de estar en alguna parte de la casa.

-Con el debido respeto, señor -dijo el alguacil Adams-. La persona que hizo esto seguramente las utilizó para cerrar la puerta tras de sí.

El inspector hizo un gesto y el alguacil continuó:

-En ese caso podrían estar en cualquier parte. El asesino ha de haberse deshecho de ellas con toda rapidez, pues sin duda lo llevarían a la horca.

-En cuanto haya luz suficiente haré que busquen en el patio trasero. Si no aparecen, que sus hombres peinen cada pulgada de esta parte de la lonja.

Cuando terminaba de hablar se oyó un golpe en la puerta de la calle y Adams abrió para dejar paso a dos agentes que entraron llevando entre ellos un joven esposado. El prisionero parecía aterrorizado, tenía la ropa en jirones y la cara magullada.

-¡Ajá! -exclamó el inspector-. El famoso Perkins, el camarero. ¿De dónde salieron esos rasguños y magullones?

-Intentó escapar -dijo uno de los agentes.

-Bien. ¿Y le han encontrado algo?

-Nada, señor.

-¿Ni dinero? ¿Ni llaves?

-No, señor.

-Alguacil, vaya a su casa y busque las cosas que robó de aquí. Y busque esas llaves.

Adams se despidió de nosotros con un gesto y se marchó a toda prisa.

El inspector se dirigió hacia el prisionero:

-Entiendo que usted es íntimo amigo de la señora Bubbosh.

El hombre se atragantó y el inspector le dijo con dureza:

-Usted la conoce, en el nombre de Dios.

-Todo el mundo conoce a la tía Meg, señor.

-¿Qué pasó cuando vino a esta casa a las cinco y media esta tarde?

Se sonrojó y bajó la vista.

-No vine. Sólo vine a las cuatro. A las cuatro en punto, según el reloj de la catedral. El señor era muy estricto en eso.

-El señor Stonex le dijo que viniera a las cinco y media para traerle su cerveza.

-No, señor. Nunca lo hizo.

Tenía la cara roja y se miraba los pies. Claramente no decía la verdad y su propia incompetencia como mentiroso me hacía sospechar que podía ser inocente.

-Miente -le gritó el inspector, dándose la vuelta hacia nosotros-. Estos dos señores oyeron decir al señor Stonex que le había hecho el encargo. Y lo oyeron llegar ante la puerta a esa hora.

Volvió su cara asustada hacia nosotros.

-No entiendo. No fue así. No es verdad.

-Me gustaría que usted mismo me lo cuente. Llévelo al comedor.

-No diré nada -dijo el joven cuando se lo llevaban.

El inspector se volvió hacia nosotros y sonrió.

-Gracias, señores. No voy a retenerlos más tiempo. Pueden irse y les agradezco mucho su ayuda.

-Por favor, no dude en buscarme si hace falta más cooperación -le dije-. Estoy en casa de Fickling.

-¿Cuánto tiempo piensa quedarse en la ciudad?

-Sólo dos días más. Me marcho el sábado por la mañana.

-Me temo que tendrá que testificar en el juicio preliminar. Ustedes dos, señores -dijo con un gesto que incluía a Austin.

-Desde luego -respondí-. ¿Sabe cuándo será?

-Mañana, espero.

-Entonces no supondrá ninguna dificultad para mí -le dije.

Tras otro intercambio de frases corteses, y con las insistentes disculpas del inspector por las incomodidades que habíamos sufrido sonando en nuestros oídos, Austin y yo nos marchamos. Ya en la calle, advertí que Austin temblaba y lo cogí del brazo.

-Deberíamos cenar -le dije-. Es tarde y no hemos comido nada.

Estábamos frente a la taberna donde habíamos estado bebiendo pocas horas antes, pero yo no quería volver. En parte porque temía que Slattery estuviese al acecho en la barra.

-¿El Dolphin? -sugerí. Austin asintió, abúlico.

Pocos minutos después estábamos sentados en un comedor vacío. El camarero, que estaba a punto de terminar su trabajo de ese día, nos atendió de mala gana brindándose a traer-nos carne asada fría y patatas cocidas.

-¡Qué mal asunto! -comenté más bien cansado cuando el silencio comenzó a pesar.

No respondió y no me sorprendió pues, desde que se descubriera el crimen, había estado en una especie de trance.

-Me parece que la actitud del alguacil fue muy ofensiva -le dije-. Parecía suponer que uno de los dos o los dos estábamos mintiendo. Y me hizo preguntas bastante impertinentes.

Austin levantó la vista.

-¿Es eso cierto? ¿Qué quería saber?

-Me negué a contarle nada que no fuese relevante para lo ocurrido esta tarde. Aparentemente le parecía significativo que el pobre señor Stonex hubiese cambiado la fecha de la invitación. A ti te preguntó lo mismo, ¿no?

Librodot

Austin asintió. Tras lo cual hubo otro silencio, interrumpido por el camarero que dejó caer ante nosotros los dos platos con rodajas de carne seca cubiertas de una salsa coagulada, y un plato de feas patatas pasadas por agua.

-Adams parece tener algún tipo de teoría -proseguí- de que el señor esperaba un visitante.

-No vale la pena especular sobre eso -dijo Austin-. El inspector tiene razón. En verdad el caso es muy sencillo.

-Creo que se equivoca si piensa que la señora Bubbosh está implicada.

-Lo hizo Perkins -dijo Austin-, ya fuese con o sin ayuda de la vieja.

-Sí. Sin embargo, debe de estar mintiendo con respecto a los pasteles, ¿no crees?

-Realmente.

-Pero, ¿por qué? ¿Qué motivo posible podría tener para mentir de modo tan innecesario y trivial?

-¿Quién sabe? Con una persona así a menudo cuesta saberlo. Pero no altera el hecho de que lo hizo Perkins.

-¿Estás seguro?

Austin dejó su cuchillo y su tenedor.

-Es muy simple. Cuando Stonex le pidió que le llevara la cerveza a las cinco y media -cosa que no había hecho nunca- Perkins se dio cuenta de que era su oportunidad para robarle. Lo dejarían entrar sin que nadie lo supiese. Pero lo que no podía haber sabido era que Stonex iba a tener invitados esa tarde y que hubiese mencionado que había pedido cerveza.

Le di la razón.

-¿De modo que cometió el crimen en un impulso?

-Sí, pero puede que haya estado pensando en eso durante meses. Desde luego, sabía que tendría que matarlo.

-Pero Austin... ¿por qué... por qué lo hizo de ese modo?

-¿De qué modo? -preguntó casi con irritación.

-Tú lo viste. No hacía falta hacer eso... Se encogió de hombros:

-¿Quién sabe? ¿Tiene importancia?

Acabamos nuestra cena y nos dirigimos a casa casi en absoluto silencio. Cuando volvimos, hacía rato que había pasado la medianoche y nos fuimos a la cama directamente. Durante un largo rato no conseguí conciliar el sueño. ¡Si Perkins hubiese tenido más aires de rufián, el asunto podía haberme parecido menos inquietante, pero aceptar que ese joven de aspecto infantil -con la misma cara inocente de mis alumnos- pudiese haber hecho una cosa así a un anciano indefenso al que había conocido durante años...! Pensar en toda la sangre que debió de derramar y en que había seguido golpeándolo. Pensar en los huesos que se quebraban, lo vulnerable de los ojos. Pensar en lo que debió hacer para destrozarle la cabeza y la cara de ese modo. Costaba creer nada bueno de nuestra especie. ¿Era esa nuestra esencia, simios crueles que se visten y lavan y perfuman el cuerpo?

Pensé en Gambrill, que asesinó a su rival lanzándolo desde el techo de la catedral y luego en el joven Limbrick, quien alimentó en secreto y durante años la necesidad de vengar a su padre, instigado por su madre amargada, y que tuvo que ocultar su odio y aceptar los favores del hombre al que esperaba poder asesinar algún día. ¿Había imaginado Gambrill que lo aborrecía en secreto, y trataba de aplacarlo dándole mejores oportunidades?

Más que nada pensé en el manuscrito y lamenté que todo esto me distrajera de ello y el problema de encontrar una forma de asegurar que no fuese mal empleado en beneficio de los intereses de alguien, pues mucho más que a un individuo, o a una institución, pertenecía a la historia. Finalmente caí en un sueño liviano e inquieto, del tipo que resulta más agotador aún que la falta de sueño. Hacia el amanecer tuve el sueño más aterrador de mi vida, del cual desperté con el corazón golpeándome en el pecho y la frente perlada de

sudor. Fue uno de esos sueños -más bien pesadillas- que hacen pesar su sombra el resto del día, como si parte de nuestra mente intentase devolvernos a ese mundo.

Librodot

Viernes por la mañana

El estado depresivo y meditabundo en que desperté fue la causa de que Austin y yo habláramos muy poco a la hora del desayuno. Además, quería evitar la charla pues no quería revelar que había encontrado el manuscrito, para postergar los problemas que presentía. Por lo tanto, esperaba que siguiese demostrando tan poca curiosidad sobre mis investigaciones como hasta ahora, y que no me preguntara en qué forma pensaba ocupar la mañana. Pero cuando estábamos a punto de salir, me preguntó:

-¿Dónde vas?

Vuelvo a la biblioteca.

-¿No te olvidarás de la vista del juicio?

-¿Va a ser hoy?

-Supongo que sí. Pero sea cuando fuere, tendrás que estar allí. Tu testimonio es muy importante.

-¿Es tan importante?

-Lo que tienes que hacer es describir lo que has visto y oído. Un testigo de tu valía anulará cualquiera de las teorías absurdas que Adams podría poner sobre el tapete para parecer inteligente.

Asentí, poniéndome el sobretodo. Tras una pausa preguntó:

-¿Supongo que verás a Locard?

-Lo dudo -respondí pensando en la forma en que no había cumplido su cita y en cómo no me había dado la ayuda prometida.

-Bien, si lo ves, no le digas nada sobre todo esto.

-¿Por qué no?

-Es un liante. Va a manipular cualquier cosa que le digas en su propio interés.

-¿Y en qué podría interesarle este asunto?

-Tiene motivos muy poderosos. Siempre ha existido el rumor de que Stonex dejaría su fortuna a la Fundación. A Locard le encantaría meter sus manos en eso.

-Si se encuentra un testamento que lo confirme, así lo hará. De otro modo, no.

Hablé despreocupadamente, convencido de que Austin expresaba una obsesión hacia el doctor Locard que provenía de la política del Cabildo. Supuse que estaba molesto porque el canónigo Sheldrick había sido derrotado por el doctor Locard en la reunión de la mañana anterior. Ello no sólo era una derrota para la fracción de la Low Church, sino que, sospechaba, probablemente también ratificaba el despido de su amigo Slattery.

Estaba tan impaciente por llegar pronto a la biblioteca que salí rápidamente, antes que Austin, despidiéndome de mi amigo -mirado desde la distancia- con menos formalidad de la debida.

Llegué justo en el momento en que el joven Quitregard abría la puerta. Me recibió con una sonrisa, me hizo entrar y me dijo:

-Estoy poniendo café y sería un placer...

-Gracias, pero no esta mañana -me disculpé entrando deprisa.

-Pero, ¿se ha enterado de lo del señor Stonex? -me preguntó.

-De hecho sí -le respondí en voz alta cuando ya estaba lejos-. Casi toda la tarde de ayer estuve ayudando a la policía.

-Lo sé y siento que usted y el señor Fickling se hayan visto implicados.

Me detuve y me volví.

-No hay secretos en esta ciudad. Pero lo que quería preguntarle era: ¿ha oído las últimas noticias de esta mañana?

Negué con la cabeza y él saboreó el momento antes de decir:

-El camarero Eddy Perkins ha sido acusado.

-No me sorprende lo más mínimo. ¿Ha confesado?

-No con palabras, pero cuando los agentes registraron su casa anoche hallaron algo muy incriminatorio.

-¿Qué era?

Hizo un mohín.

-No lo sé. Pero reconoció haberlo sacado de casa del señor Stonex. Aparentemente no podía negarlo.

-De modo que *sí* ha confesado.

-No, porque sostiene que no sabía nada del asesinato.

-¿Sigue diciendo que no volvió a la casa a las cinco y media?

-Ahora ha reconocido haberlo hecho, pero sólo porque se ha presentado un testigo que lo vio allí a esa hora.

-¿Un testigo? ¿Sabe quién es?

-No, señor, pero, ¿no es apasionante?

Sonreí.

-¿Pese a la prueba contra él, insiste en no haber matado al banquero?

Así es.

-Parece una actitud ilógica. Supongo que el hombre es tonto.

-Estúpido y brutal, según parece. ¡Qué cosa más horrible! ¡Y qué impresionante debe de haber sido para usted! Conocer el terrible asesinato de alguien con quien había estado una hora antes.

Su cara bondadosa expresaba tanta simpatía que me tentó aceptar su oferta y satisfacer la curiosidad que le costaba tanto ocultar, pero la llamada de mi hallazgo era demasiado poderosa. Con expresión de gratitud por su conmiseración, subí a la planta superior.

Estuve unos instantes atento para asegurarme de que no me seguía y luego saqué el manuscrito de donde lo había dejado la tarde anterior y lo puse en la mesa ante mí. Sólo mirarlo era un bálsamo para mi espíritu. Era real, y eso era lo más importante. Aquí -en la práctica de mis conocimientos académicos- estaba el orden, la racionalidad y la verdad. Cuando comencé a traducir la escritura desvaída me quedó claro que mi suposición del día anterior había sido acertada: en efecto, estaba escudriñando un manuscrito escrito aproximadamente el año 1000 d.C., tiempo considerablemente anterior a la recensión de 1120 de la *Vida* de Grimbald. Pero, cuando avanzaba en mi lectura, mi convicción de que la obra había existido antes de que Leofranc la revisara comenzó a debilitarse, dadas las anomalías. Lo que tenía ante los ojos era ciertamente una versión del sitio de Thurchester y el martirio de san Wulflac -aunque ni el rey ni el obispo eran nombrados-, pero muy distinta a la que aparecía en la recensión de 1120. Los sucesos en líneas generales eran los mismos, pero la interpretación de los motivos de los implicados era completamente distinta.

Llevaba poco menos de una hora de trabajo cuando oí pasos subiendo la escalera a toda prisa, lo que apenas me dejó tiempo para poner el manuscrito bajo uno de los volúmenes que estaban en la mesa, cuando Pomerance entró dando voces:

-¡Han encontrado un cadáver! -gritaba-. ¡Han encontrado un cadáver!

-¡Cielo santo! -exclamé poniéndome de pie-. ¿De quién se trata ahora?

En un instante se me presentó toda una gama de posibilidades: tuve una extraña visión de la señora Bubbosh ahogada con uno de sus paños de cocina cubriéndole la cara, rápidamente seguida por la de Austin tirado de espaldas con el cuello cortado y una navaja junto a él.

-¡Es en la catedral! -dijo atorándose-. Yo voy a mirar.

¿En la catedral? ¿Qué podía significar?

Pomerance volvió sobre sus pasos en dirección a la escalera.

-¡Espere un momento! -exclamé.

-No puedo -me dijo por encima del hombro-. Sólo subí porque Quitregard me dijo que lo hiciera.

Librodot

Bajó a la carrera. Lo seguí asombrado, haciendo una pausa para ponerme el sobretodo y el sombrero. Vi que el joven partía a toda prisa y cuando salí me encontré a Quitregard en las gradas, sin abrigo y mirando hacia la catedral.

-¡Daría cualquier cosa por poder ir! -dijo-, pero no puedo abandonar la biblioteca.

-¿De qué nuevo horror se trata? -le pregunté.

-No lo sé -casi sollozó-. Por favor, vuelva y cuénteme.

-Lo haré -le dije y corrí cruzando la lonja hacia el transepto sur, donde vi que había gente ante la puerta, la única abierta a esa hora del día. Un oficial de policía y un bedel estaban cerrando la entrada al edificio. Entre los que curioseaban vi a Pomerance, quien me miró con ansiedad, como si yo pudiese ayudarlo a entrar. Reconocí al alguacil como uno de los dos que habían traído a Perkins la noche pasada y, cuando me vio, saludó y se hizo a un lado para dejarme entrar, como si yo tuviese algún derecho especial a acceder a los cadáveres.

Pude ver que había un grupo de hombres ante el crucero y al acercarme noté que estaban junto al memorial de Burgoyne, que ahora era una pieza de albañilería rota, en parte cubierta por los andamios. Ante ella había un bloque y una polea y, cerca de ahí, la gran losa que había sido la parte visible del monumento estaba apoyada en el suelo. A cierta distancia, advertí la presencia del bedel Gazzard, mi viejo amigo, y me acerqué a él. Me saludó con una cortesía lúgubre, y le pregunté qué estaba ocurriendo.

-Es que se dieron cuenta de que el olor venía de allí y comenzaron a abrir temprano por la mañana.

-Supongo que al ceder el pavimento, el movimiento debe de haber alterado la estructura, abriendo el sello.

Se encogió de hombros.

-En cuanto quitaron algunos ladrillos el olor se volvió espantoso.

-No lo entiendo. Sólo es un memorial, no una tumba.

-Bien, pero encontraron lo que producía el olor. Allí lo tienen. Y yo de aquí no me acerco más, por nada del mundo, señor.

Le di las gracias y me acerqué un poco, pese a la horrible fetidez. Dos de los hombres, lo veía ahora, eran el doctor Carpenter y el doctor Sisterson, aunque no conocía al tercero. Por segunda vez en esos días encontraba al joven doctor inclinándose sobre un cadáver. Con la cara reseca y los labios encogidos haciendo una mueca, y el cuerpo tan disminuido que parecía no tener la talla de un adulto, daba la impresión de ser el cadáver de un hombre muy viejo. Vi que llevaba ropa de lino de estilo antiguo. De pronto recordé las palabras de la inscripción: «Porque cuando la Tierra tiemble y las Torres se muevan, la Tumba revelará sus secretos y todo se sabrá».

-Retroceda, ¿quiere? -me ordenó el desconocido.

No obstante, el doctor Sisterson levantó la vista y dijo alegremente:

-Pero si conozco a este caballero.

Se acercó a mí y me estrechó la mano diciendo:

-Qué alegría verlo y se volvió hacia el otro hombre-. Este es el señor Bulmer, el supervisor de la fábrica, y este señor es el distinguido historiador, doctor Courtine.

-Sí, sé quién es usted -dijo Bulmer sin sonreír mientras me daba la mano. Era un hombre bajo y robusto de unos cincuenta años, con mandíbulas fuertes, casi completamente calvo.

-Conozco al doctor Carpenter -dije cuando el doctor Sisterson nos iba a presentar.

El doctor hizo un gesto amistoso. El doctor Sisterson sonrió.

-Ya tenemos todas las profesiones necesarias: un médico que nos dirá cómo murió este pobre hombre, un arquitecto que nos indicará cómo fue a parar al muro, y un historiador que nos explicará lo que ocurrió en realidad.

-Y un teólogo-dijo el joven médico con cierto sarcasmo- para que nos ilumine sobre el significado último de todo esto. El sacristán dijo con una sonrisa.

Librodot

-Como historiador, doctor Courtine, esto le resultará fascinante. Al parecer, el cuerpo fue emparedado justo después de su muerte. De modo que en ese espacio sin aire se conservó a la perfección, hasta que el sello se rompió hace unos días.

-Se rompió, lo diré una vez más -dijo Bulmer enfadado-, porque mis instrucciones fueron alteradas de modo irresponsable.

Al hablar levantó la barbilla en dirección a mí y me dirigió una mirada rabiosa, en un gesto que me pareció más bien inquietante.

-Sí, señor Bulmer -dijo el doctor Sisterson-. Ya he pedido disculpas y me hago enteramente responsable. El capataz sólo obedeció mis órdenes.

-Excepto que no fue emparedado después de morir -dijo el doctor Carpenter, que había estado observando el cadáver en silencio-. El pobre hombre estaba vivo cuando lo encerraron en el memorial.

-¿Cómo puede saberlo? -le pregunté.

Protegiéndose la mano con un trapo, se arrodilló y levantó la mano del muerto.

-Mire. Las uñas están gastadas y los huesos de la mano parecen hinchados, lo cual quiere decir que trató de arañar para intentar salir de la tumba. La asfixia puede haber sobrevenido en un lapso de horas o incluso días.

La idea me hizo tomar aliento, especialmente porque el mal olor era insoportable. Estaba poseído por una sensación de horror, imaginando al hombre que había tratado de rasguñar la piedra para salir de su ataúd pétreo, gritando mientras sus pulmones pudieron llenarse de aire, golpeando los puños contra el mármol frío.

-De modo que por fin se resuelve el misterio... doscientos cincuenta años después -comentó el doctor Sisterson.

-Sí -dije-. Ya sabemos por qué desapareció Gambrill. El pobre hombre no huyó. También fue asesinado. Y se explica el motivo por el cual la losa se colocó algo separada de la muralla.

-Pero en cambio tenemos otra intriga -dijo el sacristán-. ¿Quién lo mató a él?

Bulmer intercambió una mirada con el joven doctor.

-¿Le importaría ser más claro? -dijo-. ¿De quién está hablando?

Entre nosotros, el sacristán y yo contamos la historia de Burgoyne. Cuando acabamos, el supervisor sonrió y dijo más bien sombrío:

-Como sucesor de Gambrill, simpatizo con sus deseos de asesinar a uno de los canónigos.

El doctor Sisterson sonrió sin ocultar del todo su incomodidad, pero el doctor rió al preguntar:

-¿Pero tenía algún motivo en especial?

-Es más bien enigmático -respondí-. Tenían conflictos por la falta de interés de los canónigos en conservar el chapitel. Como probablemente sabrán -dije dirigiéndome a Bulmer para intentar una reconciliación-, tras la disolución la nave fue abandonada durante más de cien años, por el peligro de que el chapitel se viniese abajo a causa de...

-No sé nada de eso. Para ser perfectamente claro, no me importa cómo ni por qué los constructores hicieron lo que hicieron en el pasado. Como hombre práctico, sólo me interesa saber si va a permanecer de pie en el futuro.

Se produjo un silencio incómodo.

-Y además, Gambrill creía que Burgoyne estaba a punto de acusarlo de desfalco -murmuró el doctor Sisterson, tratando de reparar la situación.

-Entiendo que el término preciso es malversación -dije recordando mi primera conversación con el viejo banquero.

El sacristán me miró sorprendido. Estaba empezando a explicar la diferencia cuando el joven cirujano me interrumpió:

-Me siento intrigado, señores. Ustedes dicen que por entonces se supuso que Gambrill había asesinado a Burgoyne, y que de algún modo misterioso había levantado la

losa para dejarla en esta posición, la había sellado y luego había desaparecido. Y este descubrimiento, ¿en qué lugar deja esa teoría?

-La hace mucho más clara -le dije-. Participó una tercera persona. Alguien capaz de encerrar a Gambrill en su tumba. En otras palabras, ha de haber sido un albañil.

Esperé para ver si el sacristán sabía lo que estaba sugiriendo.

-¿Thomas Limbrick? -preguntó.

-¿Quién era él? -preguntó el doctor Carpenter.

-Un joven albañil que trabajaba para Gambrill -explicó el sacristán.

-Era hijo de un antiguo colaborador de Gambrill -añadí-. El hombre resultó muerto en un accidente en la torre que le costó a Gambrill uno de los ojos. Su viuda lo acusó de asesinato. -Mientras hablaba recordé que quería preguntarle al supervisor sobre las condiciones del chapitel y si podía subir a la torre por la escalera que Gazzard me había dicho que estaba cerrada.

-Y después de la desaparición de Gambrill -añadió el sacristán-, el joven Limbrick heredó su negocio.

-Y a su viuda -añadí.

-De modo que tenía todos esos motivos para matar a Gambrill -comentó el sacristán-. Pero ¿por qué pudo haber querido asesinar al canónigo?

El doctor había vuelto a acercarse al cadáver y estaba arrodillado junto a él mientras nos escuchaba.

-Si lo hizo -comenté.

-Perdón, caballeros -intervino el supervisor-. Todo esto es muy fascinante, pero por desgracia la Fundación no me paga para pasar el tiempo analizando la historia. Tengo trabajo que hacer.

-Antes de que se marche, señor Bulmer -le dije-, quisiera hacerle una pregunta sobre el chapitel. Tengo un motivo especial para subir a la torre y echarle un vistazo. ¿Es realmente demasiado peligroso?

-Perdón -dijo volviéndose con rapidez para mirarme-. No comprendo qué quiere decir.

-Entiendo que la torre está cerrada a los visitantes por su debilidad estructural. Me preguntaba si en mi caso se podría hacer una excepción.

Me miró con sus ojos protuberantes.

-Le puedo asegurar que la torre es perfectamente segura. De hecho, sugerir lo contrario es una crítica tan seria a mi competencia profesional que me faltan palabras para expresarlo.

-Debe de haber sido un malentendido -respondí.

Vi como se le hinchaba la vena de su amplia frente.

-Es muy probable, doctor Courtine -dijo lentamente y con intención-. Enteramente posible. No obstante, permítame aclarar un punto. Pese al excelente estado de la torre, a usted no le está permitido subir bajo ninguna circunstancia.

Dio una mirada significativa en dirección al hueco en el muro y añadió dirigiéndose más bien al doctor Sisterson que a mí:

-La catedral no puede permitirse más estropicios.

Y con un breve «buenos días, señores» y un gesto de despedida, se alejó rápidamente en dirección a la nave y la puerta del oeste.

-Temo haberlo ofendido -dijo el sacristán-. Creo que me acusa de haber provocado un desastre en la catedral. Pero ciertamente el chapitel y la torre estaban en peligro de caer en tiempos de Burgoyne.

»Esto es muy raro. Ahora está todo perfectamente bien y nadie entiende por qué.

-¿Nadie entiende por qué? -reí-. ¿Puede explicar qué quiere decir?

-Con la restauración de la monarquía, la Fundación emprendió la reparación de los daños infligidos a la fábrica durante los desórdenes. Contradiciendo todas las expectativas se descubrió que ni la torre ni el chapitel necesitaban reparación. Y hace unos cuarenta años una

inspección dictaminó que habían sido reforzadas de manera inteligente y eficaz en algún momento entre 1600 y 1660. Pero no han quedado registros de dicha obra.

-Y en ese caso, ¿por qué está prohibido el acceso a la torre?

-Había allí algún tipo de antigua maquinaria que podía ser extremadamente peligrosa para cualquiera que se acercase.

Me sentí intrigado. El informe sobre la muerte de Limbrick padre se refería a una «maquinaria» y al recordar las palabras de la inscripción se me ocurrió una posibilidad: «Todas las cosas Giran, y el Hombre nacido para Trabajar, gira con ellas».

-¿De qué se trata?

-Nadie lo sabe realmente.

-¿Ni siquiera Bulmer? -le pregunté sonriendo.

-Ha confesado su completa ignorancia al respecto.

-¿Sabe lo bastante sobre construcción de catedrales?

-Para ser honesto, no mucho. Es un buen ingeniero, estoy seguro. Antes de que lo empleara el Cabildo, construía puentes.

-¿Hay una gran rueda?

Me miró como si yo hubiese perdido el juicio.

-La maquinaria está en la torre. ¿Tiene una gran rueda al lado?

-¿Como las ruedas de las prisiones?- preguntó. Sonreí.

-Exactamente. Aunque no tan grande. Más o menos el doble de la altura de un hombre.

-Reconozco que nunca he estado allí. La altura me marea. Pero me parece que es así.

Creí saber qué era y, de tener razón, buen número de piezas iban a encajar en ese rompecabezas. Pero me había quedado claro que había molestado al supervisor hasta el punto de que no tendría posibilidades de subir con su permiso.

En ese momento se acercó el doctor Carpenter:

-La funeraria llegará pronto y se llevará el cadáver a la morgue.

-Ya he dado aviso a las autoridades -dijo el sacristán-. Y supongo que habrá una investigación.

-Hablando del tema -me dijo el doctor-, ¿sabe que la vista sobre el caso del señor Stonex será esta tarde?

-Algo horrible -dijo el doctor Sisterson con un gesto de la cabeza-. Lamento tanto que se haya visto atrapado en ello, y de modo tan inocente, doctor Courtine.

Le agradecí su interés y me dirigí al doctor:

-No lo sabía, aunque el inspector me advirtió que podría ser hoy.

-En Guildhall a las dos -informó-. Probablemente sepa que la policía encontró billetes escondidos en casa de Perkins.

-Entonces supongo que su culpabilidad es indiscutible.

-Presumiblemente -dijo y se dirigió al sacristán levantando un manojo de llaves-. ¿Qué hago con todo esto?

-¿Aparecieron en el cadáver? -pregunté.

-A su lado -respondió el doctor Carpenter.

-Se las daré al doctor Locard -respondió el sacristán cuando el doctor se las pasó. Advertí que había dos llaveros de metal-. Como bibliotecario se hace cargo de las cosas de este tipo.

-Me sorprende que no esté aquí- comenté.

-Por supuesto le avisamos -dijo el sacristán- en cuanto se hizo este desgraciado descubrimiento, pero ya tenía otras cosas que atender.

-Sé que está muy interesado en esta historia -comenté-. Le encantará saber que se ha resuelto el misterio.

-No estoy seguro de que lo esté -intervino el doctor Carpenter dirigiéndose a mí-. Dígame, doctor Courtine, ¿qué cree que ocurrió esa noche, exactamente?

-Burgoyne fue asesinado al caer un andamio por obra de Gambrill, posiblemente con ayuda de Limbrick. Pero luego el propio Gambrill fue sometido por su oficial, y su cuerpo fue emparedado.

-¿Y pudo él solo instalar la losa? -preguntó el doctor Sisterson moviendo la cabeza.

-Sí, pudo haberlo hecho.

No expliqué mi teoría, pues preferí esperar hasta que tuviese pruebas.

-Todo es muy persuasivo -dijo el doctor Carpenter-, pero desgraciadamente se apoya en una premisa falsa.

-¿Qué quiere decir? -le pregunté indignado.

-¿Entendí que decían que Gambrill había perdido un ojo*?*

-Así es.

-Entonces éste no puede ser su cadáver, pues tiene los dos ojos*.*

Lo miré sorprendido.

-No puede ser así.

-Si duda de mi juicio clínico, ¿quisiera dar una segunda opinión? -preguntó el médico sonriendo.

Me recorrió un escalofrío ante la idea de acercarme al cadáver. Y me sentí resentido por la manera en que este joven inteligente me había hecho quedar en ridículo.

Estaba a punto de decir algo que podía haber lamentado, pero en ese momento entraron tres figuras por la puerta del sur: eran los hombres de la funeraria. Despidiéndome a toda prisa de mis acompañantes, salí del edificio.

El joven Pomerance seguía entre la pequeña multitud que permanecía en las gradas y cuando pasé me tironeó la manga pidiéndome que le contara lo ocurrido. Le informé sin entrar en detalles y volví deprisa a la biblioteca. Quitregard había hecho café, que me ofreció. Acepté, consciente de que deseaba oír mis noticias y yo estaba dispuesto, tras mi poco grata experiencia, a hablar con alguien. De modo que, por más ansioso que estuviese por volver a mi manuscrito, me senté y le conté lo que había hallado. Fue evidente que el misterio le encantó.

-Es posible -concluyó- que emerja algo más de la investigación, pero todo esto es muy enigmático.

Quitregard se dio un golpe en la frente.

-Y hablando de investigaciones, cuando usted no estaba la oficina del fiscal envió un alguacil para avisarle que la vista referente al pobre señor Stonex se celebrará esta tarde.

-Es lo que me dijo el doctor Carpenter. Será en Guildhall. ¿Dónde queda?

Me lo indicó.

-¿Sabe que su fortuna se cifra en cientos de miles?

-¿Y será para la Escuela Coral?

-No, señor. Aparentemente esa era su intención, pero no han encontrado el testamento. Su abogado no lo tenía, me han dicho. Y hasta ahora la revisión de su casa y el banco no ha dado resultados.

-Si murió sin testar, el heredero será su pariente más próximo, suponiendo que haya alguno vivo. ¿Se sabe algo de eso?

-Tenía una hermana, pero no se han visto casi desde la niñez. Hace unos cuarenta o cincuenta años.

-Y un hermano -añadí.

El joven me miró.

-No, no tenía un hermano. Discúlpeme, pero se equivoca.

-Pero recuerdo claramente que lo mencionó ayer por la tarde. Estaba hablando de su infancia en el deanato nuevo y los juegos con su hermana y, dijo, su hermano.

Me miró perplejo.

-Nunca he sabido de un hermano. Sé que se enemistó con su hermana, que era mucho menor y se marchó de aquí casi adolescente. Recuerdo haber oído a mis abuelos hablar de ella porque se acordaban del escándalo. Al parecer se enamoró de un actor irlandés de una

compañía en gira que estaba haciendo representaciones en el teatro. Quiso casarse y cuando su hermano no se lo permitió, ella escapó tras él. He oído que ella también llegó a ser...

-¿Y no es posible que hubiese otro hermano que murió o asimismo dejó la ciudad a temprana edad?

-Es posible, pero me parece que yo lo hubiera sabido. El señor Stonex y sus asuntos son la comidilla de la ciudad, como puede imaginar. ¿No podría haber sido un lapsus al hablar?

-¿Quiere decir que dijo hermano en vez de hermana? Me cuesta creerlo. Es muy misterioso. ¿Podría pedirle que le preguntara a sus abuelos si han tenido noticias de un hermano?

Sonrió con tristeza.

-Desgraciadamente ya no viven.

-Le pido perdón. Desde luego fue hace mucho tiempo. Me pregunto si habrá alguien vivo que recuerde al viejo señor Stonex. Quiero decir al padre del difunto. Su retrato es muy impresionante.

-¿Lo llama viejo, señor? -me preguntó socarronamente el joven-. Murió aproximadamente a los cuarenta años.

Sonreí:

-Puedo haberlo hecho, pero ahora me parece trágicamente joven. Por cierto, Stonex mencionó ayer la muerte de su padre, y habló de su pena.

-Me sorprende. Mi abuelo me contó que padre e hijo se detestaban. El padre pensaba que su hijo era frío y calculador.

-La distancia suaviza los recuerdos -respondí- y usted ya lo habrá aprendido cuando tenga mi edad. Además, es posible odiar a alguien y que, sin embargo, su muerte nos conmueva profundamente.

-Estoy seguro de que tiene razón. Mi abuelo acostumbraba a decir que el señor Stonex había tenido una infancia muy desgraciada porque para su padre era un aguafiestas, incapaz de disfrutar de la vida. Y por eso el chico creció odiándolo. La hermana, por su parte, era la favorita y adoraba a su padre.

-Supongo que ése puede ser el motivo de la pelea tras su muerte. Un hombre así despierta emociones fuertes. Por lo que dijo el anciano ayer, era encantador, egoísta y de carácter disipado y negligente.

-En verdad, de joven tuvo muchas aventuras -respondió el joven con un aire algo incómodo.

-Pero luego se reformó, me contó el anciano, cuando murió su padre. Volvió a la ciudad y trabajó mucho para activar el banco.

-Es lo que se dice siempre, señor. Pero mi abuelo tenía otra opinión y decía que sólo volvió para meter las manos en el banco y que cuando murió estaba al borde de la quiebra, y que su hijo, el actual señor Stonex, tuvo que pasar treinta años reparando el daño que había hecho su padre en sólo cinco.

-Es bastante curioso. Me pregunto cuál será la verdad. Supongo que nunca lo sabremos -suspiré-. Tantos misterios.

-Nunca he visto tanta excitación -dijo el joven-. El pobre señor Stonex, el cadáver en el memorial Burgoyne, la disputa sobre el doctor Sheldrick ayer, e incluso el robo en su casa, el martes.

-¿Podría haber alguna conexión entre todo esto? -le pregunté.

Quitregard miró al suelo.

-No veo cómo, señor. Pero la gente está diciendo las cosas más raras sobre el robo en casa del doctor Sheldrick.

-¿Se sospecha de alguien?

-Se dice que lo robado podría, en malas manos, ser muy peligroso.

-¿Peligroso para el doctor Sheldrick?

Librodot

-Y para el buen nombre de la Fundación. Por lo menos eso es lo que dicen.

-¿Y cómo podrían ser peligrosas unas miniaturas?

Levantó la vista y se sonrojó. Se me ocurrió que estaba siendo muy tonto. Había acabado mi café y me levanté.

-Si llega el doctor Locard, ¿podría decirle que me gustaría que me dedique unos minutos de su tiempo?

Había decidido no seguir posponiendo el momento de contarle al doctor Locard mi descubrimiento. El bibliotecario tenía que ser informado y bien podría hacerlo ahora.

-El doctor Locard está aquí -respondió sorprendido el joven-. Llegó poco antes que usted y se ha ido a la galería de arriba.

Me horroricé porque súbitamente me di cuenta de que había dejado el manuscrito en una mesa, apenas oculto por un libro. Si el doctor Locard lo había descubierto, se preguntaría por qué no lo había informado de mi hallazgo, y temí que sospechara que había contemplado la posibilidad de ocultárselo. Subí rápidamente y, para mi gran angustia, encontré que el doctor Locard estaba sentado justo ante la mesa donde yo había estado. Cuando me acerqué, levantó la vista y sonrió de mala gana:

-He de felicitarlo, Courtine. Ha hecho un descubrimiento muy notable.

Tenía el manuscrito ante él.

-Lo encontré justo antes de que Pomerance entrara con la noticia del cadáver descubierto en la catedral -le dije incómodo-. Estaba a punto de venir a contárselo cuando aquello me hizo olvidar todo lo demás.

-Ha sido un día de sucesos sorprendentes -comentó con sequedad-. Casi tan dramático como ayer.

Hizo un gesto indicando las estanterías que nos rodeaban.

-¿Fue aquí arriba donde lo encontró?

-Por absoluto azar. Hallé casualmente las actas de las sesiones de la Corte del Magistrado, y mientras las hojeaba, lo encontré entre sus páginas -le dije, indicándole el libro que seguía abierto en el lugar donde había estado el manuscrito.

-Qué coincidencia más curiosa -comentó.

No me parecía que fuese así, pero decidí no decir nada sobre mi interés en la muerte del padre de Limbrick, al igual que, suponía, había hecho Pepperdine más de dos siglos atrás.

-Sólo tuve tiempo para echarle un vistazo -le dije-. Parece ser exactamente lo que esperaba encontrar: una parte de la versión original de la Vida de Grimbald.

-Lo he estado mirando hace escasamente unos veinte minutos -dijo el doctor Locard-, pero advierto que no se dan nombres. Incluso los invasores son llamados *pagani*, sin más, y la referencia a la ciudad es *civitas*. Además, me parece notar algunos rasgos notablemente anómalos y se me ha ocurrido una idea. Pero mirémoslo y veamos a qué conclusiones podemos llegar.

Me sentí como el niño al que le arrebatan el regalo de Navidad y lo abre uno de sus hermanos mayores. Pero no tenía otra opción, de modo que me senté a su lado y como dos escolares que comparten un examen, tradujimos el texto entre los dos:

> En un tiempo el rey y el mártir fueron grandes amigos, pero ya no lo eran porque este último criticó a su discípulo por sus debilidades. En particular le reprochó no entregar el trono a su sobrino, ahora que el joven tenía edad suficiente. El mártir señaló al rey en presencia de sus consejeros que como hijo del hermano mayor del último rey, el heredero legítimo era el joven. Además, era muy sabido que el rey había dado muerte a su padre y su hermano mayor. Había muchos entre los presentes que apoyaban al sobrino del rey porque creían que sería más fuerte y de fiar que su tío.

Librodot

-Es interesante -dijo el doctor Locard-. Alfredo era un sucesor improbable al trono, ¿no?

-Pero ninguna prueba sugiere que haya dado muerte a nadie de su familia -repliqué indignado. El doctor Locard había asegurado no tener mayores conocimientos sobre el período aunque no sólo había leído mi artículo y el de Scuttard, sino que claramente conocía algunas de las fuentes. ¿Se debía ello únicamente a que era un estudioso notable, o Austin tenía razón al sospechar que estaba comenzando a interesarse en la historia de Inglaterra antes de la conquista de modo profesional?

-No, pero supongo que no tiene por qué haber ninguna, ¿no?, puesto que el rey determinó lo que se escribía sobre él y todo lo que ha llegado hasta nosotros. Pero sigamos.

> El rey se salvó cuando un súbito peligro exterior amenazó el reino: un gran ejército de paganos invadió el país, saqueando, pillando y robando todo a su paso. El rey dejó al mártir al mando de la ciudad que estaba en el camino de las tropas enemigas, diciendo que él se adelantaría a combatir contra ellas. Pero, como temía por su seguridad, condujo a su ejército en la dirección opuesta. Como resultado de la cobardía del rey, el enemigo capturó la ciudad y tomó al mártir como rehén.

-Lo felicito por probar su idea -dijo el doctor Locard con una sonrisa-. Claramente esta es una versión más auténtica de la historia y presumiblemente sea lo que escribió Grimbald antes de que Leofranc lo moderara con su texto.

-¿Sobre qué base lo dice? -le pregunté descorazonado.

-Me parece más cierto que la imagen absurdamente heroica del rey en la última versión.

-No estoy de acuerdo -le dije con cierta tirantez-. Me parece un principio arbitrario y peligroso de la investigación histórica.

-Que no idealice al rey no prueba, por cierto, su autenticidad, pero como me parece que veremos en un momento, encontraremos pruebas que lo corroboran. Sigamos -dijo volviendo a inclinarse sobre el manuscrito.

> Cuando estas noticias llegaron al rey, sus consejeros lo obligaron a regresar y sitiar la ciudad. Como el rey estaba demasiado atemorizado para hacerlo, su sobrino actuó como intermediario con el enemigo. El jefe de los paganos dijo que daría muerte al mártir a menos que el rey le entregara su oro. Cuando el sobrino lo informó de que el oro había sido enviado a lugar seguro, dijo que el rey debía entregarse como rehén, mientras lo traían. Cuando se enteró de ello, el rey se negó tanto a mandar buscar el oro como a entregarse. El jefe enemigo dijo que mataría al mártir al día siguiente si sus exigencias no eran satisfechas. El sobrino del rey alegó ante los consejeros que el rey debía hacer lo que le pedían. Cuando el oro fuera entregado y liberaran al rey, podrían atacar al enemigo y recuperar el tesoro. El rey no confió en su sobrino y se negó. Luego el sobrino del rey dijo que se ofrecería a cambio del mártir y los consejeros aplaudieron su valor. De modo que volvió a la ciudad y fue llevado ante la presencia del jefe pagano, y trajeron al mártir de donde lo tenían secuestrado. Cuando el sobrino hizo su oferta, el jefe rió y la rechazó, diciendo que era muy valiente, pero que quería a su tío. Intentó forzar al rey para que aceptara sus términos suspendiendo al mártir sobre la entrada principal de la ciudad. Pero el mártir era un hombre sabio y de grandes conocimientos y sabía que iba a haber un eclipse. También sabía que el rey entendía ese fenómeno celeste porque, muchos años antes, había leído y traducido a Plinio con él, cuando era su tutor. De modo que intentó comunicarle esto al rey dándole un mensaje al sobrino que no significaba nada para los presentes -ni tampoco para el propio sobrino que era más guerrero que erudito- pero que sabía que el rey iba a entender. Cuando el sobrino volvió donde el

Librodot

ejército sitiador, el mártir fue suspendido con cuerdas bajo los brazos desde las murallas de la ciudad, a la vista de todos.

El sobrino del rey volvió donde su tío y le dijo a él y a sus consejeros que su misión había fracasado. También entregó el mensaje del mártir y el rey comprendió su significado, pero simuló no haberlo hecho. Quería que dieran muerte al mártir con rapidez, para que se resolviera la situación, pues temía que sus consejeros estuvieran tramando entregarlo al enemigo. Pensaba que cuando hubiesen liberado al mártir, se negarían a entregar el oro y él, el rey, sería asesinado para ser reemplazado por su sobrino. Sus sospechas se confirmaron cuando descubrió que sus guardaespaldas se habían convertido en sus custodios. Decidió huir. Como lo vigilaban tan estrechamente, el rey sabía que escapar sería casi imposible. Y entonces se le ocurrió una forma de lograrlo, aunque fuese degradante y vergonzante. En plena noche se afeitó la barba y se disfrazó vistiéndose con la ropa de una de las mujeres de la casa. De ese modo pasó junto a la guardia sin ser reconocido y se dirigió a los establos. Allí montó en su propio caballo, pero el animal no lo reconoció vestido de mujer y, como no era un excelente jinete, lo lanzó por tierra. En esta situación ignominiosa fue encontrado por su palafrenero, quien lo reconoció pese a sus ropas y dio la alarma. El rey intentó volver a montar, pero el palafrenero sujetó el caballo y llamó hasta que llegó la guardia y detuvo a su señor.

-Esto tiene más sentido -musitó el doctor Locard-. La lucha del rey fue para apartarse del peligro, no para ir en su busca. Se volvió hacia mí.

-¿No le parece que esta versión de la historia del caballo y el palafrenero es mucho más convincente que el relato sentimental de Leofranc?

-No -dije sintiéndome desdichado-. Me parece que Leofranc es igualmente verosímil.

-¡Qué sorprendente! -comentó apretando los labios de modo desagradable-. ¿Entonces ha cambiado su opinión, doctor Courtine, y ahora alega que este manuscrito no es auténtico, que no es del original de la *Vida* de Grimbald, que no es anterior a Leofránc y que no fue su fuente?

-No me he decidido -respondí con tanta dignidad como pude reunir.

Estaba desesperado. El manuscrito era claramente anterior al período de Leofranc y los paralelismos eran tan estrechos que, particularmente por estar en Thurchester, parecía imposible negar que hubiese basado su texto en él.

-Veamos como sigue -dijo el doctor Locard.

Ahora la autoridad del rey había quedado destruida por su acto cobarde. El sobrino y los demás señores decidieron entregarlo al enemigo a cambio del mártir y mandar traer el tesoro. Ya era de día. El ejército sitiador fue formado para presenciar la entrega del rey y cuando el sol se levantó por el horizonte, todavía podía verse al mártir suspendido sobre la puerta, ya muy cerca de la muerte. Ahora el rey recordó el mensaje del mártir y le dijo a su sobrino y demás señores que si lo entregaba al enemigo como castigo por ese acto terrible de deslealtad, Dios se llevaría el sol. Todos rieron y se dispusieron a escoltarlo. En ese momento el sol comenzó a desaparecer y la tierra se oscureció progresivamente hasta que se hicieron las tinieblas. El sobrino del rey y los señores se detuvieron aterrados y cuando el rey les dijo que lo liberaran y le devolvieran su autoridad, que volvería el sol, aceptaron sus condiciones de inmediato. Mientras tanto, el jefe enemigo, que estaba de pie sobre la puerta principal, creyó que el mártir había hecho desaparecer el sol con sus poderes mágicos. Por ello ordenó que cortaran las cuerdas que lo sostenían. El anciano cayó y encontró la muerte justo en el momento en que comenzaba a disiparse la

oscuridad. El rey se alegró mucho pues estaba a salvo y ya no tendría que entregar su tesoro. Los consejeros y los señores creyeron que el rey había ordenado al sol que desapareciera y que lo había hecho volver. Por lo tanto, cuando les ordenó que matasen a su sobrino, la mayoría lo apoyó. Hubo una lucha y el sobrino fue asesinado. Los paganos, viendo que sus enemigos tenían conflictos entre ellos, lanzaron un ataque súbito y feroz contra las tropas del rey infligiéndoles una derrota aplastante. El rey fue forzado a entregar su tesoro como precio para que los invasores dejaran el reino, pero ahora estuvo dispuesto a hacerlo porque su rival había vuelto y, como había asesinado a todos sus sobrinos, nadie más podía reclamar el trono. Además tenía tan poco respeto por el obispo asesinado que...

-Y aquí se interrumpe abruptamente. Bien, ha hecho un descubrimiento extraordinario, doctor Courtine. Si es lo que esperaba encontrar, va a requerir que se reescriba la historia del siglo IX. No sé si se ha dado cuenta de que esto corrobora la tesis de Scuttard de que Alfredo fue derrotado por los daneses y tuvo que pagarles tributos.

Hice un gesto, pues no quería abrir la boca.

-Me parece muy probable que alguien del período alfrediano (digamos, en función de la discusión, que pudo haber sido Grimbald) escribió una relación del reinado con mucha información que desacreditaba a Alfredo. Doscientos años más tarde Leofranc lo revisó para glorificarlo, pues servía a sus propios intereses, que eran hacer del santuario de Wulflac un objeto de veneración en toda Europa. ¿No le parece una hipótesis razonable?

-Posiblemente -le dije descorazonado. No quería que notara mi enorme decepción. ¿Era ésa la verdad sobre Alfredo: que era un criminal, cobarde y traicionero? ¿Resultaría que mi gran descubrimiento iba a requerir una completa revisión del período alfrediano (como esperaba), pero de un modo que me provocaría un dolor exquisito?

-El latín es horrible, desde luego -dijo el doctor Locard-. Hay un elemento estilístico muy agotador que me es familiar, pero me es imposible saber a qué me recuerda exactamente. Tal vez me acuerde de pronto.

Se levantó.

-Debo ir a ver al sacristán para enterarme de lo que han hecho con el cuerpo de Gambrill.

-No es Gambrill -le dije, con cierto placer al poder enseñarle algo-. Tiene los dos ojos.

-¿Es eso cierto? -me preguntó mirándome- ¡Qué sorprendente!

-¿De quién cree que es el cuerpo?

Reflexionó un momento y volvió a sentarse.

-Sólo hay una posibilidad. Que esa noche murieron dos hombres.

-¿Burgoyne? Pero su cuerpo fue encontrado.

-¿Lo fue? El cuerpo encontrado bajo los andamios sólo fue identificado por la ropa.

-Pero si hubiese sido Gambrill lo hubiesen reconocido porque le faltaba un ojo.

-Me parece que no, porque la cara estaba aplastada y no podía ser reconocido. Los dos hombres eran altos y más o menos de la misma edad. Se supuso lo más evidente. Evidente, pero errado, como suele suceder con los supuestos. Mi experiencia como historiador me lo ha enseñado.

Sus palabras me recordaron al señor Stonex y desencadenaron una serie de pensamientos que en ese momento no podía seguir. Forzándome a concentrarme en lo que hablábamos, dije:

-Y en ese caso, ¿quién mató a Burgoyne y Gambrill? ¿Y cuáles eran sus motivos?

-No los mató el mismo hombre. Gambrill mató a Burgoyne y debió de pensar que sería una broma macabra poner su cadáver en el memorial, ese objeto odioso que había provocado la desavenencia entre los dos.

-El doctor Carpenter nos ha asegurado que fue emparedado vivo y murió por asfixia.

El doctor Locard levantó una ceja.

-Una broma muy macabra, en efecto. Que tiene otro matiz, pues el propio Gambrill fue asesinado inmediatamente después, cuando provocaron que el andamio le cayese encima.

-¿Presumiblemente obra de Limbrick? -sugerí.

-Ciertamente obra de Limbrick. Y los dos asesinatos tienen relación. Recuerde que Gambrill vivía atormentado por la culpa de un crimen terrible cometido por él, y su conducta deja claro que creía que Burgoyne iba a denunciarlo.

-¿Y el secreto que lo hacía sentir culpable era haber asesinado al padre de Limbrick?

Me lanzó una mirada de sorpresa.

-¿Lo sabe?

-¿Cómo cree que lo descubrió Burgoyne?

-Imagino que Gambrill se lo había confesado cuando eran amigos. Y como se habían enemistado, creía que Burgoyne estaba a punto de revelarlo.

-De modo que lo mató -accedí-. Pero sin saber que Limbrick era más peligroso aún. ¿Cómo fue?

El doctor Locard sonrió:

-Limbrick era un niño cuando murió su padre, pero cuando hay un conflicto asesino entre dos hombres, yo sigo el adagio francés: *cherchez la femme.* Supongo que la madre de Limbrick envenenó a su hijo contra Gambrill repitiéndole la historia una y otra vez.

-De modo que durante todos esos años Limbrick albergaba su rencor y esperaba la oportunidad de dar muerte a su patrón -asentí.

-Y su oportunidad llegó la noche en que Gambrill mató a Burgoyne.

-¡Qué irónico que Burgoyne iniciara toda esta serie de sucesos al amenazar con que delataría a Gambrill!

El doctor Locard sonrió.

-Ciertamente, es lo que Gambrill creía que Burgoyne iba a hacer: delatarlo.

Vacilé.

-¿Cree que se equivocaba?

-Los participantes no conocían toda la historia. En ese tiempo ocurrieron varios incidentes más. Sabe que esa fue la noche de la gran tormenta.

Asentí.

-¿Y sabe que aparentemente la tormenta mató a alguien que dormía en la portería vieja.

-Recuerdo que el doctor Sisterson lo mencionó cuando charlábamos sobre el capítulo del doctor Sheldrick.

El doctor Locard sonrió sin simpatía.

-Oh, sí. La famosa historia de la Fundación. Imagino que el doctor Sheldrick no menciona ese incidente.

-No, extrañamente no lo hace.

-¿Le contó el doctor Sisterson quién fue el muerto?

-No.

-Fue uno de los niños cantores, alumno del colegio coral de vicarios. Lo mató una techumbre que lo aplastó. Pero fue extrañó que el edificio resultara poco dañado. De hecho, más que una víctima accidental de un techo que cae, parecía que le hubiesen dado

Librodot

una paliza de muerte. Su cama estaba cubierta de trozos de madera, pero ninguna parecía tan pesada como para matarlo.

-¿Alguien vio la caída del techo?

-No. Y ninguno de los demás chicos supieron nada de esto. Dormía solo en una pequeña habitación justo debajo del techo.

-¿Ve alguna conexión entre eso y los demás sucesos de aquella noche?

-¿No le parece que sería una extraña coincidencia que no hubiera ninguna? -me miró un momento, reflexivo.

-Si la hay -dije-, confieso que no la veo.

-Cuando se investiga un crimen, la explicación adoptada no es la que responde mejor a todas las circunstancias, sino la que mejor sirve a los propósitos de los que realizan la investigación.

Reflexioné un momento sobre ello.

-¿Sugiere que por entonces la suposición de que Gambrill había matado a Burgoyne le vino bien a todo el mundo, pero que no era verdad?

-Y aunque algunos sabían que la historia era más que eso, tenían buenas razones para guardar silencio. -Hizo una pausa-. La tragedia de ayer es otro ejemplo. A la policía le conviene suponer que fue un caso sencillo de robo y asesinato.

-¿No cree que el camarero haya dado muerte al señor?

-Por el contrario, estoy seguro de que lo hizo. Pero me parece que la policía no ha entendido sus motivos. Está claro que sabía que si robaba al señor Stonex tendría que matarlo para evitar que éste lo acusara. ¿Es concebible que haya decidido cometer un crimen tan grave sin la certeza de ser ampliamente recompensado?

-Presumiblemente creía que había dinero en la casa. Y me parece que lo encontró.

-Veinte libras. Es todo.

-Está muy bien informado, doctor Locard. Pero para un hombre de su condición es una fortuna enorme. Las ganancias de varios meses.

-No es suficiente como para justificar el riesgo.

-Reservándome el juicio sobre ese punto: ¿Cuál es su explicación?

-Creo que le pagaron para que cometiera el asesinato.

-¿Que fue pagado? ¿Por quién?

-Por la parte que se beneficiaría de la muerte del anciano.

-¿Y quién es?

-Si moría sin testamento, sería su pariente más próximo.

-Y murió sin testar. He oído... -me interrumpí. Se me ocurrió que sería mejor no mencionar que Quitregard me había dicho que el testamento del difunto favorecía a la Fundación.

-No creo que lo haya hecho -dijo el doctor Locard-. No se ha encontrado un testamento.

-No entiendo.

-Creo que a Perkins le pagaron, no sólo para que matara a Stonex, sino también para encontrar su testamento.

-Entonces presumiblemente lo han destruido.

-Es muy posible. Pero probarlo puede resultar difícil.

Me preguntaba qué quería decir cuando continuó:

-Mi esperanza es que Perkins confesará y lo reconocerá todo cuando la vista resuelva que vaya a juicio.

-¿Está seguro de que será ese el resultado?

-En la medida en que el jurado no sea llevado a un estado de confusión.

-Ciertamente hay algunos aspectos que confunden.

-Pero el jurado ha de entender bien que Perkins revolvió la casa después de cometer el crimen.

Librodot

Lo miré con sorpresa.

-Me han informado de que usted mencionó a los agentes que la casa ya estaba en desorden cuando usted y Fickling llegaron.

-Es cierto.

-Es exactamente el tipo de cosas que confunde a los jurados y los saca de la vía correcta.

-Es muy sencillo. El señor Stonex había estado revisando sus papeles antes que llegáramos Fickling y yo porque buscaba un documento que quería mostrarme.

-¿Un documento? -preguntó al instante.

-Y uno que puede interesarle: se trata de otro testimonio de la muerte del deán Freeth...

-¿No sería un documento legal de algún tipo?

-No, no. Era la prueba de que la muerte de Freeth fue el resultado de una conspiración por parte del oficial que regía la ciudad en nombre del Parlamento.

-Suena sumamente improbable.

Le hice un resumen de la historia que el anciano nos había narrado a Austin y a mí.

-Es una completa tontería -dijo el doctor Locard con cierta aspereza-. Contradice totalmente la versión más fiable, que es la que ha pasado a través del Cabildo. Nunca ha sido divulgada a nadie ajeno a él porque arroja una luz poco favorable sobre los canónigos -sonrió-. Pero se la revelaré. Proviene de uno de los canónigos, Cinnamon. Vio que los soldados comenzaban a saquear el Tesoro y entonces Freeth salió a la carrera del deanato nuevo y entró en el edificio. El propio Cinnamon corrió hacia allí y cuando llegó, pocos minutos más tarde, encontró al deán luchando físicamente con otro canónigo.

-¡Dios mío! ¿Con cuál?

-Con Hollingrake, el bibliotecario.

-Es sorprendente -exclamé recordando que el propio doctor Locard me había contado que los dos hombres habían colaborado para falsificar una escritura-. ¿No era tesorero, por entonces?

-Tiene razón, lo era. Conoce la historia del Cabildo mejor que yo. Freeth estaba intentando volcar una lámpara para prender fuego a la tesorería.

-¿Freeth intentaba quemarla? ¡Es extraordinario! -Puede imaginar los motivos para mantener esa historia en secreto. Consiguió encender fuego y Cinnamon intentó apagarlo. Hollingrake se apartó de Freeth y mientras Cinnamon contenía al deán, fue a un baúl, lo abrió y sacó algo que parecía ser un documento. Cuando lo vio, Freeth se lanzó contra Hollingrake y los dos hombres iniciaron una lucha para apoderarse de él. Freeth golpeaba a Hollingrake mientras lo insultaba a gritos. Los canónigos hubieron de huir del edificio, que ya estaba en llamas. Cuando estuvieron fuera, intervinieron los soldados y separaron a Freeth de Hollingrake, pero él volvió a lanzarse sobre su cuerpo y lo pateó cuando estaba en el suelo, y fue entonces cuando por desgracia uno de los soldados le disparó.

No pude evitar una exclamación:

-¡Me sorprende que pueda descartar la historia del señor Stonex y creer ésta!

-¡La creo, doctor Courtine, precisamente *porque* es tan improbable y vergonzante para el Cabildo! El hecho de que fuese recordada y transmitida le da cierta consistencia.

-La lógica de todo esto es aceptar que el relato menos probable es el verdadero.

-¿Por qué iba a mentir Cinnamon? ¿Qué podía ganar con ello?

-¿Quién sabe? Pero, ¿dice que Freeth corrió a la tesorería y no a la biblioteca?

Recordé que el señor Stonex había ignorado las pruebas de Pepperdine y su testigo ocular porque la biblioteca no se podía ver desde la ventana del comedor.

-Por ese entonces la tesorería era parte de la biblioteca. La tesorería quedó tan seriamente dañada que la trasladaron a otro edificio.

Librodot

De modo que el testigo de Pepperdine puede haber estado en lo cierto. Siguiendo una línea de pensamiento fundamentada en esto, le pregunté:

-¿Por casualidad era Cinnamon el chantre?

-Sí, lo era. ¿Le parece significativo?

-Posiblemente.

De hecho, imaginando la política del Cabildo por aquel entonces, y reflexionando sobre cómo en mi propio colegio y entre un grupo de hombres con intereses algo abstractos se incuban resentimientos y malentendidos durante años, tenía una teoría sobre lo que podía haber estado ocurriendo.

En ese momento el reloj de la catedral dio la hora y el doctor Locard se puso de pie.

-Desgraciadamente he de cumplir mis obligaciones -se volvió desde la escalera-. Espero que su testimonio no interfiera en que el jurado descubra la verdad: que Perkins registró la casa buscando el testamento.

-Tengo que describir lo que vi, doctor Locard. Es la obligación de un testigo.

Vaciló y luego dijo:

-Entiendo que Fickling no corrobora lo que usted sostiene.

-Notó el desorden algo menos que yo. Es todo.

-Sin embargo, ¿no le parece que si se contradicen ante el tribunal se crearía una situación algo incómoda?

Se despidió de mí con un «buenos días» y bajó. Cuando sus pasos se desvanecieron en los ecos del antiguo edificio, me senté a observar el manuscrito. Mi alegría había desaparecido y sentía resentimiento hacia el doctor Locard por ello. También me molestaba que me hubiese provocado con sus conocimientos superiores y su mayor capacidad de profundidad en la historia de Burgoyne. Tenía la impresión de que había estado jugando conmigo como un pescador con su presa. ¿Qué significaba que el chico hubiese muerto la misma noche que pereció Burgoyne? ¿Estaban conectadas ambas muertes? Y de ser así, ¿de qué manera? No podía percibir lo que sugería el bibliotecario. Y me perseguía la imagen del deán prendiendo fuego al edificio de la lonja mientras luchaba violentamente con otro canónigo momentos antes de su muerte. ¿Si realmente había ocurrido, cuál era la verdad tras todo aquello?

Debía llegar a tiempo al tribunal y todavía tenía que comer algo. Al salir de la biblioteca observé la lonja y pude ver el deanato nuevo. De modo que el testigo de Pepperdine no se había engañado y su versión de los hechos no podía descartarse. Fui a la posada de siempre, reflexionando que era extraño que aunque la comida y el servicio me parecían apenas soportable, volviese una y otra vez. Supuse que me influía la tranquilidad de ir donde un diablo conocido, y el temor de que en otro lugar podría ser peor. Me preguntaba dónde estaba Austin y en que forma lo afectaba la lucha con el Cabildo.

Mientras comía pensé en cómo, en su calidad de canónigo encargado de la música, Cinnamon debía de odiar a Freeth por lo que había hecho. Suponiendo que dijese la verdad, ¿por qué luchaban los canónigos? Súbitamente recordé algo que había dicho el doctor Locard un día antes: «La mejor prueba de una falsificación es el original en que se basa». Si Hollingrake poseía el original del documento que él y Freeth habían falsificado para evitar que Burgoyne suprimiera el colegio, tenía entonces un poder inmenso sobre el deán. Probablemente lo había guardado en su tesorería. ¿Podía ser que cuando Freeth vio soldados entrando en la tesorería, aprovechara la oportunidad para liberarse de un chantaje destruyendo el original bajo la cobertura del pillaje perpetrado por los soldados?

Pagué y me dirigí al Guildhall.

Librodot

Viernes por la tarde

Esa tarde gris me condujeron a una sala grande revestida de paneles de roble oscuro, con corrientes de aire y mal iluminada por unas lámparas de gas. Cubrían los muros los retratos al óleo de antiguos alcaldes, ridículamente vestidos con uniformes militares de alabarderos de los señores locales, o montando a caballo, o más grotescos aún. El más grande era el cuadro de una visita del último rey que plasmaba al alcalde y a sus concejales arrodillados en fila ante Su Majestad.

Había postergado mi llegada y ya había cierto número de personas ocupando los primeros bancos, entre quienes reconocí al alguacil Adams y el inspector Antrobus. Encontré espacio algo más atrás, con la esperanza de pasar inadvertido. Pocos minutos antes de que comenzara el juicio, llegó Austin acompañado de Slattery. Parecieron no verme y se sentaron al otro lado del pasillo. Unos momentos más tarde un bedel hizo pasar al jurado constituido por quince hombres sobriamente vestidos, a quienes condujo a su tribuna. Y entonces llegó el juez de primera instancia -un hombre pequeño y algo mayor que yo, con facciones finas y complexión rubicunda, que se sentó de cara al público. En ese instante se presentó apresuradamente el doctor Locard, acompañado de un hombre calvo, rayando la cincuentena. Me vio, sonrió y hasta cierto punto me sorprendió sentándose a mi lado, entre su compañero y yo.

-Este es el señor Thorrold -susurró-. El abogado del difunto señor Stonex.

Nos dimos la mano por delante del doctor Locard, pero no tuvimos tiempo de hablar antes de que comenzara la vista. Me pregunté por qué el doctor Locard estaba con el abogado del difunto, hasta que recordé lo que me había contado Quitregard sobre el interés del anciano en la Escuela Coral.

El juez comenzó por decir que él y el jurado habían estado esa mañana en la morgue, viendo el cadáver, y en el deanato nuevo, para conocer el lugar de los hechos. Se había realizado la identificación en presencia del empleado jefe del muerto, el señor Alfred Wattam. En cuanto a la causa de la muerte, esa tarde se tomaría declaración al doctor Carpenter, quien desgraciadamente había sido convocado a una consulta urgente y por tanto testificaría más tarde de lo previsto.

El inspector Antrobus fue el primero en testificar. Se instaló con seguridad en el estrado de los testigos, con sus grandes manos apoyadas en la repisa.

-Comisario: ¿qué encontró al llegar a la casa? -le preguntó el juez.

-Había sido registrada y de inmediato me quedó claro que se había cometido un asesinato cuya motivación era el robo. Las declaraciones de los dos caballeros que habían estado tomando el té con el señor Stonex esa tarde probaban que los hechos ocurrieron en la media hora anterior a las seis de la tarde. Los dos testigos declararon haber oído al camarero Perkins, que llegaba a la puerta de la calle en los momentos en que ellos se marchaban por la puerta trasera, exactamente a las cinco y media, hora a la que el difunto le había pedido que le trajera una cerveza. Por lo tanto, envié dos agentes en busca de Perkins y cuando lo interrogué más tarde, ese mismo día, negó cualquier conocimiento del crimen. Dijo haber ido a la casa a las cuatro, como de costumbre, pero que en la puerta de la calle había una nota que le indicaba que entrara, y encontró que la puerta estaba sin cerrar, todo lo cual era inesperado y sin precedentes. Pero dijo haber realizado sus tareas del modo habitual: puso la cena, recogió los platos sucios del día anterior y se marchó. Y negó terminantemente haber vuelto a las cinco y media.

-¿Mencionó haber recibido instrucciones del difunto acerca de regresar más tarde?

-Lo negó. No obstante, se presentó un testigo para decir que lo había visto ante la puerta de calle de la casa cuando eran exactamente las cinco y media.

-¿Está aquí ese testigo?

-Lo está. Y se trata del señor Appleton, el director de la Escuela Coral de la catedral.

-¿Confrontó a Perkins con la prueba de que mentía?

Librodot

-Lo hice y él cambió su historia completamente, reconociendo que en efecto había vuelto a las cinco y media.

-¿Para llevar cerveza?

-No. Dijo que el señor le había dejado un mensaje diciéndole simplemente que volviera para recibir instrucciones. Después fui a casa de Perkins -ya era casi medianoche- y encontré un paquete escondido en un aparador.

-¿Y esto es lo que encontró? -el juez señaló el paquete en papel marrón colocado en la mesa que tenía al frente.

-Sí. Al abrirlo se vio que contenía billetes que llegaban a la cantidad de veinte libras. Los billetes estaban manchados de sangre.

El jurado y la audiencia manifestaron su interés con murmullos, y las cabezas se inclinaron para ver el horrible objeto.

-¿Y cómo explicó Perkins el hallazgo?

Volvió a cambiar su historia y dijo que cuando había llevado la cena del señor, había encontrado el paquete en la mesa de la cocina con un mensaje al lado.

-¿Y qué decía? -preguntó el juez con una sonrisa sarcástica.

El inspector observó su libreta de notas.

-Copié sus palabras exactas. Según él, decía: «Estoy ocupado. No me moleste. Deje mi cena como de costumbre. Aquí hay un paquete para usted. Guárdelo en su casa y no se lo diga a nadie. Si esta tarde viene un hombre a verlo, entrégueselo. De otro modo, devuélvalo a las cinco y media esta tarde y yo lo recompensaré».

-¿Y qué hizo entonces?

-Lo detuve y lo acusé de asesinato.

-¿Es posible que se hubiera marchado sin cometer el asesinato y que otro lo hubiese perpetrado durante la media hora restante?

-Del todo imposible, dado que el difunto estaba tan obsesionado por el peligro de que le robaran que sólo abría la puerta a horas fijas y a personas que esperaba. Por ello puedo decir con confianza que él mismo debió dejar entrar a su asesino.

-¿Podría ser que alguien hubiese obtenido las llaves?

-No, señor Attard. Sólo tenía una copia de las llaves de cada una de las puertas. Las llevaba con él todo el tiempo, en un llavero.

-¿Y han encontrado el llavero?

-No ha sido encontrado, pese a que en estos momentos mi agente está haciendo una completa revisión de la casa de Perkins porque tiene la certeza de que el asesino se llevó las llaves.

-¿Y cómo puede estar seguro?

-Porque tanto la puerta de la calle como la puerta trasera de la casa estaban cerradas. Por cualquier puerta que hubiera salido, la cerró tras él.

-Cuánta sangre fría. Probablemente pensaba postergar el descubrimiento del crimen. Gracias por su testimonio, inspector Antrobus.

Justo antes de que el inspector acabara, entró apresuradamente el doctor Carpenter y se sentó. Luego se dirigió al estrado y aseguró ser el médico personal del señor Stonex y que había examinado el cuerpo al llegar a la casa alrededor de las siete. Esa misma tarde había realizado un completo examen *postmortem*.

-¿Y cuál fue la causa de la muerte, según usted, doctor Carpenter? -preguntó el juez.

-El hueso hioides estaba fracturado y en vista de ello mi conclusión es que el difunto murió por estrangulamiento.

El público emitió murmullos. El juez dijo:

-¿Y no por los golpes en la cabeza y la cara?

-No, señor, no. Esos golpes le fueron dados después de muerto.

-¿Está seguro de ello?

-En ese sentido no hay dudas posibles.

-¿Y cómo le hicieron las heridas en la cara?

-Pienso que se le puso un paño en la cabeza -de hecho se encontró cerca un abrigo ensangrentado- y que luego fue golpeado repetidamente con el hacha que fue hallada luego cerca del cuerpo.

-¿Cuántas veces fue golpeado?

-Calculo que entre siete y ocho veces. Fueron golpes fuertes que le aplastaron completamente el tabique nasal y la mandíbula superior y los dientes, y le arrancaron los ojos.

-¿Se hubiese manchado de sangre el asesino?

-La persona que le desfiguró la cara -dijo el doctor con precaución- no se hubiese manchado de sangre porque la víctima ya estaba muerta. En consecuencia, no se produjo el violento flujo de sangre que habría brotado si el muerto hubiera estado vivo. Ello, junto con la ausencia de hematomas, es mi prueba para decir que ya estaba muerto.

-Si los golpes no eran para matar, ¿cuál era el propósito?

-Sólo puedo especular. El exceso de violencia, superior a la necesaria para matar, sugiere que el crimen fue obra de un pariente, amante o amigo cercano.

Era muy interesante. No tenía amigos cercanos, era difícil pensar en una amante, y comencé a especular sobre su hermano. Estaba convencido de que la clave del crimen era la motivación para cometerlo, y hasta ese momento Perkins no parecía tener una adecuada, a menos que hubiese actuado muy estúpidamente por impulso. Lo que acababa de decir el doctor, junto con el hecho de que si no se encontraba un testamento sus posesiones pasarían al pariente más cercano, sugería que el asesino debía buscarse en esa dirección.

-¿Ya qué hora se produjo la muerte? -preguntó el juez.

-Cuando examiné el cuerpo a las siete, el señor Stonex había estado muerto dos horas por lo menos, probablemente tres.

Me incliné hacia adelante en el asiento. Me había impresionado la profesionalidad del joven cirujano -aunque sus modales dejaban que desear-, pero claramente esto no tenía sentido. Evidentemente, el juez compartía mi punto de vista:

-¿Muerto dos o tres horas antes? Es completamente imposible.

El doctor Carpenter dijo con tranquilidad:

-No obstante, mi cálculo por simple palpación fue que el difunto había muerto más o menos a las cuatro. Para llegar a este juicio, me referí a experimentos llevados a cabo hace unos años por dos respetados cirujanos del Guy's Hospital.

-Es completamente absurdo -exclamó el juez-. El difunto fue visto por última vez a las cinco y media, y hablaron con él.

-Sólo puedo informar de lo que he observado -dijo el médico sin perder la calma-. Este cálculo fue confirmado durante la autopsia que llevé a cabo la noche pasada. El *rigor mortis* comenzó alrededor de las diez, lo cual implica que la muerte se produjo a las cuatro, o antes.

-¿No estará sugiriendo que el señor con el cual tomaron el té el doctor Courtine y el señor Fickling era un fantasma?

El joven doctor lo miró en silencio, con una expresión que me pareció molesta y arrogante, mientras el público lanzaba risillas disimuladas. Cuando dejaron de reír, el juez preguntó:

-¿Cuándo y dónde recibió sus cualificaciones, doctor Carpenter?

-Hace dos años en St. Thomas.

-¿Y durante ese tiempo cuántos cadáveres de asesinados ha visto?

-Dos.

-¿Alguno de ellos fue un caso de estrangulamiento?

-No. A uno lo habían acuchillado y el otro había sido muerto de un disparo de carabina. No obstante, cuando estudiaba medicina tuve la suerte de recorrer los pabellones

durante seis meses como ayudante del doctor Tallentire, quien es consultado frecuentemente por Scotland Yard. Durante aquel período aprendí mucho sobre patología forense.

-¿Mientras estudiaba medicina? -le preguntó sarcásticamente el juez. Y sin esperar respuesta dijo-: Gracias por su testimonio, doctor Carpenter.

El joven se ruborizó ante el tono del juez y bajó del estrado. Luego el señor Attard pidió que se presentara el señor Thorrold, quien se levantó y, tras ocupar su lugar en el estrado de los testigos, se le tomó juramento. Explicó que era el abogado que representaba al difunto y que hacía unos veinte años había redactado su testamento. Bajo sus términos, todas sus pertenencias pasaban a la Fundación de la catedral de Thurchester para que fuese usada en beneficio de la Escuela Coral, a la cual había asistido de niño.

-¿Ha aparecido el testamento?

-No.

-¿Quién tiene su custodia?

-El propio difunto. Habitualmente lo guardaba en una caja fuerte privada del banco, pero recientemente mencionó que añadiría un codicilo y posiblemente lo llevó a casa para estudiarlo con tiempo. Ha sido buscado tanto en el banco como en su casa. He de decir que mi cliente tenía la extraña costumbre de esconder cosas en lugares poco comunes, de modo que seguimos intentando encontrarlo.

-¿Y cuál será el destino de su patrimonio si no aparece el testamento?

-Si se declara que el señor Stonex murió sin testar, sus herederos serán sus parientes más próximos.

-¿Y qué se sabe de ellos?

-El único pariente que se le conoce es una hermana. Ella heredaría o, si ya ha muerto, cualquier otro pariente.

Me llamó la atención que el señor Thorrold no dijera que el anciano tenía un hermano. ¿Podía ser que su existencia hubiese sido olvidada? Quitregard nunca lo había oído mencionar.

-¿Se sabe algo de ella?

-Dejó la ciudad a edad muy temprana y en la medida de mis conocimientos, no se ha sabido nada de ella los últimos treinta años. Sólo una vez el señor Stonex se refirió a ella en mi presencia, cuando hace unos ocho años mencionó que le había mandado a su hijo a -en sus propias palabras- molestarlo pidiéndole dinero. Tuve la impresión de que se había negado y nunca más volvió a hablar del tema.

El señor Thorrold se sentó junto al doctor Locard y yo, y fue llamado el alguacil. Cuando éste se acercaba, reflexioné sobre lo que acababa de escuchar. Cada vez resultaba más difícil resistirse a la hipótesis de que el asesino no era Perkins, sino alguien estrechamente relacionado con la víctima, que por tanto recibiría su herencia en el supuesto de que muriera sin testar.

-¿Encontró las llaves en casa de Perkins, alguacil?

-No, señor.

-Presumiblemente las tiró al dejar la casa, pues eran prueba evidente de culpabilidad.

-Suponiendo que sea culpable -dijo tranquilamente el alguacil.

Este comentario arrancó murmullos a los espectadores y el jurado.

-¿Tiene algún motivo para suponer que no lo sea, alguacil?

-Hay varias cosas que no acaban de encajar, señor. Antes de este día el difunto nunca había invitado a nadie a su casa. Además, el doctor Courtine mencionó que la casa parecía haber sido registrada cuando él y el señor Fickling llegaron. Y también me dijo que el señor Stonex estaba muy preocupado por la hora. Todo lo cual sugiere que este asunto tiene más recovecos de los evidentes, y creo que puede haber sido que el señor estuviese esperando algún visitante y que buscaba algo que esa persona necesitaba.

Lo que explicaba el alguacil coincidía perfectamente con la dirección en que se movían mis propios pensamientos. El anciano había parecido inusualmente brillante y

Librodot

animado durante el té y podía haber sido porque estuviese esperando una visita importante. Y de pronto se me ocurrió que pudo haber estado buscando su testamento y en cambio simuló que buscaba el testimonio de la muerte de Freeth. ¿Y para qué necesitaba encontrarlo? ¡Era extraño que no recordase dónde lo había puesto!

El juez no pareció impresionado.

-Parece todo poco consistente, alguacil.

-Hay más, señor. El doctor Stonex cambió la fecha de la reunión a última hora. Originalmente debía de haber sido hoy. Es posible que lo haya hecho así a causa de su visita.

-¿Cómo explicó la alteración?

-El señor Fickling lo encontró por casualidad la tarde del miércoles y el señor Stonex le dijo que el cambio se debía a que se había cancelado la ceremonia de inauguración del órgano.

-Es muy extraño -murmuré a pesar de mí mismo.

-¿Qué dice? -preguntó el doctor Locard en voz baja.

-Lo siento -susurré-. No quería hablar en voz alta.

Austin debía de estar confundido. Coincidía con su comportamiento de los últimos días y podía explicarse como la distracción de un hombre violentamente enamorado. Pero no podía negarme a reconocer que parte de su conducta era inquietante, tomando en cuenta lo ocurrido. Estaba el extraño asunto de su súbita insistencia, cuando nos acercábamos al deanato nuevo a las cuatro y media, en que el anciano no estaba preparado para recibirnos, aunque era la, hora acordada. Y el hecho de que sostuviera no haberse dado cuenta de que la casa había sido registrada antes de que llegáramos. Eso era algo más que estar abstraído.

-También está el hecho extraño -dijo el alguacil- de que la criada, la señora Bubbosh, insistió en que no había preparado el té ni sabía nada de eso. Lo cual me llevó a tratar de descubrir dónde había comprado los comestibles el señor Stonex. Pregunté en cada panadería de la ciudad y ninguna había hecho los pasteles que ofreció a sus visitas.

-No veo qué importancia tiene.

-Confirma mi opinión de que hay algo extraño, pues parece que el señor Stonex tomaba precauciones para ocultar sus acciones.

-¿Sugiere que los hizo él mismo?

Ante la salida hubo risas discretas entre el público.

-Todo esto son suposiciones, alguacil, sin un atisbo de pruebas concretas.

-Pero, con todos mis respetos, señor, tampoco hay pruebas que corroboren la idea de que Perkins asesinó al señor.

-Y si no fue Perkins, ¿puede sugerir quién fue?

Todo el público pareció contener el aliento. El rostro del alguacil revelaba preocupación y lentamente volvió la mirada hacia los espectadores.

-No, no puedo decirlo -dijo finalmente.

-Entonces no creo que necesitemos pasar más tiempo evitando lo evidente -dijo el juez, despidiendo al agente de modo abrupto.

Me pregunté si el alguacil conocería la existencia de un hermano y si había seguido el mismo hilo de pensamiento que yo: el visitante, que era el hermano misterioso, había provocado la búsqueda del testamento, y su desaparición posterior; y que se hubiese desfigurado la cara de da víctima confirmaba que lo había matado alguien con quien tenía relaciones estrechas. Pero había algunas anomalías. ¿Por qué estaba buscando el testamento el anciano? ¿Podía ser que lo hubiese hecho para mostrarle a su hermano que iba a dejar toda su fortuna a la Fundación? En ese caso, su hermano había tenido un ataque de rabia, lo había estrangulado y luego le había destrozado la cara de modo gratuito. ¿Y luego se había llevado el testamento? ¿Y había habido tiempo suficiente para que todo ello ocurriera entre las cinco y media y las seis?

¿O tal vez el señor Stonex había querido encontrar su testamento precisamente porque temía a su hermano, puesto que sabía que iba a heredar su fortuna si él moría sin testar y

Librodot

quería guardar el testamento en lugar seguro? En ese caso, ¿lo había escondido en algún lugar antes de la llegada de su asesino?

La siguiente persona llamada al estrado fue el señor Appleton, un hombre alto, delgado y encorvado, con una cara larga e intensa, quien confirmó haber visto a Perkins ante la puerta de la casa de la víctima pocos minutos después de las cinco y media.

-¿Cómo puede estar tan seguro del tiempo? -le preguntó el juez.

-Muy fácil. Venía de la catedral, donde el servicio vespertino había comenzado a las cinco. Justo antes de comenzar, el maestro del coro me dijo que no había asistido uno de los niños. Algo que ya había hecho varias veces. Como no lo encontré en ninguna parte fui al deanato nuevo.

-¿Por qué motivo?

-Me había enterado de que el señor Stonex tenía cierta amistad con él y, naturalmente, me pregunté qué tipo de interés podría tener un anciano en ese chico.

Ante esto se oyeron murmullos del público, y él continuó:

-Sentí que era mi deber ocuparme del asunto. Venía desde la lonja y al pasar por la parte trasera de la casa me encontré con una mujer mayor, y le pregunté si había visto un chico con uniforme de la Escuela Coral. Dijo haber visto a uno delante de la casa, cuando pasaba minutos antes. De modo que fui hacia allá y, aunque no encontré al chico, vi al camarero de la Posada del Ángel (el hombre que ahora sé que es el prisionero, Perkins) de pie golpeando la puerta de la calle. En ese momento volví a mirar el reloj porque quería estar de vuelta a la catedral cuando acabara el servicio, más o menos a las seis menos veinte, pues debía hablar con el director del coro antes de que se marchara. Vi que sólo tenía cuatro minutos.

-¿De modo que todo eso ocurrió a exactamente veintidós minutos antes de las seis?

-Exactamente.

-¿Quién era la mujer? ¿La han llamado a testificar?

-Nunca la había visto antes ni ahora, y por ello fui incapaz de identificarla ante las autoridades.

-Gracias, señor Appleton.

Entonces el prisionero Perkins fue conducido al estrado entre dos agentes de policía que permanecieron a cada lado de él durante todo su testimonio.

-Le he permitido que testifique más tarde -dijo el juez- para que escuchara las acusaciones contra usted y las responda, si es que puede hacerlo. He de advertirle que las cosas se le presentan mal. No está siendo juzgado y mi mayor interés es saber cómo murió el señor Stonex. Pero si el veredicto del jurado es que las pruebas demuestran que fue responsable, será acusado formalmente y procesado. ¿Me entiende?

-Sí, señor.

-Si puede aclararlo todo ahora contando la verdad, mucho mejor para usted, porque he de decir que la forma en que ha cambiado su historia tantas veces tiene una apariencia particularmente sospechosa. Ahora quiero comenzar volviendo al momento en que le llevó la cena al anciano. Usted le contó al inspector que había encontrado un mensaje del señor Stonex sobre el paquete que más tarde fue hallado oculto en su casa. ¿Sigue manteniendo que eso es cierto?

-Sí lo es. Pero no estaba oculto ya que sólo lo puse en un aparador para guardarlo y nunca lo abrí, y no sé nada sobre la sangre.

-Cuéntele al jurado qué ocurrió cuando fue al deanato nuevo a las cuatro.

-La primera cosa extraña fue que no respondiera cuando golpeé la puerta de la calle. Había una nota pegada que decía «Entre». Probé a empujar la puerta y, por cierto, estaba abierta. Estaba muy sorprendido porque nunca había ocurrido antes. El señor Stonex era muy maniático en lo de cerrar las puertas.

-De modo que entró. ¿Y qué ocurrió entonces?

-Dejé la cena en la mesa como de costumbre. Y entonces vi el mensaje.

-El famoso mensaje. Ahora seamos perfectamente claros sobre esto. La primera vez que lo interrogaron no dijo nada al respecto y negó haber vuelto a la casa a las cinco y media. Entonces, cuando el señor Appleton informó a la policía de que lo había visto a esa hora frente a la puerta de calle reconoció haber vuelto, pero aseguró que era por el mensaje que había encontrado a las cuatro. No dijo nada del paquete. Cuando registraron su casa y encontraron el paquete, usted confesó haberlo tomado, pero porque había un mensaje que le daba instrucciones. ¿He reproducido los hechos correctamente?

-Sí señor. Fue una tontería no haberle dicho toda la verdad de inmediato, pero pensé que nadie me creería. La cosa tenía muy mala pinta.

-Todo depende del mensaje. ¿Lo tiene ahora?

Tragó saliva.

-¿Lo tiene?

-No, señor. ¿Cómo podría tenerlo?

-¿No pensó en llevarse el mensaje como prueba de que no estaba llevándose una propiedad del caballero?

-No podía hacerlo, señor. Estaba escrito con tiza en una pizarra escolar.

-¿Es eso cierto? ¿Escrito con tiza en una pizarra escolar? ¿El señor Stonex estaba aprendiendo a leer y escribir?

El jurado y los espectadores rieron, pero yo no. Súbitamente recordé un incidente que hasta ese instante casi había olvidado del todo. Cuando comenzábamos a tomar el té, nuestro anfitrión, que parecía distraído, había borrado un mensaje en una pizarra que estaba en la mesilla. En ese caso, ¿era cierto el resto de la historia de Perkins?

Tenía ante mí todas las piezas del rompecabezas, pero no podía encajarlas. Hasta ese momento me parecía haber elaborado el papel del hermano desconocido, pero esa hipótesis no explicaba el tema del mensaje y el paquete. El mensaje con tiza y el paquete sugerían que el propio señor Stonex le había preparado una trampa a Perkins. Y parecía capaz de ello, pues recordé la fría justificación del asesinato que había enunciado cuando nos marchábamos. Pero lo habían asesinado a él y quienquiera que lo hubiese hecho había tenido sentimientos lo suficientemente poderosos como para golpearle la cara hasta dejársela irreconocible.

¡Irreconocible! Se me ocurrió entonces una hipótesis sorprendente. Explicaba que se golpease la cara de la víctima como consecuencia de un odio fraterno. Y también elucidaba la naturaleza y propósito de la trampa a la que habían atraído a Perkins. Además, me di cuenta, explicaba por qué había sido tan importante que el testamento fuese encontrado, porque ahora estaba seguro de que eso era lo que buscaba el señor Stonex.

El juez siguió con menosprecio indisimulado:

-¿De modo que la verdad es que volvió a la casa a las cinco y media?

-Sí señor, pero por más que golpeé nadie abrió y esta vez la puerta estaba cerrada con llave. De modo que me llevé el paquete a casa. Cuando me enteré de que habían encontrado muerto al señor no quise decir nada de esto. Tenía miedo. Pero no escondí el paquete. Sólo lo guardé en un lugar seguro de la cocina.

-¿Dónde estaba entre el tiempo en que se marchó de la casa y las seis y diez?

-Me fui derecho a casa, señor. Estaba con mi esposa y ella lo dirá si le preguntan.

-Estoy convencido y ya que hablamos de su esposa, ¿cuánto tiempo lleva casado?

-Casi cuatro años, señor.

-¿Cuántos hijos tiene?

-Cuatro.

-Ha de necesitar dinero.

-Los tiempos son duros, señor.

-¿Hace cuánto tiempo que le lleva la cena al señor Stonex?

-Un año, señor.

-¿Ha oído que la gente dice que es rico?

-Sí, señor.

Librodot

-¿Y sabe que toma cuidadosas medidas para evitar que le roben?

-Sí, señor.

-¿Conoce a esa mujer, Bubbosh?

-Todo el mundo conoce a la tía Meg, señor.

-¿Ha hablado con ella del señor Stonex?

-Hablamos algunas veces de él y de sus rarezas, señor.

-¿Y hablaron de cómo podía entrar en la casa y robarle?

-No, señor.

-Llévenselo, agentes -dijo el juez, como súbitamente cansado del hombre.

Fui el siguiente en ser llamado y cuando me acercaba al estrado, Slattery me dirigió una sonrisa encantadora en tanto que Austin me miró con la cara pálida y expresión de desdicha.

Cuando hube respondido algunas preguntas y el juez me hubo agradecido, dije:

-Con su permiso, señor Attard, me parece que puedo proponer una hipótesis que podría resolver las partes más desconcertantes de este caso.

El juez me miró con aspecto sorprendido, pero dijo con amabilidad:

-Estoy seguro de que el jurado y yo agradeceremos mucho la ayuda de un erudito de su calidad, doctor Courtine.

-Gracias, señor Attard. Me parece que el alguacil tiene razón al sugerir que el señor Stonex estaba esperando un visitante ayer por la tarde. Comienzo por el hecho de que me mencionó que de niño jugaba en esa casa con su hermano.

Hubo un murmullo en el público y el juez dijo:

-He vivido toda mi vida en esta ciudad y nunca oí que el difunto tuviese un hermano.

-Precisamente. Por eso la observación es tan significativa y estoy seguro de que el señor Stonex no quería hacerla. Se le escapó porque tenía el tema en la cabeza.

-¿Quiere decir -preguntó el juez con aire incómodo- que tenía un hermano natural?

-No, señor. Creo que era legítimo, aunque posiblemente haya sido un medio hermano de un matrimonio anterior y secreto. Supongo que era mayor que el difunto y su hermana.

-La disipación de la vida privada del padre de Stonex era bien conocida -dijo gravemente el juez.

Asentí, pensando en el retrato del padre del señor Stonex y lo que había dicho acerca de su vida desordenada.

-Sospecho que su hermano tenía algún tipo de poder sobre él y que lo estaba chantajeando de algún modo.

-¿Está sugiriendo que el difunto le había quitado su herencia?

-Posiblemente, pero si el hermano mayor sabía que su madre vivía aún cuando el padre contrajo algún tipo de matrimonio con la madre de los dos hijos menores, podía demostrar que éstos eran producto de una unión bígama, en cuyo caso estaría en mejor situación que ellos para reclamar la fortuna del padre. Es posible que haya estado chantajeando al difunto durante años. Sea cual fuese la verdad, sugiero que había anunciado su llegada inminente precipitando una crisis.

-¿Y por eso el señor Stonex habría cambiado la fecha de la invitación a tomar el té de modo tan precipitado? -aventuró el juez.

-Precisamente. Además, creo que el anciano necesitaba encontrar algo que había traspapelado antes de la llegada de su hermano, y que inventó la búsqueda del relato de la muerte del deán Freeth para explicar el desorden en que había puesto su casa.

-Es una visión sumamente ingeniosa y persuasiva -dijo el juez y me gratificó oír los murmullos de apoyo por parte del público y los jurados. Vi que Slattery me sonreía y que el doctor Locard se inclinaba hacia adelante en su asiento, prestando atención.

-Recuerdo otra cosa que apoya mi teoría. Justo antes de que nos marcháramos, el señor Stonex buscó algo en la caja del reloj de su abuelo. No me dejó ver lo que encontró y ahora que lo pienso, creo que encontró lo que estaba buscando.

-¿Y qué cree que era?

Librodot

-Supongo que se trataba de su testamento.

Al pronunciar estas palabras advertí con el rabillo del ojo que el doctor Locard comenzaba a cuchichear animadamente con el abogado que lo acompañaba.

-Parece extraño que tuviese que revolver toda la casa para buscar su propio testamento.

-Era anciano y posiblemente se había vuelto olvidadizo.

-Pero ¿por qué habrá querido encontrar su testamento con tanta urgencia?

-¿Puedo continuar con mi hipótesis y explicar el hecho en el momento adecuado?

-Por supuesto, doctor Courtine -dijo el juez con un gesto cortés-. Como ve, tiene toda la atención del tribunal para, si me lo permite, hacernos esta formidable demostración de sus conocimientos forenses.

-Gracias, señor Attard. Para explicar lo que en mi opinión estaba ocurriendo, tengo que volver al mensaje escrito con tiza en la pizarra que Perkins leyó, como dijo. Puedo confirmar su veracidad, pues lo vi con mis ojos.

Hubo exclamaciones de sorpresa entre los espectadores.

-¿Leyó el mensaje, doctor Courtine?

-Desgraciadamente no lo leí. Simplemente vi cuando el señor Stonex borraba distraídamente unas palabras. El motivo para no haberlo mencionado antes es que lo había olvidado totalmente y sólo lo recordé cuando el prisionero habló de ello hace media hora.

-¿Con lo cual sugiere que Perkins dice la verdad?

-Ciertamente. Creo que en efecto el señor Stonex preparó el paquete y se lo confió mediante el mensaje escrito con tiza.

-¡Ajá! -exclamó el juez-. Comienzo a entender a dónde quiere llegar. ¿Lo hizo para que el hermano -que era el hombre misterioso al cual se refería el mensaje- lo recogiera de manos de Perkins?

-No, señor juez. ¿Para qué iba a hacerlo? Si estaba esperando a su hermano que iba a llegar ese día por la tarde, ¿por qué no se limitó a entregarle el paquete personalmente?

-Estoy perdido respecto a sus acciones. Pero lo que comienza a parecerme claro es que está sugiriendo que el señor Stonex fue asesinado por ese hermano misterioso.

-No, en absoluto, señor juez. Mi explicación es aún más sorprendente.

Me gratificó oír los murmullos expectantes del público.

-Me sorprende, doctor Courtine. Pensé que tenía una explicación que cubría todos los aspectos. Si el anciano fue asesinado por un hermano legítimo, el motivo evidente hubiese sido heredar sus bienes.

-Como historiador he aprendido a no fiarme de lo evidente, señor juez. La explicación se me ocurrió, desde luego, pero no resuelve los misterios cruciales: el hecho de que el señor Stonex entregara a Perkins el paquete que contenía billetes manchados de sangre, que el rostro del cadáver fuese destrozado más allá de lo necesario; que un rato antes, esa misma tarde, el anciano estuviese buscando algo; que tuviese una obsesión con el tiempo y que cambiara la fecha de la invitación a última hora. De todos estos misterios, el más extraño es el motivo para destrozarle la cara y me parece que puedo explicarlo de modo que los demás misterios se resuelvan por sí mismos -hice una pausa hasta que el silencio fue completo, recurso retórico que había perfeccionado durante mis años como profesor-. Sólo puede haber habido un motivo: disfrazar la identidad del cadáver.

Vi que el público y los miembros del jurado se miraban unos a otros, sorprendidos.

-Pero el cadáver ha sido identificado como el del señor Stonex -dijo el juez.

-Ciertamente el cadáver lleva su ropa y es el de un hombre de su edad, altura y apariencia aproximada. Pero si le destrozaron la cara para ocultar su identidad, la consecuencia es que el cadáver podría no ser el del señor Stonex.

El juez me miró con expresión de sorpresa. Cuando los murmullos del público subieron de tono, tuvo que dar golpes con su martillo. Advertí que Slattery tocaba el brazo de Austin y le susurraba algo.

-En cuyo caso, ¿quién es, en nombre del cielo?

-¿Quién otro que alguien de la misma edad y apariencia general? ¿Su hermano?

Muchos de los espectadores manifestaron su sorpresa con susurros.

-Tenga la amabilidad de seguir, doctor Courtine -dijo el juez, haciendo un gesto con la cabeza-. Confieso que ya estoy completamente perdido.

-El hermano llegó después de que el señor Fickling y yo nos hubiésemos marchado. Posiblemente entró por la puerta trasera mientras el desgraciado Perkins llamaba a la puerta de la calle. Sugiero que el señor Stonex lo mató por estrangulamiento.

Hubo un instante de silencio perplejo y luego una oleada de murmullos de los espectadores. El juez golpeó exigiendo silencio y tras unos momentos pude seguir:

-Entonces el señor Stonex vistió el cadáver con su propia ropa y le destrozó la cara.

-Pero, doctor Courtine, simplemente no entiendo qué motivos tendría para hacerlo.

-Ello me lleva de vuelta al tema del testamento. El motivo por el que necesitaba encontrarlo y destruirlo era para impedir que los bienes pasaran a la Fundación de la catedral. Si no se encontraba el testamento, la herencia sería para el pariente más próximo -hice una pausa triunfal.

-He de ser algo obtuso, pero no entiendo qué quiere decir.

-¿Y quién era su pariente más cercano, sino su hermano? Por lo que intentó apropiarse de la personalidad de éste y reclamar la herencia.

Se produjo un silencio. Alguien entre el público rió con disimulo, pero el sonido se apagó en un instante. El señor Attard me miró fijamente.

-¿Intentaba volver disfrazado como si fuese su hermano?

-Exactamente -le dije. Incluso al decirlo me pareció que la idea era descabellada. Pero explicaba tantas cosas. Estaba seguro de que la suplantación tenía un papel en la historia.

Oí las risitas ahogadas de alguien del público.

-¿Y qué me dice de su hermana? Sin duda tiene más derechos, siendo su hermana reconocida.

-Supongo que habrá muerto. O, si el hermano mayor tenía pruebas de que sus hermanastros menores eran ilegítimos, el señor Stonex podría utilizarlas para excluirla de la herencia.

El juez me miró fijamente, sorprendido.

En ese momento se levantó el señor Thorrold.

-Como abogado representante de los intereses de la víctima... -se interrumpió y me sonrió- quizá habría que decir la supuesta víctima, ya que han surgido dudas sobre ello, me inclino a sostener que aunque todavía no he sabido nada que me haga cuestionar la convicción de que el cuerpo encontrado ayer es el de mi difunto cliente, el señor Stonex, me parece que este punto habría de resolverse del modo más indisputable, y por tanto sugiero que se pida que testifique el médico.

Volvió a tomar asiento.

-Precisamente estaba a punto de hacerlo, señor Thorrold -dijo el juez, algo malhumorado-. Establecer la identidad del muerto es el primer requisito de una investigación.

El abogado se levantó, con una inclinación de la cabeza.

-No tengo intención de imponerme, señor juez. Lo puntualicé sencillamente porque hay una gran fortuna en juego.

El juez asintió y preguntó:

-¿Sigue aquí el doctor Carpenter?

El joven doctor se levantó.

-¿Tiene alguna duda, doctor Carpenter, de que el cadáver que examinó y al cual más tarde practicó una autopsia sea el del señor Stonex?

-Ninguna en absoluto. Fue mi paciente durante dos años y lo traté por una diversidad de molestias. Durante la autopsia reconocí rasgos inconfundibles, incluidas cicatrices y

Librodot

decoloraciones de la piel. La idea de que el cadáver sea de un hermano del señor Stonex, o incluso de un gemelo, francamente, es del todo absurda

Me miró mientras hablaba y el público se echó a reír por su comentario, y me sentí enrojecer.

-Gracias, doctor Carpenter -dijo el juez. Miró al abogado.

-¿Ha quedado satisfecho, señor Thorrold?

Volvió a levantarse.

-Completamente satisfecho sobre ese punto, señor juez. Pero hay otro tema. El testigo se ha referido a lo que considera el descubrimiento del testamento del difunto y a mí me gustaría tener su permiso para preguntarle sobre el incidente.

-De acuerdo. Pero antes yo quisiera hacerle una pregunta. Ha dicho que el único pariente conocido del muerto era una hermana que puede estar viva o no, y que podría tener un hijo. ¿Qué hay de la sugerencia de que el muerto tenía un hermano mayor, o medio hermano?

El señor Thorrold sonrió.

-Nunca he sabido nada de ello. Mi padre y mi abuelo actuaron en representación del padre del difunto señor Stonex, y estoy seguro de que no se tenía conocimiento de un hermano legítimo.

-¿Podría haber habido un hijo natural? -preguntó el señor Attard.

El abogado volvió a sonreír:

-Bien podría haberlo habido, pero sin derechos. No obstante lo que quería señalar es que, como el testamento que yo mismo redacté no ha sido encontrado, es de la mayor importancia descubrir qué ha sido de él.

-¿Con qué fin, señor Thorrold? -preguntó el juez.

-Es prematuro hablar de esto ahora, pero si el muerto lo tenía en su poder justo antes de su muerte y no fue hallado después del ataque y asesinato, es un supuesto razonable pensar que lo destruyó el asesino.

-¿Y qué consecuencias se desprenden de ello?

-Muy significativas. En la ley inglesa un testamento es literalmente eso, la última voluntad de quien lo redacta. Ni siquiera ha de estar escrito, siempre que cumpla con ciertas condiciones. Es importante establecer cuáles eran las intenciones finales del testador, y si se puede probar que no tenía intenciones de revocarlo y que fue robado y destruido ilegalmente, podría ser ejecutado.

-¿Ejecutado? ¿Cómo?

-Creo que sería capaz de recordar sus términos de memoria y por las notas tomadas al redactarlo, con mucha precisión.

-Comprendo. En ese caso ¿qué le gustaría preguntar a los testigos?

El abogado se volvió hacia mí.

-Sería de gran utilidad, señor Courtine, que pudiera recordar cualquier detalle que probara que el documento que vio era, en efecto, la última voluntad del señor Stonex.

-Me temo que ya he dicho todo lo que sé: se puso algo en el bolsillo que, me parece, encontró en la caja del reloj.

El señor Thorrold inclinó la cabeza y acompañando sus palabras con una sonrisa encantadora, preguntó:

-¿Se lo guardó en el bolsillo con cuidado, como si le diera un gran valor, o como si fuese algo de poca importancia?

-No puedo añadir nada más respecto a eso -respondí.

El abogado agradeció mis respuestas muy afablemente y se sentó a charlar en voz baja con el doctor Locard.

El ese momento el alguacil Adams se puso de pie y el juez le preguntó:

-¿Desea hacerle alguna pregunta al testigo?

-Sí, señor. He estado escuchando al doctor Courtine con gran interés, y me parece que puede haber tocado parte de la verdad. Pero existen algunos temas importantes que todavía no se resuelven. ¿Por qué, en su opinión, el señor Stonex dejó ese mensaje escrito con tiza con instrucciones para Perkins?

-Necesitaba que hubiese alguien a quien culpar del asesinato. Y pretendía recoger personalmente el paquete, disfrazado de extranjero misterioso. Pero por alguna razón tuvo que abandonar esa parte del plan.

-Ya veo, pero ¿por qué puso billetes manchados de sangre en el paquete?

-Para que, si no lo recogía, se sospechara que Perkins había cometido el asesinato.

-Pensé que diría eso, señor, y mis propias sospechas me estaban llevando en esa dirección -hizo una pausa como si lo incomodara lo que estaba a punto de decir-. Finalmente, doctor Courtine, ¿podría dar alguna luz sobre la convicción del doctor Carpenter de que el señor murió más o menos a las cuatro? Se me había ocurrido que el doctor podría haber sido sobornado para que hiciera esa declaración sorprendente y la pregunta me desconcertó, aunque la arrogancia del joven en la catedral esa mañana hacía pensar que era demasiado orgulloso como para comprometer su integridad por dinero.

-Sólo puedo suponer -aventuré- que en esta ocasión, si no en otras, la confianza del doctor Carpenter en sus conocimientos es algo prematura.

Fui gratificado por unas risillas del público y una débil sonrisa del juez. Adams volvió a su asiento con expresión desencantada.

-Gracias, alguacil -dijo el señor Attard volviéndose hacia mí-. Y también gracias a usted, doctor Courtine. No creo que sea necesario retenerlo más. Su declaración ha dado grandes motivos de reflexión a este juzgado.

Cuando bajé pensé en la última pregunta del alguacil y casi deseé no haber ejercitado mi ingenio a expensas del joven cirujano. Sin embargo, debía de estar equivocado. Y fue precisamente en ese momento cuando comenzó a formarse en mi mente una idea extraña, más extraña aún que las que había expuesto ante el juez, y sentí que la cara me ardía de excitación al reflexionar sobre sus implicaciones. Si no me equivocaba, sabía el motivo del señor Stonex para cambiar la fecha del encuentro: quería que Austin y yo estuviésemos allí como testigos.

Pensaba en ello cuando llamaron a Austin, quien se dirigió al estrado tan inseguro y tembloroso como un anciano.

-¿Vio algo en el deanato nuevo en la tarde del jueves que le pareciese raro o sospechoso? -le preguntó el señor Attard.

-Nada.

-¿Y no tiene nada que añadir a lo que acaba de decir el doctor Courtine?

-Sólo que cuando llegué no noté señal alguna de que la casa estuviese en desorden. Es cierto que el señor dijo que había estado buscando un manuscrito que describía la muerte de Freeth, pero ciertamente no era ésa la causa del desbarajuste que vi cuando regresamos más tarde ese mismo día.

Su respuesta me sorprendió. Cuando entramos en la sala estaba hecha un caos. Claramente no era el mismo, porque hablaba lentamente y con cuidado.

-¿Notó que el difunto sacara algo de la caja del reloj de su abuelo?

Austin sonrió, esbozando una mueca horrible que pretendía mostrar ironía.

-Ciertamente recordaría una acción tan peculiar. No, no lo noté.

¡Era extraordinario! ¡Había sido él quien sugirió que mirara allí!

-¿Y qué me dice del mensaje escrito con tiza en la pizarra que el difunto borró?

-Tampoco noté eso. Quiero decir, vi la pizarra, pero hasta donde recuerdo no había nada escrito en ella. El señor Stonex la levantó y le pasó la mano por encima, sin pensarlo.

-¿Y qué hay del testimonio del doctor Courtine de que el difunto mencionó un hermano?

-No escuché tal referencia. Me parece que el doctor Courtine debe de haber oído mal. Con certeza se refirió a su hermana.

-Gracias, señor Fickling. Puede volver a su asiento.

Respecto a la hipótesis que estaba tomando cuerpo en mi cabeza, era importante aclarar un punto sobre el cual el alguacil puede haber malinterpretado a Austin. Me levanté. Austin se detuvo en el trayecto desde el estrado y me miró sorprendido.

-¿Quiere hacer una pregunta al señor Fickling? -me preguntó sorprendido el juez.

-En efecto, señor Attard, quisiera preguntar sobre algo que dijo el alguacil.

Me volví hacia Austin.

-Dijiste que te habías encontrado casualmente con el señor Stonex el miércoles por la tarde, quien te dijo que quería adelantar nuestra cita para tomar el té.

Austin asintió con cautela.

-¿Y dices que el motivo que dio fue que se había postergado la ceremonia del órgano? -Volvió a asentir-. ¿Puedes explicarlo?

-Dijo que su banco iba a cerrar el viernes por la tarde pero, ya que la inauguración se había cancelado, iba a estar trabajando.

No podía ser así.

-¿A qué hora lo viste el miércoles? -pregunté.

Austin vaciló.

-Debió ser a primera hora de la tarde.

Me sorprendí. Claramente Austin estaba muy confundido.

-Puede que tu recuerdo sea algo confuso. Fui yo quien te contó lo del órgano y lo hice bastante tarde.

Abrió la boca como si fuese a hablar, pero no dijo nada.

-¿No recuerdas -seguí- la conversación que tuvimos esa tarde?

-¿La conversación?

-La discusión que tuvimos acerca de cosas ocurridas hacía veinte años.

Asintió.

-Entonces, ¿no recuerdas que después de esa conversación te mencioné que había ido a la catedral a mi regreso de la cena y que me enteré de que la inauguración del órgano se había postergado?

Austin me miró unos instantes.

-Sí, debe de haber sido así. Me equivoqué respecto a la hora, pero recuerdo todo muy nítidamente. Fue después de nuestra conversación. Descubrí que no podía quedarme dormido y salí a dar un paseo después que tú te fuiste a la cama y fue entonces cuando me encontré con el señor Stonex.

-¿Dónde te encontraste con él? -le pregunté.

-Cuando al salir de mi casa pasaba por la puerta trasera del deanato nuevo, él estaba a punto de entrar.

Mentía. No podía estar confundido sobre eso. Por mucho que hubiese bebido esa noche. O este mismo día por la mañana. Y, si mentía, es que tenía motivos y ello planteaba algunas posibilidades inquietantes. No había sido olvido o ebriedad lo que lo había hecho negar los incidentes que había descrito. Súbitamente sentí deseos de sacar a luz la verdad a cualquier precio.

-¿Y dónde fuiste después? -le pregunté. Sabía que se incomodaría mucho por esta alusión pública a la visita que había hecho en medio de la noche.

-Doctor Courtine- interrumpió el juez-, me cuesta pensar que esto tenga relevancia para los fines de la investigación.

-Tengo motivos para hacer la pregunta, señor juez, y si tiene paciencia un momento pienso que resultará evidente.

El señor Attard asintió. Austin me miró, con las manos aferradas al borde del estrado.

-¿Que dónde fui? A ninguna parte. Me limité a dar un paseo por la ciudad y volví a casa.

-¿No entraste en ninguna casa?

Me miró con desesperación.

-No, no, no lo hice.

-Es muy extraño. Verás: yo también estaba insomne esa noche y cuando te oí bajar la escalera, salí.

Pude ver en su cara que no tenía idea de ello y que esa revelación lo horrorizaba.

-Intenté darte alcance, pero ibas demasiado rápido y desapareciste en una callejuela que va de la lonja a Orchard Street.

La sala permanecía en silencio absoluto.

Austin estaba asustado. Claramente algo de lo que vi el miércoles por la noche lo alarmaba. Hubiese querido descubrir de qué se trataba, pero no entendía cómo se conectaban las cosas: la mujer misteriosa que había visto Appleton, el hermano de la víctima, el desorden extremo de la casa. Se me ocurrió pensar que había otra mujer misteriosa en el caso -la que había estado en la casa de Orchard Street al amanecer del jueves- pero no podía imaginar cómo se relacionaba con la angustia evidente de Austin.

Me volví hacia el señor Attard.

-Señor juez: me parece saber cómo fue cometido el asesinato de tal manera que nos confundiera a todos acerca de la hora. Me parece que la víctima fue asesinada mucho antes de lo que se supone.

Austin me miró con la cara blanca. Advertí que el alguacil Adams se inclinaba hacia adelante para mirarme intensamente, mientras el juez me escrutaba con la pluma detenida en su mano inmóvil.

Me dirigí a Austin:

-Creo que la víctima estaba muerta en otra habitación de la casa antes de que tú y yo siquiera hubiésemos llegado a tomar el té.

Hubo murmullos entre los espectadores. El ruido creció tanto que me pareció ser la única persona que oyó la exclamación de Austin.

-¿Y en ese caso, quién nos ofreció el té?

El comentario me tomó por sorpresa. No tenía sentido. Por casualidad mi vista cayó en Slattery, quien miraba fijamente a Austin con una expresión aterradoramente intensa y murmuraba algo que no pude distinguir.

-¡Ya veo qué estás intentando hacer! -gritó Austin-. Pero no tuve nada que ver con eso. Toda la tarde estuve enseñando, como pueden probarlo docenas de testigos. Estuve frente a mi clase hasta después de las cuatro, y contigo desde el momento en que cerró la biblioteca hasta que el cadáver fue encontrado por la policía.

-Señores por favor -dijo el juez-. Señor Fickling, por favor, tranquilícese.

Austin se volvió hacia él.

-Este hombre tiene un rencor contra mí por una ofensa imaginaria cometida hace más de veinte años.

-No es verdad -exclamé-. Si no te hubiese perdonado, hace ya muchos años, no habría venido a visitarte.

-Me perdonaste -repitió Austin burlón-. ¡Cuán generoso de tu parte!

Observé su rostro alcoholizado y amargo, lleno de veneno, y me pregunté cómo había llegado a convencerme de que lo había perdonado. O que nunca había intentado hacer nada que me hiriese.

-Puede volver a su asiento, señor Fickling -dijo secamente el juez.

Fickling regresó a su asiento con pasos inseguros, mientras el señor Attard se volvía hacia mí, diciendo:

-Doctor Courtine, no entiendo qué iba a decirnos hace un momento cuando señaló que la víctima estaba muerta antes de que llegasen a la casa.

-Sugería -dije- que el señor Stonex había matado a su hermano antes de la llegada de Fickling. Su cuerpo estaba en el estudio.

Librodot

-El doctor Carpenter ya ha testificado sobre la imposibilidad de ello -dijo el juez-. El cadáver es ciertamente el del señor Stonex, el banquero, y no el de un hermano hipotético.

Abrí la boca para decir que el doctor, evidentemente, había sido sobornado, pero lo pensé mejor.

-Y así -siguió el juez- voy a aconsejar al jurado que no considere estas luces de bengala. Muchas gracias en cualquier caso, doctor Courtine.

Me senté y al hacerlo miré hacia donde estaban Fickling y Slattery. Este último sonreía a su amigo, que seguía tembloroso y pálido, pero asentía. Para mí quedó claro que, lejos de alarmarlos, lo que acababa de decir los había tranquilizado. Debo de haber estado muy cerca de la verdad, aunque sin llegar a tocarla. Tuve otra sorpresa, pues en ese momento el doctor Locard se volvió y me dirigió una sonrisa de apoyo.

El juez anunció que no había más testigos, y que se dirigiría al jurado de inmediato.

-Algunos de los testigos que han escuchado -comenzó- han intentado complicar un caso muy claro. Pero desde mi larga experiencia como juez sé que en cada caso hay temas que nunca son comprendidos. Ello es particularmente inevitable aquí, pues estamos ante la mente perversa de un ser humano capaz de asesinar a sangre fría, y por tanto es un error buscar la racionalidad iluminada que guía a los representantes más elevados de nuestra raza. Por ello, les aconsejo considerar el caso en toda su simplicidad, evidente aunque brutal. Deberán tratar las pruebas del doctor Carpenter respecto a la hora de la muerte con considerable escepticismo. También deberán dejar de lado la ingeniosa teoría del doctor Courtine, que es la trama de una novela sensacionalista, pero no el testimonio que se presenta ante un tribunal. Todos los hechos en que se puede confiar señalan en dirección a Perkins como asesino: el testimonio de que el señor Stonex lo dejó entrar a las cinco y media, los billetes manchados de sangre escondidos en su casa, y el hecho de que no haya dejado de modificar su declaración cada vez que aparecía una nueva prueba contra él. Presidente del jurado: han de determinar entre ustedes si son capaces de llegar a una decisión aquí y ahora, o si necesitan retirarse a la sala que ha sido puesta a su disposición.

Los jurados intercambiaron opiniones brevemente y luego, el presidente, un hombre corpulento y de cara roja, con aspecto de próspero tendero, dijo:

-No necesitamos retirarnos, Señoría. Ya hemos decidido.

-Muy bien. ¿Cuál es su decisión?

-Hemos decidido que el difunto fue asesinado con alevosía por el prisionero, Edward Perkins.

Se oyó un grito de angustia, como si alguien hubiese recibido un golpe físico. Todos miramos al prisionero, cuya cara parecía retorcida de horror y miedo. El juez dio instrucciones para que fuese puesto bajo custodia hasta el juicio y observamos en silencio cómo se ponía de pie para que se lo llevaran.

Me levanté y me dirigí al final de la fila de asientos, pero descubrí que no podía moverme porque la amplia figura del inspector obstruía el pasillo, de modo que volví atrás para salir por el otro lado, pero allí estaba el doctor Locard hablando con el abogado. Más allá observé que el alguacil Adams me estaba mirando como si quisiese hablar pero, al igual que yo, estaba atrapado en su sitio. Mientras permanecía allí, sin ser notado y sintiéndome más bien incómodo, oí que tras de mí se elevaba la poderosa voz del comisario, en respuesta a una pregunta que no había oído.

-Una formalidad, se lo prometo. Con esas pruebas ningún jurado podría emitir una declaración de inocencia. Lo habrán colgado antes de la Semana Santa.

Avancé hacia el doctor Locard y lo oí que hacía arreglos para acudir a la oficina del señor Thorrold esa misma tarde y noté que el abogado se marchaba deprisa. Con el rabillo del ojo vi con alivio que Fickling también se marchaba, acompañado por Slattery.

Me causó una gran sorpresa que el doctor Locard se dirigiera hacia mí sonriendo para decirme:

-Doctor Courtine, mi esposa y yo hemos descubierto que esta tarde estamos inesperadamente libres. Sería un honor para nosotros que nos acompañase a cenar. Hay varios temas que me gustaría discutir con usted.

No pude pensar con suficiente rapidez en un motivo convincente para no aceptar y por ello se lo agradecí y acordamos una hora.

Nos dimos la mano y él fue a hablar con el comisario y el señor Wattam. Antes de poder alejarme, Adams estaba ante mí, cerrándome el paso.

-Lo que dijo me pareció muy interesante, doctor Courtine. Muy interesante, por cierto. Aunque he de confesar que no creo que sea correcta su idea de que el señor Stonex asesinara a un hermano, me parece que ha dado con algo no tan alejado de la verdad.

-No lo sé, alguacil Adams, no lo sé, en verdad.

Bajando la voz y mirando a su alrededor dijo:

-¿Notó algo en lo que dijo el señor Fickling al final?

-Perdón, pero no tengo tiempo para hablar sobre eso ahora.

-¿Podría volver a encontrar esa casa en Orchard Street, no es así?

-Por favor, déjeme pasar, alguacil.

-¿Puede venir mañana al cuartel de policía? A cualquier hora. Estaré allí todo el día.

-Dudo que tenga un momento antes de marcharme.

-Tengo su dirección en Cambridge, doctor Courtine. Podría visitarlo cuando le venga bien.

-Si me perdona-le dije abriéndome camino. Salí del edificio y me dirigí rápidamente a la lonja.

No tenía un minuto que perder. El alguacil tenía razón: había estado cerca de la verdad. Pero no había conseguido percibirla. ¿Por qué Fickling se había defendido con una coartada si yo no lo había acusado? ¿Qué temía que fuese a decir yo? Sobre todo, mientras caminaba no podía sacarme de la mente las palabras sorprendentes que también habían intrigado al alguacil: «Y en ese caso ¿quién nos dio el té?».

Estaba impaciente por ir a casa de Fickling, hacer mi maleta y escapar antes de que volviera. Yendo deprisa por las calles silenciosas, esperaba que él y Slattery no hubiesen regresado. Caía la noche y estaban encendiendo las luces de gas, aunque la lonja, a la cual entré por la puerta norte, seguía sin iluminación. ¿Y por qué el doctor Locard se había vuelto súbitamente amistoso? ¿Por qué no estaba incómodo por mi discrepancia pública con Fickling? Ciertamente, lo que más temía era el escándalo.

Cuando entré en la casa no parecía haber nadie. No quise llamar la atención, de modo que en vez de dar la luz de gas del vestíbulo, me limité a encender una vela con el piloto. Subí directamente a mi cuarto y con rapidez hice la maleta.

Fickling había estado implicado en el asesinato. Estaba seguro de ello. En mi mente se estaba formando una idea de lo que había pasado en realidad. Mi teoría acerca del hermano era errada, aunque había estado suficientemente cerca de la verdad como para asustarlo. Estaba seguro de que Perkins era inocente y en ese caso debería buscar pruebas que apoyaran mi nueva hipótesis. Las llaves de la casa de la víctima serían la mejor prueba porque no podían ser destruidas y debían de estar abandonadas o escondidas en alguna parte.

Cuando bajaba, mi vista cayó en el reloj del abuelo que daba la hora notablemente a destiempo. Recordé que marchaba muy mal: *Igual que el del señor Stonex.* Dejé la maleta y la vela, abrí la caja y busqué entre las pesas. Había algo colgado de una de ellas. Lo levanté y descubrí que era un juego de llaves. En ese momento me pareció haber resuelto el crimen. Aquí estaban las llaves mediante las cuales esa tarde el asesino había salido de casa de la víctima cerrando tras él. También me sentí asustado y horrorizado por la idea de lo que podía estar a punto de desencadenar. Destruiría a Fickling y a todos sus cómplices, pero salvaría a un hombre inocente del patíbulo. Descubrí que podía encarar la perspectiva de la desgracia de

Librodot

Fickling y su castigo con ecuanimidad. Me había traicionado y utilizado, explotando sin pudor nuestra antigua amistad y nuestro cariño. Me había manipulado como a un tonto. Dudaba que lo colgaran por lo que había hecho y mi deseo no iba tan lejos como para desearlo. Pero había cometido -o por lo menos ayudado a cometer- un acto terrible y la justicia debía cumplirse. Saqué las llaves y las observé bajo la escasa luz de la vela. Había dos llaves en un llavero, la mayor de las cuales era evidentemente de una casa. Levantando la vela corrí a la entrada y probé la llave en la puerta. Giró. De modo que no eran las llaves del deanato nuevo. Sentí que me invadía la decepción. Desde luego no tenía sentido que el asesino guardara las llaves. Hubo de haberlas tirado en cuanto salió del deanato nuevo.

La otra llave era demasiado pequeña para una puerta y probablemente correspondía a un aparador. ¡Un aparador! Recordé de pronto lo que sucedió la noche del martes, cuando vi que Fickling subía la escalera mientras yo bajaba de mi cuarto. ¿Podía ser que estuviera devolviendo la llave a su escondrijo tras haber escondido el paquete misterioso? Subí rápidamente al salón alumbrado por la vela. La llave entró bien en la cerradura del armario y la puerta se abrió en cuanto la toqué. Había varios objetos, uno de los cuales parecía ser el paquete. Lo abrí y le quité varias capas de envoltorio hasta que pude examinar el contenido a la luz de la vela. Su naturaleza primero me tomó por sorpresa y luego me horrorizó. Lo que vi tenía encanto desde cierto punto de vista y podía ser enteramente inocente, pero por indicios y fragmentos de conversación escuchados al azar sabía que estaba lejos de serlo. No es mi intención revelar exactamente de qué se trataba, pero eran placas fotográficas. Con ellas se explicaban y confirmaban muchas cosas escuchadas u oídas sin querer, presenciadas e incluso imaginadas. Tenía muy poco tiempo para decidir qué hacer con mi hallazgo. En cierto sentido no tenía derecho a llevármelo, pero al mismo tiempo no era correcto que estuviesen en manos de Fickling. Tampoco el dueño tenía derecho a recibirlas de vuelta, puesto que dichas fotografías nunca debieron haber sido tomadas. Si Fickling descubría que no estaban, imaginaría que yo me las había llevado, aunque esa consideración no me detuvo. ¿Pero qué podría hacer con ellas, por todos los cielos?

Volví a envolver el paquete, tomé un lápiz de la mesa cercana y escribí: «A la atención del deán». Aunque sólo podría prever vagamente las complicaciones que iba a desencadenar, supuse que su posesión iba a liberar las manos del deán, facilitándole la labor de hacer justicia. Luego volví a cerrar el armario y regresé al descansillo de la escalera. Acababa de devolver las llaves al interior del reloj cuando oí voces y que se abría la puerta de calle.

Como no había encendido la luz de gas no se dieron cuenta de que estaba en la casa. Sin pensarlo dos veces, apagué la vela. Para gran alivio los oí dirigirse a la salita del frente. Puse el paquete en mi maleta, la levanté y bajé sigilosamente, a oscuras.

Cuando pasé frente a la puerta miré hacia el cuarto y los vi. No me vieron porque estaban ocupados en otra cosa. Me quedé tan perplejo por la escena que no pude moverme. Por supuesto que, como hombre de mundo que ha pasado toda su vida adulta en una universidad, tenía conocimiento de esas cosas. Pero que esa realidad se presentara tan súbitamente ante mis ojos era desconcertante, para decir lo menos. No obstante, ¿qué era el amor, finalmente? Si es bueno en sí mismo, ¿qué importa la forma que tome? ¿Podía ser llamado perverso o contra natura en todas las circunstancias? Los antiguos habían aceptado sus muchas formas y sólo la mentalidad estrecha, prejuiciosa y mal intencionada del judeocristianismo lo había sancionado.

Tantas cosas se me aclaraban ahora. El miércoles por la noche Fickling no había ido a ver a una amante desconocida, pues las manos que había visto por la ventana eran las de Slattery. ¿Pero en ese caso, de quién era la voz de mujer que llegó a mis oídos?

Debí quedarme paralizado unos segundos cuando Slattery, que estaba de cara a la puerta, miró sobre el hombro de Fickling y me vio.

Slattery sonrió y dijo:

-Supongo que está profundamente asqueado, doctor Courtine.

Librodot

Fickling se volvió rápidamente, para enfrentarse a mí, y en su expresión sólo vi odio y temor.

-¿Qué demonios haces aquí?

Miré mi maleta.

-Había esperado poder evitar un nuevo encuentro.

-No podría estar más de acuerdo en eso.

-Supone que estoy asqueado -le respondí a Slattery-. Pero lo que me asquea es aquello en que los dos han estado colaborando estos últimos días. Ahora sé por qué mentiste acerca del encuentro con el pobre señor Stonex la noche del miércoles -dije a Fickling-. Ahora lo comprendo todo.

-En ese caso... -comenzó Fickling, pero Slattery, de un modo perturbadoramente íntimo, dijo con suavidad:

-¿Qué entiende, doctor Courtine?

-Vais a presenciar como un hombre inocente es colgado por un asesinato en el cual habéis colaborado. Vosotros dos.

Fickling miró hacia el suelo, pero en la cara de Slattery apareció una expresión mercenaria de sorpresa.

-Yo estaba en la práctica del coro, tocando el órgano toda la tarde y Fickling estuvo con usted. ¿Cómo puedo pensar que cualquiera de los dos estuvo implicado?

-Ya le he dicho, señor Slattery -le contesté categóricamente-. Entiendo cómo hicieron el juego. No fue la víctima quien nos ofreció el té.

-¿E intentará persuadir a las autoridades sobre la exactitud de otra teoría notable? -preguntó, sonriendo todavía.

No dije nada.

-¿Es esta tu venganza? -preguntó Fickling.

-¿Y qué habría de vengar? -le pregunté a mi vez. No respondió-. ¿Qué me hiciste que yo pudiera querer vengar? Sonrió despectivamente.

-Dijiste que me habías perdonado.

Mientras pronunciaba esas palabras sentí un deseo tan violento de cogerlo, golpearle la cabeza contra la pared y estrangularlo, que me tambaleé y tuve que apoyarme en el respaldo de una silla.

Cuando me sentí capaz de hablar le dije con toda la calma que pude reunir:

-Ayudaste a que me la quitasen, ¿no es así?

-¿A que te la *quitasen?* -repitió en tono de burla-. Él no te la quitó. Qué idea más absurda. Ella se lo ganó. Pero es cierto que se lo presenté porque me pareció que él podía ser la persona que la rescatara.

-¿Rescatara?

-Me había contado que sólo se había casado contigo para alejarse de su madre. Te encontraba insoportablemente aburrido. Y repulsivo físicamente.

-Mientes. Me quería. Cuando nos casamos estábamos enamorados.

-Realmente no lo entiendes, ¿no? Eres un fraude de lo peor, el tipo que se engaña a sí mismo. Eres un sentimental. Te cuentas mentiras tranquilizadoras.

-Tú eres quien miente. Eres mentiroso y traidor. Conspiraste para traicionar a tu mejor amigo, para destruir mi felicidad. Y ahora presumes de ello.

-Traicionar -dijo despectivamente-. Quieres que la gente te traicione porque confirma tu sentimiento de superioridad moral.

-Entonces tendría que estar contento ahora, pues me invitaste por esa única razón, ¿no? Para volver a traicionarme. Querías utilizarme. Utilizar mi buen nombre como coartada para tus cómplices y para ti mismo. Sólo me contaste lo de Burgoyne para que fuese a leer la inscripción -¡y no tenía nada que ver con él!- y para que me encontrara con ese hombre en la parte trasera del deanato nuevo.

-¿Se refiere al señor Stonex? -preguntó Slattery con expresión intrigada.

Librodot

-No soy tonto, señor Slattery -respondí-. Acepto haber sido obtuso muchas veces, pero también he sido suficientemente agudo.

-Bien, estoy de acuerdo sobre eso -dijo con una sonrisa odiosa.

Sus palabras me instigaron a decir:

-El individuo que vi el miércoles por la tarde no era el señor Stonex, que en ese momento estaba cenando poco más allá.

Slattery se dio un golpe en la frente.

-¡Es cierto! ¡Era su hermano!

Le volví la espalda con menosprecio. Había construido una hipótesis errada basada en un lapsus sin importancia y ahora me abochornaba pensar en ello. Pero por lo menos había advertido anomalías que los demás habían pasado por alto, aunque mi intento de hacerlas encajar no hubiese sido correcto.

Fickling conformó con los labios una sonrisa débil, perversa, de borracho y dijo:

-Su hermano gemelo, no lo olvides Martin.

-No era su hermano. En eso me equivocaba. Era su cuñado. Ese fue el acto fallido que detecté, aunque lo haya interpretado mal.

Pensé que mi revelación los iba a sobresaltar, pero, aunque intercambiaron miradas nerviosas, mi comentario no los destrozó. ¿Quería decir que todavía no acertaba con toda la verdad?

-Y entonces, ¿qué piensa hacer? -me preguntó Slattery sin demostrar nada más que una curiosidad moderada.

-No lo sé. Parecéis haber engañado a todo el mundo. Aunque tengo la impresión de que el alguacil ha percibido la mayor parte de la verdad. Sospecho asimismo de algunos más, pero tienen motivos para no querer que vuestro papel salga a la luz. Veréis, ahora entiendo cómo y por qué habéis sido protegidos por los canónigos. Os advierto, no obstante, que probablemente no estaréis a salvo mucho tiempo más.

Me encantó advertir que por fin los había alterado. Fickling se sobresaltó y Slattery se mostró claramente alarmado por lo que acababa de decir. Habiendo conseguido lo que quería, rápidamente abrí la puerta y abandoné la casa. Se lo merecían. No me sentía culpable por lo que iba a hacer. Las palabras de Fickling habían dado en el blanco. En esos momentos creía que era cierto lo que acababa de revelarme. Ella no me había querido. Me había encontrado indigno de ser querido.

Crucé la lonja silenciosa y desierta y me dirigí al deanato, donde deposité cuidadosamente el paquete en el buzón. Luego me dirigí a High Street y pedí una habitación en el Dolphin. Me sentía tan alterado y deprimido que estuve a punto de disculparme ante el doctor Locard y no aceptar la invitación a cenar. Ya no podía enfrentarme a más preguntas acerca del asesinato de Stonex ni a más suposiciones ingeniosas sobre el destino del manuscrito. Pero entonces pensé en lo mucho que lamentaría perderme otra oportunidad de charlar con la señora Locard y me decidí a ir.

Viernes por la noche

La casa del doctor Locard, en el domicilio del bibliotecario, era una vivienda grande y cómoda en Lower Close. La criada que vino a abrirme me pidió el sombrero y el abrigo y me dijo que le habían indicado que me condujera al estudio del señor, de modo que fue allí, un momento más tarde, donde encontré a mi anfitrión sentado ante una mesa junto a la ventana, y el fuego encendido. Se levantó y me recibió con gran cordialidad.

-Nuevamente estaba observando el manuscrito -me dijo indicando la mesa.

-¿Lo tiene aquí?

-Uno de los pocos privilegios de mi cargo -me dijo con una sonrisa- es que puedo sacar obras para estudiarlas en privado. Pero, ¿quisiera tomar asiento para volver a mirarlo?

-¡Desde luego!

Nos instalamos frente al escritorio.

-Pienso que le interesará saber -dijo- que he encontrado la fuente.

-¿La fuente? -le pregunté con asombro.

-Cuando estudiamos el manuscrito esta mañana, me pareció que reconocía algo familiar.

-Mencionó una debilidad del escritor que resultaba agotadora, pero no especificó en qué consistía.

-Un uso excesivo del superlativo. Estaba seguro de haberlo encontrado antes y entonces lo recordé. -Tomó un libro que estaba en la mesa y lo abrió-. Es la *Vita Constantini,* que como probablemente sabrá, es la vida de un santo franco del siglo X*,* escrito en el siglo XI*.*

-¿Pero cómo podría ser la fuente si es un siglo o dos posterior a Grimbald?

-Le ruego un momento de paciencia, doctor Courtine. Leeré algunas frases anteriores al punto crucial del texto, explicándole que el autor está hablando de la valentía de san Constantino para hacer frente a los gobernantes de su tiempo. Comenzó a leer en latín, traduciendo tras unas pocas frases:

> El Rey Hagebarth demostraba poco respeto por los hombres de Iglesia como demuestra claramente su conducta con el erudito Obispo Gregorius, el mártir.

-¡Doctissimus y apertissime! -exclamé-. He aquí dos de sus detestables superlativos.

-¡Y en la misma frase! -añadió con un escalofrío-. Y ahora viene este párrafo interesante:

> ...Puesto que de niño el Rey había sido discípulo del Obispo Gregorio, cuando el erudito anciano enseñaba a los hijos y sobrinos del viejo rey, el padre de Hagebarth no lo enterró con honores o siquiera decencia, como debiera haber hecho, tratándose de un hombre tan sabio y pío.

Me dirigió una mirada de triunfo, que yo le devolví, confundido.

-¿Es muy significativo, doctor Locard?

-La elipsis.

-Temo no entender.

-No tiene sentido que el rey no haya enterrado a su viejo tutor con dignidad *puesto que* había sido su alumno.

-Tiene razón. A menos, por cierto, que se tenga una visión particularmente oscura de la relación entre profesor y alumno.

Siguió, sin comprender mi broma:

-Pero si insertamos el folio que descubrió en el texto, en mitad de esta frase desconcertante, encontramos que en ambos puntos las frases recién descubiertas tienen

sentido. Y ahora el relato de la muerte del obispo ilustra el punto que quiere señalar el autor. De modo que la primera frase del manuscrito que encontró esta mañana debería leerse: «Puesto que de niño el Rey había sido discípulo del Obispo Gregorio, cuando el erudito anciano enseñaba a los hijos y sobrinos del viejo rey, el padre de Hagebarth, el Rey y el mártir fueron en un tiempo grandes amigos». Y la frase final debería ser: «Además, tenía tan poco respeto por el Obispo asesinado que no lo enterró con honores o siquiera decencia, como debiera haber hecho, tratándose de un hombre tan sabio y pío».

Cuando hube releído y estudiado el párrafo unas cuantas veces, tuve que aceptar que tenía razón.

-Alguien sacó la página hallada por usted del manuscrito de la *Vita Constantini* -dijo el doctor Locard- y por suerte o designio, ocurrió que fue la única copia de esa obra que sobrevivió, y por ello la historia de este texto deja sólo una frase sin sentido para demostrar que falta algo.

Intenté ocultar mi decepción.

-Lo felicito por su magnífica demostración de erudición, doctor Locard.

-Además -continuó como si no hubiese oído o como si no valiese la pena responder a mi cumplido-, he encontrado una pieza adicional que apoya esa interpretación. Los sucesos descritos en ese punto en la *Vita Constantini* ocurrieron en 968. Ahora, revisando diversos anales que se refieren a ese período y el *Chronicon de Ostberg,* he encontrado esta entrada correspondiente a esa fecha: «Para gran desesperación de los hombres, el sol escapó del cielo durante varios minutos, un poco después del mediodía del día vigésimo segundo de diciembre de este año».

Levantó la vista encantado.

-Sí, es conclusivo -le dije-. Entonces supongo que está probado que Leofranc arrancó esta página del manuscrito franco, que utilizó como fuente de su *Vida.*

-Que reescribió para glorificar a Alfredo y Wulflac -añadió

Lejos de confirmar la autenticidad de la *Vida* de Grimbald, mi descubrimiento virtualmente había probado que Leofranc la había inventado. Y había arrojado sombras sobre la existencia de Wulflac. El doctor Locard había echado por tierra mis esperanzas de aportar una nueva evaluación fundamental de Alfredo, y lo había hecho como simple aficionado. Me sentía humillado. Me dije que era tan buen historiador como él, aunque aparentemente hubiese leído todo sobre mi tema y tuviese una memoria asombrosa además de sus dotes lingüísticas. Me parecía que era un mero destripador, un destructor antes que un creador, tan frío, lógico, y carente de imaginación, que perdía el espíritu del pasado. Y en ese momento de triunfo estaba repugnantemente tranquilo. Al mirarlo me pareció que casi lo odiaba por no estar disfrutando de su victoria sobre mí. Era como si me superara hasta el punto de ni siquiera sentir placer por haberme aplastado. Mi único consuelo era que, aunque había parecido un relato de la conducta engañosa y cobarde de Alfredo, ahora probaba no tener nada que ver con él. Quedaba un tema importante por resolverse.

-¿Cuáles son sus intenciones respecto a la publicación, doctor Locard?

-Es algo tan importante que el mundo académico debería conocerlo cuanto antes. Virtualmente prueba que todo Grimbald ha de ser rechazado como fuente. Idealmente se necesita una edición académica del manuscrito junto con las fuentes relacionadas con él. Una serie de volúmenes, de hecho.

-Absolutamente -concedí entusiasmado-. Pero una empresa de ese tipo sería prohibitivamente cara, incluso para una de las editoriales universitarias.

-El manuscrito fue encontrado en la biblioteca donde había estado durante cerca de ochocientos años -dijo con la pasión tranquila de un archivista:

-Leofranc fue obispo aquí. Yo quisiera ver que el Deanato y el Cabildo apoya el proyecto. Los *Annales Turcastrienses.*

Lo miré con asombro.

-¿Es posible?

Me observó de modo especulativo.

-Podría ser. En este momento la Fundación tiene una diversidad de exigencias y recursos limitados pero, de haber un cambio, quedarían algunos fondos disponibles.

Hubo un breve silencio.

-Una edición así requeriría -dije cautelosamente- a un erudito con conocimientos profundos del período y sus fuentes.

-Yo necesitaría un editor que lo supervisase, y que igual podría estar en Oxford o Cambridge, ya que no se le pediría que viniese a Thurchester muy a menudo, pues tendría uno o más ayudantes trabajando aquí. Usted está entre los tres o cuatro mejor calificados en este campo, y ya que en gran medida el manuscrito fue encontrado gracias a sus esfuerzos, usted es la elección natural. La decisión no podré tomarla yo solo, desde luego. Y es posible concebir circunstancias en que el deanato y los demás miembros del Deanato y el Cabildo decidirían lejos del alcance de mis manos.

-¿Circunstancias? -me aventuré a preguntar. Me dirigió una mirada reflexiva.

-Le hablaré con gran franqueza. Todo depende del juicio de Perkins y sus implicaciones para los intereses de la Fundación.

-¿Se ha sabido algo más?

-Una mujer que alega ser la hermana de Stonex ha telegrafiado a Thorrold desde Yorkshire.

-¿Hay seguridad de que sea quien dice ser?

-Ello, por cierto, será examinado, pero es lo que parece. Ha trabajado muchos años como ama de llaves en Harrogate, pero recientemente sufrió un ataque cardíaco incapacitante.

-¿De modo que la Fundación perdería su reclamación de la fortuna?

-A menos que se pruebe que el testamento fue destruido contra los deseos del testatario. Su testimonio de que lo estaba buscando es crucial, doctor Courtine. Thorrold me asegura que sólo se requiere la prueba de que el señor Stonex mencionó el testamento sin dar la impresión de que intentara anularlo. En ese caso podría rehacerse a partir del borrador que afortunadamente ha sido encontrado.

-Fickling seguirá negando el incidente con la caja del reloj.

-Después de su actuación esta tarde, está descalificado como testigo.

-Sin duda mentía respecto a su propia implicación. Las personas responsables han de ser llevadas ante la justicia.

-Su teoría sobre un hermano...

-Me doy cuenta de mi error. Jamás existió.

Me miró extrañado.

-Luego, ¿acepta que Perkins fue pagado por la hermana para perpetrar el asesinato y encontrar el testamento?

-En ese caso -respondí evitando la pregunta-, ¿quién lo contrató por ella, si ella está en Yorkshire?

-Eso no importa -dijo abruptamente.

Pareció darse cuenta de que había hablado con brusquedad y añadió, eligiendo las palabras con cuidado:

-Lo que quiero decir es que la investigación del tema habrá de dejarse en manos de las autoridades competentes: Thorrold y la policía. Se puede confiar en que harán lo que se espera de ellas. Sería poco juicioso por su parte, doctor Courtine, seguir implicándose. Si comienza a lanzar acusaciones contra Fickling es seguro que habrá situaciones desagradables y todos sufrirán. Y usted en particular, como amigo suyo.

-Nuestra amistad ya no existe. No es el hombre que era cuando lo conocí en Cambridge. Entonces era correcto y decente. Excepto que a veces tenía lo que llamaba «arranques» y se dedicaba a beber varios días seguidos, lo cual, supongo, lo ha llevado a su situación actual.

-Ha caído bajo una mala influencia. Es muy sabido en toda la ciudad. Muchas veces lo han recogido en la calle para llevarlo a casa. Y su amistad con Slattery ha provocado comen-

tarios de naturaleza muy desagradable -vaciló y siguió diciendo-. Han tenido varias peleas de borrachos en público y, en una ocasión, tuvo un arrebato e intentó matar a Slattery. No hablemos más del tema.

En ese momento llamaron a la puerta y reapareció la criada:

-La señora dice que la cena está en la mesa, señor. Los está esperando en el comedor.

-¡Dios mío! ¡Tan tarde es ya! -Se volvió hacia mí-. Le pido disculpas. Qué poco amable por mi parte. Quería llevarlo a la sala a ver a mi esposa.

Cuando salíamos de la habitación le recordé que ya había tenido el placer de conocer a la señora Locard. Me condujo al comedor -una estancia espaciosa en la parte delantera de la casa- y allí nos encontramos con su esposa, quien estaba esperándonos.

-Robert ha estado tan ocupado estos últimos días que lo he visto muy poco -me dijo sonriente cuando nos dimos la mano.

-Pues sí -le dije-. Y además de todo, ha surgido el tema del cadáver en el memorial.

-¿Y cuál, según usted, sería la verdad de ese suceso? -me preguntó.

El doctor Locard estaba hablando con la criada acerca del modo en que debía ser servido el plato principal.

-Su esposo explica con gran ingenio que el cuerpo es del canónigo Burgoyne y que fue asesinado por el aparejador, un hombre llamado Gambrill, porque el canónigo estaba a punto de acusarlo de asesinato.

-No es lo que creo -puntualizó su esposo dejando su conversación sobre la temperatura de la sopa.

Me sonrojé.

-Me pareció haberlo entendido cuando hablamos esta mañana.

-Evidentemente no fui del todo claro -dijo con una cortesía cuidada que me pareció más ofensiva que la rudeza-. Dije que creía que Gambrill pensaba que Burgoyne estaba a punto de sacar a la luz pública el asesinato del padre de Limbrick. Pero no me parece que eso haya sido realmente lo que Burgoyne estaba a punto de denunciar.

-¡Qué complicado! -murmuró la señora sonriéndome.

-Pero la inscripción en la pared del deanato nuevo -comencé- sugiere que Gambrill...

-¡La inscripción! -exclamó-. La inscripción no tiene nada que ver con el asesinato de Burgoyne. No fue puesta allí hasta 1660 y se refiere al asesinato de Freeth.

-Lo cierto es que cuesta mucho entender a qué se refiere.

El doctor Locard dijo:

-Está redactada de modo ambiguo pues fue hecha en una época en que los Burgoyne aún eran poderosos. Fue obra de los canónigos, en especial de Champniss, el sacristán.

-Fue el testigo presencial cuya versión recogió Pepperdine más de veinte años más tarde. No me di cuenta de que era el sacristán. Pero, ¿quiere decirme que fue el hombre a quien Burgoyne y Gambrill humillaron y tuvo un colapso nervioso? Por entonces debería haber estado muerto hacía tiempo.

-En efecto me refiero a él. Sorprendentemente, hay que decirlo, vivió más que la mayoría de los canónigos. Había sido un amigo leal de Freeth y su muerte lo afectó hondamente y por ello la inscripción fue, en efecto, una acusación de asesinato contra la familia Burgoyne.

-¿Y tenía razón?

-Después del sitio el oficial al mando fue Willoughby Burgoyne, el sobrino del tesorero, y entenderá la razón por la cual los canónigos lo consideraban responsable.

Asentí. Pero por supuesto la referida información me había dejado perplejo. En ese caso la explicación escuchada el día anterior por la tarde no era cierta: el oficial responsable no había actuado a sangre fría para salvar la ciudad, sino para vengar una ofensa de familia. Recordé cuán cerca había estado Champniss, en el relato de Pepperdine, de acusar al oficial de haber asesinado a Freeth. Incluso tras la derrota de los Cabeza Redonda, hubiese sido peligroso haber denunciado a una familia tan poderosa como los Burgoyne.

Era posible, por ende, que la velada acusación que contenían las palabras ambiguas de la inscripción hubiese sido obra de los canónigos.

Hubo un momento de silencio mientras la criada se llevaba los platos de sopa.

-¿Y entonces a quién estaba a punto de denunciar Burgoyne si no era a Gambrill? -pregunté.

El bibliotecario respondió con una sonrisa enigmática:

-¿Recuerda la muerte de uno de los niños cantores durante la gran tormenta?

Asentí.

-Era el sobrino de Gambrill.

-¿Fue una coincidencia? -pregunté recordando la sugerencia del doctor Locard de que el niño había sido asesinado-. ¿Insinúa que fue asesinado por Burgoyne?

-¿Y cómo puedo saber yo qué ocurrió esa noche? Sólo me cabe conjeturar, al igual que usted. Y probablemente usted lo haga mejor que yo.

Si Burgoyne había asesinado al niño, debió de tener un motivo. Un motivo poderoso. ¿Cuál podía haber sido? Súbitamente comprendí lo que Locard había estado sugiriendo.

Miré a la señora Locard, que hacía arreglos con la criada.

-Me parece saber a quién estaba a punto de denunciar Burgoyne.

Él hizo un gesto de asentimiento y en ese momento su esposa se volvió hacia nosotros y dijo:

-Perdón, doctor Courtine. Usted estaba diciendo que el pobre canónigo había sido asesinado por el aparejador, pero en ese caso ¿quién lo mató a él?

-Muy buena pregunta -le respondí.

-Limbrick -contestó Locard-. El oficial del aparejador.

Pero al notar mi expresión escéptica, preguntó:

-Si no había un segundo hombre con él ¿cómo pudo Gambrill poner la placa en su lugar, y dejar a Burgoyne, todavía vivo, en su tumba?

Me alcé de hombros.

-¿Y dos hombres podrían haberlo hecho?

-Con ayuda de la polea que estaba instalada en los andamios con ese fin, era perfectamente posible. La placa estaba equilibrada por pesas de plomo para que pudiera descender lentamente y ser encajada en la posición correcta.

-Incluso dos hombres hubieran tenido dificultades -murmuré.

-¿Tiene una explicación mejor, doctor Courtine? -me preguntó esbozando una sonrisa.

-Puedo hacer más que aventurar una hipótesis. Creo que logro imaginar qué ocurrió en realidad esa noche...

-No deberíamos inventar nada más allá de los hechos dados -interrumpió el bibliotecario-. Según las pruebas que tenemos debió de ocurrir aproximadamente así: cuando esa noche Burgoyne recogió las llaves y fue a la catedral, Gambrill y Limbrick lo siguieron. Lo atacaron, lo dejaron inconsciente de un golpe y tal vez pensaron que lo habían matado. Luego lo levantaron por el andamio, lo introdujeron en el memorial, y lo emparedaron, sellando la placa.

-Tarea que hubiese sido difícil hasta para cinco o seis hombres -intercalé. Su hipótesis parecía mucho menos realista que la mía.

El doctor Locard hizo un gesto para indicar que había oído, pero que no prestaba atención a mi objeción.

-Entonces Limbrick asesinó a Gambrill haciendo que los andamios le cayeran encima.

-¿Y por qué y cuándo le quitó parte de la ropa a Burgoyne y se la puso a Gambrill?

-Es un detalle de menor importancia.

-Una explicación auténticamente convincente recoge todos los detalles.

Librodot

Cuando se levantó para cortar el asado, mi anfitrión dijo:

-Es una esperanza poco realista y, si puedo decirlo, bastante extraña para ser expresada por un historiador.

El comentario me incomodó, pero reflexioné que mi venganza sería encontrar pruebas de que estaba equivocado. Su lógica no conseguía incorporar el elemento de lo desconocido y para ello hacía falta imaginación.

Conseguí sonreír.

-Tenemos aquí dos enfoques completamente opuestos. En mi opinión, la auténtica prueba de una hipótesis es que explica incluso las anomalías. No es difícil dar forma a una hipótesis que considera los rasgos principales de cualquier misterio de manera global. Pero si ello se hace a costa de ignorar los elementos recalcitrantes, tal hipótesis no puede ser considerada explicación suficiente.

-¿Y entonces qué podría satisfacer sus requisitos, doctor Courtine?

-Un relato en que, por raros que fuesen algunos de sus elementos, recogiera cada anomalía. Y la creación de un relato así a menudo requiere que se ejercite la imaginación.

El doctor Locard apretó los labios con disgusto.

-Ese no es el papel de un historiador.

-Pero la alternativa es un acto de destrucción igualmente crucial. Donde hay conflictos o situaciones absurdas, éstos se descartan como producto de malentendidos o deshonestidad. Pero frecuentemente puede ocurrir que existan algunas circunstancias o motivos que faltan en el registro histórico y que corresponden a las inconsistencias aparentes. Sólo alego que el historiador debería intentar hallar la pieza que falta en el rompecabezas. .

-No puedo estar de acuerdo. El historiador tiene la obligación de quedarse con los datos conocidos, y no soñar con fantasmas de su propia imaginación. En el caso que estamos analizando, sabemos que Limbrick tenía motivos para odiar a Gambrill y que más tarde se casó con su viuda. Es suficiente para aceptar la explicación simple y evidente de que los dos hombres mataron a Burgoyne y que luego Limbrick mató a su patrón. Sería ilógico -o más bien absolutamente perverso- no aceptarlo.

Me volví hacia la señora Locard.

-Sobre este punto estoy en minoría. El juez dijo virtualmente lo mismo esta tarde, cuando advirtió al jurado en contra de dar crédito a una teoría mía.

La criada me pasó el plato de asado que su patrón acababa de cortar.

-En tanto que concedo que hay algunas anomalías triviales -dijo el doctor Locard- en la explicación del asesinato del anciano, el juez recomendó al jurado...

No pude dejar de interrumpir:

-¿La hora de la muerte? ¿La horrible destrucción de la cara de la víctima? ¿Trivialidades?

El bibliotecario siguió como si yo no hubiese hablado:

-La verdad esencial es muy sencilla. El asesinato fue encargado a Perkins. Le pagaron para que matara al anciano y escondiera su testamento.

-¿Y usted no acepta eso, doctor Courtine? -preguntó la señora Locard.

-Estoy convencido de que el joven es inocente.

-Francamente me asombra que lo diga -dijo su esposo-. No obstante, espero que cuando se celebre el juicio se haya probado un vínculo entre él y la hermana.

-¿Quiere decir eso que el testamento no ha aparecido? -preguntó su esposa-. ¿Y que ella heredará?

-Perkins debe de haber recibido dinero como pago por el asesinato -dijo el doctor Locard-. Espero pruebas que lo descubran.

-No -le contesté a la señora Locard-. El testamento no ha sido hallado.

Me sorprendió que su esposo no se lo hubiese dicho.

-Nunca se sabrá -dijo el doctor Locard-. Se lo llevó Perkins cuando desvalijó la casa. El hecho saldrá a la luz. Y por esa razón. doctor Courtine, cuando esté en el estrado de los

testigos durante el juicio, sería aconsejable que no empañe ese tema diciendo que ya habían estado buscando algo en la casa. Sólo confundiría al jurado.

-Es una anomalía importante -sugerí.

Me miró con dureza.

-Precisamente. E intente evitar otros temas que enlodarán las aguas como lo que usted súbitamente sacó a la luz, de que el anciano borró el mensaje en la pizarra, aunque no se lo había mencionado a la policía.

-Fue un fallo de la memoria y en verdad sólo recordé el detalle en ese momento.

El doctor Locard dijo con mucha deliberación:

-Ha recordado tantas cosas que espero que ya no recuerde nada más.

-Es perfectamente concebible -le dije-. La memoria es muy extraña.

Acabábamos de comenzar a comer pero él dejó el cuchillo y el tenedor y dijo:

-Se le pide muy poco. Thorrold me asegura que una declaración jurada y firmada por usted sería suficiente para dar fe de que esa era la última voluntad del señor Stonex. La ha reconstruido de un borrador.

-¿Thorrold? ¿El encargado de los bienes del señor Stonex?

-También actúa en representación del Deanato y Cabildo.

Me sorprendí. ¿Era absurdo pensar que el abogado estaba en un conflicto de intereses evidente?

-Una cosa así, desde luego, sería contestada por la hermana, pero al señor Thorrold le parece que hay muchas posibilidades de que se sostenga nuestra causa. Especialmente si Perkins es condenado.

-¿Y qué tendría que recordar yo?

-Nada más que mencionar que el señor Stonex había encontrado el testamento en la caja del reloj, comentando que iba a guardarlo en algún lugar seguro, que tal vez lo pondría en manos de su abogado, o lo llevaría al banco.

-Fickling se opondría a ello. Me acusaría de mentir.

Apartó su plato.

-Voy a hablar con entera franqueza. Este asunto tiene ramificaciones que implican a Fickling, Slattery, por lo menos a uno de los colegas canónigos, y otros individuos, de lo cual estoy seguro que usted, como forastero, no tiene conocimiento. Si la reconstrucción del testamento hecha por Thorrold es aceptada y probada, nada de esto (y mucho menos sus implicaciones mayores) tendrá que salir a la luz, pues la hermana del muerto, o quienquiera que haya contratado a Perkins, no tendría nada que ganar ni por su condena, ni por su declaración de inocencia. Se dispondrá de los bienes de acuerdo con los términos del testamento, sin considerar quién es el heredero del señor Stonex. Si, por otra parte, el testamento reconstruido no es aceptado, durante el juicio de Perkins inevitablemente emergerán más cosas. Verdaderamente espero que ello pueda evitarse, pues sería tremendamente perjudicial para muchas personas, pero si ése es el precio que se debe pagar, que así sea.

Hubo un silencio. Miré la cara de mi anfitrión y luego la de su mujer, que se sonrojó un poco y apartó la vista. Planteé mi siguiente pregunta de modo muy cuidado:

-Hacer una declaración bajo juramento, teniendo en cuenta que un hombre está siendo juzgado y puede ser condenado a muerte, me inspira reticencia.

El doctor Locard replicó en voz baja e intensa:

-Si hace la declaración y permite que se ejecute el testamento, podrá decir lo que quiera en el juicio. Entonces sería completamente irrelevante que Perkins sea condenado o no.

-Pero si no hago la declaración jurada el juicio se transformará en una experiencia muy desagradable.

-Sin duda. Fickling tendrá que ser acusado de permitir que ciertas circunstancias sean conocidas y ello será sumamente incómodo para usted.

No respondí. Se me ocurrió que haber enviado al deanato el paquete de placas fotográficas robadas a Sheldrick ponía en sus manos un arma que, bajo ciertas circunstancias, podría resultar en la muerte de Perkins. Y lamenté el impulso inocente con que lo hice.

El doctor Locard siguió:

-Los rumores crueles no perdonarán a nadie. ¿Me entiende, doctor Courtine?

Le devolví la mirada sin responder.

-Entre otras consecuencias, me sería imposible persuadir a los canónigos que le confíen la publicación del manuscrito, porque cada amistad del pasado de Fickling estaría bajo sospecha. Usted no está casado, me parece.

-No tengo esposa.

Le lanzó una mirada a su mujer y luego se volvió hacia mí.

-Un amigo de Fickling que no esté casado, para hablar brutalmente, sería más vulnerable que nadie a las murmuraciones del tipo más malicioso.

La señora Locard bajó la mirada.

-No tengo nada que ocultar.

-No lo dudo, doctor Courtine. Puede que esté dispuesto a aceptar el riesgo, pero no puede infligirles ese bochorno a su familia y amigos.

-No tengo familia.

-¿En absoluto? -preguntó la señora Locard, intentando cambiar el curso de la conversación-. ¡Qué triste! ¿No tiene hermanos ni hermanas?

El doctor Locard se volvió con expresión irritada.

-Sólo tengo una hermana... que murió hace cuatro años. Mi única pariente viva es su hija. Estoy de camino a visitarla a ella y a su esposo en estas fiestas.

-¿Tienen niños?

-Dos hijitas. Tengo la maleta llena de regalos para ellas.

-Me doy cuenta de que es un tío y un tío abuelo afectuoso. Pero ¿usted no tiene hijos propios?

-Tal como acabo de contarle, no tengo esposa.

Había hablado más bruscamente de lo que hubiese querido y vi que la había hecho sentirse incómoda.

En ese momento entró la criada y le pasó una nota a su patrón. Disculpándose, abrió el sobre y leyó la carta.

-Lo siento terriblemente, pero me llaman para que acuda al deanato.

-¿A esta hora? -preguntó su esposa.

-Ha ocurrido algo que el deán quiere discutir conmigo.

-Pero Robert, si apenas has comido.

-Le pido sinceramente que me perdone -me dijo el doctor Locard-. Por favor, siga con su postre y espero volver a reunirme con ustedes en el salón dentro de un rato.

En cuanto se hubo marchado, dije:

-He de pedirle disculpas por mi grosería hace un momento. No sé por qué hablé tan bruscamente.

-Yo no debería haber hecho esa pregunta -me dijo.

-No es eso. Actué mal. Todavía estoy alterado por las cosas que han ocurrido estos últimos días.

-Lamento tanto que se haya visto implicado en este asunto horrible del pobre señor Stonex. Ha de haber sido muy desagradable para usted.

-Y además de ello, acabo de tener una de las experiencias más lamentables de mi vida. Descubrir que un viejo amigo... no es mi amigo.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos grises observándome.

-La noche pasada tuve una pesadilla horrible. Debería decir esta mañana. Desperté con un oscuro sentimiento de desesperanza que no me ha abandonado en todo el día. ¡Qué extraño es estar perturbado por algo que en verdad no ha ocurrido!

-No me sorprende que haya tenido una pesadilla. Ha estado tan cerca de la muerte -la muerte violenta- estos últimos dos días.

-No obstante, el sueño no parecía tener que ver con eso. Creo que fue provocado por el recuerdo de una historia que acabo de leer, una necedad que me altera, aunque no sé por qué. Supongo que no es la muerte lo que me asusta, porque cuando contemplé el cadáver de Burgoyne esta mañana me pareció tristemente conmovedor y nada más. Incluso el señor Stonex. Murió de un modo horrible, pero está en paz. Lo que me ha perturbado es la percepción del mal.

-¿Porque los dos fueron asesinados?

-El asesinato es una parte. Pero la maldad no se manifiesta únicamente en el asesinato. Y, lo sabe el cielo, no todos los asesinatos resultan de la maldad.

Viendo que parecía perpleja añadí:

-Por ejemplo, si Perkins hubiera dado muerte al señor Stonex, más que de la maldad, habría sido consecuencia de la codicia y la necedad.

-Pero usted no cree que lo haya hecho.

-No. Estoy seguro de que lo mataron por pura malevolencia y eso es lo que me perturba.

No tenía intenciones de describirle la cara brutalmente destrozada del anciano.

-Tengo la convicción de haber estado en presencia de la maldad -añadí.

-La gente da significados tan diferentes a la palabra.

-Para mí es el placer de infligir sufrimientos a otro, o de ver que sufren.

-¿Y cualquiera de nosotros es enteramente inocente de esa culpa?

Viniendo de ella, sus palabras me intrigaron. Tal vez porque me habían tomado por sorpresa me encontré diciendo:

-Ciertamente, reconozco que he sentido esa satisfacción insana hoy mismo, y creo que ello fue lo que más me asustó.

Aparentemente sin que mi confesión la alterara, ella dijo:

-Si somos honestos, todos tendríamos que reconocerlo en nosotros mismos. Nuestra religión nos enseña a devolver bien por mal. Pero eso cuesta.

No deseaba decirle que su religión no era la mía. Pero, ¿había apartado de mí la superstición cristiana si seguía hablando del mal?

-Es particularmente duro cuando la persona que se comporta de modo cruel ha sido amiga -añadí- y por ello conoce la mejor manera de herirnos.

-Pero, aun así, ¿no le parece que las personas que son muy desgraciadas son las que más quieren provocar dolor en los otros?

-Supongo que es así. Pero la malevolencia que demostró hacia mí, su ira y sus deseos de herirme me trastornan. Y eso fue lo que me aterrorizó en mi pesadilla, la percepción del mal.

-¿Quiere hablarme de ella? Me parece que contar una pesadilla a menudo ayuda a disipar su efecto.

-Me parece poco generoso hacerla pasar por esto.

-Me interesa de veras. Me gustaría escucharlo, doctor Courtine. Pero pasemos al salón para tomar el café.

Unos minutos después estábamos instalados en el gran sofá de una sala brillantemente iluminada, y con un alegre fuego ardiendo ante nosotros. Mi anfitriona me instigó a cumplir mi promesa.

-Bien, es muy extraño -comencé-. Mis brazos rodeaban una criatura, algo que desprendía el olor más horroroso. Tenía los ojos cerrados. Parecía estar luchando. Estaba en lo alto de algo. Me parece que estaba tumbado en una cama. Fuera, en la ventana, se oían los chillidos de los pájaros. Lo más perturbador era mi convicción de que el ser monstruoso tenía algún tipo de poder sobre mí. Era casi parte de mí, le desgarré un brazo, o más bien algo parecido a un brazo, pero que era más parecido a un ala o un tentáculo, y sentí dolor en mi

brazo izquierdo. Entonces desperté (quiero decir en mi sueño), aunque creí haber despertado realmente y descubrí que estaba en el sofá de mis habitaciones en la universidad. Tenía un sentimiento de desesperación negra. Hubo una época de mi vida en que dormí en ese sofá. No fue precisamente la más alegre. Entonces desperté realmente y encontré bajo mi cuerpo lo que parecía ser mi propio brazo desgarrado. Había estado durmiendo sobre él y había perdido la sensibilidad.

Ella se estremeció, mostrándome su simpatía.

-Las pesadillas son como los buitres que aparecen para atacarnos en los momentos en que somos vulnerables.

-He estado durmiendo mal desde que llegué. Estaré contento cuando me marche. Mañana haré un viaje largo por tren, yendo desde un lugar donde no me quieren a otro. Lo siento. He sido casi grosero.

-Por supuesto que no. Ha de estar esperando la Navidad y el encuentro con las niñas, y ellas deben de estar contentas, pensando que verán a su tío.

-La verdad es que temo ese momento.

Si se sorprendió no lo hizo evidente y esperó que siguiera hablando con una expresión de auténtica simpatía y no de mera curiosidad. De modo que seguí:

-Están tan contentos con su nuevo bebé, y tan enamorados, que sé que no me quieren allí. Me invitan todas las Navidades porque les da pena pensar que me quedo solo en esas fechas.

-Estoy segura de que es bienvenido. No me cabe duda.

-¿Y por qué iban a querer mi presencia?

-Usted me parece ser una persona muy bondadosa. Bien intencionada y honorable. Perdóneme por ser tan presuntuosa, pero no puedo creer que no tenga amigos que lo quieren.

Sonreí.

-Unos pocos colegas de la universidad, tan polvorientos y aburridos como yo mismo. No me parece que «cariño» sea la palabra adecuada para describir nuestros sentimientos mutuos. Debería haberme quedado en mi departamento con ellos, como de costumbre, sin haber pensado en imponerme a mi sobrina. Es terrible cuando la felicidad de otros entristece. Y luego uno se siente tan culpable por resentirse por su felicidad.

-Sería poco natural no sentirlo -me dijo-. Pero no es lo mismo que desearles algún mal.

-No. No le deseo el mal a nadie. Sólo quisiera algo más de alegría. Cuando era joven nunca podría haber imaginado que al acercarme a la cincuentena tendría tan poco. Pensaba que todo lo que quería iba a hacerse realidad. Perdí mi única oportunidad.

Lamenté la confesión en cuanto la hube hecho y acaso porque ella lo sintió, comentó:

-Me parece que se puede experimentar más soledad cuando no se está a solas.

La franqueza de su declaración me llenó de asombro. Había visto lo suficiente del trato que le daba su esposo para hacerme una idea de su vida juntos. En ese momento tuve una imagen vívida e inesperada de lo que había visto en el vestíbulo dos horas antes, y súbitamente me pareció que mi vida había estado desprovista de valor y audacia. Por lo menos Burgoyne y Fickling no lo habían hecho.

-En especial -añadió- cuando no hay niños.

-Es lo que mas lamento -le confesé, recordando lo dicho por el doctor Sisterson acerca de la pérdida de su hijo-. Lo siento cada vez más, en la medida que voy envejeciendo.

Me dirigió una sonrisa triste.

-He conocido señores considerablemente mayores que usted que se casan y tienen hijos.

-En lo que respecta al matrimonio, ya tuve mi única oportunidad.

-Pero entendí que mencionó que no tenía esposa.

-No puedo casarme. Hace un rato no fui meramente grosero. También fui algo deshonesto. Le dije que no tengo esposa. La verdad es... -me interrumpí.

-No necesita decir nada -dijo con gentileza.

-Ella me dejó. Yo quedé deshecho. Fue algo que me destruyó completamente. Es más fácil dar la impresión de que está muerta. Solía pensar que estaba muerta. Pero ahora sé que no es así. Ella no es quien ha estado muerta todos estos años. He sido yo.

-Entiendo. Cuando se ama, se otorga a esa persona la medida del propio valor y si esa persona se va, se cree total y profundamente que es porque uno no tiene merecimientos. Es un tipo de muerte.

-Describe mi experiencia con exactitud. ¿Puedo contarle la historia?

-¿Está seguro de que quiere hacerlo?

-Sí, aunque nunca he hablado de esto con nadie. Ha habido suficientes mentiras y ocultamiento y ahora quisiera contar la verdad. Esto es, si a usted no le importa escuchar una historia muy vulgar.

-Cada historia personal es única.

-Hace veinte años me casé... con una niña, porque era diez años menor que yo. Era hija del tutor de un colegio de Oxford y muy bella. Muy dulce y muy bella. Me enamoré de ella y creía, y sigo creyendo, que ella me quería. Y al comienzo fuimos felices. ¡Al comienzo! Pero todo ocurrió con tanta rapidez. Nuestro tiempo juntos fue tan breve, sólo unos meses. La primera vez que la vi tenía quince años. Pero entonces fue enviada al extranjero para perfeccionar su educación y no volví a verla hasta la Navidad, cuando acababan de darme un cargo en mi colegio, Colchester. Pedí su mano en enero, y en abril nos habíamos casado. Después de la luna de miel, que pasamos en un castillo escocés, una propiedad de los parientes de mi esposa, nos instalamos en una casa de la universidad. Por entonces éramos felices.

»Tenía un amigo, un viejo amigo de mis días de estudiante. No había obtenido las calificaciones que había esperado conseguir y había tenido que abandonar sus expectativas de obtener un cargo como docente, pero se había quedado y estaba enseñando en uno de los colegios corales. Era ingenioso y encantador y hacía reír a mi esposa, además de que cantaba y tocaba la flauta, y ella cantaba y tocaba el piano, de modo que pasaban veladas enteras haciendo música. Y yo estaba muy agradecido pues temía que nuestra vida le resultara algo aburrida. Debía de sentirse sola porque había muy pocas mujeres jóvenes en Cambridge. Yo estaba muy inmerso en mis obligaciones (pues ocupaba el cargo de vicedeán de mi colegio), además de mis estudios históricos y por ello pasaba todo el día en la universidad y la mayor parte de las tardes trabajaba en mi biblioteca. Entonces mi amigo comenzó a traer a un amigo suyo. Fui un necio. Un necio arrogante y complaciente. Casi no hace falta que siga.

-Siga, si quiere -dijo con gran gentileza.

-Sabía y no sabía - o no quería saber- lo que estaba haciendo mi amigo. Lo perdoné muchos años más tarde. O más bien creía haberlo perdonado porque me permití creer que no había actuado con mala intención en lo que ocurrió. Pero he descubierto, hoy mismo, que en efecto hizo aquello de lo cual lo acusaba. Debía de estar resentido conmigo. Supongo que envidiaba mi felicidad. Había empezado mi carrera académica y estaba felizmente casado. Él no disfrutaba de ninguna de esas situaciones afortunadas. Y me envidiaba, incluso estaba algo celoso, me parece. Y tal vez quería hacerle un favor a su amigo, aunque fuese a expensas mías. El amigo era un hombre que a él le gustaba. Le gustaba especialmente. La historia es banal, como un incidente de una novela francesa.

»Como he dicho, mi esposa era joven, bella e incluso rica. No lo he mencionado, ¿no? Su madre había sido una gran heredera, de modo que mi mujer era una presa excelente. Yo había tenido mucha suerte. Y de algún modo lo sabía, pero al mismo tiempo lo ignoraba. Mi amigo, el profesor, dejó de venir tan a menudo y en esas ocasiones su amigo -quien nunca se hizo amigo mío porque había algo en él que jamás me gustó- venía solo. Era apuesto, encantador y sabía cómo ser ameno. Había vivido en lugares exóticos donde había hecho cosas extraordinarias. Tenía algo de dinero propio. Suficiente para concederse algunas de sus aficiones, pero insuficiente para vivir el tipo de vida que le gustaba. Escribía poesía y relatos

de viaje y debió deslumbrar a una joven que sólo había conocido a académicos polvorientos. Pero no la merecía. Me humilló tanto que ella lo prefiriera a él.

El recuerdo me obligó a interrumpirme unos instantes.

-Los peores momentos, creo, los peores momentos de todos los malos momentos fueron cuando sospechaba, pero no sabía. Estaba en las últimas semanas del semestre, justo antes de las vacaciones de verano. Una vez que volví a casa de improviso y pasé casualmente frente a una ventana abierta, los vi en la sala. No hacían más que mirarse, sin hablar ni sonreír, cada uno en un extremo del sofá, pero se miraban con tanta intensidad emocional que era casi palpable. A pesar de que presentí que estaba proyectando traicionarme, ella me parecía tan dulce e inocente. Empecé a seguirla. Ahora me avergüenzo de mí mismo. Cuando ella creía que estaba en la universidad yo merodeaba por las calles cercanas a nuestra casa como un ladrón, esperando para ver dónde iba y con quién se encontraba. Lo más raro es que empecé a sentirme atemorizado ante ella.

-¿Atemorizado?

-Sí, quiero decir que literalmente le tenía miedo. Podía hacerme tanto daño. Sentí que me había equivocado respecto a su naturaleza. No era la persona de quien me había enamorado. La jovencita inocente y dulce que había amado no podía hacerme algo tan cruel. Por una perversidad horrible, pienso que mis sospechas la empujaron a lo que hizo. Creo haber sospechado la verdad antes de que hubiera nada de qué sospechar o, por lo menos, antes de que la situación se hubiese vuelto irrecuperable. Pero no dije nada. Sentía que no podía hablar de eso con ella. Cuando finalmente lo descubrí... Cuando conocí la verdad... porque todos en Cambridge lo sabían antes que yo. Me sentí tan humillado. No, creo imaginar lo que usted está pensando. Pero la vergüenza pública no es aquello que no puedo perdonarle. Después de todo me quedé en Cambridge cuando podría haber renunciado a mi puesto y marcharme. Sin embargo, descubrí que no podía estar en mi casa. Me asustaba. Empecé a dormir en un sofá en mis habitaciones de la universidad. Un año después devolví la casa.

Nuevamente tuve que interrumpirme unos momentos antes de poder continuar.

-Lo siento, he olvidado qué iba a contarle.

-Me estaba contando acerca de la forma en que lo descubrió. Pero por favor no diga nada más si ello lo perturba.

-Fue durante las vacaciones de verano. Los tres, mi esposa, yo y mi amigo el profesor, fuimos a la costa, a Great Yarmouth, de hecho. Ella estaba muy silenciosa, muy triste. Temía que estuviese echando de menos a su amante, pero todavía no estaba seguro de sus sentimientos por él o de lo que había ocurrido entre ellos. Intentaba hablar con ella de lo que estaba pasando, pero no podía. Entonces, una noche antes de nuestro regreso a Cambridge, finalmente conseguí tocar el tema. Me horrorizó y supongo que también me alivió- que ella confesara. Me contó toda la historia. Cómo, aunque había creído estar enamorada de mí, cuando conoció a este hombre había comprendido en qué consistía realmente la pasión. Cómo él la había correspondido, dijo, con una intensidad que nunca encontró en mí. Aunque, Dios lo sabe, yo la había adorado. Supongo que carecía de la facilidad de su galán para expresar esos sentimientos. Me contó que nuestro amigo, el profesor, parecía haberlo imaginado desde el comienzo y dijo que incluso parecía estimularlo.

Miré al suelo. Sentí que había habido bastantes evasivas y dije:

-Eran amantes.

Me interrumpí y me cubrí la cara un instante.

-No era la persona de quien me había enamorado, con quien me había casado. No era la jovencita inocente que quería. Ese fue el auténtico desengaño.

Sentí que me rozaban la mano y las bajé. La señora Locard me miraba con solicitud.

-Perdóneme, señor Courtine, pero tal vez ésa haya sido la causa del malentendido entre ustedes. Usted creía estar casado con una jovencita inocente, y es posible que ella sintiera que

había dejado de serlo, si es que lo había sido en algún momento, incluso cuando usted la conoció.

Pensé en las crueles palabras de Fickling revelándome sus motivos para casarse conmigo.

-¿Está diciéndome que se casó conmigo engañada?

-No, no exactamente. O lo hizo sin deliberación. Es posible que llegase a sentir progresivamente que usted no entendía su auténtica naturaleza, que no la veía en su totalidad. Usted quería que ella siguiera siendo una jovencita dulce, pero ella estaba creciendo, aprendiendo y cambiando.

-¿Y yo estaba tan inmerso en mi trabajo que no lo vi? Sí, es posible que haya cierta verdad en ello.

-Pero más que eso, usted quería que ella siguiera siendo tal como la imaginó cuando la vio por primera vez. De modo que cuando ella le contó lo que había ocurrido, usted creyó que lo había traicionado ocultándole su auténtica naturaleza, y es muy comprensible porque sus actos lo hirieron terriblemente. Usted piensa que ella actuó guiada únicamente por motivos egoístas, pero ¿no cree posible que ella sintiese que lo estaba engañando, quiero decir, antes de que lo engañara realmente? Ella se sentía culpable y llegó a creer que acabaría provocando la desdicha de los dos.

Alguien había dicho algo parecido muy recientemente. ¿Es posible que de alguna manera perversa yo quisiese que ella me traicionara para sentirme superior? ¿Para sentirme como un mártir heroico?

-Hay gente que invita a la traición. Son exigentes consigo mismos y no saben lo duros que son con los demás. Hacen difícil que los otros no les fallen. Y en algunos casos incluso se complacen sombríamente cuando los abandonan. Pero no es lo mismo decir que desean ser traicionados.

-Pensaba que era bueno y bondadoso con ella. Era mayor que ella.

-Pero, si estoy en lo cierto, doctor Courtine, ello formaba parte de la dificultad. No la trataba como ella quería. Y acaso el otro hombre lo hizo porque le hablaba como a una mujer adulta y como su igual. De modo que ella sintió que su auténtica naturaleza estaba comprometida con él, y que con usted sólo aparecía una naturaleza falsa.

No estaba seguro de entenderla. Viendo mi perplejidad la señora Locard añadió:

-¿Puedo preguntarle si, cuando hizo su confesión esa noche en Great Yarmouth, le estaba pidiendo que se separaran?

-No. Dijo que sabía que había obrado mal. Había roto con su amante. Quería que siguiésemos casados. Quería que las cosas fueran como antes.

-¿Entonces fue usted quien se negó?

-Ni me negué ni acepté. Descubrí que era incapaz de darle una respuesta. Sabía que a pesar de lo que decía, todo había cambiado completamente. Nunca podría volver a confiar en ella. No era la niña inocente y sin malicia con que me había casado. Si podía causarme tanto dolor, era porque no me quería. Y peor aún que eso. Ahora dudaba de que alguna vez me hubiese querido. Me preguntaba si sólo había fingido amarme. ¿Siempre me había encontrado aburrido y opaco? La situación continuó así y volvimos a Cambridge casi sin hablarnos. Su amante le enviaba mensajes todos los días. Varias veces al día. Le estaba pidiendo que se fuera al extranjero con él. Ya estábamos a mediados de agosto.

Cuando dejé de hablar la señora Locard preguntó suavemente:

-¿Y entonces...?

-Nada. Yo estaba en un torbellino de emociones, pero no podía expresarle nada. Me apartaba de ella cuando trataba de tocarme. Nos movíamos por la casa como fantasmas. Diez días después se fue con su amante. Desde entonces ni la he visto ni he sabido de ella. Durante algunos años he dejado que la gente piense que soy viudo. No es enteramente falso, pues ella está muerta para mí, pero está viva y sigue siendo mi esposa. Viven en Florencia, o estaban allí la última vez que tuve noticias de ellos.

-¿Y usted sigue sin divorciarse?

Asentí con la cabeza.

-Nuestros abogados arreglaron una separación privada. Vuelve a estar en posesión de su fortuna. No quise nada de ella. Su amante puede vivir el tipo de vida que siempre soñó.

-¿Y ella no le pidió el divorcio para poder casarse?

-Sí, pero me negué porque no estoy preparado para legitimar una relación basada en la traición.

Al pronunciar esas palabras me tembló la voz. Qué pomposo sonaba pronunciar en voz alta la frase que tan a menudo usaba conmigo mismo.

-Puedo ver lo doloroso que sigue siendo para usted. Preguntárselo ha sido poco delicado por mi parte.

-No, no. Por el contrario. Es un alivio poder hablar de esto con alguien, finalmente. No acostumbro a actuar así. Es por todo lo que ha pasado estos últimos días... Y por algo que no sabía.

Aparté la mirada y seguí:

-Tienen una hija. Acabo de enterarme y me ha traído todo a la memoria. Ahora tiene quince años. Es la hija que pudimos haber tenido. No tenía idea de la existencia de la niña. Me lo contó Fickling porque quería herirme.

En cuanto las palabras hubieron escapado de mis labios, me di cuenta de que había revelado que el intermediario había sido Fickling, pero supuse que ella ya lo habría imaginado.

-Es comprensible que una cosa así lo haya conmovido. El pobre señor Fickling tiene muchos motivos para ser desdichado y querer que otros lo sean. Pero estoy seguro de que usted no cree que hayan tenido una hija sólo para hacerlo sufrir a usted.

-Oh, no. No soy tan obsesivo como para pensar una cosa así.

Ella vaciló un instante.

-Podría ser más fácil para usted si dijera algo que suena cruel. Me pregunto si debería decirlo.

-Por favor, adelante.

-Cuando alguien nos ha herido al rechazarnos, pensamos que han actuado con intención y que siguen intentando hacernos daño. Y ello es muy doloroso. Pero pensar en su maldad nos tranquiliza extrañamente porque implica, de algún modo, que siguen interesados en nosotros. Aunque la verdad casi siempre es que causarnos dolor no es lo básico, sino un efecto incidental. A menudo es cierto que la otra persona no tarda mucho en no sentir nada hacia nosotros. El dolor que creemos que nos están infligiendo es nuestra propia creación, porque nos gratifica.

Era difícil de aceptar, y no obstante percibí su verdad. Me había aferrado a su recuerdo como a una espina clavada en el corazón porque era preferible a perderla del todo. Y luego entendí que al provocarme dolor a mí mismo me había permitido seguir sintiéndome moralmente superior a ellos.

-¿Cree entonces que debería aceptar el divorcio?

-Lo que yo pienso es que es algo que debería permitirse a usted mismo.

Viendo mi extrañeza, ella continuó:

-¿No sería mejor para usted que todo eso formara parte del pasado? Para acabar con las dificultades de ellos y de usted.

-¿Para mí? El hecho de que sigamos legalmente casados no supone ninguna diferencia.

-¿Usted cree? ¿No es como postergar el funeral tras una muerte? Sólo cuando se ha llevado a cabo la ceremonia puede comenzar el proceso del duelo.

-¿Comenzar? He llevado esta pena veinte años.

-Pero el duelo permite que al final dejemos atrás el pasado -dijo con una sonrisa que suavizaba el reproche-. Y usted no lo ha hecho.

-No se puede dejar atrás el pasado -argumenté-. Uno es el pasado. Como historiador, he de pensar así.

Pareció estar buscando las palabras adecuadas:

-Pero conceder el divorcio tiene consecuencias legales y emocionales. Al impedirles que se casen, impide que usted pueda hacerlo.

Sonreí sorprendido. ¡Qué conversación más extraordinaria estábamos teniendo!

Me devolvió la sonrisa.

-¿Por qué no? Los hombres tienen muchas más posibilidades de casarse que nosotras y, de hecho, tienen hijos cuando se juzga que la vida activa y útil de una mujer ya ha pasado.

-Eso significa olvidarlo todo y ¿por qué ellos iban a tener lo que quieren y yo nada cuando la culpa es suya?

-Su esposa, su amante y el amigo actuaron mal y usted tiene razón al sentirse así. Pero sé por propia experiencia que de costumbre somos más duros con nosotros mismos que con los demás, de modo que si tiene esos sentimientos hacia ellos, sospecho que es porque usted se está acusando aún más.

-¿Acusándome? ¿Quiere decir por no estar más en guardia?

Me miró, ponderándome.

-Estoy seguro de que tuve algo de culpa. Fui ingenuo y confiado y supongo que se debió a que era presumido y pensaba que conservaría el amor de mi mujer.

La señora Locard no respondió y entonces le pregunté:

-¿Cree que debí perdonarla y aceptar su vuelta?

-Doctor Courtine, no soñaría con hacer un juicio así. Pero por la forma en que describe esa época, al parecer usted no tenía elección. Dijo que sencillamente no podía hablar con ella.

-Estaba envuelto en un torbellino de emociones.

Al pronunciar esas palabras, me parecieron inadecuadas. Quería decir más, explicarme, decir que no podía hablar porque no podía reconciliar la niña que había amado con la mujer que, me parecía, me había herido deliberadamente, pero en esos momentos se abrió la puerta y entró el doctor Locard. Se había quitado el sobretodo y el sombrero, pero llevaba una caja de madera bastante voluminosa. La depositó con cuidado en una mesilla. Cuando se volvió, nos miró con curiosidad y me temí que fuese evidente que yo había estado conmovido. Se sirvió café, disculpándose por haberse marchado tanto tiempo.

-¿Ha pasado algo, Robert? -le preguntó su esposa.

Se acomodó ante el fuego antes de hablar.

-Hay noticias graves y algunas más bien positivas. La mala noticia es que el deán acaba de informarme de que el desgraciado Perkins fue encontrado muerto esta tarde.

Su mujer lanzó una exclamación y se cubrió la cara con las manos.

El doctor Locard nos contó cómo el joven había conseguido colgarse en su celda, tiempo durante el cual logré controlarme. El doctor Locard sugirió que no había indicios de que la muerte no fuese un suicidio.

-¡Cómo ha podido ser tan negligente la policía! -exclamé.

-Deja esposa e hijos, creo. ¿Cuántos hijos tendrá que sacar adelante su pobre viuda? -preguntó la señora Locard.

-Durante todo este caso las autoridades han demostrado una negligencia muy criticable -concedió el doctor Locard.

-Creo que tenía cuatro niños -le dije a la señora Locard.

-Habrá que organizar alguna beneficencia para ellos -comentó.

-Sí, por cierto -me volví hacia su esposo-: de modo que ahora nunca sabremos la verdad.

Comprendí que sentía un alivio culpable al no tener que hacer frente a algunas consecuencias difíciles. Y se me ocurrió que al haber puesto las pruebas de la censurable conducta de Sheldrick, y del chantaje que le hacían Fickling y Slattery en manos del deán, a fin de cuentas no había resultado en un daño para Perkins.

-No habrá juicio -concedió dándome una mirada significativa-. Aunque se prueba la culpa de Perkins, puesto que un hombre que se siente inocente no se suicida. Espero, no obstante, que la verdad sobre la destrucción del testamento salga a la luz aun estando él muerto.

Librodot

-No veo cómo.

-Depende de usted, Courtine. Ahora más que nunca. No ha de permitirse que la gente que está tras este asunto se salga con la suya, simplemente porque Perkins no tuvo el coraje de afrontar las consecuencias. Si usted hace una declaración jurada en los términos que ya hemos visto, todavía podría hacerse justicia.

No respondí y él continuó:

-Y ya no ha de preocuparse por Fickling, doctor Courtine, si es eso lo que lo preocupa. Pues mi segunda noticia es que él y Slattery han sido despedidos.

-Que hayan despedido a Fickling no me sorprende en absoluto. Pero lo de Slattery me inspira curiosidad. ¿Se cree que ha tenido algún papel en los sucesos recientes?

El doctor Locard me lanzó una mirada maliciosa.

-¿Qué papel puede haber tenido?

-No estoy seguro, pero pienso que ha de haberlo tenido.

Cuando vio que no iba a seguir hablando, él siguió:

-En estricta confidencia, Courtine, su despido no está directamente relacionado con el asesinato de Stonex, sino más bien con la iniciativa de uno de los canónigos de retirarse el próximo mes por motivos de salud.

Su mujer levantó la vista.

-¿El canónigo Sheldrick?

El doctor Locard hizo un gesto.

-Estoy seguro de poder contar con su discreción -me dijo. Su mujer se sonrojó.

-Esta tarde ocurrió algo que permitió al deán poner fin a una situación difícil y con consecuencias desagradables.

-No lo presionaré para que diga más -dije con un sentimiento secreto de placer ante su sorpresa y mi falta de curiosidad. Me pregunté si sabía tanto como yo sobre el tema. ¿Sospechaba siquiera el papel que había desempeñado al destruir el poder que Fickling y Slattery habían ejercido sobre Sheldrick y, con ello, sobre el resto de la comunidad que se había formado en torno a la catedral?

-Thorrold ha hecho un borrador de lo que usted debe decir en su declaración -dijo el doctor Locard, buscando algo en su bolsillo.

-¿Thorrold? ¿Es que lo ha visto?

-Estaba, por cierto, reunido con el deán, dados los nuevos acontecimientos.

Me pasó un papel.

-Esto no es más que una indicación de las cosas que ha de decir. Thorrold me aconseja que sería mejor que lo hiciese ante su propio abogado en Cambridge para evitar cualquier apariencia de estar coludidos.

-¡No lo quiera el cielo! -dije mirando el documento. Vi que Thorrold había redactado lo que habría de jurar, diciendo que lo había oído al señor Stonex: «Voy a depositar mi testamento en manos de mi abogado».

-Por favor, reflexione sobre los temas que hemos estado analizando -me dijo el doctor Locard.

-¿Podría tener hasta mañana para decidir?

-¿Para decidir?

-Quiero decir, para decidir si puedo recordar que el señor Stonex hiciese ese comentario.

-Por supuesto.

Se produjo un breve silencio.

-Me temo que la renuncia del doctor Sheldrick significará bastante más trabajo para ti, Robert-dijo la señora Locard.

-Por cierto tendré la responsabilidad de supervisar la Escuela Coral hasta que se nombre un nuevo rector honorario -dijo y lo miré sorprendido.

Librodot

-El bibliotecario es una especie de reemplazante del rector honorario en caso de incapacidad de éste -me explicó.

-Ya veo. ¿Y cada cargo tiene reemplazos de ese tipo?

-Sí, por ejemplo el tesorero tiene, por así decirlo, al vicedeán.

-¿Y el sacristán al chantre?

-Sí -me dirigió una mirada de curiosidad.

-Estaba pensando en la historia de la muerte de Burgoyne. Supongo que el sistema no ha cambiado.

-Nada cambia a menos que no funcione del modo más notorio -dijo levantándose-. Allí reside la gran fortaleza de la Iglesia de Inglaterra.

Fue hacia la mesilla y abrió la caja que había dejado allí.

-Y ya que hablamos de Burgoyne, esto puede interesarle, Courtine. El deán me lo acaba de entregar para su custodia. Se expondrán en la biblioteca.

-¿De qué se trata, Robert? -preguntó desde el sofá la señora Locard mientras yo me ponía de pie para ir a mirar.

Su esposo sacó de la caja dos llaveros, cada cual con una cadena corta, que colocó sobre la mesa. Uno de los llaveros sólo tenía dos llaves -ambas grandes- y el otro tenía seis más pequeñas, de tamaños diversos. El doctor Locard levantó este último.

-Éste, supongo, es el llavero del propio Burgoyne para entrar en su despacho, su casa, abrir sus baúles, etcétera.

-Me lo imagino -dije. Me volví hacia la señora Locard-. Las encontraron en el cadáver que apareció esta mañana en la catedral.

Y dirigiéndome a su esposo añadí:

-Recuerdo que el doctor Sheldrick dice en su estudio que no se encontraron las llaves de Burgoyne en el cadáver que supuestamente era el suyo, y por ello Freeth y Limbrick tuvieron que forzar la puerta de su oficina.

-Pero me intriga el origen de estas dos -dijo señalando el otro llavero.

-Son muy grandes, ¿no? -comenté-. Son demasiado grandes para una casa privada.

Sospechaba a qué correspondía por lo menos una de ellas.

-Tengo casualmente mis propias llaves conmigo y una de ellas es igual de grande puesto que mis habitaciones datan de comienzos del siglo XVII y las cerraduras son las originales. Me saqué las llaves del bolsillo y las puse junto al otro llavero.

-Las de Burgoyne son más grandes aún.

-Me pregunto por qué llevaba otro llavero -comentó el doctor Locard acercándose a la mesilla donde estaba el café.

Hubo un momento de silencio. Tuve el impulso súbito de actuar con decisión y audacia por una vez en mi vida, y el corazón empezó a golpearme en el pecho.

-¿Has resuelto el misterio, Robert? -preguntó desde su silla junto al fuego la señora Locard, que estaba haciendo un tejido de bolillo.

Mirando a mi alrededor y notando que su esposo servía el café, levanté un llavero.

-¿Quiere más café, doctor Courtine? -me preguntó el doctor Locard.

Me volví hacia mis anfitriones.

-No, gracias. Ha sido una velada muy grata, pero es tarde e imagino que tendrán mucho que hacer por la mañana. Personalmente tendré un largo viaje por delante.

-Por favor venga a verme antes de partir -dijo el doctor Locard-. Estoy muy interesado en conocer su decisión. Estaré toda la mañana en la biblioteca desde más o menos las ocho y media. Quiero trabajar algo más en el manuscrito.

-Estoy seguro que hay mucho más que aprender de él. Sonrió.

-Espero que podamos estudiar los arreglos para publicarlo en el futuro.

Incliné la cabeza, sin hablar.

-Hasta luego, doctor Courtine -me despidió la señora Locard.

-Muchas gracias por la velada -le dije.

Al darnos la mano, añadió con una sonrisa:

-¿Supongo que no volverá por Thurchester en un futuro cercano, doctor Courtine?

-Ahora que no habrá juicio me parece muy improbable. Pero espero que tendré el placer de recibirlos a usted y el doctor Locard en Cambridge algún día.

-Me gustaría mucho. Robert visita ocasionalmente Cambridge y podría persuadirlo de que me lleve.

Su esposo dijo:

-Lo acompaño a la puerta, doctor Courtine.

-Espero muy sinceramente que las cosas le vayan bien, doctor Courtine -me dijo en voz baja cuando íbamos hacia el vestíbulo.

-He sacado mucho provecho de nuestra conversación -respondí-. Voy a recordarla siempre.

Ante la puerta el doctor Locard me dio la mano y, estrechándola, insistió:

-Estaré esperando noticias sobre su decisión.

-De un modo u otro, la conocerá mañana sin falta.

Me soltó la mano y me adentré en las tinieblas de la lonja.

Librodot

Viernes por la noche

Y así Fickling se quedó sin trabajo. No me sentí triunfante, aunque fuese consecuencia de mis acciones. En cualquier caso era muy probable que no le hiciera falta dinero. Extrañamente esa decisión también estaba en mis manos. No debía sentirme culpable por lo que le había ocurrido, pues por fin entendí que me había hecho acudir a la ciudad con la promesa de una reconciliación sólo para utilizarme. No había imaginado que iba a conocer al doctor Locard, ni que me enteraría de cosas de la política del Cabildo, pues suponía que iba a dedicar mi tiempo a Woodbury Downs.

Pensé en lo que me había dicho la señora Locard. De vez en cuando había especulado con la posibilidad de casarme si fuese libre y ocasionalmente había pensado en la viuda de un colega -mujer unos diez o quince años menor que yo- cuyo esposo había muerto hacía un año, dejándola con dos niños pequeños. Era una mujer bondadosa y dulce, e intuía que yo le gustaba. Con mi salario me resultaría difícil hacerme cargo de una responsabilidad tan grande. Y aunque los emolumentos de un profesor lo permitirían, no tendría posibilidades de ocupar la cátedra si encargaban la edición del manuscrito a Scuttard. De un modo u otro, el doctor Locard se ocuparía de que yo perdiese hasta el mérito de haberlo encontrado.

Hice una pausa junto a la portería vieja, donde debía de haber estado el jardín trasero de la casa de Gambrill. Pude ver la figura alta y negra del canónigo Burgoyne, de pie, al igual que noche tras noche, hacía tantos años, pensando en la «ofensa secreta» que lo llevó a la muerte. Ahora sabía que no estaba interesado en el aparejador. Lo que amenazaba con revelar no había sido el asesinato de Robert Limbrick, si es que tenía conocimiento del hecho. No: aquello para cuya denuncia intentaba encontrar valor era una ofensa oscura y detestable cometida por él mismo, o que había deseado cometer. Recordé las palabras de su sermón: «Sólo él sabe cómo ha extraviado el camino para adentrarse en la senda sucia y extraña que lleva a la inmundicia y la pestilencia».

Burgoyne debió de estar atormentándose todas esas semanas y días, intentando escapar del curso perverso en que se había dejado llevar. Había descubierto que el poder que el amor otorga a la persona amada, hace que el sentimiento se acerque al odio.

Durante muchos años yo había vivido esclavizado por el mismo motivo. Ahora me daba cuenta de que era libre. Mis sentimientos hacia mi mujer se habían convertido en un hábito, una cáscara cuyo contenido se había desvaído gradualmente sin que me diera cuenta de ello. La había idealizado, como un sentimental, en parte por ahorrarme la dificultad de iniciar una nueva vida. La señora Locard me había ayudado a tomar conciencia, pero lo que me había reafirmado había sido el comentario de Fickling con la intención de herirme. Al repetir las crueles palabras de mi esposa -que sólo se había casado conmigo para alejarse de su madre- me había hecho comprender su estrechez de miras. Yo la había construido en mi imaginación, pero ahora sabía que era más pequeña y mezquina de lo que recordaba. El fantasma había quedado al descubierto.

Lo más duro ahora era reconocer que había sido infantil y sentimental, y escribirle a mi esposa para decirle que podía divorciarse. Y luego comenzar un nuevo capítulo de mi vida. Para liberarse, Burgoyne había tomado un camino diferente. En su caso el objeto de su odio no era tanto la persona amada, sino el hecho mismo de ese amor que, sabía, era vergonzoso y repugnante. «Sólo él conoce las oscuridades que alimenta en las mansiones secretas de su ser.» Dos semanas se había forzado a hablar en público, aunque en términos velados. Su consciencia le pedía algo así. Al día siguiente estaba comprometido a revelar toda la verdad ante la comunidad reunida. A menos que hubiese otra forma de escapar. Y entonces visualizó la solución. Durante la tormenta de esa noche, acudió a la portería vieja que albergaba el colegio y entró con su llave. La llave que le había entregado el chantre para que fuese y viniese por la noche, como suponía que había hecho con frecuencia en el pasado.

Había entrado subrepticiamente y sin ser oído entre el estallido de los truenos y la violencia de la lluvia y, durante unos instantes -pocos minutos o incluso segundos-, había

Librodot

creído poder liberarse con una sola acción radical, matando al muchacho. Gambrill le había mostrado cómo se podía hacer caer un techo, y amparado por la tormenta, era capaz de utilizar esos conocimientos. Había cometido un acto más terrible que cualquier acción anterior, aunque a su consciencia perturbada le pareciese una ofensa menor. ¿Y qué había hecho después?

Yo podía rehacer sus pasos y, al hacerlo, esforzarme por imaginar lo que debió de pasar por su mente. Se me ocurrió pensar cuánto despreciaría el doctor Locard mi forma de pensar. ¿Qué vería si fuese capaz de volver a esa noche y ocultarme en la catedral? Entré en el edificio a oscuras, que no estaba cerrado porque los trabajadores seguían en el empeño de reparar los daños que habían producido. Allí estaban, tal como los había visto la primera noche, aunque ahora trabajaban en otro lugar donde escarbaban las entrañas de la antigua construcción alumbrados por un par de linternas. Como siempre, el viejo Gazzard merodeaba en las sombras y no demostró sorpresa -ni tampoco placer- al verme.

Lo saludé y le pregunté directamente:

-¿Recuerda cuando vine la noche del miércoles y lo encontré con los trabajadores intentando encontrar el origen del mal olor?

Asintió con un gesto.

-¿Vino alguien más esa noche? Quiero decir, mucho más tarde, a eso de las dos.

Frunció el ceño.

-Sí, sí. El tal señor Slattery. Se había enterado de los problemas que había aquí y vino a preguntar en qué forma afectarían al órgano. El capataz le dijo que tendría que estar en desuso varias semanas. No pareció que le gustara nada.

Le di las gracias. Se había limitado a confirmar lo que sospechaba: habiendo sabido por Fickling lo que yo le había contado sobre la calamidad ocurrida en la catedral, Slattery había estado ansioso por saber si podría tocar el órgano el viernes por la tarde -la fecha original de mi cita con Stonex para tomar el té- porque ello le había de servir de coartada. Y al haberse enterado por el capataz de que no sería posible, esa noche los conspiradores decidieron, en su casa de Orchard Street, adelantar la confabulación para el día siguiente.

Aprovechando que el viejo bedel no me observaba, tomé una de las teas que estaba sobre una tumba y me dirigí a la puerta de la torre. Tenía una idea sobre lo que podía encontrar allí, y deseaba intensamente poder verificarla. Probé una de las llaves que había tomado al doctor Locard, simulando que me había confundido, pues había dejado mis llaves en su lugar. Se me ocurrió pensar que me estaba convirtiendo en un ladrón experto: las fotografías, las llaves y ahora la tea. La segunda llave entró bien y giró. Era lo esperado, pues no habría habido motivos para cambiar la cerradura durante los dos últimos siglos.

Burgoyne había acudido aquella noche -tres veces fatal- vistiendo «las prendas externas del sacerdocio» y había usado esta misma llave para franquear la puerta (de la explicación del doctor Locard sobre la forma en que los canónigos se sustituyen unos a otros, entendí que cuando Burgoyne había pedido prestadas las llaves de la Escuela, la llave de la torre también estaba en el llavero, puesto que, debido a la enfermedad, los deberes del sacristán habían pasado al chantre).

Subí unos tramos de la estrecha escalera. A mi derecha había una puerta cerrada que, sabía, llevaba a la galería del órgano, y supuse que Slattery la utilizaba cuando la vía habitual de acceso era infranqueable, como la madrugada del jueves, cuando salió de la catedral sin ser visto por mí. Me había parecido una aparición sobrenatural. Mi credulidad me inspiró una sonrisa.

Seguí subiendo la escalera de caracol. Intenté imaginar los sentimientos de Burgoyne mientras subía esa noche a la torre. Arreciaba la tormenta, que rompía las tejas mientras bramaban los truenos y el viento aullaba como un fagot enloquecido. Y él estaba al borde del abismo. Acababa de cruzar la línea que lo separaba definitivamente del pasado, de otra gente, de todo lo que había conocido en su vida. Matar al chico no lo había salvado, pues lo condenaba, y debió de darse cuenta de ello a los pocos minutos de haber cometido el

Librodot

asesinato. Supo que se había condenado, literalmente. Hace poco he visto la misma revelación en otro rostro. Y entendí lo que significaba para alguien que aceptaba la idea de la salvación y la perdición como una realidad.

Estaba ya en lo alto de la escalera y de la torre, justo bajo el chapitel. Subí los últimos peldaños y apareció, tal como lo esperara: una gran rueda de madera de más de dos veces la altura de un hombre, ahora un esqueleto descalabrado al que faltaban tornapuntas y ruedas. Había pasado tanto tiempo allí que todos habían olvidado qué era. Pero yo lo sabía: era un torno con dos abrazaderas accionado por una polea. Un hombre entraba en él y al girarlo transfería al eje la fuerza necesaria para levantar casi dos toneladas.

El torno había sido instalado mientras se construía la catedral y tenía la función de levantar los materiales hasta ese nivel. Gambrill lo había usado para reparar el chapitel en secreto, utilizando los fondos que le ganarían la acusación de haberlos usado en su propio beneficio. Tras la muerte de su padre, Limbrick tenía sus propios motivos para permitir que se creyera que Gambrill había cometido un desfalco. O, para ser más exactos, pensé con cierta amargura, una malversación.

Había deducido lo que debió pasar mediante las anotaciones en los registros del archivo: el día que perdió un ojo, muchos años antes, Gambrill había estado usando el torno. Lo bajaban mediante un peso considerable, mientras Limbrick, el mayor, se encontraba dentro del torno, «andando» para que bajara la carga, la cuerda caía, desenrollándose lentamente. (Tal como decía la inscripción: «Todas las cosas Giran y el Hombre nacido para Trabajar Gira con ellas»). A cierta distancia del suelo, la cuerda se rompió y, al caer el peso, el torno giró a gran velocidad, provocando la muerte del hombre que estaba dentro de él. Y así fue como, según la inscripción, «fue destrozado». El propio Gambrill había caído, quedando gravemente herido, más gravemente de lo previsto, pues estoy seguro de que él mismo había cortado la cuerda.

El doctor Locard se equivocaba. La inscripción no había sido redactada por los canónigos para acusar a la familia Burgoyne de haber asesinado a su deán, sino por Limbrick hijo, quien acusaba a Gambrill de la muerte de su padre, habiendo recibido castigo.

Miré entre las vigas hacia lo alto de la bóveda, tal como Burgoyne lo hiciera aquella noche. En esa época habían dejado huecos en la obra de albañilería para permitir que pasaran las cargas de material. O el cuerpo de un hombre. El sábado anterior Burgoyne había anunciado que dentro de una semana él mismo pondría en evidencia al pecador, en ese mismo lugar. Su cuerpo caería desde la bóveda y sería encontrado a los pies de las gradas del presbiterio. Tal como él mismo había predicado: «Y su perversión aparecerá desnuda ante los ojos de los hombres. Y hasta en los lugares oscuros su pecado será visible».

Me volví para mirar a través de las lamas de las persianas, inclinándome sobre el borde. En lo alto estaban las enormes campanas. Esa noche tranquila la ciudad dormía apaciblemente,y sus tejados y gabletes recordaban las olas oscuras de un mar congelado. A mis pies veía el laberinto de callejas que rodeaban la catedral, luego el río donde se reflejaba la luna y la colina que había recorrido sólo dos noches antes, apresurado y con miedo. Sonreí ante mis temores supersticiosos de entonces. No había una fuerza maligna en el universo. La gente hacia cosas perversas porque, como dijera la señora Locard, su propia desdicha la impulsaba a complacerse amargamente con el dolor de los demás.

Debía escribir a los abogados de mi esposa e informarles de que haría cuanto estuviese en mi poder para hacer efectivo el divorcio. Fickling tenía razón. Le había facilitado las cosas para que me traicionara. En ese momento entendí el significado de lo dicho por la señora Locard. Yo tenía parte de culpa en lo ocurrido. Sin embargo, «culpa» no parecía la palabra adecuada, pues no me sentía culpable. Más bien me sentía capaz de asumir la responsabilidad de lo que había hecho y dejado de hacer.

Había tomado otra decisión mucho más sencilla. Me sentía tentado por el trato que me había ofrecido el doctor Locard durante la velada. En cualquier caso me hacía ver, por lo menos, que mi menosprecio por el éxito era en cierta medida una pose. Esa noche de hacía casi doscientos cuarenta años, Burgoyne había estado exactamente donde estaba ahora -acaso

reuniendo el valor para dejarse caer al vacío- mientras Gambrill subía en silencio la escalera tras él. ¿Pasó algo entre ellos? ¿Confesó Burgoyne que había matado al chico, el sobrino de Gambrill? ¿Se dio cuenta Burgoyne de que el otro hombre estaba a punto de darle muerte? De ser así, ¿lo celebró, ya que evitaría su suicidio?

Sea como fuera, Gambrill lo estranguló. Y entonces, bajó lo que creía un cuerpo sin vida hasta el suelo, mediante la polea accionada por el torno.

Bajé la escalera, cerré la puerta de acceso y me dirigí al memorial de Burgoyne. Cuando el cuerpo estuvo en el suelo, Gambrill, por algún motivo, le había quitado parte de la ropa. Luego introdujo a su odiado enemigo en el hueco preparado para colocar la placa en lo alto del muro.

Para levantar esa gran lápida de mármol tallado no requirió ni la ayuda sobrenatural, ni la de Thomas Limbrick. Se había valido de la polea que estaba sobre el andamiaje que, en combinación con el torno, podía levantar el peso. Debió de subir y bajar las escaleras de la torre una docena de veces, ganando cada vez unos pasos con el torno y usando las ruedas del trinquete para fijarlo, mientras bajaba a toda prisa, trepaba al andamio y maniobraba con la gran placa para ponerla en su sitio. Ello debió de tomarle un par de horas. Luego selló el memorial con cemento.

Pero, ¿por qué se había puesto la ropa de Burgoyne? ¿Y había guardado las llaves que Burgoyne había pedido a Claggett y le debía haber devuelto? *Le debería* haberle devuelto. Pues súbitamente se me reveló la verdad. El viejo bedel se estaba muriendo y esa misma tarde la joven sirvienta le había entregado la llave a Burgoyne «siendo incapaz, por timidez, de mirar la cara de un señor» (como recordaba del manuscrito del doctor Sheldrick). Gambrill se había puesto la ropa de Burgoyne porque pensaba suplantarlo cuando devolviese las llaves. Si se creía que Burgoyne había devuelto las llaves al amanecer, antes de su desaparición, y Gambrill era visto por testigos desde ese momento en adelante, hubiese tenido una coartada irrefutable. Comprendí exactamente cómo pretendía que operase su proyecto asesino. ¿Cómo podía ser que yo -que había visto una trama semejante- no lo entendiese?

Ingenioso. Pero entonces ¿cometió realmente un error tonto que precipitó la caída del andamiaje sobre su cuerpo? Costaba creerlo. Cayó por lo siguiente: había plomos que equilibraban la placa y la polea y cuando estuvo en la pared, él debió bajarlos mediante el trinquete de la polea. Al olvidar hacerlo había creado tal tensión en la cuerda que se había roto y, en su momento de triunfo, todo el peso de los plomos había caído en la polea, provocando el derrumbe de los andamios.

«Su momento de triunfo». Por supuesto. «Entonces el Culpable será destrozado como el Inocente, siendo destruido por su propia Maquinaria, en el momento de Triunfo».

Limbrick había entrado silenciosamente en la catedral que estaba abierta y observaba al hombre que -creía- era el asesino de su padre. Toda su vida había estado maquinando la venganza y ahora veía su oportunidad. Una cuerda cortada mataría a Gambrill, igual que había matado a Robert Limbrick. De modo que, en la inscripción, *Maquinaria* aludía a la palabra en tres sentidos: Gambrill había sido destruido intelectualmente por su propia ingenuidad, cogido políticamente en su propia maquinación, y aplastado físicamente por su propia maquinaria.

Había tomado otra decisión. Concursaría por la cátedra, con o sin Scuttard y sin que me lo impidiera que la responsabilidad de publicar el manuscrito fuese suya. Lo intentaría, no porque esperase obtenerla, sino para demostrar que me consideraba un candidato con méritos y para probarme que no temía fracasar. Ahora podía reconocer sin una mácula de culpa que deseaba la cátedra seriamente, con todo el respeto, la fuerza y, por qué no, los beneficios materiales asociados al cargo.

Llegué a la posada a la una y media y tuve que golpear la puerta con fuerza para despertar al sereno que dormitaba ante el fuego del vestíbulo. Le di instrucciones para que me despertara a las seis y poder tomar el tren correo. Dormí muy poco esa noche. Mientras desayunaba a solas en el comedor a la mañana siguiente, me trajeron un mensaje. Era, como esperaba, un paquete con mis propias llaves y una nota del doctor Locard: «Espero que le

Librodot

lleguen antes de su partida. ¿Tendría la bondad de devolverme el llavero que se llevó por error cuando venga a la biblioteca esta mañana? Como sabe, estaré trabajando en nuestro manuscrito, muy interesado en volver a analizarlo con usted».

Envié las llaves de vuelta disculpándome por mi descuido en una breve nota que agradecía su hospitalidad y la de su esposa. Le escribí que tenía que privarme del placer de volver a revisar el manuscrito porque había decidido tomar el primer tren para no llegar tarde a mi destino, y añadí que se sentiría decepcionado pues tras reflexionarlo largamente, había llegado a la conclusión de que no recordaba nada que pudiese constituir una declaración jurada. Además, incluí un cheque para la colecta que organizaría la señora Locard en beneficio de la familia del desgraciado Perkins.

Habiendo cumplido con ese último deber, preparé mis maletas, pagué la cuenta y con una sensación de alivio enorme, subí al coche que me esperaba.

He dedicado todo el tiempo desde mi llegada a casa de mi sobrina a escribir este relato. Soy consciente de que me he apartado mucho del asesinato mismo, pero me ha parecido imposible desenredar las diversas madejas. Debo de haber sido un invitado muy poco satisfactorio pues mi mente ha estado sumida en el angustiado debate que no podía revelar a los que me rodeaban: ¿Debería plantear mis sospechas a las autoridades? ¿Cómo podría probarlas? Ya que el juez no creyó mi teoría sobre un medio hermano misterioso, hipótesis errada, pero que contenía buena parte de la verdad, es poco probable que una teoría más extraordinaria aún fuese creída, aunque encajase bien las anomalías más desconcertantes. Hay un punto en que hace falta ir más allá de las simples evidencias usando la imaginación, de otro modo es imposible descubrir la «verdad».

Ya que el desdichado Perkins está muerto, no veo que se gane nada acusando a determinadas personas que no serían procesadas. No obstante, quiero que sobreviva algún testimonio de la verdad, aunque sólo sea para que los hijos de Perkins conozcan el mal proceder de la justicia que enlodó el buen nombre de su padre. Su único delito fue haber mentido a la policía, un acto necio y errado, pero comprensible, puesto que entendió de inmediato que podía ser acusado de modo muy convincente.

En cuanto a lo que haré con este relato, aún no lo he decidido. Es obvio que no puede ser publicado mientras vivan aún los responsables del crimen. Esa consideración me da mucho tiempo para contemplar una decisión final sobre su destino.

Edward Courtine, Exeter y Cambridge, enero de 1882.

Librodot

LA PRINCESA ENCANTADA[3]

En un reino lejano y hace mucho años, vivía un príncipe rubio y bueno quien, además de apuesto, era inteligente y bondadoso, y por ello era querido y admirado por cuantos lo conocían. Su padre y su madre, que eran el rey y la reina de ese país, lo adoraban, pero como era el menor de sus tres hermanos, sabía que no iba a heredar la corona y que tendría que buscar su camino en el mundo. Por eso, algún día tendría que dejar el reino y emprender su aventura, y esperaba con ansiedad ese momento aunque al mismo tiempo lamentaba tener que separarse de sus seres queridos. Sabiendo esto, siempre prestaba oídos a los relatos de los viajeros recién llegados al país desde otras tierras. Y mientras tanto se dedicaba con diligencia a los estudios y pasatiempos apropiados a un joven príncipe. Leía libros antiguos con sus tutores y aprendía de los guerreros más viejos de la corte de su padre las formas de luchar con la espada, el escudo y la lanza, a pie y a caballo. Pero más que nada, en compañía de sus hermanos y otros jóvenes de la corte, montaba su potro y cazaba en los bosques que rodeaban el castillo con su halcón y su perro. Su padre le había regalado esas tres hermosas criaturas que lo enorgullecían más que cualquier otra posesión.

Un buen día, un viajero que había llegado cruzando los océanos, las montañas y los ríos, le contó una historia. A muchos días de viaje de ese reino había una tierra cuyo rey vivía en un castillo alto y lóbrego rodeado de un bosque extenso, oscuro y sin senderos. El castillo estaba al borde de un gran río y a él se llegaba en barca, pues el bosque era demasiado peligroso y los viajeros no se aventuraban a cruzarlo. El rey sólo tenía un descendiente, una bella joven que sería la reina tras su muerte. La princesa no estaba casada pues una bruja la había encantado y sólo el pretendiente que lograra cruzar el bosque recibiría su mano en matrimonio. El rey había decretado que quien realizase la hazaña sería el rey que lo sucedería tras su muerte. El reino era rico y poderoso y por ello muchos príncipes habían intentado llegar al castillo, pero todos ellos habían perecido en el trayecto, pues el bosque cobijaba innumerables peligros. De todos ellos, el mayor era un monstruo que esperaba a los viajeros, les daba muerte y comía sus cadáveres.

Cuando conoció la historia el príncipe sintió una punzada de entusiasmo mezclado de terror y resolvió que él sería el hombre que ganase la mano de la princesa. Su padre y su madre y sus dos hermanos mayores se entristecieron mucho al conocer su decisión, pero sabían que el destino de los hijos menores era enfrentar graves peligros para hacer fortuna y por ello no intentaron disuadirlo. En cambio, le dieron regalos que lo ayudarían en su tarea. El rey le regaló la espada que él mismo había blandido cuando joven, un arma muy bien templada cuya hoja había sido forjada con antiguos sortilegios. Su madre le dio un traje de malla bellamente intrincada, muy liviano y capaz de protegerlo de todo, hasta del golpe de espada más feroz. Su hermano mayor le entregó una daga del mejor acero, con la hoja y la punta más cortante jamás forjada por un herrero, y el hermano segundo le dio el escudo más resistente y de poco peso. Su vieja nodriza fue quien más lloró y mientras lloraba preparaba cestas con provisiones: hogazas de pan, quesos, carne salada, fruta seca y botellas de vino. Y así, una bonita mañana de comienzos del verano, el príncipe se puso su armadura, recogió sus armas, cargó su potro con las provisiones y despidiéndose de sus seres queridos, se alejó cabalgando con el halcón en la muñeca, y su perro trotando a su lado.

Viajó muchos días y muchas noches y finalmente se adentró en la gran selva oscura en medio de la cual estaba el castillo de la bella princesa. Cuando los altos árboles se cerraron sobre su cabeza, se encontró en la oscuridad y como no había senderos y no podía ver las estrellas por la noche y apenas divisaba el sol durante el día, tuvo grandes dificultades para orientarse. Por eso pasó tres días y tres noches yendo en círculos y consumiendo todos los alimentos y bebidas que le había preparado su vieja nodriza. Y aunque no dejaba de oír el sonido del agua corriente cerca de él, no pudo encontrar un arroyuelo o un manantial. Así, cuando acababa el tercer día y se aproxi-

[3] Nota del Editor: este es el cuento que leyó Courtine muy avanzada la noche del miércoles

maba el crepúsculo, estaba hambriento y con mucha sed. Fue entonces cuando vio el primer indicio de una criatura viva: una anciana venía hacia él trayendo un gran canasto.

-Madre -le dijo-, estoy hambriento y tengo sed. Si tiene comida y bebida en su cesta, por favor deme algo.

-Tengo abundancia de comida y bebida -replicó la anciana-, pero no te la voy a dar.

-Entonces déjeme comprarla. Tengo oro.

Y del morral que llevaba en la montura sacó un puñado de monedas de oro.

-Guarda tu dinero -le dijo ella-. Aquí en el bosque no me sirve de nada.

-Entonces ¿hay algo que pueda decir o hacer para que me dé algo de lo que tiene? -le pidió.

Ella lo miró de un modo extraño y tras un momento le dijo:

-Dame todo lo que tengas: tu espada, tu traje de malla, tu daga, tu escudo, tu halcón, tu perro y tu potro. Y entonces te daré todo lo que tengo en el canasto.

-Si te doy todo lo que tengo para defenderme -replicó el príncipe- no tendré nada contra los muchos peligros del bosque y en particular contra el monstruo que mata a los hombres y devora sus cadáveres.

La anciana sonrió y dijo:

-No perderás nada si me das todo lo que tienes, pues tus armas y tu caballo no te salvarán del monstruo.

Habló con tanta convicción que el príncipe la creyó. Desmontó del potro y se lo dio, se quitó el traje de malla y se lo dio, y lo mismo hizo con su espada, su daga, su escudo, su halcón y su perro.

La anciana le pasó el canasto y él encontró que estaba lleno de comida y bebida. Comió y bebió hasta satisfacer sus necesidades inmediatas y guardó el resto para lo que le quedaba de viaje.

La anciana le dijo:

-Ya antes me he encontrado con muchos príncipes en este bosque y todos ellos han conseguido las provisiones que llevo mediante amenazas. Eres el primero que no me ha ofrecido violencia y me ha entregado sus posesiones en paz. Por eso voy a contarte a cambio lo que los demás príncipes no sabían. Voy a decirte cómo puedes salvarte del monstruo cuando lo encuentres, pues casi con toda certeza vas a encontrarlo.

El príncipe le dio las gracias y ella siguió:

-Todos los demás príncipes perecieron pues confiaban en sus armas y en su fuerza. Pero lo único que derrota a la criatura es la verdad y el valor, y tú has desplegado esas cualidades al tratar conmigo. Por eso voy a contarte el secreto que te mostrará como derrotar al monstruo. Has de saber que paraliza a quienes lo miran a la cara y por ello ninguno que ose mirarlo vivirá.

-¿Es tan feo y aterrador? -preguntó el príncipe.

-Te he dicho -dijo la anciana- que cualquier hombre que lo mire a los ojos estará perdido. Queda satisfecho con eso. Por lo tanto, debes cerrar los ojos cuando lo divises en lontananza, o cuando lo huelas. Una vez que hayas cerrado los ojos, sabrás dónde está por su olor horrible. Se precipitará hacia ti con un rugido espantoso, pero no debes abrir los ojos ni intentar huir. Si no confías en que podrás mantener los ojos cerrados, tápatelos en cuanto notes que está cerca. Entonces debes dejar que el monstruo se apodere de ti y te apriete como si intentase estrangularte. Y en ese momento tienes que superar tu miedo y el mal olor y debes darle un beso en la piel desnuda.

El príncipe se estremeció y la viejecilla continuó:

-Veo que pareces dudar, pero te prometo que tu beso lo quemará y le provocará más dolor que un arma.

El príncipe le dio las gracias y se despidió, adentrándose en el bosque.

Unas horas más tarde, alrededor de la media noche, súbitamente se encontró en un gran claro y como en ese momento llegaba a él la luz de la luna y las estrellas, descubrió que

podía ver casi como si fuese de día. Percibió entonces un olor repugnante y en ese momento advirtió que por todas partes había miembros de cuerpos despedazados. Allí estaban los despojos de cada uno de los príncipes que habían entrado en el bosque: brazos, piernas y cabezas. Y lo espantó ver que los miembros y los huesos parecían roídos. Entonces notó que algo se movía en un extremo del claro. Era una criatura que le daba la espalda y que, notó al acercarse, estaba royendo el hueso de una pierna. Instantáneamente se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y se lo ató tapándose los ojos. Estando allí con el corazón palpitante, percibió que crecía el olor espantoso -a sangre y putrefacción y a suciedad de muchos años- y supo que el monstruo se acercaba.

Oyó sus pasos y luego su respiración entrecortada e insoportablemente fétida, y en un instante lo atraparon unos brazos que le parecieron fríos y escamosos. Sintió que sus manos le asían el cuello y que era empujado al suelo con la criatura sobre él apretándolo con fuerza. Sin embargo, recordando lo que le había dicho la anciana, se obligó a acercar la cara y cuando sus labios tocaron la carne fría, le dio un beso.

Instantáneamente el monstruo lanzó un aullido de angustia y dolor y lo soltó. El príncipe oyó que se alejaba y que el mal olor iba disipándose. Se quitó la venda a tiempo para ver al monstruo en el borde del claro, arrastrándose con movimientos sinuosos hacia la oscuridad de la selva circundante.

Con una última mirada de horror al claro, el príncipe volvió rápidamente al bosque para continuar su viaje. Pero ya casi amanecía y al levantarse el sol divisó un destello de agua y un instante después vio el castillo que se levantaba en lo alto de una roca, sobre una ciudad y el río resplandeciente.

Se presentó ante las puertas y de inmediato recibió una bienvenida de héroe, pues era el primer príncipe que había conseguido cruzar el bosque. Fue conducido a presencia del rey, quien lo abrazó llorando de gratitud ya que su hija sería liberada del sortilegio. El rey quedó encantado al ver que el pretendiente de su hija y su propio heredero era un joven príncipe tan apuesto y encantador, además de valiente.

Hicieron venir a la princesa y cuando entró en la sala, el príncipe pudo ver que era joven y adorable, incluso más de lo soñado. Tenía unos ojos sorprendentemente bellos y en cuanto los miró se enamoró irremediablemente y no pudo dejar de mirarla. Ella era amable y pudorosa, y sonreía con una timidez adorable, y él quedó prendado en todos los sentidos. El rey lo celebró mientras convocaba a su corte y entonces, para júbilo del príncipe, anunció que la boda se celebraría esa misma tarde.

Se hicieron los anuncios en el castillo y en la ciudad y se ordenó un gran banquete al cual acudieron todos los señoras y señores con sus mejores atavíos. El rey, cuya reina había muerto de pena cuando la niña fue encantada hacía muchos años, entregó a su hija en matrimonio y todas las damas de la corte derramaron lágrimas del modo esperado y adecuado. Comenzó la fiesta y en el momento culminante, el príncipe y la princesa escaparon a la cámara nupcial que estaba en una de las torres que miraban al río.

La princesa tenía una doncella que, explicó, la había servido fielmente desde que era un bebé, y mientras el príncipe esperaba en la gran cama sin bajar las cortinas, la criada desnudó a su señora ante las ventanas por donde entraba la luz de la luna. La doncella le quitó primero los collares y brazaletes, luego los zapatos, luego le soltó las trenzas doradas, le quitó el cinturón y su túnica cayó al suelo, y todo ese tiempo el príncipe observaba cada vez más excitado las bellezas que se le iban revelando. Finalmente la doncella le sacó el vestido por la cabeza y la joven princesa quedó ante su esposo en toda su belleza sin adornos. Imaginen cómo se sentía mientras su mirada iba recorriendo lentamente su cuerpo esbelto, añorando su cuello fino, sus pechos llenos, su vientre liso, bajando hasta encontrar una quemadura que tenía la forma de sus propios labios.

Saltó de la cama y quedó con la espalda contra la puerta, más asustado ahora de lo que había estado mientras esperaba con la venda en los ojos a que el monstruo se acercara a él en aquel claro del bosque.

Perturbada por su alarma, la princesa le explicó que una bruja mala la había encantado condenándola a ir por el bosque matando y devorando a los que venían en busca de su amor. Al superar el encuentro con un beso ardiente, el príncipe había deshecho el encantamiento. Ella lo amaba, insistió, porque la había rescatado y porque era joven, apuesto y valiente.

El príncipe había perdido el habla por el horror y la sorpresa y fue entonces cuando habló la doncella, quien le explicó que ella había sido la anciana que había encontrado a su paso por el bosque. Su tarea había consistido en salir al encuentro de todos los pretendientes que se acercaban al claro y descubrir si merecían recibir ayuda. Todos ellos, con excepción del príncipe, habían probado su poca valía al apropiarse de la comida y la bebida con amenazas y violencia. Todos ellos habían confiado en su juventud y su fuerza y sus armas contra el monstruo, y todos ellos habían sido derrotados. Sólo a él le había confiado el secreto de cómo superar el sortilegio y había tenido el valor requerido para seguir su consejo. Al vendarse los ojos había evitado quedar inmóvil ante la belleza de la joven y sobre todo por la belleza de sus ojos, cuando ella se acercaba desnuda, oliendo a cadáveres.

La doncella concluyó diciendo que su honestidad y su coraje habían deshecho el encantamiento que sufría la princesa y que ahora debía aceptarla como novia. El príncipe seguía horrorizado y finalmente consiguió decir que no podía. No podía aceptar por esposa a alguien que había matado y comido hombres. Abriendo la puerta tras él, el príncipe dijo que iba a dar la alarma para contarles a todos en el castillo que su princesa había sido el monstruo que había merodeado todos esos años en el bosque.

La doncella rió y le dijo que su acción no tendría sentido, puesto que todos en palacio sabían la verdad. Estaban celebrando que se hubiese acabado la maldición que había causado los largos sufrimientos de todo el reino.

El príncipe se detuvo, incapaz de decidir qué hacer. Y en ese momento la princesa, que lo había estado mirando amorosamente todo ese tiempo, le dijo que la doncella le había mentido. No era otra que la bruja que la había encantado, obligándola a matar a sus pretendientes. El príncipe aún no había acabado de romper la maldición, pero si la aceptaba sinceramente como esposa, sabiendo lo que había hecho, desaparecerían los últimos restos del encantamiento. Si él la rechazaba, ella volvería a caer bajo el poder de la bruja y volvería a merodear por el bosque. Al pronunciar estas últimas palabras, y sin que la cubriera nada más que su larga cabellera dorada, comenzó a acercarse lentamente al príncipe.

Él levantó una mano para mantenerla a distancia. La doncella sonrió y dijo que la princesa decía la verdad. «Yo soy la bruja que la encantó», dijo, «y el motivo de que tu beso fuese tan doloroso fue que recordaba el amor humano que se le negó mientras vivió en el bosque alimentándose de cadáveres. Ahora has de decidir si la aceptas como esposa o la rechazas».

El príncipe seguía sin poder hablar, pero hizo un gesto con la cabeza.

-¿Entonces de veras quieres que te devuelva las armas que te hice entregarme en el bosque?

-¡Sí! -exclamó el príncipe.

En ese instante se oyó la carcajada de la doncella, y la habitación y las mujeres comenzaron a desvanecerse. Mientras desaparecía el castillo, se sintió caer en el aire hasta que lo recibió un lecho blando de hojas y descubrió que de nuevo estaba en el bosque. Bajo la luz de la luna vio que llevaba el traje de malla, y que le habían devuelto la espada y la daga y que su escudo estaba a su lado. Y al mirar vio que su perro y su halcón estaban cerca, al igual -que su caballo, que movía la cabeza y resoplaba con nerviosismo. Entonces el príncipe notó el olor que ponía nervioso a su potro y se dio cuenta de que estaba en el gran claro del bosque con los restos humanos, y en ese instante, al mirar hacia la línea distante de árboles bajo la débil claridad lunar, vio que algo comenzaba a acercarse.

Librodot

POST SCRIPTUM DEL EDITOR

Nací en Hyderabad, donde mi padre era oficial del Ejército indio. Cuando cumplí los doce años, mis padres decidieron enviarme a Inglaterra como interno, no sólo porque el clima era más saludable y la educación era supuestamente mejor, sino también por ciertas dificultades familiares. Una de las consecuencias de esto era que no tenían muchos recursos económicos y como yo tenía cierta habilidad musical, aunque resultara no ser mucha, y dadas las ventajas financieras de la tuición y el internado que me pagarían, se decidió que cantara en un coro.

La edad habitual de entrada al colegio eran los siete u ocho años, de modo que cuando los chicos llegaban a los nueve años, ya se habían formado alianzas y amistades de las cuales, como recién llegado, quedé excluido. Con mis modales indios y el hábito prematuro de introspección estimulado por los problemas domésticos, sospecho que era un jovencito bastante raro. Había sido hijo único, por lo menos desde la muerte de mi hermanita de tres años, víctima de la fiebre amarilla, cuando yo tenía ocho años. La había adorado y su pérdida y las demás dificultades familiares que había sufrido se sumaron a la inclinación melancólica de mi alma y a una solemnidad precoz, que resultó en la dificultad para relacionarme con mis condiscípulos, o interesarme por sus cosas. Cuando llegué, a mitad de curso, descubrí que el gran tema era el cricket y a mí el juego ni me interesaba, ni tenía aptitudes para él. Tal vez porque era esquivo, triste y tímido, desarrollé un tartamudeo muy pronunciado (por lo menos no sé si lo tenía antes y si lo tenía, nadie lo notó en la India donde charlaba con mi aya en indostánico). Como mi defecto encendía el desprecio de los demás chicos, me retiré cada vez más al silencio, y pasaba solo todo el tiempo posible. Pero me convertí en una especie de pasatiempo cuando no había moscas que aplastar ni gatos que perseguir, y entonces me hostigaban hasta enfurecerme, pues mi tartamudeo hacía que mis intentos de defensa, resultaran sumamente divertidos.

Los compañeros no me querían y era objeto de la desaprobación del director incluso si nunca pretendía romper las reglas ni ser malo. Pero parecía meterme en problemas con más frecuencia que cualquier otro y sospecho que ello era porque vivía soñando despierto, lo cual implicaba que no me diera cuenta cuando estaba atrasado u olvidaba cosas. El mundo que imaginaba era más amable e interesante que aquel en que se me pedía que viviera y supongo que el director se encolerizaba al verme perdido en un espacio inventado.

El director -como era llamado con cierta exageración, dado que sólo había dos maestros más y el organista suplente que enseñaba música- tenía súbitos accesos de rabia durante los cuales nos golpeaba repetidamente, con ferocidad. Esto se hacía habitualmente sin la ceremonia de la varilla para las manos o las nalgas, sino dándonos bofetadas en la cara. Por entonces sus rabietas eran inexplicables, sin más motivos que la sucesión de un día de lluvia, seguido por otro de sol. Cuando me hice adulto comprendí su amargura, la frustración de sus ambiciones y esperanzas que acabaron en la dirección de una escuela coral pequeña y poco destacada en una ciudad provinciana y remota. Más tarde me di cuenta, asimismo, que su carácter irascible e impredecible se debía en muchas ocasiones a la ingestión de licores y a la ebriedad.

Aprendíamos muy poco, en parte porque nuestro trabajo en el coro era muy duro. Todos los días cantábamos vísperas, excepto los sábados, en que no había servicios cantados. Y teníamos prácticas diarias de una hora antes de desayunar, y nuevamente de media hora antes de vísperas. Yo no estaba muy dotado para la música y me aterraba el director del coro, un joven decidido a mejorar la reputación de éste y que nos trataba de un modo particularmente duro. La música en la catedral estaba en decadencia debido a la prolongada mala salud del organista titular, ya mayor, que durante muchos años había sido el único responsable del coro (el chantre también era viejo y desde hacía tiempo demostraba poco interés). De modo que en la esperanza de mejorar las cosas, unos siete u ocho años antes de mi llegada, la Fundación había nombrado un segundo organista, hombre que por entonces nos parecía viejo, pero que no llegaba a los cuarenta en la época de mi relato. El puesto era temporal, pero había sido renovado periódicamente por la permanente incapacidad del organista, o por lo menos ese era el motivo que se daba. Además de tocar y enseñar música,

Librodot

supuestamente se hacía cargo de la mayor parte de las responsabilidades del anciano, pero era negligente y prefería pasar el tiempo de modo poco decoroso en las tabernas locales. Aunque nunca nos golpeó ni nos hizo nada, su extraño modo de andar, su ropa desaliñada, su sonrisa torcida y sus comentarios sarcásticos tenían algo que nos hacía apartarnos de él y tenerle más miedo que al director del coro.

Pese a esta incorporación más reciente al personal de la catedral por la época en que comencé el colegio, los canónigos habían reconocido finalmente que el nombramiento del organista suplente no había elevado el nivel del coro en absoluto. Por lo tanto, el director no me había elegido para formar parte del coro. Me dijo varias veces que no tenía nivel para ello. Estuve de acuerdo con él en ese punto, pero aunque no me gustaba nada que tuviera que ver con el coro, por lo menos tenía el consuelo de no tartamudear cuando cantaba. No bastaba para salvarme, sin embargo, y el director solía humillarme y pegarme ocasionalmente en el servicio de vísperas cuando le parecía que había desafinado o que había cantado en voz muy baja, con la esperanza de que no me oyera. También trataba del mismo modo a otros chicos, pero me parecía que se ensañaba conmigo en particular, escogiéndome por mi poca musicalidad y mi tartamudeo. Por ello, a veces no iba al servicio, a sabiendas del castigo que me esperaba. El director del coro comunicaba mi ausencia al director y éste me buscaba para golpearme. Pero por lo menos disfrutaba de unas horas de tregua y las marcas de los varillazos me daban cierta importancia entre mis compañeros. A veces, ser golpeado era preferible a ser objeto de mofa y escarnio.

He de decir que aunque los castigos físicos del director hacían daño, lo que más temíamos era ser invitados a tomar el té por el rector honorario, quien gustaba de consolarnos.

Nuestra vida era, en general, bastante miserable. Nos alojábamos en un edificio viejo y oscuro -una antigua portería- a la sombra de la catedral y Upper Close. Dormíamos en camarotes estrechos, en la parte más alta del edificio. Nos encerraban a las nueve y habitualmente quedábamos entregados a nuestra suerte toda la noche, lo cual era bastante desagradable porque los chicos mayores torturaban y humillaban a los menores y yo, aunque era de los mayores, estaba entre los acosados.

Aunque todo esto ocurría hace menos de cuarenta años atrás, me parece que era otra época. En la actualidad a ningún colegio le permitirían tratar a los alumnos como nos trataban a nosotros. En invierno el dormitorio no tenía ninguna calefacción, y tanto en invierno como en verano, lo infestaban las ratas. En una sala grande nos alojábamos dieciocho, y en las frías noches de invierno cerrábamos las ventanas tanto como lo permitían sus marcos mal ajustados. Nos teníamos que levantar y vestir a las seis y media para asistir a la primera práctica, tras la cual nos daban un desayuno escaso para luego reunirnos en un aula de la planta baja mal caldeada por un hornillo de carbón, e impregnada por el mal olor de las velas de sebo más baratas.

Mi día preferido era el sábado, por lo menos hasta que oscurecía, porque entonces mi día favorito se transformaba en la noche más temida ya que era la única noche de la semana en que quedaba solo en la portería vieja. Aunque en una época mi familia había estado conectada a la ciudad, no tenía parientes vivos. De modo que los sábados, después de la práctica y el desayuno, cuando los demás chicos iban a visitar a sus familias hasta el servicio de la mañana del día siguiente, me encontraba a solas y sin ningún adulto que se interesase por lo que estaba haciendo, puesto que el cocinero y la doncella tenían el día libre. Debería decir que me gustaba ese desinterés. Pasaba un día solitario vagabundeando por la ciudad, y volvía a buscar el pan y queso que me habían dejado los criados. Y por la noche, para no dormir a solas en el dormitorio, llevaba mi ropa de cama al cuartito bajo el techo, aunque ello no me salvaba.

Fue por esa soledad que hice la amistad que resultó en que acabase implicado en el caso.

Por cierto, no pretendo decir que era desgraciado todo el tiempo. Había momentos en que disfrutaba, con un libro en el césped del Lower Close en verano, cuando los alumnos de Courtenay estaban de vacaciones, o asando castañas en la sala de clases, en otoño. En alguna ocasión uno de los canónigos más jóvenes, el doctor Sisterson, nos invitaba a su casa y su amable esposa y sus hijos nos trataban bien, y había momentos en que me unía a los juegos y mis compañeros olvidaban que era diferente y extraño. Más tarde -después del tiempo del que hablo-

Librodot

hice incluso un amigo, un chico callado y tímido a quien casi no había notado al principio, excepto ocasionalmente cuando me preguntaba con envidia cómo evitaba ser ridiculizado por no disfrutar con los juegos bruscos, los ruidos, etc. (tenía un hermano mucho mayor que trabajaba en la biblioteca). Otro consuelo fue que descubrí mi inclinación por el latín y el griego, enseñado por un profesor de cierta edad que amaba la literatura antigua con pasión y se interesaba bondadosamente por nosotros, sin segundas intenciones.

Pero cuando llegué, al comenzar el primer trimestre después de un verano terriblemente aburrido y solitario con un tío y una tía mayores en un pueblo remoto de Cumberland, me sentí cada vez más desdichado. Pasaba horas enteras imaginando cómo podría liberarme. Si mis padres morían, como nadie iba a pagar mi matrícula, me lanzarían al mundo a ganarme la vida. O alguien podría adoptarme. Y si nada de eso ocurría, un día iba a escapar, sin más. Tenía buenos motivos para desearlo.

No sólo mis condiscípulos me molestaban, pues todos los alumnos de la Escuela Coral sufrían por la existencia de otro colegio en la lonja. Nosotros recibíamos caridad, y que nuestra Escuela estuviese en la portería vieja les daba motivos para insultarnos. Los alumnos de Courtenay eran ricos -por lo menos más ricos que la mayoría de nosotros- y se sentían seguros. Iban por la ciudad con su uniforme distintivo: capa azul oscuro abotonada, pantalones bombachos azules y zapatos con hebilla, seguros de la posesión de su propio territorio, el Lower Close, de modo que si alguno de nosotros se aventuraba por allí, recibía una paliza. Por otra parte entraban libremente en nuestro propio territorio -Upper Close- y teníamos que apartarnos de su camino o recibir nuestro castigo en puñetazos y patadas.

Un sábado, hacia fines de septiembre, cruzaba Upper Close cuando vi que delante de mi caminaba un anciano cargando algunas cosas y a quien conocía de vista. Bajo el brazo izquierdo llevaba un objeto grande que parecía un libro y un paquete, y tenía el brazo derecho ocupado por su inseparable portafolio de cuero. Dejó caer el paquete y siguió andando, sin darse cuenta. Yo lo recogí, corrí tras él y se lo entregué. Me dio las gracias y pareció impresionado por mi terrible tartamudeo, por mi flacura y mis modales ligeramente exóticos. Lo intrigó saber que había nacido en la India y me dijo que lo apasionaban los lugares distantes y me mostró el libro que llevaba bajo el brazo. Era una colección de mapas bellamente ilustrada, impresos en Leiden, me dijo, hacía doscientos años. Me explicó que coleccionaba mapas y atlas. Y me dijo que esperaba tener ocasión de mostrarme sus colecciones algún día. Yo sólo lo conocía como el anciano que vivía en el viejo caserón del final de Upper Close.

Volví a verlo de vez en cuando y durante octubre y noviembre hablé con él unas cinco o seis veces, siempre ante su puerta trasera. Lo vi por casualidad un sábado en que no había nadie en la lonja y le mencioné mi soledad ese día, y entonces me invitó a tomar el té al sábado siguiente, pidiéndome que no se lo mencionara a nadie porque debía ser nuestro secreto, y él ni siquiera se lo diría a su criada, ya que compraría pan y bizcochos personalmente. Me pareció saber lo que podía esperar, pues el doctor Sheldrick, quien ocasionalmente invitaba chicos a su casa, por la tarde, me había invitado a tomar el té en un par de ocasiones (el director o bien no conocía estas visitas o no le importaban, y probablemente fuese esto último, pues siendo él y el rector honorario miembros decididos de la Low Church, eran aliados en la retorcida política del Cabildo).

Yo era desconfiado por naturaleza y ya sabía ser reservado, dadas las dificultades que existían en mi familia, que ya he mencionado, y que muy poco después hicieron que mis padres vivieran separados, y a edad temprana había adquirido el hábito de guardar secretos y sospechar instintivamente de los motivos de los demás. Mi participación en el llamado Caso Stonex tuvo un efecto grave en mi vida, tanto más porque nadie lo supo. Por entonces me juré no revelar jamás lo que había conocido de modo tan accidental (a decir verdad, no confiaba en nadie como para atreverme a revelarlo). Tuve que guardar mi secreto y la carga de culpa que lo acompañaba sin el alivio de poder confiárselo a nadie. Jamás hablé de lo que sabía y evité cualquier discusión sobre el tema hasta hace unos pocos años, cuando me sentí impulsado a escribir a un diario para

Librodot

corregir los graves errores que habían aparecido en un artículo grotesco sobre el caso. De un modo que no había previsto ni pretendido, dicha carta volvió a implicarme en el caso, y explica indirectamente mis motivos para escribir este *post scriptum*. Aparte de los pobres hijos de Perkins, supongo que soy la última víctima viva.

De modo que fui a la casa un sábado de comienzos de diciembre, la primera de dos ocasiones, porque desde entonces sólo he estado en allí una vez (tras la muerte del anciano y unos meses de cautela, su hermana la vendió y convirtió la herencia -en especial el banco, pero desde luego las diversas propiedades en la ciudad y los alrededores- en dinero efectivo, para irse a vivir al extranjero. Más tarde la casa fue el despacho de los abogados Gollop y Knaggs, tal como hasta ahora).

El té con el señor se desarrolló muy bien. Me sentó frente a él en la mesa y me habló como si yo fuese adulto. No utilizó el lenguaje infantil que gustaba al rector y, sobre todo, no se refirió a los castigos corporales.

Me preguntó sobre mis estudios. Le dije que me gustaban el griego y el latín porque sentía afecto por el profesor que nos enseñaba lenguas clásicas, y él confesó haber detestado esos idiomas cuando niño, para los cuales había sido un fracaso absoluto (podría anotar aquí que a raíz de mi afición a estudiar con ese señor bondadoso, seguí en ello cuando pasé al instituto, y luego fui a Cambridge como lector en Clásicas). Me contó que él también había sido alumno de la Escuela Coral. Le parecía que pese a la diferencia de unos sesenta años, su existencia allí no había sido muy distinta a la mía. Había otro vínculo entre nosotros porque me dijo que él también había tartamudeado cuando tenía mi edad. Hablamos de profesores. El señor Stonex me preguntó por el organista reemplazante y pareció intrigado por lo poco que yo podía contarle.

Casi era la hora en que debía marcharme cuando recordó que no me había mostrado los atlas que me había prometido. Me pareció que pasó mucho tiempo contándome que de niño había querido ser marinero o explorador, lo cual había estimulado su amor por los mapas. Me dijo que había tenido que sacrificar sus sueños de viajes a raíz de las pesadas responsabilidades familiares que hubo de afrontar a edad muy temprana, porque su padre había muerto prematuramente. Luego habló algo oscuramente, en mi opinión, de la ironía que representaba que hubiese querido ser héroe -había soñado con el regreso a su ciudad natal celebrado y galardonado como gran guerrero o audaz navegante- y que de hecho se hubiese convertido en una especie de héroe, aunque secreto. Se alteró mucho al describir cómo, lejos de recibir agradecimientos y cariño, la recompensa por su heroísmo fue ser menospreciado y rechazado. Por supuesto, todo eso no significaba nada para mí en ese momento, y hace sólo tres años comprendí lo que intentaba comunicarme (por poco que entendiese por entonces, recordaría sus palabras pues no mucho más tarde me encontré guardando un secreto igualmente terrible). El anciano se ensimismó tanto en su historia que se olvidó del tiempo. El sonido del reloj de su abuelo, por suerte más bien adelantado, nos recordó que ya era tarde y como hube de despedirme sin que me mostrara los famosos atlas, mi anfitrión me prometió que volvería a recibirme pronto para examinarlos adecuadamente.

No obstante, aunque fue bondadoso conmigo, no me parece que haya sido un hombre muy agradable. Ciertamente no era muy bueno porque trató muy mal a su hermana cuando era joven y estaba en circunstancias difíciles. Recuerdo que al enterarme de que toda la fortuna había pasado a la hermana del señor Stonex, que resultó estar viviendo en Harrogate en circunstancias lamentablemente estrechas, sentí, como muchos en la ciudad, que por lo menos se había hecho algún tipo de justicia pese al horror del asesinato brutal del anciano. Se supo que la hermana había vivido en una casita durante algunos años y que recientemente había tenido un ataque que la había postrado. Había algo profundamente romántico en la idea del pariente olvidado que súbitamente pasa de la enfermedad y la pobreza a entrar en posesión de una fortuna.

Algunos años después del asesinato apareció un artículo en el *Daily Mail* en febrero de 1903. El periodista revelaba que la hermana del señor Stonex siempre había creído que su

Librodot

hermano le había quitado su parte de la herencia de su padre. El artículo contaba la siguiente historia: su padre siempre la había preferido a ella, y la animosidad creada por esta preferencia empeoró, pues los hermanos tenían caracteres opuestos: él era prudente, poco sociable y tímido. Ella era brillante, despilfarradora y se aburría con facilidad. El padre murió cuando la niña tenía catorce años y el hermano, unos siete años mayor, se había vengado tratándola mal.

A los dieciséis años había sido una de las grandes herederas del distrito, pero su hermano se negó a darle su dote, y de ese modo enfrió el interés de los jóvenes de familias distinguidas del condado. Como resultado de su mal trato, la sedujo un hombre mucho mayor -un actor que visitaba la ciudad con una compañía de teatro-, quien se la llevó. Ella intentó ganarse la vida en la escena pero, aparte de algunos primeros éxitos, fracasó en su carrera. Era una actriz brillante, apasionada, atrevida y que llamaba la atención, pero se empeñaba en olvidar el texto e improvisar sus parlamentos al calor del momento, lo que acabó en que los demás actores se negaran a actuar con ella y los empresarios dejaron de darle trabajo. Durante los años que siguieron, su hermano consiguió, sostenía, robar su parte de herencia. Cuando cumplió veintiún años y trató de reclamarla sin éxito, su amante los abandonó, a ella y su bebé. El escritor del artículo decía que el seductor estaba estrechamente relacionado con una familia aristocrática irlandesa y tenía algunas expectativas, por tanto, de hacer un buen matrimonio pese a su dudosa manera de ganarse la vida.

Todo ello, desde luego, había ocurrido unos treinta o cuarenta años antes del tiempo del que hablo, la tarde en que estuve con el señor Stonex, ante la gran mesa de su sala y él me hablaba del sacrificio de sus esperanzas de niño. Algunos años más tarde se me ocurrió pensar que se sentía culpable por lo que le había hecho a su hermana e incluso que me había visto como el hijo de su hermana a quien, hacía poco, había despedido de su puerta sin darle un céntimo. Simpatizaba con él ya que sabía cuán opresivo y corrosivo puede ser un sentimiento de culpa, puesto que si hay una persona viva responsable de la muerte injusta y cruel recreada en este relato, ese soy yo. Mucho más tarde, sin embargo, comprendí mi error sobre los sentimientos del anciano.

Después de nuestra reunión sólo volví a hablar dos veces con él, y como la primera de esas ocasiones fue más o menos una semana después de que hubiese tomado el té con él, debió de ser una semana o diez días antes de su muerte. Lo encontré en la lonja y me preguntó dónde estaría durante las vacaciones de Navidad, y yo le conté que tendría que quedarme en el colegio pues mis tíos habían decidido que ya estaban demasiado viejos y cansados como para volver a hacerse responsables de mí. No dijo nada, pero pareció meditar. No volví a hablar con él hasta el día de su muerte.

He estado toda mi vida obsesionado por el Caso Stonex, pero hasta hace unos pocos meses nunca esperé enterarme de nada más o de hacer público lo que sabía. Pero el artículo en el *Daily Mail,* aunque no fuese más que una telaraña de mentiras, desencadenó una serie de sucesos que finalmente sacaron a luz la verdad. Fue publicado con ocasión de la muerte del profesor Courtine, y el periodista aprovechó que no puede haber acusación de libelo cuando se habla de un muerto para hacerle graves acusaciones. Desde el asesinato, se han contado las historias más feas y se ha calumniado gravemente a las personas más inesperadas. Una característica extraña de ese relato especulativo de los sucesos de aquella tarde fatal fue que, dado que el periodista no estaba seguro de que Austin viviese, sencillamente lo omitió del todo, del modo más cobarde y deshonesto.

El artículo se titulaba «La conspiración de Thurchester, desenmascarada». El autor comenzaba por asegurar que desde el comienzo hubo rumores de que el doctor Courtine -por entonces lo era- había tenido alguna implicación personal. Nadie había sugerido seriamente hasta entonces que el doctor Courtine hubiese mentido, aunque muchos creían que estaba engañado en algunos puntos. El periodista alegaba que la teoría sobre un hermano misterioso de

la víctima expuesta por el doctor Courtine en su declaración en la vista preliminar, era una forma calculada de distorsionar la verdad. Su grotesco alegato era que el propio doctor Courtine había abatido al anciano cuando llegó a tomar el té y que después de asesinarlo había pasado varias horas registrando la casa en busca de dinero y acciones. Así, insistía el autor, el doctor estaba en lo cierto al insistir en que el señor había estado muerto varias horas antes de que él examinara el cadáver.

Aunque sabía que sus afirmaciones eran absurdas, me resistí a la tentación de revelar la información que poseía. Sin embargo, no pude dejar de escribir una nota al editor del diario diciendo que por entonces yo estaba en el colegio y que incluso conocía superficialmente al señor Stonex, y señalaba una circunstancia que destruía enteramente la argumentación del artículo. Era el hecho de que Austin Fickling había estado en el deanato nuevo con el doctor Courtine la tarde del crimen y que ambos se habían contradicho en la vista preliminar sobre lo ocurrido. Ello hacía virtualmente imposible la idea de que el doctor Courtine hubiese estado implicado en una conspiración. La carta fue publicada y siguió alguna correspondencia sobre el tema. Y fue a raíz de esa carta que la señorita Napier, la autora del libro publicado con el título de *El misterio de Thurchester*, me escribió para pedirme ayuda.

La bondad del señor Stonex me ayudó más de lo que él pudiese imaginar a soportar las semanas siguientes en que todas las penurias parecieron empeorar. Nunca había conocido un invierno inglés y éste fue duro, con escarchas que duraban semanas y una niebla gruesa y sofocante. En nuestro gran dormitorio de la portería vieja, teníamos que romper el hielo en los cubos para lavarnos por la mañana. Y durante la noche, con nuestras delgadas mantas a menudo teníamos demasiado frío para dormir, pues las ventanas dejaban escapar el poco calor que hubiese pese a los trapos con que rellenábamos las rendijas. Yo tenía sabañones, tos y no podía dejar de sonarme la nariz.

Al acercarse la Navidad me sentí cada vez más desgraciado ante la perspectiva de quedarme solo en ese edificio. Los niños acostumbrábamos a aterrorizarnos con historias de fantasmas que merodeaban por allí y por la noche se oían frecuentes crujidos como si alguien subiese la escalera en dirección al ático vacío. Había una historia, pasada de generación en generación, sobre un fantasma -un antiguo canónigo de la catedral- que solía subir las escaleras a escondidas e iba al ático para hacer algo misterioso. Muchas veces me encontraba despierto en medio de la noche y lo oía en las escaleras. Ya era bastante terrorífico cuando me rodeaban mis compañeros dormidos, pero la perspectiva de tener que enfrentarlo a solas durante los diez días de las vacaciones de Navidad me espeluznaba. En particular porque sospechaba que a veces alguien subía realmente la escalera. El día de Navidad, que ese año era un domingo, todos los demás alumnos se iban a casa después del segundo servicio de la mañana y me quedaría solo. El director y su esposa me echarían una ojeada, pero lo harían sin generosidad ni interés. Temía que el doctor Sheldrick me pidiera que pasara el día con él, aunque por lo menos el frío intenso le impediría tomar fotos.

De modo que mi amistad con el señor Stonex era importante para mí. El hecho de que hubiera un adulto que parecía simpatizar conmigo sin desear nada más, me daba motivos para creer que yo tenía algún valor. Y el hecho de que fuese un secreto me hacía sentir poderoso. En cama, de noche, acariciaba esos sentimientos como un talismán mágico. Sabía algo que los otros chicos no sabían. Algo que ni siquiera los profesores sabían (he seguido guardando bien los secretos, acaso demasiado bien. El hábito de la reticencia ha arraigado en mí profundamente). Me permití pensar que el anciano me adoptaría como nieto y que me sacaría del colegio para que viviera con él. Con más realismo, esperaba que me pidiese que pasara la Navidad con él.

El jueves antes de Navidad volvía de la primera práctica acompañado por otro chico del coro. Esa noche había nevado, algo extraordinario para mí, pues nunca antes había visto nieve. Perdido en mis pensamientos, no noté al anciano que debía ir camino al banco, hasta que estuvo cerca, pues durante la práctica un anuncio hecho por el director me había aterrorizado. El señor Stonex, súbitamente, se dirigió a mí por mi nombre. Mi compañero

Librodot

siguió andando, volviéndose con curiosidad para mirarnos y en ese mismo momento, como cada jueves a esa hora, pasó el joven Quitregard camino de la biblioteca.

El señor Stonex me preguntó si me gustaría cenar con él la noche de Navidad. Luego dijo:

-Todavía no has visto mis mapas, ¿no? Bien, esta tarde estoy esperando recibir un atlas viejo muy bonito, que te mostraré si vienes.

-Me gustaría mucho señor -le respondí-. ¿Cuándo?

-Esta tarde -me dijo.

Sus palabras fueron ambiguas y como quería desesperadamente que me invitase esa tarde para evitar la última práctica, me persuadí de que me estaba pidiendo que lo visitara ese mismo día. Sabía a medias que quería decir que el atlas llegaría esa tarde y que me lo mostraría el día de Navidad, y que visitarlo no era solamente una justificación para perder la práctica, sino que aumentaría la ofensa. Pero estaba desesperado y necesitaba cualquier asidero.

La señorita Napier me escribió hace cuatro años, justamente cuando sobre Europa comenzaba a caer la sombra oscura que recién ahora se ha disipado, para pedirme que la ayudara con su libro. No acepté su solicitud. Mis motivos no se debían a falta de interés; por el contrario, me considero la última víctima, pues no pasa un solo día sin que piense en el pobre Perkins con angustia. El famoso llavero de la casa del señor Stonex, que causó tanto revuelo en su momento, ha estado sobre mi mesa durante muchos años y lo veía a diario. Ese llavero revelaba el misterio sobre la forma en que el asesino salió de la casa dejándola cerrada y era crucial para determinar la culpa o la inocencia de Perkins.

No le expliqué nada de eso a la señorita Napier, limitándome a decir que había tomado una resolución muchos años antes de no divulgar nada sobre el caso que ya no fuese de conocimiento público. Pero como me gustó el tono directo y amistoso de la carta, me ofrecí a leer el manuscrito para eliminar errores de bulto, como los de ese artículo tan absurdo. Le dejé muy en claro que no le daría consejos sobre ninguna especulación incluida en el manuscrito. La autora me lo agradeció y aceptó mis condiciones. Y algunos meses más tarde recibí el manuscrito de El *misterio de Thurchester,* corregí algunos datos y ella expresó su gratitud hacia mí, nombrándome en los Agradecimientos.

Esa referencia a mi nombre y mi carta anterior al diario me han llevado de modo tangencial a editar este relato. Puesto que mi nombre apareció en el libro y fui mencionado como maestro de la Escuela Coral y su archivista, hace más o menos un año me escribió el bibliotecario de Colchester College (debería explicar que tras mi licenciatura regresé a Thurchester, donde, aunque parezca raro, comencé a trabajar como profesor de la escuela donde había sido tan desgraciado. Si tenía la vaga idea de reparar mi infelicidad ayudando a otros, o fui atraído al lugar por lo mucho que había soportado allí, como el fantasma que vaga por el escenario de sus desdichas, no lo sé. Por entonces, por cierto, nueve años después de la muerte del señor Stonex, la mayor parte de la gente mencionada por el doctor Courtine había desaparecido hacía tiempo. Pero este no es el relato de mi vida, que no puede interesar a nadie y cada vez me interesa menos a mí mismo, y por ello no diré nada más).

Me interesaba poco la teoría que propone *El misterio de Thurchester,* muy discutida y generalmente aceptada, pues la sabía incorrecta. Me divertí mucho escuchando los acalorados argumentos que se desarrollaban en muchos de los hogares y tabernas de la ciudad. Negaba con un gesto grave cualquier alusión a una posible información de primera mano sobre lo que ocurrió esa tarde en el deanato nuevo. Hubiese sido más sincero aclarar que había elegido no divulgar lo que sabía. Aunque el libro de la señorita Napier no reveló nada acerca del asesinato que no supiese, me encontré fascinado por los materiales que había descubierto acerca de la juventud de la víctima y sus relaciones con su hermana y un padre extravagante, y también sobre la vida subsecuente de los protagonistas.

La señorita Napier confirmó que, al morir su padre, el señor Stonex puso un final abrupto a la enorme indulgencia que éste había prodigado a su hija, los vestidos caros, la doncella, la sucesión de gobernantas a las cuales hostigaba, y el coche con poni que estaba a su disposición. A la adolescente malcriada y testaruda debió parecerle que su hermano se estaba vengando por los años de humillación y menosprecio que le había hecho sufrir su padre. Es cierto que durante los dos años siguientes se negó a prometerle siquiera una parte de su herencia común y que, por su notable descuido, pudo conocer al actor con quien se fugó. Y la señorita Napier confirmó que cinco años más tarde, cuando la hermana alcanzó la mayoría de edad y reclamó su parte de lo que imaginaba una herencia considerable, él no le dio nada. Hubo una feroz batalla legal y es posible que haya utilizado medios poco honorables para descalificar su reclamación, aunque la señorita Napier reveló que tenía buenos motivos para hacer lo que hizo. Cuando el padre del niño se dio cuenta de que nunca tendría fortuna, la abandonó.

Enteramente sin recursos y habiendo fracasado en la escena, consiguió un trabajo como ama de llaves en Harrogate, y de ese modo se ganó la vida durante los siguientes veinticinco años. Allí, y en condiciones difíciles, crió a su hijo. Éste creció lleno de resentimiento contra su padre por haberlos abandonado a ambos; y contra su tío, por negarse a entregar la parte de herencia que le correspondía a ella. Su madre se hacía llamar señora Stonex y daba la impresión de ser viuda de un miembro de la conocida familia de ese nombre que vivía en los condados del oeste. Tal vez esperaba que su hijo fuese reconocido por fin por su hermano soltero y lo hiciera su heredero. Pero al entregarse a su odio y envenenar a su hijo contra el hermano que en su opinión los había estafado, perjudicó su objetivo. No dejaba de recordarle que si tuviesen lo que les correspondía legal y moralmente, ella no estaría buscándose la vida y él tendría un brillante futuro. Por eso el niño, que resultó ser indómito y rebelde, odiaba tanto a su tío por lo que había hecho que al cumplir los dieciocho años repudió esa parte de su ascendencia y adoptó el nombre de su padre.

Intentó encontrar a su padre y fue a Irlanda, donde pretendió que reconocieran su parentesco con las grandes familias Ormonde y de Burgh, con las cuales su padre, supuestamente, estaba emparentado. Pero fue rechazado sin ceremonias, negándole que él o su padre tuviesen cualquier conexión legítima con ellos. Entonces buscó a su padre y descubrió que era un alcohólico sin esperanzas cargado de deudas y responsable de otra joven familia ilegítima. Se volvió contra él con violencia, acusándolo de todas sus desgracias, incluida su cojera, aunque en verdad se debía a un defecto congénito y no a un accidente provocado por su padre. Decepcionado en esa esperanza, dirigió un apasionado interés hacia la familia materna y la herencia que les habían arrebatado. Pero, en tanto que había estado deslumbrado por las pretensiones aristocráticas de su padre y había sufrido una gran decepción al conocer la realidad, no tenía sentimientos hacia su tío, excepto resentimiento y deseos de reparación.

Yo estaba particularmente interesado por los hallazgos de la señorita Napier sobre el destino posterior de la hermana de la víctima tras heredar la fortuna. Ello se relacionaba con el tema sobre el cual me escribió el bibliotecario cuando me informó de que el profesor Courtine, quien una vez retirado había regresado a Cambridge como profesor emérito, había dejado en manos del claustro rector un relato sellado. Se suponía que arrojaría una nueva luz sobre el Caso Stonex. En una carta introductoria escrita pocos años antes de fallecer, estipulaba que el informe tenía que permanecer cerrado hasta que pasaran quince años de su muerte (período que, explicó el bibliotecario, acababa de expirar) y sólo podría abrirse si se respetaban ciertas condiciones. Y el bibliotecario me pedía ayuda para cumplir con esos requisitos.

Le contesté diciéndole que le daría toda la ayuda que pudiese. De modo que en su carta siguiente incluyó una copia de la carta del doctor Courtine. Casi no necesito decir que me sorprendió que el testimonio de alguien relacionado tan de cerca con los hechos saliera a luz tantos años después y estaba muy interesado en que se cumplieran las condiciones. Nunca había esperado que fuese creída mi versión de los hechos, la de un niño de doce años. Ahora conocía la existencia de un testimonio que confirmaría el mío. Era el de alguien que había estado en el

Librodot

deanato nuevo esa tarde aciaga y había tenido motivos para no dar a conocer algunas de sus observaciones.

Aunque en aquella época no había sabido nada del doctor Courtine, él, como descubrí al final cuando leí su testimonio, había advertido el incidente que me implicaba y que ocurrió temprano por la mañana cuando el señor Stonex me invitó a pasar el día de Navidad con él (día que, por cierto, resultó ser la Navidad más penosa de toda mi vida). Contento con la invitación que se me había presentado tan súbitamente, me distraje y al pasar por Upper Close no cedí el paso con la suficiente rapidez a un chico mayor, alumno de Courtenay. Éste me hizo un comentario desagradable sobre la portería y cuando intenté contestarle me puse a tartamudear y provoqué sus burlas; además me arrebató la hoja de música que llevaba en la mano y la tiró a la nieve enlodada. Luego me golpeó y pisoteó la hoja de música, que quedó desgarrada y sucia.

Pase todo ese día en un estado de creciente terror pensando en lo que iba a ocurrirme en la práctica coral de esa tarde.

La señorita Napier había conseguido encontrar a la hermana y descubrir que por entonces vivía en una gran villa en los alrededores de Ginebra. No había contestado a las solicitudes de la señorita Napier para entrevistarse con ella, pero la infatigable autora había conseguido encontrar a algunos de los criados para la que habían trabajado. Se había enterado de que no tenía amistades y que las únicas personas que recibía eran las que llevaban sus temas financieros. En la medida de los conocimientos de su servidumbre, no tenía parientes vivos. Y pese a las prolongadas investigaciones que la guerra hizo más difíciles en las últimas etapas, la señorita Napier no había conseguido descubrir nada sobre el hijo que, suponía, era el único heredero de la enorme fortuna que presumiblemente iba a dejar la anciana.

Hace poco menos de un año recibí del bibliotecario de Colchester College la carta de introducción del doctor Courtine. La carta decía: «Habiendo transcurrido quince años des de mi muerte, puede abrirse este relato, siempre que se cumplan las condiciones que establezco. Cuando haya sido abierto y leído por el bibliotecario y el presidente del claustro de mi colegio podrán hacer de este testimonio el uso que crean más apropiado según su criterio. Las condiciones requieren que las personas que nombro estén certificadamente muertas y que si alguna de ellas vive, este documento sólo se abra después de su muerte».

El bibliotecario dijo que se sabía que uno de ellos vivía aún, pero pidió ayuda respecto al otro. De hecho había mantenido correspondencia con la señorita Napier exactamente sobre eso, sin llegar a ninguna conclusión. Mi entrevista en Ginebra no había resuelto el enigma, pero la idea que se me había ocurrido en el viaje de regreso resultó fructífera. Por tanto, pasados varios meses, pude presentar pruebas que resultaron satisfactorias para el presidente del colegio y el bibliotecario.

El bibliotecario me mandó asimismo una copia hecha por él de una nota que había escrito el doctor Courtine en el paquete que contenía su testimonio. Me intrigaba porque sabía con exactitud cuándo y por qué la había añadido. Fue por mí, por algo que le conté.

Al crecer, y durante los años siguientes, intenté desentrañar tanto como pude las historias de las personas implicadas en el caso. Un día, siendo estudiante de Cambridge, me enteré de algo sobre uno de ellos y pocos días después tomé el tren a Oxford, donde el doctor Courtine, o profesor Courtine por entonces, era titular de la cátedra de historia medieval desde hacía tres años. Scuttard, que había obtenido el puesto en 1882, había muerto súbitamente a los cuarenta y cuatro años. Scuttard había supervisado la publicación del Manuscrito de Thurchester, pero el profesor Courtine, entretanto, había publicado su magistral y absorbente *Vida de Alfredo el Grande.* Finalmente obtuvo la cátedra por esa biografía, aunque algunos de sus colegas consideraban que su trabajo era más imaginativo que académico. Ocurrió que esa tarde daba una conferencia y yo asistí a ella. Trataba del reinado de Ethelred el Desprevenido, y trajo magistralmente a la vida ese período enigmático y a sus principales protagonistas, acaso con más imaginación que rigor académico. Cuando hubo acabado me acerqué a él y le dije lo mucho que

Librodot

me había gustado su charla. Cuando mencioné que había ido al colegio en Thurchester, de inmediato me invitó a tomar el té en su estudio.

Llevé la conversación al tema Stonex, pero él dejó claro que no diría nada sobre aquello. Y entonces mencioné a Austin Fickling, refiriéndome a él en pasado. Cuando me preguntó, le dije que acababa de ver tristes noticias sobre él y le mostré el párrafo que había recortado del *Thurchester Clarion.* Era una información sobre la muerte de Fickling en Roma, tras una larga y penosa enfermedad. El periodista se refería extensamente al Caso Stonex y de paso mencionaba que el actor irlandés cuyo nombre profesional era Valentine Butler, aunque también se hacía llamar Valentine Ormonde, y que se había fugado con la hermana menor del señor Stonex, había muerto muchos años antes del asesinato.

Pude ver que la lectura de esa noticia había impresionado al profesor Courtine. Pretendí pensar que la muerte de su viejo amigo lo había conmocionado, pero sabía que no era eso solamente. Debió de ser después de nuestra conversación cuando escribió la nota en el sobre, aclarando que se había equivocado respecto al actor. Puesto que a la luz de la referencia sobre la fecha de su muerte que hacía el diario, el profesor Courtine debió de darse cuenta de que se había equivocado al suponer que la persona que había representado al señor Stonex durante la hora del té había sido su cuñado. La relación, creyó, había motivado ese lapsus en una representación absolutamente impecable. Tras saber que ello era imposible, debió de preguntarse quién había representado el papel. Tenía razón, incidentalmente, en que el impostor cometió un lapsus muy revelador, pero no consiguió entender qué significaba.

El profesor Courtine tuvo la bondad de decir, cuando me marchaba, que un día debería visitarlo en su casa y conocer a su esposa y sus hijos, aunque más bien se trataba de sus hijastros.

El día del asesinato yo experimentaba un estado de ansiedad porque, durante la práctica de esa mañana, el director del coro había anunciado que el órgano no podría usarse durante un par de semanas, a partir del día siguiente, y que para reemplazar el órgano en el gran servicio de Navidad, tendríamos que cantar himnos *a capella.* ¡Y yo tendría que ser uno de los solistas! Me había pasado la partitura que tendría que cantar en la práctica de esa tarde, la partitura que el alumno de Courtenay había roto y ensuciado poco después. La odiada música me había metido en problemas peores aún, pues el director se enfurecía si dañábamos las partituras, que debíamos devolverle en perfectas condiciones. Pensé que me había elegido para cantar un solo porque quería humillarme. Cuánto añadiría a su placer cuando tuviera que mostrarle el estado de la partitura dándole motivos para castigarme con más ensañamiento que de costumbre. Pasé el resto del día en el colegio, pensando en la vergüenza y humillación que me esperaba durante el servicio.

Ciertamente, yo no era la única persona a quien la decisión de cerrar el órgano a partir de la tarde del jueves había puesto en estado de pánico. Como demuestra el relato del doctor Courtine, los planes de los conspiradores se complicaron al posponerse la ceremonia de inauguración del órgano reparado.

Aunque el libro de la señorita Napier sacó a la luz varios hechos sorprendentes respecto a la identidad de los asesinos y el motivo, y planteó una teoría que podía ser brillante, estuvo limitada por las trabas legales, debido a que se ignoraba si los implicados seguían vivos. Por entonces sabía, sin duda, que Austin Fickling había muerto y que, cercana a los noventa años, la vieja dama vivía aún. No tenía seguridad, sin embargo, sobre el hombre que no podía nombrar y al cual daba el nombre de Gran Conspirador, quien, como Fickling, desapareció inmediatamente tras el asesinato. Fue ese individuo, sostenía, quien había implicado a Fickling en la trama. Asimismo necesitaban un sospechoso a quien acusar del asesinato, y Perkins fue engañado por el mensaje escrito con tiza en la pizarra, comprometiéndolo en un delito del cual no tenía conocimiento. También se requería un testigo muy respetable para que testificara contra él, y sostenía que el doctor Courtine fue implicado mediante un engaño, abusando de su candor.

Librodot

La señorita Napier había encontrado una referencia reciente al Gran Conspirador que demostraba que seguía vivo y tenía unos setenta y cinco años. Había sabido que alguien que lo había conocido años antes lo había visto recientemente en Nápoles.

De inmediato me quedó claro a quién se refería bajo el apelativo de Gran Conspirador, y cuando recibí la carta del doctor Courtine que nombraba a los dos sospechosos, descubrí que estaba en lo cierto. Ansioso por leer su testimonio, me lancé a averiguar si dicho individuo vivía aún. El resultado de mis esfuerzos, tras la muerte de la vieja dama seis meses después de mi frustrante visita que, sin embargo, resultó productiva en última instancia, fue que hace dos meses el presidente y el claustro -en que era el único extraño- se reunieron en el colegio, y el bibliotecario rompió el sello y leyó el relato del doctor Courtine.

Uno de los misterios que tocaba la señorita Napier fue la forma en que el asesino pudo entrar en la casa, puesto que el señor Stonex sólo abría la puerta a la señora Bubbosh y al camarero, y sólo en los momentos que los esperaba. La brillante sugerencia de la señorita Napier de que el asesino había llegado un minuto o dos antes que lo hiciera Perkins a las cinco y media y por eso la víctima, que lo esperaba, había abierto la puerta, resolvía ese punto.

De modo similar, el interrogante respecto a cuándo y cómo dejó la casa el asesino también sería resuelto por la sorprendente hipótesis de la señorita Napier de que lo hizo vestido de mujer y que aquélla puede haber sido la mujer que vio el director Appleton, en la parte trasera de la casa -y que lo dirigió hacia el frente en su búsqueda- más o menos a las seis menos veinte.

De hecho, ambas sugerencias ingeniosas tejen la trama de hechos conocidos, pero son erradas, aunque cada una de ellas se acerca a la verdad. La mujer que vio el señor Appleton era sin duda una mujer real, y el señor Stonex no le abrió la puerta a su asesino a las cinco y media dado que por entonces ya estaba muerto. Pero la señorita Napier había imaginado correctamente la forma de entrar en la casa y tenía razón en que la figura vista por el director era alguien vestido de mujer.

Habiendo meditado todo el día sobre este dilema, tomé una súbita decisión al acabar las clases de la tarde: no sólo no iría a la práctica; tampoco iba a ir al servicio de vísperas. Nunca antes lo había hecho y no podía imaginar las consecuencias de tal ofensa, pero me parecían menos reales que la certeza de la humillación que sufriría si me presentaba.

Me persuadí de que, en efecto, el señor Stonex me había invitado a visitarlo esa tarde a ver el nuevo atlas y así, sin haber decidido del todo presentarme en su casa, me encontré frente a la entrada del deanato nuevo.

Eran casi las cuatro menos diez, con alguna diferencia de minutos, lo sé con certeza pues el colegio terminaba a las cuatro menos cuarto y todo el tiempo no dejaba de pensar que los demás chicos iban llegando al ensayo y que el director del coro estaría pasando lista, y calculaba el momento preciso en que se daría cuenta de mi ausencia. Cuando llegué frente a la puerta del señor Stonex, vi que el desgraciado Perkins salía de la casa con las ollas y platos sucios del día anterior que llevaba a la posada.

Me acerqué y noté un trozo de papel pinchado en la puerta en que habían escrito con letras pequeñas que sólo se podían leer de cerca: «Pase». Aunque supuse que la nota estaba dirigida al camarero, me permití creer que era una invitación para mí y por ello, tras golpear inútilmente, probé la puerta y al encontrar que no estaba echada la llave, entré.

No había nadie en la sala y me pareció igual a la última vez que la vi, pero la mesa no estaba puesta para tomar el té, sino para cenar. Allí estaba enfriándose la cena que había dejado Perkins. Junto a los platos y los platillos había un gran volumen encuadernado en cuero que con gran audacia me atreví a abrir para descubrir que era un viejo atlas con láminas coloreadas a mano de naturaleza sumamente atractiva. Claramente era el atlas que el anciano había mencionado por la mañana y estaba seguro de que debía de estar en algún lugar de la casa, de modo que decidí esperar hasta que viniera a cenar.

Librodot

Debí estar observando el atlas unos diez o quince minutos. Luego comencé a percibir lo extraño de mi situación. Tal vez al señor Stonex no le gustaría encontrarme allí, esperando. Comenzó a parecerme sumamente raro que nadie viniera a la estancia, que la comida se quedase allí, enfriándose, y que la casa estuviese en completo silencio. No me atreví a ir más allá de donde estaba. Miré, y en la mesilla vi la pizarra con el mensaje escrito con tiza exactamente como lo describiría más tarde el camarero. Supe que Perkins lo había resumido con exactitud, pues recuerdo haber pensado que si el señor Stonex estaba ocupado no debería seguir esperando, de modo que volví a la calle.

Estaba en un dilema. Hasta que oscureciera no podía ir por allí con el uniforme del coro, que consistía en una sencilla chaqueta negra con pantalones sal y pimienta hasta la rodilla, sin atraer la atención pues era generalmente sabido que a esa hora debería estar en la práctica. Tuve una idea. Con grandes precauciones porque no podía permitir que me viese nadie conocido, fui a un costado de la catedral por donde podía mirar por un hueco la casa del Cabildo donde ensayaban. Podía ver al director ante el piano; nunca se sentaba porque le hubiese costado más correr a darle un cachete a un niño. El hecho de que estuviera tocando el piano significaba que el señor Slattery todavía no había llegado, lo que no me sorprendió pues se retrasaba a menudo. Pocos minutos más tarde lo vi llegar a la carrera -más o menos a las cinco menos veinte- con su habitual expresión desafiante y perezosa. El director lo miró con enfado, pero el señor Slattery apartó la banqueta con una sonrisa vulpina y se sentó ante el piano. He de decir que no noté nada excepcional en su apariencia. Tenía el mismo aspecto descuidado de siempre. Su cara pálida parecía encendida, pero podía deberse al alcohol. En suma, su aspecto era de haber pasado unas horas inocentes del modo habitual: sentado en una taberna. Durante los veinte minutos siguientes observé a los demás chicos y a los cantantes masculinos que hacían lo que yo debería estar haciendo, y tuve la extraña sensación de que ya no formaba parte de ellos, casi como si hubiese muerto. De pronto me parecieron absurdamente pequeños los temores y la preocupación por la partitura rota.

Aunque conocía el miedo que me habría inspirado el director si hubiese estado allí, la escena me parecía amable. Las luces de gas estaban dadas, en una esquina había una estufa con fuego que ardía alegremente, y apenas podía oír la música. No obstante, sabía que el encanto era ilusorio y prefería el frío y la oscuridad de allí fuera.

Poco después de haber visto que Appleton llegaba al servicio de vísperas, justo cuando acababa la práctica, observé que el director del coro lo llevaba a un lado y que la cara del director se oscurecía y sospeché que hablaban de mí. Entonces se desvaneció la sensación de desapego y cuando vi que Appleton se dirigía a la puerta a zancadas estuve seguro de que iba en mi busca. Súbitamente se me ocurrió que la mejor manera de evitar que me encontraran era seguirlo.

Durante más de media hora fui tras sus pasos por las calles ya oscurecidas. Me descubrí disfrutando del juego, aunque estaba poseído por la creciente sensación de temor al pensar en lo que me esperaba, pues al final tendría que presentarme y aceptar la paliza. Más o menos a las cinco y veinte, cuando Appleton iba por St. Mary's Street, se encontró con el joven amable que trabaja en la biblioteca del Deanato y el Cabildo. No pude oír su conversación, pero más tarde imaginé que el señor Quitregard mencionó con toda inocencia que me había visto hablando con el señor Stonex esa mañana temprano y por ese motivo el señor Appleton dirigió sus pasos hacia la lonja, a toda prisa. A las cinco y media me encontré pasando por la parte trasera del deanato nuevo a muy poca distancia del director. Posiblemente nos perdimos por unos minutos el momento en que el doctor Courtine y Austin Fickling salían por la puerta trasera.

Yo estaba justo ante esa puerta cuando Appleton se volvió súbitamente y tuve que pegarme a la pared para no ser visto. Me aterró pensar que volvería atrás, en cuyo caso iba a encontrarme, pero había oído pasos tras él. Era una vieja. Él le habló y, tal como dijo en el juicio, le preguntó si me había visto. Ella le dijo que pensaba que podía estar en la puerta principal. No supe qué se estarían diciendo, desde luego, pero me alivió que él cortara por la calleja donde,

Librodot

como declaró, no me encontró a mí sino al camarero Perkins, que golpeaba la puerta (me parece que la mujer mandó a Appleton a esa puerta para que lo viera).

Lo que Appleton no vio pero yo sí porque estaba a cierta distancia- era que la vieja había salido de la propia puerta trasera del deanato nuevo.

La señorita Napier sospechó que esa anciana era crucial para resolver el misterio y reunió buena parte de la información necesaria para dar con la solución, pero puso varias de las piezas en el lugar equivocado y no consiguió encontrar otras. Por ejemplo, no entendió el motivo por el cual habían destrozado la cara de la víctima con tanto ensañamiento. Es fundamental que haya dejado fuera de su versión la certeza del doctor de que el difunto había muerto mucho antes, lo cual parecía consistente con todas las demás pruebas. Y la partida de la casa a las seis menos veinte, cuando Appleton y yo vimos que se marchaba la mujer, era imposible si la entrada del asesino se hubiese producido sólo diez minutos antes, como supone la señorita Napier: el asesino no hubiese tenido tiempo para destrozar la cara de la víctima (evitando de algún modo que lo cubriera la sangre) y registrar la casa en busca del testamento.

Cuando me di cuenta de que la mujer acababa de salir del deanato nuevo, me sentí intrigado pues sabía lo solitario que era el señor y que llevaba una vida muy ordenada y que la casa había estado en silencio sólo una hora antes. De modo que dejé la persecución del director y me dediqué a seguirla a ella. Ella anduvo la corta distancia hasta los claustros y desapareció. Yo avancé y oculto por la creciente oscuridad la miré desde allí; la vi inclinarse sobre el muro de piedra que separaba los claustros del antiguo pozo de san Wulflac y tirar algo. Luego se marchó rápidamente hacia la catedral y entró. Yo corrí hacia donde había estado. El pozo tenía, y sigue teniendo hasta ahora, una gran cuenca de piedra que lo rodea y el objeto había caído en un borde y se deslizaba hacia el centro desde donde caería a una gran profundidad. Trepé el murete y, con cierto atrevimiento, alcancé el objeto justo antes de que cayera, perdiéndose para siempre. Era un llavero: dos llaves grandes en una argolla de metal.

Cuando el bibliotecario me informó de que el manuscrito del doctor Courtine permanecería sellado hasta que se demostrara que la segunda persona de la lista había muerto, medité profundamente sobre los pasos que seguir. Y entonces se me ocurrió que el apasionado amor por la música podía perdurar. Persuadí a un amigo, compositor de algún relieve, que me permitiera escribir una carta como si fuese él, y mandarla a los editores de partituras y librerías especializadas en música. Esta es la parte más importante de la carta:

> Hace unos ocho años conocí a un señor que demostró un profundo conocimiento y amor por el órgano y la música escrita para ese instrumento. Cuando supo mi nombre, tuvo la bondad de darme a conocer lo que sabía y admiró mis composiciones -que, como posiblemente saben, desde entonces han sido exclusivamente para piano- y cuando mencioné que pensaba escribir una composición para órgano, me instó a que lo hiciese y me pidió que le enviara una copia cuando la hubiese terminado. Han pasado todos estos años, pero ya estoy cerca de acabar una Fantasía en La Mayor para órgano.
>
> Desgraciadamente he extraviado el papel en el cual anoté el nombre y dirección de este señor que, me parece recordar, vivía en Roma o tal vez en Nápoles. Me atrevo a escribirle porque el señor mencionó que, cuando vivía en el continente, encargaba a su compañía que le enviase el papel pautado.
>
> Es absurdo, pero ni siquiera estoy seguro de poder recordar su nombre exacto. Hasta donde recuerdo su apellido era algo así como Butler Ormonde o posiblemente Ormonde de Burgh. Y se llamaba Martin, o quizás Valentine.

Los nombres eran, por cierto, los de las familias con las cuales alegaba parentesco el amante de la señora Stonex. Mi pequeña estratagema funcionó y uno de los editores me contestó diciendo:

> Me parece que usted se refiere a Ormonde Martin, un señor que compró papel pautado para órgano con regularidad durante muchos años. Lamentamos tener que informarle de que murió hace unos tres años, como supimos cuando el último paquete de papel que le enviamos a Florencia fue devuelto, tras una considerable demora debida a las condiciones imperantes, por un abogado que se ocupaba de sus bienes.

De modo que mientras la señorita Napier investigaba para escribir su libro, él vivía, pero hacía un par de años que había muerto cuando visité a su madre. Conociendo la fecha y lugar de su muerte, obtener del cónsul británico en Florencia las pruebas documentadas que necesitaba fue una mera formalidad. Incidentalmente supe por él que durante los últimos treinta y cinco años de su existencia «el señor Ormonde Martin» había vivido en Italia la vida algo escandalosa de un hombre rico y ocioso.

Tras haber recuperado las llaves del borde del pozo, volví al aula, las escondí en mi compartimiento y esperé que me llamaran para ser castigado. No fue ese día, porque las noticias del asesinato del señor Stonex distrajeron la atención del director, que no se ocupó de mi falta, y al día siguiente tuvo que presentarse ante el magistrado. Cuán ardientemente deseé que los terribles sucesos hubieran borrado de su memoria mi mala conducta. El resto del jueves y al día siguiente, me angustié pensando si debería decirle a alguien lo que sabía, pero tenía miedo de reconocer que me había hecho amigo del señor Stonex y había ido a tomar el té a su casa y, más que nada, que esa misma tarde había vuelto a entrar sin ser invitado. Por supuesto no comprendía el significado de las llaves.

Y entonces, el sábado, después de desayunar, el director me hizo acudir a su estudio. No me había olvidado, después de todo. Estoy seguro de que si entonces me hubiese preguntado por qué fui al deanato nuevo durante la práctica del jueves por la tarde, le habría contado todo lo que sabía, de tan asustado y descompuesto que estaba. Pero no tenía curiosidad por saber los motivos de mi escapada y simplemente se puso manos a la obra como quien trabaja, y mientras caían los golpes me llegaba su aliento entrecortado, impregnado de brandy. Esa tarde me enteré de la muerte de Perkins cuando oí a dos criados que hablaban de eso muy impresionados.

Cuando hace unos meses fui a Cambridge y puse ante el presidente y el claustro de Colchester College los documentos llegados de Florencia que satisfacían el último requisito, descubrí que el caso los fascinaba y que algunos de ellos revelaron tener lo que me atrevería a llamar un conocimiento académico del incidente, y que saber que yo tenía algún tipo de prueba desconocida los tenía intrigados. Los sellos del relato del profesor Courtine fueron abiertos con gran solemnidad y el bibliotecario leyó su testimonio en voz alta. Ello ocupó buena parte del día, con un descanso para almorzar.

Cuando concluyó la lectura, el presidente me pidió que me retirara unos minutos mientras él y los miembros del claustro debatían sobre la carta del profesor Courtine y lo que solicitaba de acuerdo a sus términos. Luego me llamó para preguntarme si me responsabilizaría de editar y publicar un informe y si podría escribir la introducción. Acepté de inmediato.

Al hacerme cargo de la tarea, me dediqué a explicar del mejor modo posible los eventos del período crucial que cubría el testimonio del profesor Courtine, componiendo una especie de edición académica con un comentario. Por ejemplo, sentía curiosidad por el libro de cuentos de hadas que el profesor Courtine había encontrado en casa de Fickling la noche del miércoles y del cual leyó un cuento mientras esperaba su regreso. El libro provenía de la biblioteca de Courtenay y allí lo encontré, unos cuarenta y cinco años más tarde (el porqué de la impresión que causó la historia al doctor Courtine es materia de especulación).

Esa noche del viernes, como deja claro en su relato, el doctor Courtine comprendió la verdad y cómo lo había utilizado su viejo amigo o, más bien, su ex amigo. Lo había hecho ir a

Librodot

Thurchester para que desempeñara el papel de testigo de quien no se podía dudar, aunque fuese testigo de una mentira. La primera velada, Fickling le contó la historia del fantasma sencillamente para estimularlo a ir a leer la inscripción y conocer al anciano, o más bien a la persona a quien tomaría por el anciano, y ser invitado a tomar el té. El encuentro, desde luego, había sido parte del juego. La persona que representaba al señor Stonex se había limitado a situarse junto a la puerta trasera cuando tenía la certeza de que el auténtico señor Stonex estaba cenando. La intención era, por cierto, que el doctor Courtine supusiera que la persona que les sirvió el té era el señor Stonex, aunque a la hora en que él y Fickling llegaron, el señor ya estaba muerto.

La señorita Napier se acercó a la verdad al sugerir que el asesino había dejado la casa disfrazado como la mujer que había visto Appleton, pero de hecho esa persona era una mujer. Y fue la misma mujer que oyó el doctor Courtine cuando espió a Fickling mirando por la ventana de Orchard Street en la madrugada del mismo día. Pero no había actuado sola en el deanato nuevo, es evidente, porque una mujer no hubiese tenido la fuerza de reducir al señor Stonex en su puerta de calle y arrastrar su cuerpo por el repostero ni siquiera en sus mejores años, aunque se mantenía saludable y activa para su edad y no había sufrido ataque alguno.

Y aunque la señorita Napier casi estuvo en lo cierto al imaginar que el asesino -de hecho los asesinos- consiguió entrar golpeando a la puerta unos minutos antes, cuando el señor Stonex esperaba al camarero, ello había ocurrido a las cuatro y no a las cinco y media. Cuando yo llegué diez minutos más tarde, el anciano ya estaba muerto.

Imagino que reconoció a sus atacantes. A uno de ellos lo conocía bien, pero no lo había visto en los últimos cuarenta años. Probablemente sólo había visto al otro de cerca hacía ocho años, cuando vino a pedirle una parte del dinero al cual creía tener derecho (después de esos hechos el señor Stonex comenzó a tomar medidas elaboradas para reforzar su seguridad).

Los asesinos debían de estar imbuidos de un sentimiento de venganza justa, convencidos de la legitimidad de un acto brutal. Era demasiado tarde para dar explicaciones, pero irónicamente el señor Stonex estaba muy lejos de haber cometido la mala acción por la cual lo condenaban. La señorita Napier pasó semanas indagando en los archivos del banco de Thurchester and County (que había sido vendido y fusionado al banco Somerset and Thurshire) y había descubierto que el rumor propagado por el abuelo de Quitregard era correcto. Cuando a los veintidós años el señor Stonex heredó el banco a la muerte de su padre, hizo un descubrimiento terrible: estaba en bancarrota. Aunque tenía fondos por setenta y cinco mil libras, cargaba con grandes deudas y carecía de fondos de reserva, de modo que se balanceaba en el filo de la quiebra. Su padre lo había estado desfinanciando durante años y en sus desfalcos había robado a cientos de personas que habían depositado sus ahorros, hipotecado sus propiedades o aceptado su dinero. Sus vidas y las de quienes dependían de ellos hubiesen quedado arruinadas por la quiebra. Además, aunque el trato que le había dado su padre lo había perjudicado mucho, el señor Stonex lo quería de un modo extraño y temía que su memoria quedara manchada al descubrirse su deshonestidad. Por ello había emprendido la revalorización del banco haciendo elaboradas maniobras en que tuvo que equilibrar el dinero recibido con las deudas sin dar indicios de dificultades, ni siquiera a su empleado de confianza. La confianza era el pilar de todo: en la medida que el banco pareciera ir bien, su dinero seguiría circulando. Este fue el prolongado y secreto acto de heroísmo que me mencionara en términos velados.

No se había atrevido a revelarle la verdad a su hermana porque no podía confiar en que esa jovencita veleidosa pudiese guardar un secreto y si llegaba a sospecharse que el banco tenía problemas, la quiebra sería inevitable. Por ello tuvo que imponerle un sistema estricto de moderación, aunque ella no le viera ninguna justificación. De igual modo, no se atrevió a entrar en negociaciones respecto a una dote, y como no pudo explicárselo, ella lo acusó de haber arruinado su vida. Su huida, aunque trajo desgracia, debió de representar un alivio para él. Y cuando le dijo a su hermana al alcanzar la mayoría de edad que no había herencia, le estaba contando la verdad. Sólo tras treinta años de trabajo duro, preocupaciones continuas y lacerante

Librodot

ahorro (que siguió siendo su hábito mucho después de que hubiese desaparecido la necesidad) consiguió salvar al banco y su clientela.

Sin saber nada de todo esto su hermana y su sobrino, que acababa de estrangularlo con esas manos fuertes que el doctor Courtine observaría fascinado cuando lo conoció horas más tarde, arrastraron el cuerpo de su víctima al vestíbulo. Fue entonces cuando debieron de poner la nota en la puerta de la calle y escribir el mensaje en la pizarra que atraería a Perkins a su trampa, y que lo haría incriminarse. Él mordió el anzuelo y se marchó con el paquete que, lo comprendió el viernes solo y aterrado en su celda, con certeza lo hubiese llevado a la horca pocos meses más tarde.

Me parece que en el momento de mi llegada a la puerta de la calle, cuando leí el mensaje que seguía allí, los asesinos estaban quitándole la ropa al anciano. Al oírme golpear debieron de asustarse, pues estaban en el punto más vulnerable y acusatorio de su empresa. Probablemente miraron por la juntura de la puerta del vestíbulo hacia el repostero, y viendo que sólo se trataba de un niño, decidieron esperar hasta que me marchara.

Cuando me fui, los retrasé casi quince minutos y no tuvieron tiempo para arrastrar el cuerpo por el pasadizo al comedor, como habían planeado. Por lo tanto, decidieron llevarlo al estudio (por ello Fickling se horrorizó ante la idea de ir a ese cuarto cuando el doctor Courtine expresó su deseo de verlo). Durante ese tiempo se había acercado a la casa con el doctor Courtine, pero al no ver la señal de que todo estaba preparado, lo llevó a su propia vivienda.

En cuanto me hube marchado, la señora Slattery, vestida ahora con la ropa de su hermano, retiró la cena, ensució los platos como si el señor Stonex los hubiese usado y guardó la comida en un paquete que se llevaría al marcharse. Luego puso el té y los pasteles que había horneado al amanecer de ese día, y cuyo perfume había llevado casualmente al doctor Courtine a la casa de los conspiradores. Mientras hacía esto, su hijo estaba en el estudio quitándose su propia vestimenta exterior para poder aplastar la cara de su tío sin que le salpicara la sangre.

Debieron de alarmarse por el retraso que yo había provocado, pues Slattery no podía llegar tarde a la práctica del coro, ya que esa ocasión y luego el servicio de vísperas iban a proporcionarle una coartada impecable. Mi intervención inesperada también significó que sólo dispusiesen de unos minutos para encontrar el testamento, crucial para que su crimen no beneficiara a la Escuela Coral, y fue entonces cuando revolvieron todo en la sala. Sin conseguir encontrarlo, la imaginativa actriz insistió en el tema del relato perdido sobre el asesinato de Freeth para poder seguir la búsqueda bajo las propias narices del doctor Courtine. En su apuro, cometieron un pequeño error al olvidar borrar el mensaje escrito con tiza y esconder la pizarra.

Un minuto o dos después de que me fuese, Slattery salió precipitadamente del deanato nuevo, posiblemente visitó una taberna para echarse una cerveza al gaznate, y llegó al ensayo con un pequeño retraso respecto a lo debido, que yo advertí pues estaba mirando por la ventana. Sólo entonces su madre encendió la vela en la ventana del comedor, indicando a Fickling que él y el doctor Courtine podían llegar.

Al final del acertijo, la suposición de Fickling basada en la inexactitud del reloj, de que el señor Stonex podía usar el mismo escondrijo ingenioso que él, salvó el día a los conspiradores. En consecuencia, el testamento fue destruido sin problemas y la hermana de la víctima heredó los bienes. Este punto tiene una conclusión curiosa. Un diario suizo informó de que la anciana, que había vivido más que el resto de su rica familia y que presumiblemente había heredado de su hijo el dinero que había repartido con él, por no tener heredero murió sin testar, y su fortuna fue para las arcas del tesoro suizo.

El sábado por la mañana los demás niños habían partido. Yo estaba solo y en la excitación Appleton y su esposa olvidaron mi existencia. Los varillazos me dolían mucho, y me impedían pasar esa tarde vagabundeando por la ciudad como acostumbraba. En cambio pasé la tarde mirando por la ventana del aula y pensando en los sucesos del día anterior. La noticia del suicidio de Perkins había añadido angustia mental a mis sufrimientos físicos. En el pequeño ático y bajo las mantas para guardar el calor, puesto que no me dejaban tener una estufa, pensé en las tristes

Librodot

Navidades que pasaría a solas el día siguiente, en vez de cenar con el señor Stonex y contemplar sus mapas. Sentía pena por el señor, pero más que nada me apenaban Perkins, su viuda y sus hijos y me preguntaba una y otra vez si viviría aún si yo hubiese tenido el valor de contar lo que había visto, y mostrar las llaves. No todos me habían olvidado. Hacia la medianoche oí unos crujidos familiares y supe que el doctor Sheldrick subía la escalera para frotarme con crema los verdugones que me había dejado la paliza.

PHILIP BARTHRAM,
Thurchester, 17 de agosto de 1919

DRAMATIS PERSONAE

Los nombres de los personajes de períodos históricos anteriores al final del siglo XIX aparecen en cursivas.

Adams : Alguacil de policía.
Alfredo : Rey de Wessex en el siglo IX.
Antrobus, comandante: Inspector de policía.
Appleton : Director de la Escuela Coral de la catedral.
Attard Juez de primera instancia.
Barthram Philip : Editor del *Informe Courtine.*
Beorghtnoth : Sobrino de Alfredo, según *De Vita Gestibusque Alfredi Regis.*
Bubbosh, señora: Criada del señor Stonex.
Bullivant, Giles :Corresponsal del anticuario Ralph Pepperdine.
Bulmer : Supervisor de la fábrica.
Burgoyne, William : Canónigo tesorero.
Burgoyne, Willouhby : Oficial parlamentario y sobrino del canónigo.
Carpenter, doctor: Médico.
Champniss : Sacristán.
Cinnamon : Chantre.
Claggett :Jefe de bedeles.
Courtine, Edward : Autor del Informe.
Fickling, Austin : Profesor de la Academia Courtenay, y compañero de Courtine en Cambridge.
Freeth, Launcelot : Vicedeán que llega a deán y es asesinado.
Gambrill, John : Aparejador de la catedral.
Gazzard :Jefe de bedeles.
Grimbald : Supuesto autor de *De Vita Gestibusque Alfredi Regis (Vida de Alfredo el Grande).*
Hollingrake : Bibliotecario que llega a ser tesorero.
Leofranc : Obispo de Thurchester a comienzos del siglo XII.
Limbrick, Alice : Madre de Thomas.
Limbrick, Robert : Padre de Thomas y segundo aparejador de la catedral.
Limbrick, Thomas : Primer oficial de Gambrill.
Locard, señora: Esposa del bibliotecario.
Locard, Robert : Bibliotecario.
Napier, señorita: Autora de El *misterio de Thuschester*
Pepperdine, Ralph : Anticuario que en 1663 encontró el documento que busca Courtine en la biblioteca.

Librodot

Perkins, Eddy : Camarero de la Posada del Ángel.
Pomerance : Segundo ayudante del bibliotecario.
Quitregard : Primer ayudante del bibliotecario.
Sheldrick : Rector honorario.
Sisterson : Sacristán.
Slattery, Martin : Segundo organista y profesor de la Escuela Coral.
Stonex, señor: Anciano banquero que es asesinado.
Stonex, señora: Madre de Slattery, hermana de Stonex.
Thorrold : Abogado de Stonex y de la Fundación de la catedral.
Wattam : Empleado de confianza del banco de Stonex.
Wulflac : Según *De Vita Gestibusque Alfredi Regis,* el obispo mártir en tiempos de Alfredo.

Librodot